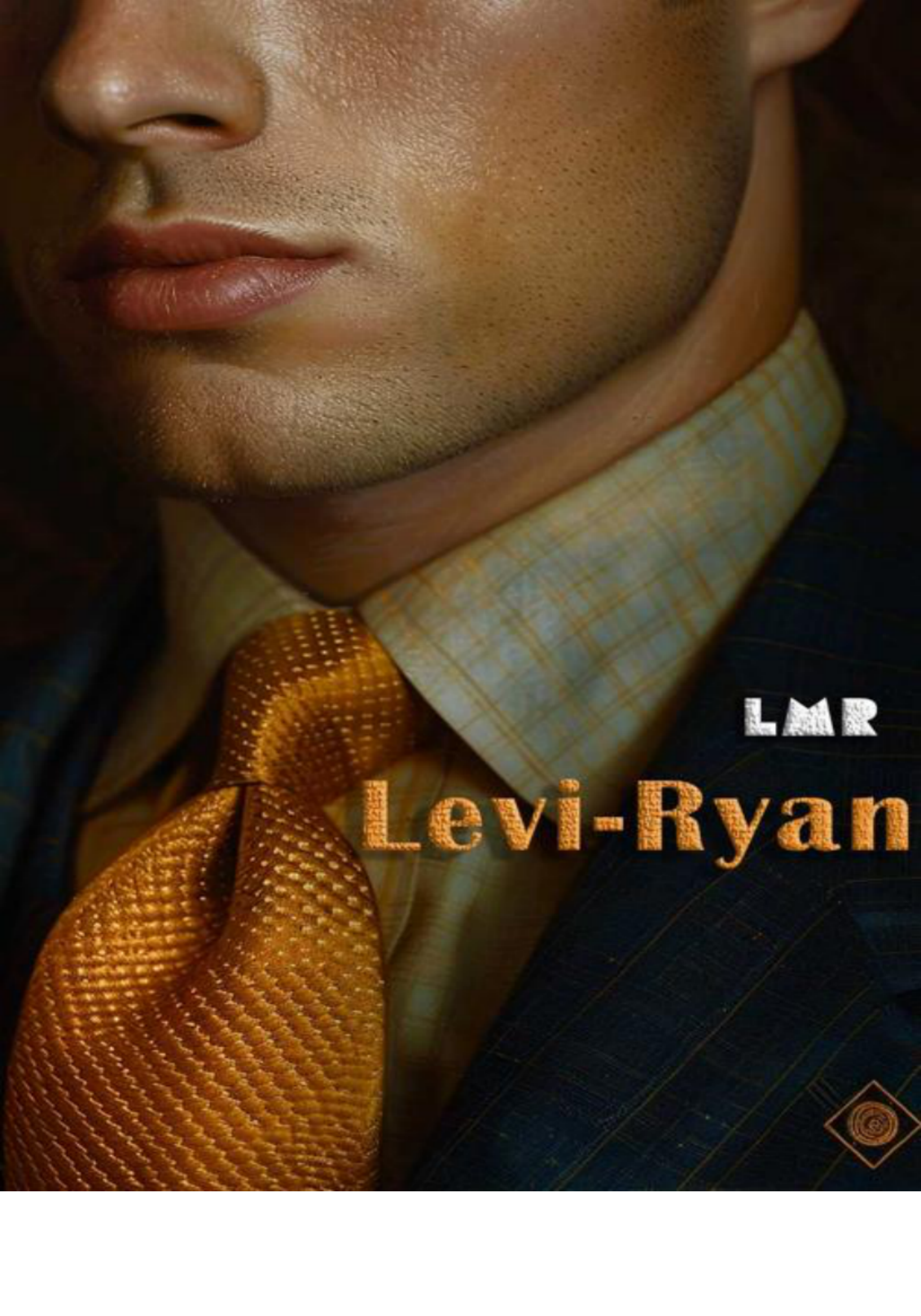

LMR
Levi-Ryan

Levi-Ryan

Levi-Ryan

Playlist · Levi&Lexi

Crazy in Love (feat Jay-Z) - ***Beyoncé****, Jay-Z (3:55)*

Yes, and? - Ariana Grande (3:34)

Drive You Out Of My Mind - Kassi Ashton (3:32)

Sweet Dreams - ***Beyoncé*** *(3:26)*

Back In Black - AC/DC (4:15)

Love Story (Taylor's version) - Taylor Swift (3:55)

Me, Myself and I - ***Beyoncé*** *(5:01)*

Carrie Underwood - Cowboy Casanova (3:56)

Single Ladies (Put a Ring on It) - ***Beyoncé*** *(3:13)*

Unwritten - Natasha Bedingfield (4:19)

Esta novela empieza…

En algún momento después del primer epílogo de Nolan-Kane…

… pero antes del segundo.

1

Lexi

💌

Mi trabajo de ingeniera mecánica de coches de lujo me ha traído a Detroit, al mejor congreso de la década, donde la idea de fabricar coches que vuelen ya no parece tan lejana. Al acabar, me convierto en una turista por la abarrotada ciudad y… me siento rara. Como si estuviera haciendo algo mal. Será que después de tantas semanas sin un solo día libre, se me ha olvidado cómo soy fuera del trabajo. *Y todo por el ascenso que llevo persiguiendo desde hace meses, ese que ya toco con los dedos. Ufff, qué angustia tengo encima.*

Me siento en uno de los bancos libres que hay a las puertas del Detroit City Mall mirando el papel de carta que he comprado hace un rato. *No sé qué escribirles a esas tres que no las mate de aburrimiento.*

Una zapatería de la otra acera llama mi atención y dudo si debería comprarle unas amigas a las elegantes sandalias de tacón fino que llevo puestas. Razones válidas de compra: celebrar el éxito del último proyecto, el progreso del que tengo a medias y… ¿tratar de llenar el vacío en el pecho que siento por estar lejos de mi familia?

—Disculpa, ¿puedo pedirte un enorme favor?

Alzo la cabeza buscando a la dueña de la voz y me topo con una mujer de cuarenta y largos, ojeras marcadas y mirada cariñosa meciendo un carrito de bebé. Va muy bien vestida, pese a que tiene pinta de no haberse parado ni para respirar en la última semana.

—Claro —me pongo en pie—, ¿qué necesita?

—Un taxi va a venir a recogernos y necesito ir al baño, pero con el carrito no me dará tiempo de ir y volver, ¿crees que podrías vigilármelo un segundo, cielo?

—Sí, por supuesto. Vaya tranquila y tarde lo que necesite, yo le explicaré la situación al taxista si llega antes que usted.

—Gracias, cielo, me salvas la vida. —Me coge las manos y las estrecha con tal gratitud que me dan ganas de preguntarle si necesita

ayuda en cualquier otro ámbito de su vida. Luego se gira hacia su bebé—. Mamá va al baño, ¿vale? Tú sigue durmiendo.

Da un apretón al manillar del carrito, le echa un último vistazo a la criatura y se marcha. Un repentino terror a que alguien me lo robe me atraviesa como un rayo en mitad de una tormenta, así que lo cojo bien fuerte. Observo al bebé diminuto que descansa dentro del carrito y siento cómo el instinto protector aflora en mí.

Esto es culpa de Nina. Desde que vive con Láhria no para de babearnos las cartas con las maravillas de la maternidad y llevo un tiempo sintiendo *cosas* que no debería. Cosas, te digo.

—Tú por qué tienes una nariz tan microscópica, ¿eh? Fijo que es una encerrona de la especie para que no se extinga, ¿a que sí? —pregunto cuando se le abre la boquita y me muero de ternura—. Bebés adorables, quien tuviera la idea fue un genio.

Pasan los minutos. Se levanta viento así que bordeo el banco y me apoyo en el respaldo para proteger al bebé. Pasan más minutos. Le ajusto la capota para que no le dé el sol y cuando vuelvo a mirarle, tiene los ojos abiertos. *Pánico.* Le sonrío, pero enseguida se le ponen los ojos tristes al ver que no soy la mujer de su vida.

La necesidad me hace soltar una mano del carrito para hurgar en mi bolso y es como si condujera una moto a doscientos haciendo un caballito, pero encuentro el llavero que buscaba. Engancho el corazón rosa de gomaespuma en la capota para distraerlo mientras lo mezo y funciona. La sensación de éxito es ensordecida por el latido de mi corazón acelerado e intranquilo. *La madre no está. Han pasado ya quince minutos.*

—Me da que tu mami se encontraba peor de lo que ha demostrado, pobre… Pero lo que me sorprende es que no haya pitado ningún taxi confundiéndome con ella. —Tardo diecisiete minutos más en darme cuenta de que tengo que hacer *esa* llamada.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

—Una madre me ha pedido que cuide a su bebé mientras iba un momento al baño, pero de eso hace ya media hora y todavía no ha vuelto. Llamo porque no sé qué hacer, el bebé es muy pequeño, debe tener meses y está empezando a flipar. —*Y no es el único.*

—Ha hecho muy bien por ponerse en contacto con nosotros. Por favor, no cuelgue. —La oigo teclear en el ordenador a toda prisa—. ¿Puede decirme su nombre?

—Lexi Love.

—¿Está siendo amenazada de alguna forma, señorita Love? ¿Corre peligro?

—No, no, el tono alegre es para no asustar al bebé. Le prometo que

no me lo estoy inventando.

—La creo, señorita Love. Dígame, ¿dónde se encuentra ahora mismo?

En una pesadilla.

—Frente al Detroit City Mall, soy de Manhattan, estaba haciendo turismo cuando se me ha acercado. La mujer ha dicho que un taxi iba a venir a buscarlos, pero no ha aparecido y eso que no me he movido del sitio.

Más y más sonido de teclas.

—¿El bebé está bien?

—Sí, pero su estabilidad emocional es un hombre borracho con tacones sobre una cuerda floja. ¿Debería entrar a buscar a la madre? No sé a qué baño habrá ido y me da miedo que vuelva aquí y al ver que no estoy, crea que le he robado a su bebé. Le juro que no ha sido lo que ha pasado.

—Quédese donde está, señorita Love, la policía ya va en camino.

—¿Cree que ha podido desmayarse? No parecía enferma.

—Los casos de abandono son más frecuentes en la ciudad que en alrededores. ¿Podría describirme a la mujer que se lo ha entregado?

—¿Ha dicho abandono? —Miro a la criatura que ya no está interesada en absoluto en el llavero. Un segundo después rompe en llanto—. *Dios mío.* No iba en serio, peque, quería decir *estaciono*, porque solo pienso en coches. La madre rondaba los cuarenta y tenía una melena oscura y corta, con flequillo. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que tu mami es así?

—Entiendo, ¿llevaba gafas de sol? ¿Ha podido verle bien la cara?

—Llevaba un sombrero elegante bastante grande, pero no llevaba gafas. —Le hago una descripción de su rostro mientras el bebé llora, yo me estreso y la gente que pasa me lanza miradas juiciosas cargadas de no-sabes-cuidar-a-tu-bebé.

Tengo el pulso aceleradísimo, estoy sudando del calor que hace y este bebé no puede haber sido abandonado en mis narices. *Pero si es diminuto, no me fastidies, ¿qué ha podido hacer mal con el poco tiempo de vida que tiene?* Esa mujer tiene que volver.

—Señorita Love, según me informan el coche de policía ya ha aparcado en Cornal Street, ¿puede verlo?

Lo busco a mi alrededor mientras el bebé juega con mi dedo, dudando si quiere empezar la tercera ronda épica y definitiva de llantos-mata-Lexi.

—No, no lo veo.

—Está usted en Cornal Street, ¿verdad?

—Sí, no me he movido del banco, pero aquí no hay ningún coche

de policía ni… —oigo un claxon.

Me giro. Miro al otro lado de la acera y mis pulmones, el viento y el mundo detienen sus funciones cuando veo a un metro noventa de peligro y autoridad salir del coche patrulla a cámara lenta. Mueve un brazo en dirección a un autobús y le indica que no puede estacionarse en… *vale, no tengo claro lo que está haciendo. Ni tampoco que vaya a cámara lenta. Pero no estoy respirando.* La viva imagen de la más pura masculinidad uniformada me arrolla y contrae la parte baja del estómago con la fuerza de un huracán furioso. Me niego a creer que solo está de servicio. *Es un actor, está grabando una serie policiaca y yo soy un extra. Hoy Detroit me está haciendo de todo sin mi permiso, #demanda-al-canto.*

Pido a mi cerebro que espabile y reaccione, pero alguien ha metido un virus en mi disco duro y no hay manera de que arranque, así que observo al desconocido mientras da órdenes a simples mortales. Otro policía, en el que no me fijo, sale de *su* coche y le dice algo, cuando *él* le contesta su voz es tan grave y profunda que llega hasta mí a través del bullicio de la ciudad.

Estoy segura de que si fuera policía de verdad, no le harían falta esposas.

Los labios gruesos más irresistibles que he visto en mi vida pierden toda mi atención cuando cruza la calle en mitad del tráfico y sus ojos me encuentran. Un sismo, uno de los gordos, hace temblar mis cimientos que hasta la fecha se alzaban imperturbables. A esta distancia es imposible saber el color, pero brillan con la gracia de quien tiene un propósito en la vida y sabe cómo llevarlo a cabo.

Alguien podría tener un orgasmo solo con verle la cara.

—¿Es usted Lexi Love? —pregunta una voz a mi espalda, me doy la vuelta y veo a un par de agentes que rondan los sesenta y bastantes.

—Sí, soy yo. —Me despido de la teleoperadora, le doy de nuevo las gracias y cuelgo.

—Soy el agente Simons y él es el agente Johnson, ¿ha llamado a emergencias por un bebé abandonado?

Un llanto rompe el hechizo que aún burbujeaba en mi estómago.

—¿Puede no utilizar un tono tan serio? Va a asustarlo. La madre me ha dicho que tardaría un minuto y no ha vuelto, de eso hace ya más de cuarenta minutos. Es posible que le haya pasado algo.

—¿No la ha visto salir del centro comercial en ningún momento?

—No, de haberla visto la habría parado.

—¿Recuerda cómo era? —pregunta y vuelvo a repetir las mismas palabras—. Señorita Love, ¿no le ha parecido extraño que le pidiera cuidar a su bebé sin conocerla de nada?

—Bueno, sí, un poco…

—¿Y por qué ha aceptado?

¿Estoy metida en un lío?

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí? —pregunta el agente Simons en tono alegre, mirando un punto muy por encima de mi hombro.

—Hemos oído el aviso y hemos pensado en pasarnos, ¿necesitábamos invitación? —La voz solemne casi gutural retumba por mi cuerpo y cuando doy media vuelta no estoy preparada en absoluto para lo que veo.

Joder. De tan cerca impresiona todavía más. Se lo admito a su iris cuando se refleja en el mío, porque no aparto la mirada. *En ningún caso soy de las que se achantan.* El efecto despeinado de su corte de pelo de doscientos dólares no es insoportable a la vista, lo reconozco. Huele a madera quemada y almizcle.

Como imagino que debe oler el infierno.

—Siempre sois bienvenidos —sigue Simons—. De hecho, me veo obligado a recordaros que ambos tenéis un hueco en la ciudad, ¿eh?

—Sí, cuando os apetezca podéis venir a ahorrarnos trabajo —se carcajea Johnson.

Solo entonces el de metro noventa despega su mirada de la mía para acercarse al carrito al que aún sigo aferrándome. El bebé deja de llorar en cuanto le ve. Como si le conociera, sus ojos dejan de estar tristes.

—Por ahora deberíamos centrarnos en solucionar el problema que nos ocupa —dice el segundo recién llegado, regalándome una amable sonrisa al tiempo que me tiende la mano—. Tú debes de ser Lexi Love, mi nombre es Kadmus Winchester.

—Sí, hola —digo devolviéndole el gesto.

—Agente Levi-Ryan Diago, a su servicio —interviene *él.*

Las últimas tres palabras son maderas impregnadas de gasolina lanzadas de forma brusca a una chimenea ya encendida. *A su servicio dice, pues vale.* Me ofrece la mano y se la estrecho. No sé por qué no me suelta pasados cinco segundos, aunque sí sé por qué no lo hago yo.

—¿Sería tan amable de responder a unas preguntas?

—Claro *—no me puedo ir hasta que se sepa algo de la madre.*

—No hace falta, ya la hemos interrogado nosotros —dice Johnson.

—Sí, nos llevaremos al bebé a comisaría —añade Simons—. Puede irse ya, señorita Love.

Siento un puma silencioso y en desacuerdo en la nuca.

—¿Os apetece tomar algo antes de iros? —pregunta Johnson.

—Sí, ya que habéis venido hasta aquí, ¿os hacen unos donuts? —añade Simons.

—Deberíamos asegurarnos de que la madre no se encuentra en el centro comercial.

Su tono podría congelar un glaciar. *Este soluciona el problema del cambio climático él solito y en un momento.*

—Dejádnoslo a nosotros —se ofrece Johnson—, conocemos bien este centro comercial.

—Era donde solía traer a mis ligues cuando era un adolescente —corrobora Simons llevándose las manos al cinturón, emprendiendo la marcha—. Esperadnos aquí.

—No podríamos irnos sin esos donuts —dice Kadmus Winchester, pero en cuanto cruzan las puertas y desaparecen, su sonrisa también lo hace—. ¿La decimosexta?

—La decimonovena desde hace seis meses —contesta el agente Levi-Ryan.

—Oído cocina.

—Que Theodore te enseñe las grabaciones de la última hora y si se niega, recuérdale que nos debe un favor. Dudo que Simon y Garfunkel lleguen siquiera a la segunda planta, pero si te los encuentras, líbrate de ellos.

—Sí, jefe. —Kadmus asiente una vez y se larga con sus ojos azules dejándome con el líder de la mafia.

El bebé se inquieta a la vez que yo me pongo más nerviosa.

—¿Le parece si empiezo con las preguntas?

—¿Qué va a…? —dejo de hablar cuando coge al bebé en brazos y se lo apoya en el pecho.

Espero que el bebé grite, que patalee y se ponga a llorar con más fuerza que antes por el contacto inesperado del desconocido no deseado, pero no hay lágrimas. De hecho, se acomoda contra él y en un par de segundos parece dispuesto a dormirse. *Hostia, mis ovarios, menuda imagen.*

—No ha contestado a mi pregunta.

—Sí, por supuesto. Le ayudaré en lo que pueda, agente —trato de sonar igual de distante que él, pero no me sale.

Mueve el carrito y le sigo. Juraría que lo hace para dejar de dar la espalda a la carretera, pero al final quedo arrinconada entre una gran columna de mármol gris de la entrada y su cuerpo.

—¿La mujer que le ha entregado el bebé tenía cuarenta y pocos, ojos verdes, cabello oscuro y flequillo?

—No he tenido tiempo de fijarme en sus ojos, pero el resto es bastante acertado, sí. ¿Cómo lo sabe? —No contesta, endurece la mandíbula y yo dudo si se está comunicando con los otros actores de plató—. ¿Ha hablado con la teleoperadora de emergencias?

—Siento mucho que se haya visto envuelta en esto —dice dejándome al margen—. La mujer, ¿le pidió que hiciera algo aparte de cuidar a su bebé? ¿Que fuera a alguna parte?

—No.

—¿Que localizara a alguien tal vez o que enviara algún mensaje?

—No, no me ha dicho nada. ¿Por qué iba a hacerlo? —pregunto a lo que él maldice por lo bajo rompiendo vez su máscara estoica.

—Intente recordar su conversación, por favor.

—La recuerdo muy bien porque ha sido más que breve, ¿no va a contestar a ninguna de mis preguntas?

—Es por su seguridad, señorita Love.

El relámpago que sigue al «señorita Love» me deja aturdida unos segundos. No es el uniforme de policía lo que hace que desprenda esa aura de autoridad, es la forma que tiene de hablar, de moverse, de mirar a la gente. *Como si el mundo estuviera a salvo porque ha empezado su guardia.*

Vuelve a dejar al bebé en el carrito y mira a su alrededor. Dudo si hay cámaras de verdad en alguna parte.

—¿Por qué se ha deshecho de esos dos policías? —pregunto—. Ha mandado a su compañero a revisar las cámaras justo después.

—Deberíamos irnos ya.

¿Este tío me oye siquiera?

—Oiga, agente, no creo que deba llevarse al bebé antes de que averigüemos qué ha pasado con la madre. Ya sé que es policía, pero ¿no puede esperar a que su compañero…?

Se acerca tanto que lo puedo ver con claridad: sus ojos son una noche cerrada con el cielo lleno de estrellas.

—Ella ya no está en ese edificio, eso puedo asegurárselo. Ahora si es tan amable —señala el coche policial del que le he visto salir.

—¿Y-yo? ¿Estoy detenida? Oh, dios mío. —Soy una presa de agua y el pánico es un boquete del tamaño de Yemen—. No puedo estar detenida, ¡nunca en mi vida he infringido la ley! Oiga si cree que he obligado a esa mujer a darme a su bebé está muy equivocado, ¡yo solo he venido a un congreso! ¿Le parece que mis sandalias son las típicas de alguien que secuestra bebés?

Se acerca y me coge del antebrazo.

—Baje la voz, señorita Love. Lo último que nos conviene es llamar la atención.

Segundo relámpago.

—Disculpe, pero lo último que yo quiero es ser arrestada.

—No está detenida, necesito… —hincha los pulmones de golpe haciendo que su pecho suba y baje con una exhalación sonora, furiosa

y dramática—. Los dos policías de antes son buena gente, pero no buenos policías. Aunque usted eso ya lo sabe porque tiene una cara jodidamente expresiva, lo único que quiere es que le diga por qué lo he hecho, pero es del todo irrelevante ahora.

Un puma furioso. Un tigre enrabiado. *Descripciones muy válidas, sí.*

—¿Y qué es lo relevante entonces? —pregunto con el pulgar muy suelto y con ganas de volver a llamar a emergencias.

Esto no me gusta nada.

—Lo más inteligente que puede hacer una persona en situación de peligro es dejar su vida en mis manos —sentencia con tal determinación que sus palabras caen como meteoritos a nuestro lado.

—Pero yo no estoy en peligro.

—Ahí se equivoca, señorita Love. Sí lo está.

2

Levi-Ryan

Habría sido mejor esposarla. He conducido dos calles para esperar a Kadmus en un lugar seguro, pero se ha bajado del coche en cuanto ha podido.

—Soy una ciudadana estadounidense y conozco mis derechos —dice mirando la puerta del copiloto que todavía sujeto—. No puede detenerme. Ni robar este bebé. La madre puede estar en el Detroit City Mall todavía.

—Necesito que se calme y que vuelva a meterse en el coche.

—Estoy segura de que me ha confundido con otra persona. No es a mí a quien quiere secuestrar, se lo aseguro.

Joder. No sé si es el lazo blanco que tiene en el pelo, la mirada rebelde impresa en su delicado rostro o la forma en la que acuna a una criatura que no es suya mientras me grita en susurros para no asustar al bebé, pero la mujer que tengo delante sin duda sabe cómo clavar una primera impresión.

—Señorita Love, le repito que no la estoy deteniendo.

—¿Entonces puedo marcharme?

—Tengo que hacerle unas preguntas y para eso me gustaría llevarla a mi comisaría en Acorn Hill. —Sacudo la cabeza.

—¿Más preguntas? —gime cual adolescente frustrada—. Ya se lo he contado todo y varias veces. Mire, he venido a Detroit para una conferencia y tengo que coger un vuelo a Manhattan esta misma noche, no puedo irme con usted a Corn Ville a *su* comisaría.

—Acorn Hill —le quito al bebé y lo coloco en el asiento que ella no quiere ocupar. Se queda frito en cero coma—. Le aseguro que no está lejos.

—¿Y debería creerle cuando ha demostrado no ser trigo limpio delante de esos dos policías?

Es irritante y lista de un modo más irritante todavía. Entiendo que por

las buenas no voy a conseguir nada. Me cruzo de brazos y me apoyo en el interior de la puerta del copiloto, abriéndola más todavía.

—Mucho me temo que no tiene alternativa.

—¿Me está amenazando?

—Señorita Love, tarde o temprano conseguiré lo que necesito de usted. Si no lo hace ahora rellenaré el papeleo necesario para interrogarla y entonces haré que un par de mis agentes la traiga justo a donde yo quiero. Hacerlo a mi manera solo nos ahorraría tiempo a ambos.

Suelta un bufido exasperada y pone los ojos en blanco. Es rápida, tanto que ni siquiera he llegado a hacerme ilusiones cuando reduce la distancia y su cuerpo se roza contra el mío con una fricción que me tensa de pies a cabeza. Mis manos llegan a sus pronunciadas caderas y tengo que hacer grandes esfuerzos para limitarme a mantenerla en el sitio.

Su respiración se corta ante el contacto, igual que la mía, pero lo que más me sorprende es que la mujer de piernas infinitas no opone resistencia. Sus labios gruesos de tonalidad rosada quedan entreabiertos por la confusión y ahí es donde va a parar mi mirada. Mi agarre se aprieta sin querer contra sus curvas y durante una breve fracción de segundo casi parece que podamos llevarnos bien.

—¿Es que ha cambiado de opinión, agente?

Ese retintín me hace puta gracia.

—Quiero llevarla a Acorn Hill, pero no sentada encima del bebé.

Ninguno de los dos se mueve, ninguno de los dos se aparta.

—No me había olvidado de él —asegura alzando la barbilla y por primera vez, su tono y sus ojos no me dan ninguna pista de si miente o no.

Me gustaría presumir de que eso no agudiza mi interés, que no me hace dudar de lo bien que la he calado, pero estaría mintiendo. La levanto del suelo, ignorando el espasmo vulnerable de sus manos, salgo de mi prisión y la vuelvo a dejar donde estaba, sin tener claro quién es el ratón y quién es el gato.

Veo que no se mueve y solo entonces soy consciente de que sigo agarrándola. *Espabila, joder.* Lo hago y doy un paso atrás. Ella no pierde el tiempo, coge al bebé, se mete en el coche y se abrocha el cinturón.

—¿Lo ve? Sano y salvo.

Asiento para no iniciar otra discusión porque está en el coche y pienso saborear esta victoria. Cierro su puerta, bordeo el coche y una moto toca el claxon al pasar por mi lado.

—Bonita familia, Levi-Ryan —dice Richard Galdore—. ¡Ya era

hora!

Perfecto. Esto es lo que no me gusta de las grandes ciudades. En Acorn Hill nadie habría cometido ese error, la gente sabe tanto de la vida de los demás que las aclaraciones rara vez son necesarias. *O escuchadas.* Me meto en el coche y rezo porque Kadmus no tarde lo bastante como para que tenga que convencer a Lexi Love de nuevo.

—No le ha corregido —alza las cejas—, ¿es usted sincero con alguien?

Arranco el coche para poner el aire y el reproductor de música se enciende. ACDC empieza a tronar sobresaltando al bebé. Ambos vamos al tiempo hacia la rueda del volumen y nuestros dedos se chocan. Dejo de oír la música. No sé qué tiene su contacto, ni a qué viene ese cosquilleo, pero cuando la miro, su iris reluce con el sol y no lo hace con la intención del resto de mujeres a las que me encuentro. *Desconfianza, escepticismo y recelo mezclado con curiosidad.* Parpadea varias veces, se aparta y baja la música antes de que lo haga yo.

La voz de Cassie suena por el dispositivo de comunicación.

—Central a agente Diago.

—Aquí agente Diago —cojo la radio.

—Buenas, jefe. Solo quería hacerle saber que Violet Fadler ha venido a traerle un ramo de flores por lo que hizo por su hija el pasado viernes. Kevin Fadler le ha traído cerveza como para un mes.

—Cassie, ¿tengo que recordarte que el sistema de comunicación es solo para emergencias?

Cassie no dice nada más y yo dejo la radio en su sitio.

—¿Qué hizo por su hija? —pregunta, por supuesto, la mujer a mi lado.

—No fue nada.

Rita Fadler había tenido partido de baloncesto en un pueblo cercano y un entrenador la agredió antes de romperle el teléfono. *Pegar a una niña de once años, hay que ser cabrón hijo de puta.* Alguien dio el aviso y yo estaba por la zona. Estuvimos diez minutos sentados en el arcén bajo la lluvia, pero me lo contó todo cuando se subió al coche. Digamos que después de eso, Winchester y yo le hicimos una visita al entrenador. *No volverá a tocar a ninguna niña.*

—Pues *nada* le ha puesto cara de homicida.

—Nada más lejos de la realidad, señorita Love. —Acaricio la tripa del bebé cuando empieza el quejido previo al llanto.

Se calma bastante rápido. Es increíble que viniendo de la familia de la que viene sea así de bueno. Alzo la vista hacia la mujer que carraspea y estamos lo bastante cerca como para que pueda ver los tonos de avellana y chocolate que luchan en sus iris.

—Tal vez debería dejarme conducir y encargarse usted del bebé.

—Por la forma que lo coge, juraría que solo se fía de llevar esa tarea a cabo usted misma.

Aprieta los labios aguantándose la sonrisa. *Casi.*

Kadmus toca mi ventana con los nudillos en ese momento y tengo que tragarme la sonrisa de gilipollas con la que nos mira. *El coñazo que me va a dar luego por esto.*

—Veo que estáis entretenidos. ¿Quieres que conduzca yo?

—Sube al coche.

—¿No te interesa saber lo que he averiguado?

—Mi prioridad es que nos larguemos de aquí cuanto antes, sube. —Noto que Lexi se tensa a mi lado y suavizo el tono. *Estoy demasiado acostumbrado a tratar con policías*—. ¿No te han visto?

—Simons y Johnson estaban muy ocupados buscando a nuestra fugitiva en la zona de restaurantes. En cuanto a Luna, ha ido directa a la salida opuesta que casualmente da justo a la entrada del metro. —Gruñe—. De haber llegado antes podríamos haberla pillado, ha pasado junto a nuestro puesto ambulante de tacos favorito.

—¿Luna? —pregunta Lexi—. ¿Acaso saben de quién se trata?

Aprieto el volante. No considero que contestar a esa pregunta vaya a facilitar el trayecto, así que evito el tema hasta que llegamos a casa.

La entrada al pueblo es una larga carretera rodeada de dos campos extensos de girasoles y Lexi parece distraerse momentáneamente, e incluso quedarse sin aliento. Igual que cuando atravesamos la arboleda, pero al aparcar está furiosa. *Lo cierto es que no me importa mientras esté a salvo.*

Entramos en comisaría y la veterana Cassie Gold está tras el mostrador de Bill, sin Bill. *No voy ni a preguntar por qué.*

—Agente Diago, agente Winchester —hace un saludo formal exagerado que demuestra que está de buen humor.

—Buenos días, Cassie —dice Winchester animado.

Cassie repasa a Lexi con la mirada, desde la femenina blusa fucsia con lazos, pasando por los ajustados pantalones negros que marcan a la perfección sus curvas, acabando en sus altas sandalias de tacón. *Julio está siendo demasiado caluroso.*

—Veo que habéis encontrado lo que andabais buscando.

—Más bien todo lo contrario —Barajo las opciones que tengo y no dudo porque la única vez que he visto a Cassie tratar algo pequeño con cuidado era un paquete de tabaco con un solo cigarrillo—. Winchester, ¿te quedas con el bebé mientras la interrogo?

—Por supuesto. No, no tiene de qué preocuparse, señorita Love. Tenemos tres como estos en casa.

Los ojos de Lexi pasan de Kadmus a mí varias veces y hasta el bebé oye sus conclusiones.

—Se refiere a su mujer y a él —aclaro, a lo que Cassie rompe en carcajadas.

Unas que se cortan cuando la miro. Lexi entrega la criatura con cierto reparo al único al que ha dirigido la palabra en todo el trayecto y del único del que se fía.

—Si es tan amable —muevo la mano en dirección al pasillo y se adelanta.

—No se preocupe jefe, tómese su tiempo —oigo decir a Cassie—, cuidaremos del pequeño delincuente.

—Traedle algo de comer a la señorita Love —digo por lo bajo.

Me da que si se lo doy yo, no va a querer ni probarlo.

La sigo mientras camina bajo la luz fluorescente a paso ligero. Llega al final del pasillo y ve la placa con mi nombre, lleva la mano al pomo y me mira por encima del hombro. Descubro pronto que alguien puede sentirse fuera de lugar y furioso a la vez, una mezcla de indefensión y carácter que resulta atípico como poco. Asiento y entra.

Todo tipo de personas pasan por mi despacho, muchas para las cuales tengo una larga lista de preguntas. Así que digamos que la sensación de que el color de las paredes cambia cuando Lexi entra, no es común. Se acerca a la placa conmemorativa que mi padre se ganó tras recibir un disparo en su tercer año de servicio y me doy cuenta entonces de que no la he tirado a la basura. *Debería.* Doy la vuelta al corcho con nuestra investigación antes de que repare en él.

—Tome asiento, por favor —da un respingo. *Mierda el tono*—. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—¿Agua? —pregunta mientras camina despacio hasta la silla vacía frente a mi mesa. Lleno dos vasos y le pongo uno delante—. Gracias.

—Señorita Love, le informo de que nuestra conversación será grabada por razones legales, ¿está conforme? —Saco mi teléfono y lo pongo en la mesa que nos separa.

—Sí, supongo.

Ignorando sus labios a conciencia, veo que sus ojos de caramelo impresionan más con esta iluminación y que cuenta con una generosa cantidad de pecas concentradas en la nariz, lo cual le da un aspecto más dulce y joven a su rostro. Más de lo que ya le da su sonrisa. *Esa que todavía no ha dirigido a mí ni una vez.*

Estoy bastante seguro de que no tiene ni treinta años. *¿Qué mujer de negocios lleva girasoles dibujados en las uñas?* La multitud de pendientes peculiares en la oreja izquierda llama mi atención y dudo si serán un problema.

—¿Tiene tatuajes visibles? —pregunto ladeando la cabeza en busca de tinta.

—No se ofenda, agente, ¿pero para eso me ha traído aquí?

Aprieto los dientes cuando su tono servicial, del todo falso, deja entrever una personalidad más atrevida. Un tipo de uniforme que ronda los cincuenta y tantos, al que le gusta *(asustar a)* la gente irrumpe en mi despacho.

—Servicio de habitaciones —dice poniendo un par de sándwiches de queso fundido delante nuestro.

—Muchas gracias, Bill.

—Lo que sea para hacer sentir a gusto a nuestra recién llegada —se lleva las manos al cinturón y hace eso de cuadrar los hombros y sacar barriga—. Le recomiendo que durante sus vacaciones en Acorn Hill visite la pradera de la plantación de fresas, ¡no tiene desperdicio! Aunque no vaya por la noche, murió gente en la casa abandonada que hay justo antes de…

—Bill.

—No voy a quedarme tanto, aunque gracias. —Lexi le propina una cordial sonrisa y quiero disparar a Bill.

Comparto una mirada con el agente Bukfire y muevo la cabeza hacia fuera para que se marche. Mientras lo hace con la parsimonia de una tortuga coja y medio muerta, le doy un mordisco al sándwich para que vea Lexi que no está envenenado. En cuanto la puerta se cierra, empiezo la grabación de voz y le pido que se presente.

—Mi nombre es Lexi Love, tengo veintisiete años y no sé qué hago en Corn Ville, pero me gustaría irme cuanto antes.

—¿Puede volver a contarme por qué ha llamado a emergencias? —pregunto limpiándome las manos y los labios en una de las servilletas.

Suspira con la mirada en un punto inferior a mis ojos. Vuelvo a limpiarme los labios.

—Una mujer con un carrito de bebé se ha acercado a mí en Cornal Street, frente al Detroit City Mall, y me ha pedido que cuidara de su bebé mientras iba al baño. Me ha dicho que un taxi pasaría a buscarlos en breve y que no tenía tiempo de ir y volver con el bebé porque el centro estaba hasta los topes.

—De acuerdo, ¿qué ha ocurrido entonces?

—He aceptado, ella ha cruzado las puertas de entrada y no he vuelto a verla. Al cabo de treinta minutos he llamado a emergencias. Ha llegado usted y otros tres policías y al quedarnos a solas ha dicho que corría peligro y me ha traído hasta aquí. Supongo que solo quería ahorrarse el papeleo que le supondría no tener mi testimonio, pero como he dicho, me gustaría largarme. A poder ser, hacerlo con algún

tipo de seguridad de que el bebé va a estar bien.

—¿Qué hacía en Cornal Street?

—Soy ingeniera mecánica en CAR Major Legue, en Manhattan. He venido a Detroit a un congreso y al acabar he salido a dar un paseo por la ciudad.

Podemos caminar directos a nuestra mala suerte sin saberlo y sin nada con lo que protegernos. Joder, pobre chica.

—¿Había visto alguna vez a esa mujer?

—No, no conozco a la tal Luna.

—¿Y le ha dado algo a cambio de cuidar al bebé?

—Un lingote de oro macizo. —Asiente de forma exagerada—. Espero que me lo acepten en el banco.

—¿Está mintiendo, señorita Love?

—Estaba siendo sarcástica.

—Evite serlo.

Suspira con las mejillas rojas mientras se revuelve en el asiento.

—No, no me ha dado nada. Me ha cogido las manos en un gesto agradecido y se ha largado. Lo que no esperaba era que fuera para siempre.

—Espere, ¿le ha cogido las manos?

—Sí.

Estrello el puño cerrado contra la mesa. *Lo más probable es que la propia Luna se haya encargado de que esas fotos fueran tomadas para después enviarlas.*

—¿Ocurre algo? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Seré franco con usted, la mujer que se le ha acercado hoy no es una buena persona.

—¿No es una buena persona o es peligrosa?

—Lo segundo.

El silencio protagoniza el siguiente momento. Estaba seguro de que entraría en pánico, lo cual no me vendría mal para lo que voy a pedirle, pero Lexi Love asiente y dice:

—¿Qué quiere de mí? ¿Por qué lo ha hecho?

—No tenemos forma de saberlo todavía, pero lo averiguaremos. Para lo que pueda servir, es probable que la eligiera al azar.

—¿Quién es ella, agente Diago? ¿Quién es Luna?

—Me temo que esa información es parte de una investigación en curso y no puedo compartirla.

La perplejidad marca su bonito rostro antes de que una risa corta se le escape de la garganta.

—Si no iba a contarme la historia, ¿por qué ha empezado?

—Porque ahora es parte de esa investigación en curso y merecía

saberlo.

—¿Se está quedando conmigo? Eso es igual que llamar a emergencias y no decirles qué está pasando, ¡no sirve de nada!

—Es el protocolo —remarco ignorando que su irritación genera una tensión en mi piel que me gusta.

—¿Hay alguna pregunta que sí pueda responder?

—Pruebe —le pido dispuesto—. Y debería comer algo, es tarde.

—Nunca acepto comida de desconocidos —dice con sorna y lo cierto es que me arranca una sonrisa—. *Guau.*

—¿Qué?

—Na-nada. —Carraspea y yergue la espalda—. ¿Para qué me ha traído aquí?

—Para protegerla.

—Eso es ambiguo, como poco. —Arruga el rostro, como si no parasen de salirle goteras a su techo nuevo y me revuelvo incómodo, tragándome las ganas de contentarla—. ¿Puede decirme al menos lo que van a hacer con el bebé?

—Estará bien, puede quedarse tranquila. Escuche, hay gran cantidad de hostales en Acorn Hill.

—Y montones de gaviotas en California, ¿qué tiene eso que ver con nada?

—Quédese aquí unos días.

—¿Disculpe? —Si la incredulidad fuera una señal de tráfico sería rosa fucsia y con lazos.

—Hasta que sepamos más de lo sucedido, lo mejor sería que pudiéramos velar por su seguridad.

—¿Quiere que falte al trabajo? ¿Que pierda el ascenso que ya casi puedo tocar con las manos por cruzarme en el camino de alguien peligroso? —resopla—. Le ha dado mucho el sol, agente, debería llevar gorra.

—Entiendo que es una decisión complicada.

—No, es facilísima. Si todo aquel que se cruce con la tal Luna tiene que estar bajo su vigilancia este pueblo está a punto de saber lo que es la superpoblación.

—No todo el que se cruce con ella, pero sí aquellos desconocidos a los que entregue a su único hijo.

Se pone en pie, decidida, dando una palmada y frotándose las manos.

—Ha sido un placer tratar con usted, agente. Espero que haya conseguido lo que necesitaba de mí. ¿Puede alguien llevarme a la estación de metro más cercana?

—La llevaré personalmente cuando terminemos, pero le advierto

que no se está tomando la situación tan en serio como debería. —Bordeo la mesa.

—Si no hay nada más que pueda contarme, significa que tan en peligro no estoy. —Alza la barbilla, reduce la distancia—. Al fin y al cabo usted es policía y su deber es protegerme, ¿no?

—Lo es.

—Y eso significa que comprometería cualquier investigación en curso, digamos, por salvar una vida, ¿no es así? —Se enreda un mechón en el dedo índice ya sabiendo la respuesta.

—Sí, lo haría.

—En ese caso, Levi-Ryan, esta noche podré dormir tranquila *en mi apartamento* sabiendo que estoy a salvo —sonríe y llega hasta sus ojos, dejándome sin aliento. Luego extiende la mano en mi dirección—. Ha sido un placer conocerte.

Se la estrecho y la mantengo en el sitio porque no quiero que se vaya. La cercanía hace que el olor a vainilla que emite su pelo sea más difícil de ignorar que las anteriores veces. Debe gastar un bote en cada lavado.

—Señorita Love…

—Llámame Lexi, nuestra relación policía-civil ha acabado —dice parpadeando más de la cuenta—, y yo diría que ya puedes soltarme.

Tiro de ella cuando da un paso hacia la puerta porque necesito que me escuche.

—No quiero asustarla, pero solo podré protegerla si se queda aquí. Moralmente, me veo obligado a retenerla.

—No soy de las que necesitan que las salven, Levi —Desvía la mirada hacia abajo, hacia nuestras manos, pero yo sigo encallado en lo que me ha llamado.

—Debería esposarte a mí —admito en un gruñido gutural.

La mejor idea que he tenido en todo el puto día, pero claro, está la ley y todo eso.

—¿Cómo te la hiciste? —pregunta absorta, acariciando la cicatriz de mi mano con el pulgar, trayéndome recuerdos que preferiría olvidar.

—Señorita Love, reconsidérelo, solo serán unos días hasta que se aclaren las cosas.

—Es exasperante que evadas todas mis preguntas —se suelta y aparta de mí esos ojos que se han vuelto una casa en llamas.

Camina hacia la puerta. En dos zancadas pongo una mano en ella antes de que la abra, su cuerpo queda entre la puerta y yo.

—Tal vez sí debería asustarla. Puede que esa sea la única manera de que entienda la magnitud de la situación.

—Entiendo que en Corn Ville nunca pase nada y seas sobreprotector, pero yo no pertenezco a este lugar. Las de ciudad somos de otra pasta.

—Su soberbia solo demuestra que es tan imprudente como parece, señorita Love. —La inhalación que lo sigue resulta intoxicante.

Estira la espalda y abandona la puerta para acercarse a mí, la distancia pasa a ser la de un puto alfiler.

—Te he hecho un favor, viniendo, ¿lo recuerdas? No estaba detenida, este no es mi sitio y te aseguro que no voy a perder el vuelo a Manhattan por tu culpa. Voy a encontrar la manera de volver a Detroit y de no salir de mi oficina nunca más en la vida.

—Está cometiendo un error.

—No tienes que compartir mi manera de pensar, agente Diago, solo tienes que apartarte de mi camino. —Se lleva las manos a la espalda, gira el pomo y abre la puerta de un tirón empujando mi cuerpo con el suyo.

Sigo sin poder meter a un civil en la investigación solo porque se haya cruzado en el camino de Luna Harp, así que me obligo a dejarla marchar.

Pido a Kadmus que la siga en cuanto sale de la comisaría porque estoy seguro de que sí aceptará que alguien la lleve mientras ese alguien no sea yo. De paso, le doy su sándwich intacto. Vuelvo a mi despacho con una nube negra sobre la cabeza. Cassie se apoya en el marco de la puerta abierta segundos después de que la cierre.

—Winchester me lo ha contado todo. Pero tú no crees en las casualidades, jefe.

—No, no lo hago.

—¿Y entonces por qué no la has detenido? Es más que probable que esté asociada con los Harp.

—No tenemos pruebas de que así sea.

—Luna le ha dejado a su hijo —recalca—. ¿Tengo que tragarme que no se conocían de nada? Todo esto puede ser una estrategia para distraernos, ¿tenemos Detroit vigilado? ¿Sabemos siquiera si el congreso del que habla es real? No es común que a una mujer que viste así le importen una mierda los coches.

Cada escenario posible convierte la lluvia en granizo.

Empieza a dolerme la cabeza.

3

Lexi



Lo devoro en un cuarto de segundo. *Tal vez menos.*

—¡Madre mía! —gimo a punto de tener un orgasmo—. Hacía tiempo que no probaba un sándwich de queso fundido tan delicioso.

Kadmus tras el volante, suelta una carcajada.

—Bill tiene muy buena mano con la cocina.

—No tenías por qué llevarme, Kadmus. Ni darme de comer.

—Técnicamente estoy siguiendo órdenes del jefe.

Espérate que ahora me va a sentar mal y todo.

Arrugo el papel del envoltorio vacío con fuerza al tiempo que giramos la esquina y veo una floristería que ocupa gran parte de la calle. Las enredaderas trepan por la colorida fachada multicolor y me quedo embobada. *Levi-Ryan estará buscando su propio ascenso, por eso ha insistido tanto con lo de protegerme.* Es verano, pero huele a primavera. Este sitio es precioso, ¿de dónde salen tantas flores?

—Supongo que es él quien te ha pedido que me lleves por las calles más bonitas, ¿no? Para que vea el encanto de este lugar y quiera quedarme.

—Acorn Hill es un buen lugar para vivir. —Se encoge de hombros.

—No lo pongo en duda, pero no puedo dejar mi trabajo y mi vida en pausa por lo que ha pasado hoy.

—El jefe no te pide que te mudes, solo que aguardes un puñado de días.

Un puñado de días con el insoportable-ignora-preguntas y a mí me sale una úlcera estomacal. No, gracias.

—El agente Diago y yo tenemos maneras muy distintas de pensar.

—Es un buen policía —dice el hombre de piel oscura y despampanantes ojos azules frenando el coche—. Pedí el traslado aquí por él, su reputación le precedía y no resultó ser ningún castillo en el aire.

—Es genial que lo admires, pero yo no…

—Recibió una bala por mí pocas semanas después de conocerme, por un error que yo cometí. Es más que admiración y respeto, Lexi Love, le debo *todo* lo que tengo.

Su confesión me descoloca, hurga en mi pecho, rodea mi corazón y me lo arranca.

—¿Por…? ¿Por qué paramos?

—Me has dado envidia, necesito comer algo.

Sé que es una treta, que Bill podría haber preparado un sándwich más, pero al bajarse del coche sé que no tengo alternativa. Me vibra el móvil.

Mensaje de Jax

13:11 Ashia me ha dicho que también estás en Detroit.

14:13 He venido por una comida de última hora con nuestros inversores de Future Ferrari. ¿Te apetece hacer algo?

16:39 ¿Cenamos juntos esta noche?

Bloqueo la pantalla marcándome un Levi-Ryan Diago, guardo el móvil en el bolso junto al inhalador rosa y cuando salgo del coche veo a Kadmus sujetando la puerta del establecimiento, esperándome al otro lado de la calle. La panadería *Cup + Cake* es un modesto trocito de cielo. Paredes amaderadas, olor a pan recién hecho mezclado con el dulce de los cupcakes, hay un mostrador repleto de pasteles enjaulados en tarteras y no sé cómo sabrán, pero son una obra de arte para la vista. Trago saliva en cuanto el local me devuelve el hambre que el sándwich me había quitado.

—Lexi, te presento a la dueña, Constance Winchester, la mujer que hace el mejor pan con pasas de todo Norte América.

—No me piropees tanto, que miedo me das. —La mujer esbelta de pelo afro y sonrisa cálida le da con un trapo, se ríe y le besa.

—Es un placer, Constance. —Le ofrezco la mano y me la estrecha poniendo su otra libre encima.

—El placer es mío, cariño. Mi marido ya me ha contado el lío que has pasado, fijo que estarás agotada.

Miro a Kadmus. *¿Cuándo has tenido tiempo de…?* Se ríe y camina hacia una puerta, al fondo del establecimiento.

—No ha sido nada, me quedo tranquila al saber que el bebé está en buenas manos. —*Y con esto me refiero a las de Kadmus.*

—Pobre criatura, ni me imagino qué le pasaría por la cabeza a esa mujer. —Se lleva una mano al vientre y luego la otra la sacude delante

de la cara—. Pero mejor no pensar en cosas tristes, ¿tienes hambre?

—Bueno, yo… —*debería irme.*

Kadmus abre la puerta y tres niñas pequeñas de unos cinco o seis años aparecen empapadas y en bañador.

—¡Papiiii!

—Niñas, nada de jugar aquí dentro —Constance se acerca a Kadmus arrodillado frente a ellas, al parecer no le importa que lo empapen—. ¡Mala influencia de hombre! ¿No veis que los clientes…?

Kadmus alarga la mano y le coge una pierna a su mujer, que acaba riendo y cediendo, igual que el local entero.

—Papi, ¿vienes a jugar? ¿Porfi? —le pide la de azul, que lleva unas gafas diminutas que la convierten en la criatura más mona del mundo.

—No puedo, Sasha, estoy de servicio. —Kadmus le besa la nariz, pero la diferencia es tan grande que por poco la besa en los ojos.

—¿Porfi? —pide la más alta con una pistola de agua de color rosa. Hace pucheros, debe saber que es su mejor arma—. ¿Un ratito?

—Nosotras te escribimos una nota y así puedes faltar al trabajo —dice la que falta, la de amarillo.

Qué.

Adorables.

Joder.

Cojo aire como puedo. *Guau, ¿qué me están haciendo?*

—¿Qué os tengo dicho?

—Que el honor y el deber van antes que el placer —repiten al unísono, como quien recita un código de barras: sin entender mucho.

Es casi instantáneo y similar al efecto dominó, en el momento en que una me mira, las otras le siguen y tengo seis pares de ojos encima. *Calma, no hay por qué tener miedo. Piensa que son Amy, Nina y Daisy.*

—¿Quién es? —pregunta Sasha saliendo del apretado abrazo.

Sin esperar a oír la respuesta de su padre, se acerca a mí con dos sombras coloridas pegadas a su espalda.

—Hola.

—Hola —respondo sonriéndole también.

—¡Me ha dicho hola! —dice girándose rápidamente hacia sus hermanas idénticas.

—¿Cómo os llamáis? —pregunto doblándome sobre mis rodillas.

—Samantha, Sabrina y Sasha —dice Constance cuando ellas se callan y me observan con tímidas sonrisas. En orden: rosa, amarillo y azul—. Que no te engañen sus caras angelicales, son a cada cual más peligrosa. Venga a jugar al jardín, que vais a poner a todos los clientes perdidos —dice dándoles en el culo para que echen a andar, de paso haciéndolas reír—, ¿y qué haremos entonces, eh? ¡Nos iremos a pique!

—¡Levi nos salvará! —exclama Sasha corriendo y saltando.

—Síii, ¡él siempre sabe qué hacer! —Sabrina se tira al suelo al llegar la puerta.

Veo una foto colgada en la pared y se me contrae la parte baja del estómago. Es del agente Diago, con las tres niñas, los cuatro llenos de barro jugando en un lugar frondoso y bonito. *Debilidad por los hombres con buena mano con los niños, esto es nuevo. ¿Mis ovarios me están mandando un mensaje?*

—Papi, ¿convences a Levi de que venga luego a jugar? —Samantha se desliza hacia su padre mientras el agente Winchester levanta a su otra hija del suelo y sin soltarla, pasa la fregona—. Hace mucho que no viene. ¿Ya no quiere ser nuestro padrino?

—Vino antes de ayer, ¿en qué mundo eso es mucho? —pregunta Kadmus.

Espera. ¿El mismo que se empeña en sacarme de quicio, juega con niñas y encima ellas se divierten y quieren repetir? Mi imaginación trastocada decide traicionarme con una imagen de Levi-Ryan Diago empapado. El relámpago me deja ardiendo. *Empiezo a ser una maestra en disimularlos. Irritante o no, tiene la clase de cuerpo que no te cansas de mirar.*

Cuando salimos de allí lo hago con una generosa cantidad de pan con pasas, varios donuts con glaseado de infarto y pensamientos intrusivos sobre ser madre y formar una familia enorme. He perdido la cuenta de cuántos muffins le ha dado tiempo a Kadmus de comerse, pero diría que más de siete. *La genética debe ser la única explicación de su increíble forma física.*

—Tienes una familia encantadora, Kadmus Winchester. Eso no se ve todos los días.

—Lexi Love, ¿acabas de reconocer que hay algo de este lugar que está bien?

—Eh, no tengo nada en contra de los pueblos pequeños —*de hecho, desde que Nina se mudó a Mountville, los veo muy románticos*—, es solo que tengo mucho que hacer en casa. Mucho que conseguir.

—Ingeniera mecánica, ¿eh? —Sus ojos se ven de un azul imposible por el sol—. No sabía yo que salvabais vidas.

Tal vez no, pero es lo que da sentido a la mía. Me miro las sandalias antes de alzar la vista hacia la carretera y ver que hay un hombre desconocido apoyado en el coche de policía.

—¿Qué hay, Zack? —pregunta Kadmus en tono informal cuando nos acercamos al hombre de pelo plateado y gafas hípster que está reinventando lo que significa la tercera edad.

Me echa un vistazo de arriba abajo y sonríe.

—Buenas tardes, señorita. —Hace un movimiento de barbilla al que correspondo, luego se gira hacia el policía—. Margarytha te busca, chico, ha pedido que vayas a verla al refugio cuanto antes.

—¿Es urgente?

—Sí y extraoficial, pero no deberías hacerla esperar. Menos un día como hoy.

—Sube al coche —Kadmus me lanza una mirada que es difícil rechazar. Arranca el motor en cuanto cierro mi puerta—. Lo siento, pero vamos a tener que hacer una parada antes de…

—No importa —digo en coma de azúcar—, ¿de quién se trata?

—Vas a poder comprobarlo muy pronto.

No mentía, el refugio de animales estaba mucho más cerca de lo que imaginaba. Cualquiera consideraría mortal la pendiente pronunciada que habíamos tenido que subir teniendo en cuenta que es pleno verano, pero en coche y con aire acondicionado, el trayecto por montaña había sido agradable.

—Puedes quedarte en el coche si quieres. —Se desabrocha el cinturón de seguridad, pero ya he abierto la puerta.

Daisy, Amy, Nina y yo quisimos un gato durante un tiempo, uno para cada una. Mamá nunca nos dejó porque soy muy alérgica al pelo de gato, al polvo y a la vida a veces, pero mi corazón masoquista siente debilidad por lo que me cierra las vías respiratorias.

Tomo como una buena señal la ausencia de estornudos cuando cruzo la puerta giratoria del local rodeado de bosque, en mitad de la nada. Huele algo curioso, pero los enormes ventanales hacen del lugar luminoso algo acogedor y lleno de vida.

—¿Margarytha? —La voz de Kadmus suena por encima de los ladridos.

La recepción está vacía, así que se adentra por un largo laberinto rodeado de jaulas y le sigo. De todas las razas y pelajes, los perros que encontramos se alegran mucho de vernos. Antes de que pueda darme cuenta estoy metiendo la mano en la jaula de un pastor alemán y un dálmata bebé que me roban el corazón con el primer lametón. *Por lo visto, no solo siento debilidad por los gatos, cuánto estoy aprendiendo.*

—Qué monos, menudas orejas más diminutas —susurro para mí—. ¿Ya oís con eso?

—La lista empieza a ser larga.

—¿A qué te refieres? —pregunto sin apartar la vista del dálmata, que frota su cabeza contra mi palma.

Me mata. Oigo la risa del agente Winchester y cuando consigo apartar la mirada de los besucones, Kadmus está a punto de girar la esquina. Me despido de Nina Jr. y Mini-Láhria, y troto hasta el policía

que sigue mirándome con sorna.

—Cállate, los perros son universales, no os pertenecen —le gruño, pero sonríe más.

Llegamos a un espacio abierto con menos jaulas, una ducha y una mujer con un peto tejano con flores estampadas. De forma inmediata, pienso en mi padre.

—¿Se puede saber por qué no hay nadie en recepción?

—Mis empleadas tienen la mala costumbre de comer todos los días. —La mujer de ojos verdes y cabello gris-platino ondulado en un recogido despeinado la mar de favorecedor se acerca a nosotros con curiosidad—. ¿Qué haces aquí, Kad? ¿Y quién es esta chica tan guapa?

—Ella es Lexi, una mafiosa que hemos detenido por narcotráfico. Estaba llevándola a la cárcel cuando Zack Colman nos ha dicho que me buscabas y que era urgente.

—Colman tiene un corazón grande, pero no sabe mantener la bocaza cerrada —pone los brazos en jarras, mirándonos con ternura—. Mucho me temo que te ha visto a ti y a tu bonita familia como un blanco fácil.

—¿Qué ocurre, Marggy?

Nos hace un gesto con la cabeza para que la sigamos.

—Sabes que recogemos perros abandonados en la calle más a menudo de lo que me gustaría, ¿no? Y que también nos traen animales de pueblos cercanos y que estamos hasta arriba, ¿verdad que sí?

Kadmus maldice por lo bajo, leyendo un par de párrafos más allá que yo.

—Me encantaría tener un lugar más grande, pero estamos desbordados. —Baja el tono cuando se detiene frente a una jaula de cristal diferente al resto con la pena brillando en sus ojos. El cuerpo de la cuidadora tapa lo que sea que habita dentro y me fijo en que no hay rejas, ni forma de acceder al interior—. No todos tienen la suerte de ser adoptados antes de que sea demasiado tarde. Por desgracia, esta tarde vamos a tener que sacrificar a esta pareja de hermanas.

Se aparta y veo a dos galgos muy pequeños de color café claro. Están acurrucadas la una contra la otra, dormidas y ajenas a lo que va a pasarles. Se me clavan los pies al suelo.

—Había visto alguno de los carteles esta semana, ¿eran una camada de cuatro verdad? —el policía a mi lado se revuelve pasándose una mano por el pelo, aunque solo lo veo por la visión periférica—. Creí que alguien se quedaría con las dos últimas. Son muy bonitas.

Y no van a tener una oportunidad. Ni una vida. Una mano invisible se aferra a mi garganta y aprieta con fuerza.

—En más del setenta por ciento de las casas de Acorn Hill hay como mínimo uno de estos bandidos —mueve el índice alrededor de su refugio—, pero sé que la buena voluntad de los ciudadanos tiene un límite. Por desgracia, estas dos pequeñas van pagar las consecuencias.

Una camada de cuatro. Dos serán sacrificadas.

—Me quedo a una de las dos.

—No, de eso nada Kadmus. Tienes tres hijas, ¿quieres que tu mujer me mate?

Se agacha frente al cristal y tamborilea los dedos con suavidad sobre él, para despertarlas.

—Mi Constance se derretirá al verla, estará muy ocupada como para matarme.

Mis piernas se doblan solas cuando un par de ojos oscuros se fijan en mí y se acercan despacio. Una hacia él y otra hacia a mí, como si nos eligieran. Mi visión se vuelve borrosa.

—Son las crías de Kid Morrith, ¿verdad, Marggy? El desgraciado que mató a su madre a palos.

—Sí, escasos días después de que diera a luz a las crías y las dejara en medio de la nada para que se murieran de hambre.

Aparto la primera lágrima que sale sin permiso. *Yo siempre he sido de gatos. Me gusta su independencia, su elegancia. No puedo cuidar de nadie, trabajo mil horas al día.*

—Kadmus, piénsalo bien.

—No hay nada que pensar. —Oigo la sonrisa en su tono, aunque no la veo—. ¿A qué crees que me dedico? Lo mío no es dejar morir a la gente.

Mi índice ha llegado ya al cristal y como si quisiera atravesarlo, ella pega su naricita a él y olfatea.

—Me la llevo —digo con ardor en la garganta.

Asiento mientras Margarytha me hace las mismas preguntas que a Kadmus, pero cuando saca de la jaula a la pequeña, no oigo nada más. Se acerca a mis rodillas, me olfatea con su micronariz y cuando frota su cabeza contra mí la emoción me desborda. *Lo sabe. Sabe lo que iba a pasar, lo que hemos evitado.*

Tardamos poco en hacer el papeleo y ni siquiera me fijo en los ojos que se clavan en mí, porque no pienso darle a Kadmus la satisfacción. Las hermanas no parecen sentir una oposición férrea a la correa, pero son tan pequeñas que es finísima. Al salir del local tengo la vista centrada en el suelo cuando veo unos zapatos pararse frente a mí. Le reconozco al instante. *Lo siento en los huesos. Y en otras zonas.*

No sé lo que siente Levi-Ryan Diago al verme, pero soy lo bastante madura como para reconocerme que me calienta. *Es como si una*

estatua de un dios griego hubiera cobrado vida.

—¿Qué hacéis aquí? —exige saber dirigiendo su atención a su compañero de oficio.

La perrita sin nombre que no se separaba de mis pies se lanza hacia Levi moviendo la colita contenta.

—Quieta —digo mientras Kadmus sigue explicándole la situación.

Preciosa, a los problemas no nos tiramos de cabeza, huimos de ellos aunque tengan un cuerpo de infarto y unos ojos que te perforan el alma.

Mientras le estoy dando sus primeros aprendizajes telepáticamente, Levi-Ryan Diago hace lo peor que podía hacer. Se agacha, acaricia la cabeza suave de la perrita y la coge en brazos. *Ah, que también le gustan los perros. Karma, esto ya lo estás haciendo por joder y no sé a cuento de qué.* Sus bíceps se tensan cuando estira los brazos y la levanta jugando con ella. Me pongo celosa. Mis ojos se vuelven a fijar en la cicatriz de su mano derecha y el deseo de saber resurge en mi interior.

—Señorita Love. —Su voz retumba en mi pecho, tambaleando mis intenciones de recuperar lo que es mío.

Odio su forma de decirlo. Trata ese puñado letras como un cuadro único tras un cordón de terciopelo en el museo más custodiado del mundo.

—Agente Diago —digo manteniendo con palabras la distancia que le falta a nuestros cuerpos.

Se me queda mirando hasta que empiezo a preguntarme si tengo algo en la cara.

—¿Qué hace aquí? —no lo pregunta, exige saberlo.

—No veo por qué le incumbe.

No me gusta la forma en que la luz brilla con fuerza en ese mar de obsidiana negra.

No me gusta lo que siento en la piel cuando su atención está sobre mí.

Y no me gusta que toque lo que es mío.

Alzo las manos hacia él y hago el intento de recuperar a la perrita, pero la muy traidora se acurruca en su pecho y finge dormirse. Oigo la carcajada de Kadmus de fondo.

—Devuélvamela —le pido lo más amable que puedo, que es borde.

—¿No vas a contestarme? —alza la barbilla provocando que su enorme nuez se quede con mi atención.

—Prefiero pagarte con la misma moneda, si no te importa —digo sin despegar la vista de su cuello.

Solo lo hago cuando una media sonrisa confiada aparece en su rostro y mis hormonas se convierten en un diente de león en mitad de un tornado. *Virgen santísima.*

Recupero lo que es mío y tengo la mala suerte de tocarle. Esta vez el relámpago es tan fuerte que no puedo hacer nada para evitar que mis pezones reaccionen.

—¿Acaba de adoptarla?

—Le gusta mucho hacer preguntas.

—¿Cree que llevo el uniforme de decoración, señorita Love?

—Mejor me guardo mis opiniones para mí.

—Conteste. A la. Pregunta.

Ese tono desconecta toda racionalidad en mí. *No es sexy, es algo mucho más allá.* No las tengo todas conmigo, parece muy capaz de sacar unas esposas, doblarme sobre el capó de su coche y arrestarme. *Una imagen con un atractivo desconcertante.* Pero eso alargaría mi estancia en el purgatorio. Así que resoplo. Y pongo los ojos en blanco. Y también contesto.

—Sí, la he adoptado.

—¿Por qué?

—Porque iban a sacrificarla.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil acepta una responsabilidad tan grande como la de cuidar de otro ser vivo?

—Contestar a sus preguntas es como andar en círculos, una camina y camina, pero no llega a ninguna parte.

—¿Ryan? —Margarytha sale de su establecimiento y el cuerpo del policía se yergue como una torre para mirar por encima de mi hombro.

Lo que fuera a decirme muere en sus labios antes de ser pronunciado. Levi-Ryan Diago me lanza una última mirada y desaparece.

4

Levi-Ryan

Mis dudas sobre la inocencia de esa mujer cada vez están más disipadas.

—¿Una nueva amiga? —pregunta detrás del mostrador mientras vemos el coche patrulla desaparecer.

—Solo es trabajo —digo tragándome su olor, atascado en mi garganta. *Estoy desarrollando un repentino problema con los lazos. Y con las sandalias altas.* La risa más contagiosa de Acorn Hill me devuelve al presente—. ¿De qué te ríes?

—De que esa chica ha resultado toda una caja de sorpresas —dice mientras guarda el papeleo de la adopción en los cajones del mostrador—. Llega aquí con la necesidad imperiosa de marcharse escrita en la frente y dos minutos después me dice que quiere llevarse el galgo que Kadmus no se queda. Y ahí no acaba el asunto, resulta que es alérgica a cantidad de cosas, ¿y sabes lo que ha hecho? Coger al cachorro en brazos tapándose la nariz con la mano libre.

—¿Es alérgica a los perros? —pregunto con «inconsciente» en la punta de la lengua.

—No, a los gatos, pero tenía tanto miedo de estornudar como tendría un crío del hombre del saco. Es una suerte que los galgos no sean de los más peludos, en cuanto ha sabido que íbamos a sacrificarlas no ha dado su brazo a torcer —chista la lengua, sacude la cabeza y se pasa las manos por los ojos—. Es una pena que no vaya a quedarse en Acorn Hill, me ha encantado.

No solo la ha hecho sonreír en el día más gris de nuestra familia, si no que encima ha salvado una vida. Joder, estoy en deuda con ella.

—Podrías haberme llamado a mí.

—Tú ya tienes bastante de lo que ocuparte y además, donde caben un pastor alemán, ocho crías de labrador y sus padres, caben dos galgos más —dice la que va a acabar convirtiendo su casa en un

segundo refugio.

—Me alegra verte de buen humor, mamá.

—Ahora dime, tesoro —me pone las palmas contra las mejillas y aprieta como si aún fuera un niño—, ¿qué haces aquí tan pronto? Falta mucho para la cena.

La cena de aniversario, cada año nos reunimos y pensamos en lo que perdimos un día como hoy hace ya dos décadas. La visita al cementerio no es obligatoria, pero a veces nos acercamos a llevar flores. *Sé que ella lo hace a menudo.*

—Quería ayudarte —miro a mi alrededor cuando me libera—, este sitio necesita una limpieza profunda.

—Y tus excusas una mano de pintura.

—Si nos queda tiempo, podemos darles un repaso.

No oculto la razón por la que me he pedido la tarde libre y ella no hace hincapié en ello, así la balanza mantiene el equilibrio perfecto. Las puertas giratorias nos alertan de lo que la gravilla ya había anunciado justo cuando acabamos de limpiar la entrada.

—¿Levi-Ryan Diago? ¿Eres tú?

—Dichosos los ojos, ¿a qué debe la plebe el gusto de saborear tu presencia?

Augusta y Frances ayudan a mi madre con el refugio *My Happy Place* desde que lo abrió. Extiendo los brazos sin soltar las esponjas.

—He venido a echar una mano.

—¿No la necesitas para atrapar a todos esos delincuentes? —Augusta intenta levantarme del suelo y casi pierde el equilibrio.

Hace veinticinco años que no tengo diez, debería dejar de intentarlo.

—Me da que puede atraparlos con su encanto y sex-appeal —dice Frances juntando las muñecas para que la espose. Cuando me acerco hasta ella me obliga a agacharme hasta estar a su altura y me besa la mejilla—. ¡Debería ser un delito estar soltero con esta cara!

—Lo mejor será ponernos manos a la obra antes de que no dejéis de él ni las raspas y no tenga con quien cenar esta noche.

It's Raining Men suena a todo volumen mientras sacamos a los perros de las jaulas por turnos y las limpiamos. Horas después el local ha quedado impecable.

Mientras conduzco montaña abajo, me pregunto si se habrá ido. Dudo que Kadmus haya podido retenerla un minuto más. *Lo cual es una mierda de la que voy a estar preocupándome.* El atardecer vuelve lila el cielo y nosotros llegamos al restaurante diez minutos antes de la reserva. Iluminación cálida, mesas redondas con largos manteles blancos y centros de mesa coloridos. El *Mazel* se caracteriza por sus vistas al río en el que puede verse nadar a los patos, y unas bonitas

vistas de la montaña.

Acabamos de pedir cuando Walton Meithol aparece en nuestra mesa.

—Vaya, vaya, si es el policía más admirado de todo el estúpido Acorn Hill. —Pone una mano en mi hombro y aprieta mientras el olor a alcohol me inunda las fosas nasales—. ¿Tanto sacas a los contribuyentes que puedes permitirte cenas así de caras?

—No deberías beberte todo lo que vendes a tus clientes, acabarás en la calle sin un antro en el que caerte muerto. —Le aparto la mano —. Lárgate antes de que tenga que obligarte.

—Dejaste a muchos policías sin trabajo, Ryan —se inclina—, ¿ni siquiera tienes cargo de conciencia?

—En absoluto.

—Tu padre te despreciaría.

—No te lo repetiré otra vez, Walton. Lárgate.

—Ryan —pide mi madre en un tono que conozco muy bien, pero no las tengo todas conmigo.

—Oh, disculpa, ¡no había visto la foto y la vela en la mesa! ¿Todavía lloras por ese pringado que no tuvo tiempo de convertirse en una versión mediocre de ti?

Me levanto de la mesa, lo cojo por las solapas y lo arrastro hacia la salida. Los camareros se apartan con brusquedad y tres vasos caen al suelo despedazándose. Al llegar a los escalones de la entrada lo empujo, pierde el equilibrio y acaba con la cara en el asfalto. *A la altura que se merece.*

—Cuando te preparaste para entrar en la academia, ¿no aprendiste nada sobre lo que no hay que hacerle a un poli? —Me agacho al lado del gilipollas que iba a mi instituto—. ¿O es que tanto beber ha matado las pocas neuronas con las que naciste?

Alza la cabeza con rapidez, pero la esquivo antes de que dé contra mi mentón. Se pone en pie y con un solo movimiento, lo tumbo de nuevo. Me arden los puños con ganas de conocer su cara, pero me recuerdo qué clase de policía soy y lo que haría que Denek se sintiera orgulloso. Funciona, incluso en situaciones como esta.

—Si quieres que te detenga, Meithol, solo tienes que decirlo.

—Estás muy gallito, jefe —escupe la sangre que se le acumula en la boca.

—Sí, en mi opinión, necesita que le bajen los humos —corroboran una tercera y cuarta voz.

Los veo entonces. *Como no.* La pandilla de Walton Meithol sale de entre las sombras y detiene sus pasos en mitad de la carretera. Cinco contra uno. *No es un problema.* Miro al interior del *Mazel* y me cago en

la puta por tener que hacer esto ahora.

—Buenas noches Johnny, Cole, Deadmunt, Mike —empiezo a remangarme la camisa—, ¿he de suponer que habéis venido a tirar la basura?

—Las cosas deben volver a ser como antes, cuando nuestros padres protegían las calles. Acorn Hill se merece un jefe de policía mejor. —Cole ya tiene sangre en la camiseta, lo cual le sorprende a… *nadie*.

—¿Y las cucarachas van a encargarse de limpiar el pueblo? —oigo mi propia risa—. Admito que me encantaría ver eso.

Deadmunt ayuda a Walton a levantarse y luego se gira hacia mí.

—¿Cómo está Denek, Levi-Ryan? ¿Sigue muerto?

Lo he intentado.

Mi primer golpe se lo lleva Deadmunt y oigo el crujido de su nariz antes de que empiece a sangrar como un aspersor. Todavía está quejándose cuando Walton Meithol besa el suelo, esta vez llevándose un puñetazo de verdad que lo deja inconsciente. *Y eso que ni siquiera es mi derecha.* El puño de Cole está a punto de alcanzarme, pero Mike tira de él hacia atrás y se interpone.

—Eh, eh, tíos, ¡parad! ¿De qué vais? ¡Este no era el plan!

—Mucho me temo que el nuevo plan va a ser el calabozo.

Me ocupo de ellos y luego espero sentado en las escaleras hasta que las luces rojas y azules aparecen en la entrada del *Mazel*. Sé que una noche encerrados no les servirá de aviso, ni los hará escarmentar. Llevan tiempo tocándole las narices a medio pueblo y se me está acabando la paciencia.

En cuanto los meten en los coches patrulla vuelvo a la mesa. La vela se ha consumido y la mueca de Margarytha Diago se ha vuelto triste.

—Lo siento.

—Alguien debería curarte eso.

—Siento mucho lo de esta noche.

—No es culpa tuya, solo haces tu trabajo —dice y cada palabra es un cuchillo en el estómago. Incontables veces la oí decir eso mismo a mi padre—. Haber pasado la tarde con mi hijo compensa cualquier imprevisto. Anda, prueba la lasaña antes de que se vuelva una roca helada.

—Mamá, sabes que me gusta la pizza fría.

—Esto es lasaña, Ryan. —Estrecha la mirada—. No empieces.

—Antes solo estaba ganando tiempo para que esto dejara de echar humo. Sabes lo tonto que me siento cuando me quemo la lengua comiendo —abanico mi lasaña con la servilleta—, pero es evidente que he vuelto demasiado pronto. ¿Alguien ha sacado mi cena del

interior de un volcán o qué?

—¡Para! —se ríe, frenando mis manos—, ¡estará incomible!

—No debería intentar cambiar a su hijo, señora Diago.

La cena va bien a partir de entonces.

Camino con mamá hasta su casa y al volver a mi coche, me vibra el móvil en el bolsillo.

Mensaje de Kadmus

21:22: Siento que te hayan jodido la cena.

22:23: ¿Quieres oír algo que te animará?

22:24: ¿A que no adivinas quién se queda en Acorn Hill a pasar la noche?

Solo necesito tirar de un par de hilos para saber dónde está. La puerta es la número trece. Para mi suerte, la luz del salón está encendida cuando aparco y quito la llave del contacto. Masco mi chicle demasiado fuerte, a pesar de lo largo que ha sido el día, tengo ganas de sonreír. Golpeo la madera lila con los nudillos y contengo una mueca. *Soy gilipollas.*

—¡Voy! Ten cuidado, pequeña —oigo su voz y después un ladrido agudo—. Hoy he salvado a un bebé y a una perra de siete meses, que me pongan la capa y me dibujen, estoy lista para tener mi propio cómic. —La puerta se abre—. Empiezo a pensar que no hay más personas en este pueblo.

Sabía exactamente lo que iba a decirle, pero mi mente se petrifica y toda la sangre me baja hasta la polla. Lexi Love tiene sus mechones dorados y secos recogidos en lo que seguro que es una puta pinza en forma de lazo, pero lo que me preocupa más son las gotas que se deslizan por el cuello y terminan perdiéndose en la toalla que cubre su desnudez. *La hostia.*

—A-agente Diago, ¿qué hace aquí?

—¿Suele abrir la puerta desnuda a desconocidos?

—No estoy desnuda, ni usted es un desconocido.

—Si usted lo dice —mi voz suena ronca porque he olvidado cómo se respira—. Me alegra que haya recuperado las formas, aunque haya perdido la ropa. Venía a agradecerle que haya decidido quedarse.

—No lo he hecho —parpadea varias veces—, es decir, ha sido por necesidad. —Antes de que tenga oportunidad de explicarse mejor, el galgo sale de entre sus piernas para echarme un tímido vistazo y olisquear el aire cercano a mí mientras mueve la cola.

Me agacho, acerco la mano casi sin heridas para que la olfatee y

cuando lo hace, los pelos de su morro me hacen cosquillas. Su lengua rosada me moja la palma y entonces me atrevo a rascarle detrás de las orejas. Contenta, corretea alrededor de las piernas de Lexi.

Unas piernas infinitas.

—¿Decía? —pregunto irguiéndome de nuevo, analizando sus mejillas coloradas y sintiéndome bastante bien conmigo mismo.

—Estoy aquí porque no me ha quedado otra. Después de pasarnos horas en el veterinario, era demasiado tarde para llegar a Detroit a tiempo como para no perder el avión, así que le he dicho a Kadmus que se fuera a casa.

—Siento que haya perdido el avión, señorita Love.

Irritada, hace una respiración profunda. La forma en que sus pechos se ven aprisionados por la esponjosa toalla blanca no ayuda a que mi sangre circule. Murmura algo que no entiendo mientras sacude la cabeza.

—¿Disculpe?

—«Hay gran cantidad de hostales», eso fue lo que dijo, ¿puede explicarme en qué universo *tres* es una gran cantidad?

—¿No le gusta su estancia? —Miro hacia el interior mientras me apoyo en el marco de la puerta, haciéndola retroceder.

Tulipanes en la mesita de noche, papel amarillo en las paredes, grandes ventanales y cortinas del mismo lila que la puerta.

—No es eso de lo que me quejo.

—¿De qué se queja entonces? —pregunto, pero me responde con otra respiración abrupta—. En cualquier caso, le agradezco mucho lo que ha hecho hoy. ¿Ya le ha puesto nombre?

—No voy a ponerle nombre porque no voy a quedármela. —Las pequeñas orejas de la cría de galgo caen como si entendiera sus palabras.

—¿Le tiene alergia?

—No, pero trabajo muchas horas al día, fines de semana incluidos. Dejarla sola en mi apartamento de Manhattan todo ese tiempo es una crueldad que no se merece.

—¿Está intentando convencerme a mí o a usted misma?

—Es la verdad y punto. ¿Quiere algo más? —sujeta la puerta.

—¿Qué piensa hacer con ella si no va a quedársela?

—Buscaré a alguien que pueda quedársela antes de marcharme.

—¿Y si no lo consigue?

—Yo siempre consigo lo que me propongo, agente Diago.

—¿Está diciendo que quería quedarse aquí esta noche? —me regocijo cuando se le crispa el labio aún pintado de un sutil rosa—. Dígame, señorita, ¿la espera alguien en casa?

—Creí que el interrogatorio ya había terminado.

—No lleva alianza, he de suponer que en caso de que tenga mujer o marido, no está casada.

—¿Y a usted qué le importa? —Se enfada más.

—Me gustaría saber la razón por la que su seguridad no es su prioridad. No me creo que sea por el trabajo y acaba de dejar claro que no tiene más mascotas, así que por descarte si tantas ganas tiene de volver a Manhattan, debe ser por alguien especial. Alguien que la está haciendo actuar de forma irracional.

—Sí es por trabajo, es mi pasión.

—Si no puede ocuparse de sí misma, señorita Love, mucho me temo que no es una pasión, sino aquello que la convierte en una esclava.

—¡Basta ya con tanto señorita Lov…! —pierde el equilibrio cuando el animal de cuatro patas le pisa la chancla.

Hace un gesto brusco y desesperado para no caerse, provocando que la toalla se suelte. Antes de que se caiga de espaldas y lo haga desnuda, actúo. Entro en la habitación, la rodeo y le doy un tirón atrayéndola hacia mí. Pongo una mano en su espalda y la pego contra mí cuerpo de tal forma que la toalla queda pillada entre ambos.

Pasa un segundo. *Otro*.

Sus labios entreabiertos son lo único que veo porque si bajo más la vista y me topo con las curvas que noto con toda clase de detalle, voy a acabar con una erección de campeonato. Una ráfaga de calor más tarde, me doy cuenta de que oírla jadear no me lo está poniendo fácil precisamente.

—Me voy a alejar despacio y tú…

—No, no te muevas —me clava los dedos en los bíceps y el olor a vainilla me da mucha hambre—, dame un segundo para pensar. —Se lo doy y tiene la osadía de fruncirme el ceño—. ¿Por qué sonríes así?

—¿Por qué te estás poniendo como un tomate?

—¿Acabas de tutearme?

—¿Todas las chicas de ciudad se aprovechan de la buena voluntad de los policías?

—¿Aprovech…? —resopla—. ¡No me estoy aprovechando! Será posible, ¡te he pedido un segundo para poder pensar cómo salir de esta sin morirme de la vergüenza!

—Me da que ya es tarde para eso, Rapunzel —digo mientras maniobra.

Y con *maniobrar*, quiero decir que *sus caderas entran en juego.* Cierro los ojos con fuerza y aprieto los dientes intentando pensar en otra cosa, pero acabo apretándola contra mí para que pare.

—La puerta está abierta y si te apartas, cualquiera que pase me verá desnuda —jadea enfadada y vulnerable.

—Puedo darle una patada a la puerta y cerrar los ojos.

—No me fío de que los cierres. —Se tensa cuando oye mi risa—. Es evidente que tu irritante costumbre de no responder a ninguna pregunta no es lo más molesto de tu personalidad.

—Si no dejas de moverte, no vas a ser la única que no salga bien parada de esta.

—¿Qué quieres decir? ¿Puedes dejar de sonreír un momento y contestarme?

—Dudo que te gustara la respuesta y estoy de servicio, no sería apropiado —le doy un tirón y la mantengo en el sitio cuando vuelve a moverse despertando a la bestia—. Esto es lo que vamos a hacer, Lexi: te voy a levantar, te voy a llevar hasta la cama y te voy a tumbar en ella. Yo no te veré y podrás colocarte la toalla en cuanto te suelte.

Duda un par de pulsaciones, maldice unas cuantas veces, pero cede.

—Está bien —me gruñe.

—Te advierto que voy a tener que cogerte para que…

—¡Haz lo que tengas que hacer, pero hazlo rápido!

Bajo las manos hasta su culo y la levanto un palmo del suelo, lo mínimo para moverla sin que la toalla se caiga. *Redondo, firme, de la clase de culo en el que cualquier tío querría hundir la cara. Joder, vaya día.*

—Espera —dice cuando la parte posterior de sus piernas llega a la cama—, si te apartas ahora se caerá.

No me ha entendido. Me inclino con ella y desvío la mirada no porque no quiera verla, que quiero, sino porque no soy un puto pervertido y no me tomo licencias que no me he ganado. Lexi acaba tumbada en la cama y yo me aparto de ella en cuanto puedo.

—Gracias —dice poniéndose de pie a mi lado con la toalla bien puesta.

—No hay de qué. —Compruebo que no hay nadie en la puerta y que esto no será el cotilleo de mañana, luego vuelvo la vista hacia ella —. Me gustaría que reconsideraras quedarte unos días.

—Ni siquiera tengo mi maleta, sigue en Detroit —se le hunden los hombros—, he tenido que llamar al hotel y pagar una noche más para que no la manden a objetos perdidos. Y por si no lo he dejado claro, mi trabajo me importa.

—Lo sé, lo entiendo, pero tú seguridad debería…

—Tú quieres que me quede y yo quiero irme. Es una pena que no haya una manera de que ambos tengamos lo que queremos. Me iré por

la mañana.



5

Lexi

Siento sus enormes manos aferrándose a mi culo y abro los ojos intentando escapar de la sensación, pero no es un sueño. *La toalla a punto de traicionarme, mis pezones endureciéndose por su culpa mientras la fresca brisa nocturna seca las gotas de mi cuello. La intoxicante cercanía. Su odioso «señorita Love», y el horrible y recién descubierto horror de oírle pronunciar mi nombre de pila con esa voz ronca que repito en bucle.*

—Nunca en la vida he estado tan incómoda. Qué ganas tengo de irme de aquí. —Me desperezo tras un sueño poco reparador y muy intermitente, y un par de orejitas puntiagudas llaman mi atención sobresaliendo del cojín morado a mi lado—. Buenos días, Lady Sin Nombre, ¿has dormido bien? Hoy vamos a buscarte unos buenos dueños, ¿a que sí?

Ladea la cabeza, como si no entendiera el concepto de la re-adopción. Salta del cojín a mi estómago y se da la vuelta, aterrizando con las patitas al aire. Me arranca una carcajada. Cuando la ayudo a colocarse, trepa hasta mi cara y me lame las mejillas. Me levanto antes de aburrirla con mis juegos repetitivos de «¿quién tiene cosquillas?», y voy al baño. No puedo evitar fijarme en el cursi cuadro de flores, las tres mini macetas de cerámica con girasoles y que todo combina en este maldito lugar.

—Alguien es un psicópata —canturreo mientras utilizo el champú de coco y miel que está a punto de metérseme en los ojos mil veces y ni siquiera huele tan bien.

Bueno sí, pero lo odio igual.

Me visto con la misma ropa de ayer y el broche de mi sujetador se rompe. No porque sí, sino porque el encaje ha sido mordisqueado. Mis mejillas se calientan, me tapo la cara y ahogo un grito.

—No va a pasar nada, lo de ayer fue un momento de debilidad, un

descuido. Mis pezones han aprendido la lección. —Hago respiraciones cortas mientras *Crazy In Love* de *Beyoncé* suena de fondo—. Una consecuencia de estar muy enfocada en mi trabajo y olvidarme de las necesidades de mi cuerpo, nada más. —Más respiraciones cortas.

No tengo maquillaje con el que embadurnarme, así que hoy toca aparentar tener siete años. *Las cosas solo pueden ir a mejor.* Lista y preparada, me arrodillo en la suave alfombra mientras pienso en lo raro que es que, pese al millón de ácaros y suciedad oculta que seguro que tiene, no he estornudado ni una vez. Lady S-N viene a saltarme encima con sus patitas demasiado diminutas como para ser tomadas en serio.

—Esto es lo que vamos a hacer, pequeña. Vamos a dar un paseo y vamos a hacer amigos para ti, ¿vale? Tu única tarea será ser adorable, ¿crees que podrás hacerlo?

Su lengua diminuta chupa la punta de la nariz y convierte mi pregunta en una retórica.

Mensaje de Ashia:

07:10 No me puedo creer que haya llegado el momento en que Lexi Love me pida un día libre.

07:13 Disfruta, que te lo has ganado!!

07:15 Espero que mañana tengas al menos una anécdota loca que contarme :)

Estoy bastante segura que de contarle la situación aceptaría que me tomara un descanso más largo, porque Ashia tiene un hijo y sabe lo que es preocuparse en exceso por minucias. Pero no puedo arriesgar el ascenso, ahora no. *Nadie va a regalarme nada y aunque la meta esté cerca, todavía me quedan batallas que luchar. No voy a parar hasta conseguirlo.*

Salimos poco después del amanecer y me sorprende lo llenas que están las calles. Cualquiera diría que las peculiares tiendas, que alcanzan su máximo aforo con seis o siete personas, cierran a eso de las ocho de la mañana. Me encandilo con las montañas interminables, los árboles de ese color verde intenso, el olor a verano y el silbido del río que serpentea por delante tuyo cuando menos te lo esperas. *Todas las postales de pueblo-rústico-mágico han sido sacadas de aquí*.

Me doy cuenta de que mi don de gentes se ha visto resentido cuando me cruzo con dos ancianas con cara de querer mimar a un galgo y no hago nada. *Venga, tú puedes, hazlo por ella. Solo te tiene a ti.* El retortijón emocional se convierte en el pistoletazo de salida. Me

acerco a cinco personas que pasean a sus propios perros, algunos grandes y otros más a ras del suelo. *No. Consigo. Nada.* Espacio o dinero, siempre hay alguna razón por la que no pueden quedársela.

Nuestros pasos nos llevan hasta una calle sin salida donde se encuentra una pequeña casa que a diferencia del resto, no está en muy buen estado. La mosquitera de la puerta está desencajada, una de las ventanas del piso de arriba está rota y decir que la fachada se encuentra algo desconchada es ser muy generosa. El hombre sentado en el porche con heridas en la cara y una cerveza en la mano, me mira de arriba abajo como si fuera su postre favorito.

—¡Walton Meithol! Te he pedido que compraras el desayuno a Easton, ¿qué mierda haces vagueando, pedazo de borracho? —Una mujer muy arreglada, pero con la vulgaridad asomando de su garganta abre la puerta de casa con un golpe seco provocando que la mosquitera se desprenda—. ¿Es que tengo que repetirte todo mil veces?

—No, pero te gusta. —El tal Meithol sonríe en mi dirección antes de dar otro trago a su botellín y tirarlo en mitad de su jardín.

Los ojos de la mujer con perlas en el cuello y chanclas en los pies caen sobre nosotras y «rabia» se queda corto para definir lo que veo.

—¿Y tú qué miras? —me grita la que no sabría lo que es la elegancia ni aunque le mordiera en el culo—. ¿Es que tengo monos en la cara? —Se gira hacia su marido y le da un golpe en el hombro—. ¿Y tú por qué la miras, si ni siquiera es guapa?

—A tu lado lo parece.

Me parece oír algo sobre pasar la noche en los calabozos, pero no me paro a asegurarme, Kitty y yo damos media vuelta y salimos de allí. *Kitty no, Lady sin nombre.* Kitty es cómo habría llamado a mi gata de haber podido tenerla cuando era una chiquitaja. Pero ni L-S-N es una gata, ni yo soy su familia.

No dejo que las negativas, ni la sensación de fracaso me amilane. Miro a esas orejitas que van dando botes a cada paso y pienso en que yo sí podría cuidarla, alimentarla y asegurarme de que nadie la abandone.

—Pero quiero que tengas una vida mejor que eso —me agacho para acariciarla y ella reacciona con una gratitud desmedida.

Entro en una cafetería ambientada en los ochenta cuando veo que los dueños tienen hijos. Mientras ella se entretiene jugando con las baldosas blancas y rosas, yo busco a la persona más vulnerable. Salgo cinco segundos después de encontrarla.

—Nop, nop, nop —tiro de Kitty hacia fuera después de ver al mayor de sus hijos colgar de un perchero al menor—. Ni de broma.

Ahí no te dejo.

Acabo en una tienda de comida para perros, no sé cómo, y le compro una galleta especial que tiene forma de hueso. Le vuelve loca. Giro la calle y casi me estrello contra un poste por culpa de la *adorabilidad* del galgo. Al levantar la cabeza las gotitas de sudor de mi espalda se congelan. En un cartel impreso de «se busca» está la mujer que me pidió cuidar a su bebé. *No es posible. Incluso tiene una recompensa. Kate Delox.* Busco ese nombre en internet, pero no aparece nada. Busco Luna Delox, pero tampoco aparece nada. Un ladrido me obliga a volver al asunto que me ocupa, guardo el teléfono y llegamos a un colegio.

—*Mida,* mamá, ¡un *pedito*!

—No, hijo, déjalo, ¿no ves que es muy pequeño? —pregunta la madre tirando del niño para que no se acerque a Kitty.

Digo Lady. En ese instante lo veo, el labrador con el pelaje cortado en diferentes medidas, un collar de zafiros de plástico y un corazón dibujado en el morro. No sé cómo, Kitty pasa a estar en mis brazos y aunque me mancha la blusa, no soy capaz de que me importe. De repente, mi espalda choca contra algo duro como una piedra. Al darme la vuelta veo que esa piedra corresponde al pecho de Levi-Ryan Diago.

—Buenos días, Lexi —dice Kadmus Winchester—. Veo que has sobrevivido a una noche entera en Acorn Hill, es increíble. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien, gracias —contesto pasando por alto su tono de burla. *Me cae bien*—. Buenos días a los dos.

Los ojos oscuros de Levi-Ryan se centran en mis brazos y en el galgo que está a punto de dormirse en ellos. La dejo a mis pies en el suelo porque sostenerla un segundo más acabaría creando un vínculo que no quiero. Lo considero un ataque personal cuando Kitty apoya la cabeza en mi bota como si pretendiera matarme usando mis propias emociones como espada. *Lady, he dicho Lady Sin Nombre.*

—Las niñas han insistido en traer a la nuestra hoy, espero que nadie la pise —dice Kadmus, entonces veo a las trillizas correteando entre la gente con el nuevo miembro de la familia.

Están en su salsa, en su propia burbuja donde las nubes negras de tormenta no tienen cabida. *Qué recuerdos.* Siento una mirada penetrándome la mejilla. Intento evitarlo, pero el aire se carga de electricidad y el impulso es más fuerte que yo. Al mirarle compruebo que sus ojos están en mis labios y solo entonces me doy cuenta de que estoy sonriendo. Él no. La intensidad en el rostro de Levi-Ryan Diago lanza un relámpago directo a mi…

—¿La afortunada ya tiene nombre? —pregunta Kadmus trayéndome de vuelta.

—Kitty —suelto aturdida.

Un ladrido de aceptación suena junto a mis pies. *Vaya por dios.*

—¿Kitty? —repite el agente Winchester, escéptico.

—Sabe que no es una gata, ¿verdad, señorita Love? —Su voz profunda me obliga a cruzarme de brazos—. ¿Tiene problemas para diferenciar las especies de animales?

—¿Hay algún nombre para eso? —le pregunta Kadmus.

—A mí se me ocurren un par.

—¿Cómo has llamado a la tuya, Kadmus? —intervengo ignorando deliberadamente al indeseable.

—Eulalia.

—Papi, papi, ¡ya han abierto las puertas! —dice Samantha reapareciendo, tirando de la manga de su padre para que las acompañe hasta sus hermanas—. ¿Podemos entrar a Eulalia a clase?

Mientras Winchester le dice que ni se le ocurra, sus otras dos hijas se despiden de Levi con la mano. Y no solo a Levi. Las tres me miran al tiempo y me sonríen con timidez haciendo que algo me tiemble en el pecho. *Uy que peligrosas son estas tres.*

—¿Eulalia? —repito cuando estamos solos.

—Está claro que esas pobres criaturas no salen de una desgracia para meterse en otra. —Su mirada se vuelve fría cuando se empeña en atravesarme con ella—, ¿qué hará si no encuentra a nadie a quien regalársela?

—No me rindo fácilmente, agente. —Le hecho un vistazo de verdad —. ¿Y qué hay de ti? ¿No puedes adoptarla tú?

—Yo ya tengo un perro.

Puedo imaginarme qué clase de animal tiene: uno comprado en la perrera más lujosa del estado, que mida casi lo que él y que sea igual de problemático. *Pensándolo bien, no quiero eso para Kitty.* Muevo la correa para que eche a andar, pero mis pasos se detienen cuando vuelvo a toparme con sus pectorales. Otra vez.

—Supongo que le gustará saber que hemos encontrado a alguien con quien dejar el bebé y van a venirlo a buscar esta misma mañana.

—Oh, ¡qué buena noticia! ¿Con quién? ¿Algún familiar?

—Me temo que esa información es parte de una investigación en curso y no puedo compartirla.

—Perdona, ¿tienes vidas extra? Porque esta te la estás jugando.

—¿Disculpe?

—No, no te disculpo. —Tiro de Kitty y echo a andar para que segundos después una mano me rodee el antebrazo y encienda mis

sentidos.

—Preséntese en comisaría dentro de una hora.

—Adivino, tiene más preguntas.

—La llevaré de vuelta a Detroit. ¿Es lo que quiere, no?

Preferiría que lo hiciera Kadmus, pero si lo propongo y me dice que debe realizar tareas directamente relacionadas con la dichosa investigación en curso, igual lo asesino.

Cuando llego a comisaría, Bill está tras la recepción.

—¡La mujer del momento! A usted quería verla, señorita Love.

De sus labios no surge el mismo efecto.

—¿A mí? ¿Por qué?

—El bebé tiene hambre desde hace rato, pero le asusta mi barba y mi cara en general. Así que no hay manera de que coma, ¿cree que podría ayudarme?

Está claro que he venido a Corn Ville a hacer todo lo que no he hecho en mi vida. Ocupo una silla libre de la zona de espera, acerco la trona que fijo ha visto tiempos mejores y me hago con la papilla y la cuchara con forma de avión.

—¿Te acuerdas de mí? —canturreo y se ríe. *Se acuerda.* Cojo una buena cucharada de papilla y la acerco a su boca—. ¿Quién tiene hambre? ¿Quién la tiene?

Él no, al menos no lo demuestra. Después de siete minutos de estrepitoso fracaso averiguo una técnica infalible: la carcajada de villana Disney. Se vacía la mitad del frasco a una velocidad asombrosa.

—¿Ha hecho usted teatro, señorita Love?

—No, pero he tenido hermanastras pequeñas. —*Puede que fuera un medio moco cuando daba de comer a Amy, pero mis técnicas eran infalibles.*

Aún recuerdo la vez que la hice reír tanto que nos contagió al resto y a Nina le acabó saliendo la leche del desayuno por la nariz.

Estoy con la última cucharada en la mano y la carcajada perversa rebotando en mi garganta, cuando la puerta de delante nuestro se abre. Levi-Ryan Diago aparece con una despampanante mujer pelirroja y el bebé no alcanza la cuchara porque me quedo petrificada. Seis pares de ojos se posan en mí y la humillación se hace tangible. *Que la tierra me trague y escupa lejos de aquí, por favor.*

—Gracias de nuevo, Ryan —dice la pelirroja poniéndole una mano en el brazo.

—No hay de qué, Melisa. Vuelve cuando lo necesites.

Claro, a ella sí que la tuteas, ¿no?

—Que tenga un buen día, señorita Dolson.

—Y tú, Bill.

La mujer de ajustado vestido ocre se va moviendo las caderas y me pregunto qué rutina de ejercicios tiene para lucir semejantes curvas. Desaparecen en dirección a la salida y mientras remuevo la papilla con la cuchara mi curiosidad me traiciona.

—¿Su mujer?

—Nada más lejos de la realidad, señorita Love. El agente Diago está soltero.

Lo dices así y parece que me interese por él en vez de por quién es ella.

—Solo era curiosidad. —*Curiosidad de por qué una chica tan guapa tomaría tan malas decisiones.*

No le miro, pero todo mi cuerpo sabe el momento exacto cuando vuelve. No sé cómo lo hace, pero desequilibra el ambiente. Altera la presión atmosférica. Me resulta imposible no ahogarme en el olor sensual y amaderado cuando el agente Diago ocupa la silla a mi lado.

—Podría abrir una consulta, jefe, fijo que se forraría —le dice Bill —. Su buzón de agradecimientos siempre es el más lleno.

—Eso es porque es el que más trabaja y quien, casualmente, tiene mejor culo —dice Cassie pasando de largo.

Doy fe de que es cierto.

—¿Está lista? —pregunta Diago.

—¿Para qué? —Acerco la cuchara a la boca del bebé, pero la cierra.

Pasa un instante. *Pues será para volver a casa, ¿no, Lexi?* El bebé empieza a llorar.

—Me parece que va a tener que hacer la risa de bruja mala para que funcione, señorita Love —acerca la mano a mi rostro, coge un mechón rebelde que se ha escapado de mi lazo y lo coloca detrás de mi oreja—. Si le da reparo, me alegra hacerle saber que esa sala de ahí no está insonorizada.

N-no. Noooooooo. ¡¿Lo ha oído todo?! Lo fulmino con la mirada y me topo con un iris de materia oscura que hace saltar todas mis alarmas.

—No sé por qué ese detalle iba a ser relevante en absoluto.

Mi naturaleza competitiva resulta avivada cada vez que estamos cerca. Sus estúpidos labios gruesos y dignos de un modelo de relojes caros están a punto de curvarse y mi corazón se salta un latido al prever la sonrisa. *Una que jamás llega.*

—¿Seguro que no se conocen de antes? —Bill está con ambos codos sobre la recepción.

—No he tenido la desgracia —murmuro.

—¿No tiene informes que rellenar, agente Bukfire? —vocifera

haciendo que sus palabras retumben en mi interior.

El bebé decide darse por vencido en sus sueños de conseguir la última cucharada y procede a limpiarse la boca restregándose contra la manga de la camisa de Levi-Ryan. La carcajada que sale de mi garganta no es de villana.

—¿Acabas de usarme de servilleta, chaval? —Levi se levanta despacio, como un puma, y le lanza una mirada intensa al bebé, que aplaude y se ríe con una carcajada contagiosa—. ¿Me vas a obligar a buscar las esposas más pequeñas de comisaría?

Percibo la tirantez en toda mi anatomía, la reconozco y sé que me está mirando, pero no puedo parar de reír, ni el bebé de aplaudir.

—Agente Diago, ¿podemos compartir unas palabras? —pregunta Cassie caminando hacia el despacho del jefe, lanzándome una mirada de pocos amigos—. Tal vez pueda aprovechar para cambiarse de uniforme.

—Nos iremos en dos minutos, señorita Love —se las apaña para parecer enfadado.

Me limpio las lágrimas en el pañuelo que me ofrece Bill porque, claro, Levi-Ryan Diago se ha llevado su camisa.

6

Levi-Ryan

Lexi ya está subida en mi coche cuando abro la puerta del conductor. La cierro un poco más fuerte de la cuenta y da un respingo. *Admito que siento cierto placer al ser quien disturbe su paz.*

—¿A dónde vamos? —pregunta cuando ve que tomo un desvío y me salgo de la carretera principal para coger la que sube a la montaña.

Lo pregunta como si aceptara que la estoy secuestrando.

—Necesito hacer una parada antes de marcharnos —miro el animal en su regazo—. Le advierto que no le permitiré abandonarla en mitad de la carretera.

—Si no voy a quedármela no es porque no la aprecie, sino porque creo que una familia con hijos y jardín podría cuidarla mejor que una adicta al trabajo con un apartamento. Darle una vida más divertida y plena. En ningún caso pienso abandonarla.

Por cómo se la pega al pecho, juraría que tampoco regalarla a esa familia hipotética. *Y ya estoy pensando otra vez en ellos. En los mismos que sentí ayer contra mí y no puedo dejar de imaginarme. Los pechos que he soñado metiéndome en la boca.* Aprieto el volante y despejo la mente.

—El motor vibra cuando coges rotondas, necesitas un ajuste en tus inyectores.

—Así que sí le apasiona su trabajo.

—Desde luego. La idea de mejorar los coches tal y como los conocemos es mi propia versión de la vida Disney. —Baja el tono—. Pero eso no pasará hasta que me asciendan y tenga mi propio equipo, y pueda mandar y decidir en qué gastar recursos, y… —se calla.

—Lo quiere de verdad.

—Ya lo creo. Estás hablando con una persona que se pasó tres semanas perfeccionando el que, sin duda, es el mejor volante del mercado. Dame fondos ilimitados y cambiaré el mundo.

—¿Qué tiene de especial ese volante?

—El SXZ es ajeno a los cambios de temperatura, corrige incluso los errores del piloto automático y tiene luces.

—Luces, ¿eh? —Me vibran los dedos cuando pongo una mano en su respaldo y doy marcha atrás.

—¿Q-qué estás haciendo…? —pregunta como si la hubiera traído hasta mi regazo para besarla.

Observo por la luna trasera el límite de la carretera y procuro no arrojarnos por el barranco. Giro rápido el volante y nos saco del cruce comprometido. Al centrarme en ella veo que tiene las fosas nasales dilatadas, los ojos de avellana ocupando gran parte de su cara y una rojez que le sienta muy bien a sus mejillas.

—¿Todo bien, Rapunzel?

—No puedo morir aquí. —Se aferra a su cinturón y a Kitty—. Los coyotes se comerán mis restos.

—No hay coyotes en Acorn Hill.

—Daisy, Nina y Amy no tendrán nada que enterrar.

—Sería una pena, ¿quiénes son Daisy, Nina y Amy?

—Tres mujeres que, si me pasa algo, harán lo que sea con tal de darte caza y hundirte en la miseria. —Me fulmina con tal fiereza que me atraviesa a mí y a todos mis antepasados.

—Para eso los coyotes tendrían que hacer distingos con mi cuerpo y dudo que fuera a darse el caso. —Se me curvan los labios y espero su siguiente comentario, pero no llega. El estupor ha desaparecido de su delicado rostro cuando la miro. Engullimos metros de carretera de tierra y ella sigue con los ojos fijos en mi boca—. ¿Ocurre algo?

—No, nada… solo que… —carraspea y sacude la cabeza—. Entiendo todo el rollo de policía duro y distante, pero…

—¿Duro y distante?

—Pero deberías sonreír más a menudo. En serio.

Me señalo y alzo las cejas.

—¿Se está propasando conmigo?

—¿Pr-propasándome?

—Señorita, no sé qué clase de policía cree que soy, ni a lo que estará acostumbrada en la ciudad, pero aquí no hacemos esa clase de baile cuando la música empieza a sonar, ¿nos entendemos?

—¡Pero yo no pretendía…!

—Fingir inocencia no la salvará, señorita Love. Le pido que se contenga.

Gruñe con todo su ser y se pone una mano en la frente ocultando su mirada.

—¿Puedes conducir en silencio?

—No, lo siento, es que ya hemos llegado. —Pongo el freno de mano, me desabrocho y salgo del coche.

Entro en mi casa y no me sorprende que no me siga. Claramente algo positivo, seguro que su olor se impregnaría en las paredes causándome problemas durante meses. Lleno un cuenco de su comida y después silbo, aunque no hace falta. Sus patas ya se acercan a toda velocidad.

—¿Estabas en el jardín de atrás jugando? —Me arrodillo y me salta al regazo—. ¿Por eso no has corrido a saludar? —ladra una vez y mueve la cola como si no me hubiera visto en cinco días mientras le rasco por todas partes—. Hoy volveré tarde, tengo que ir a la ciudad, pero te he dejado comida de sobra y si te aburres siempre puedes ir hasta el jardín de la señora Danzel y… —Otro montón de patas llegan hasta mí. *Esos dos no son mis perros.* Me doy cuenta entonces de que la cocina está llena de manchas de barro. *Me cago en la puta.* Me enderezo y cruzo de brazos—. ¿Esto haces con mi voto de confianza, tío? No te hice una puerta del tamaño de tu culo para que me traicionaras así, haciéndote amigo de los únicos que caben por ahí.

Hotdog se sienta sobre sus patas traseras y pone cara de saber lo que es la culpa y sentirlo mucho. Le doy la espalda y salgo de casa. Finjo que no le veo mientras camino hacia el coche a zancadas y él se dedica a correr en círculos a mi alrededor. Su desesperación hace flaquear mi endeble castigo.

—Vale, vale, compórtate, te perdono —le acaricio para que se tranquilice, pero sigue eufórico.

En su línea.

—¿Es tuyo? —pregunta dentro del coche, con las ventanillas subidas. Finjo no oírla, así que refunfuña y baja la ventanilla—. Pregunto que si es tuyo.

No contesto. Intento lidiar con lo que veo. *Parece querer coger a mi perro en brazos, poner voces agudas y darle cariño. Lo cual me pone celoso.*

—¿Cómo se llama? —insiste mientras se aferra a la puerta del coche policía sin bajarse, como si temiera que mi perro se convirtiera de repente en un mastín tibetano—. ¿Como te llamas bonito?

—Hotdog no puede hablar, ¿lo sabes, no?

—¿Le has puesto Hotdog a un perro salchicha? —Su cara se contrae con una mueca imposible.

—Cuidado, señorita Love, su cara podría quedarse así para siempre. —Miro a mi perro, deseoso de hacer nuevos amigos.

Necesitado montón de pulgas. En ese momento, Kitty salta desde la ventanilla y aterriza frente a Hotdog. Antes de que Lexi pueda siquiera

desabrocharse el cinturón, se han saludado, se han olido y proceden a revolcarse el uno por encima del otro. *Amor a primera vista.*

Veo a los dos chihuahuas de la señora Danzel corretear por el jardín de atrás y los señalo.

—A jugar, chico, ve. —Lo mejor es que ella sale corriendo detrás de él, la cojo de milagro. Paso a Kitty por la ventanilla y la devuelvo a su dueña—. Tranquila, Rapunzel, es inofensivo.

No puedo decir que no me divierta verla agitada. Me subo al coche y agradezco el aire acondicionado.

—¿Puedes dejar de llamarme eso? —pregunta aferrándose a la ventana como Kitty con tal de ver unos segundos más a *mi* perro correr a ocultarse detrás de *mi* casa—. Es una incoherencia, ella tiene el pelo larguísimo y a mí no me pasa de los hombros.

—Al final de la película no.

—¿H-has…? ¿*Tú* has visto la película? —Las conexiones neuronales de su cerebro proceden a fallar en mi cara.

—Sí, es que soy el padrino de unas niñas muy persuasivas.

—¡¿Acabas de contestar a una de mis preguntas?!

—*Jesús*… —nos saco de allí antes de que la horda de perros nos retrase.

Llevamos quince minutos en silencio y casi puedo imaginarme que no está en el asiento de al lado. Casi puedo centrarme en otra cosa que no sea lo bien que huele o lo bien que me sentí teniéndola pegada al cuerpo. Agradezco tanto la repentina tranquilidad que cuando cruzamos la arboleda me atrevo a soñar que el resto del camino a Detroit será así.

—¿Sabes? No entiendo a qué viene esa constante actitud pasivo-agresiva por tu parte y ese empeño de evadir mis preguntas y de fingir que sabes mejor que yo lo que debería hacer o dejar de hacer.

Joder, está claro que el rollo de la manifestación no es lo puto mío.

—Solo quiero volver a mi trabajo y siento si eso te cuesta el ascenso, pero yo también me juego mucho. No tienes que castigarme con tu gélida indiferencia y tus irritadas exhalaciones.

—Soy el jefe de la policía de Acorn Hill.

—Y te estás jugando a serlo de un pueblo mayor, ¿verdad? Pues yo no tengo la culpa de que vaya a retrasarse su felicidad.

—No estoy interesado en aceptar trabajo en ningún otro territorio.

—¿Cómo es eso posible?

—Acorn Hill es mi hogar. —Nos adentramos en la entrada del pueblo, abrazada por un mar de girasoles.

—Yo crecí en Inglaterra, no soy de Manhattan y tampoco creo que me quede allí mucho tiempo. —Carraspea cambiando repentinamente

el tono—. Ya que estás contestado a mis preguntas, ¿puedo hacerte otra más personal?

Iba a utilizar este tiempo para saber más de ella, husmear para comprobar si mi instinto me falla y no es inocente como creo. Así que no es mala idea fingir ser amigos.

—Adelante.

—¿Es cierto que recibiste un disparo por Kadmus por un error que él cometió?

La conoce desde hace cinco putos minutos y ya tiene que estar rajando.

—Algo así —digo y se limita a mirarme, incluso Kitty parpadea expectante en mi dirección. *Joder*—. Ocurrió en Lonville, estaban robando en una gasolinera. Nos pilló de vuelta a casa. Le pedí a Winchester que no saliera del coche hasta que identificáramos cuántos eran, pero vio que sacaban un arma a la cajera y actuó. Fue la primera y la última vez que desobedeció una orden directa mía. —Una mano gélida se aferra a mi nuca mientras la cicatriz de mi brazo izquierdo me quema en su recuerdo—. Lo teníamos todo controlado hasta que dos más salieron de los servicios, pillándonos desprevenidos. Winchester estaba protegiendo a la civil y no veía lo que pasaba a su espalda… —pasó muy rápido. Tanto, que creí que no tendría oportunidad de intervenir—. Al final salvamos a la mujer y los vivos fueron a la cárcel.

—Es curioso que lo cuentes de esa forma.

—¿De qué forma?

—Como si él fuera el héroe —la oigo sorber por la nariz y cuando la miro tiene los ojos inundados—. Recibiste un disparo por Kadmus a pesar de que el error fue suyo. Acabaste en el hospital y te centras en que salvasteis a la civil como si tú no fueras un ser humano que merece protección.

—Para. —Aprieto el volante con fuerza—. No hagas eso.

—¿Que no haga el qué? —sorbe—. ¿Vuelves a tutearme?

—No llores.

—No estoy llorando, pero es que es triste —una vez más ignora lo que le digo—. La vida es muy frágil. Podíais haber muerto los dos, ¿y todo por qué? ¿Por lo que había ganado esa gasolinera durante el día? Dios, vuestros seres queridos lo tienen muy difícil, yo no podría aguantar la angustia.

—Pasó hace mucho tiempo, ambos estamos bien. Cierra el grifo —se tapa la cara como si ocultarlo sirviera de algo. *Prefiero recibir otro disparo.* Busco pañuelos y le ofrezco un paquete entero—. Joder, Lexi.

—Estoy bien, no los necesito.

—Mentirosa.

Kitty se dedica a apartarle las lágrimas a besos y reconozco que ella hace un esfuerzo en aguantarse.

—¿La recuperación dolió mucho?

—No pienso contestarte a ninguna pregunta más del tema, vas a asustar a Kitty. *—Sin maquillaje su rostro es más dulce, más infantil. Y pese al aspecto refinado de su vestimenta, no le ha importado cargar con Kitty aunque eso supusiera quedar manchada. No me parece la clase de persona que andaría con Luna Harp—*. Si te frotas la nariz con tanta fuerza se te acabará desprendiendo.

Sacude la cabeza, me devuelve el paquete y sus dedos acarician con suavidad los míos. Los sigo notando cuando vuelvo a coger el volante.

—¿Quién es Kate Delox? —suelta de repente y casi tenemos un accidente—. Guau, ¿significa eso que no vas a responder?

—Has visto los carteles.

—Sí, era la misma mujer que conocí ayer. La misma a la que Kadmus y tú llamasteis Luna. —Acaricia a Kitty que se está quedando frita en su regazo—. Sé que es parte de una investigación, pero, ¿no hay nada que puedas decirme?

—Se hizo pasar por quien no era al llegar a Acorn Hill.

—¿Entonces se llama Luna Delox? La busqué en internet y no había noticias al respecto.

—Lexi, olvídate de lo que ha pasado. Cuando vuelvas a Manhattan, vuelve a tu vida como si nunca hubieras pisado Acorn Hill. Será lo mejor para todos.

—Si lo dices así de serio me vas a hacer pensar que la mafia está involucrada.

Sacudo la cabeza.

—Lo mejor que puedes hacer es volver a enfocarte en tu trabajo. —*Así no atraerás atención indebida y si alguien está vigilando, acabará creyendo que todo fue casualidad.*

—Creía que lo mejor que podía hacer era quedarme en Acorn Hill, donde Levi-Ryan Diago pudiera protegerme.

Aprieto el volante. *Me encargaré de hacerlo, estés donde estés.*

7

Lexi

Veo su espalda ancha digna de un quarterback entrando en mi habitación de hotel en Detroit, dejo a Kitty en el suelo, y por primera vez en horas hago una larga exhalación. Viajar al lado de Levi-Ryan Diago ha sido la peor de las torturas, para empezar… conduce *muy* bien.

Ya me di cuenta la primera vez que fui su copiloto, pero esta vez no estaba sepultada en pensamientos de aborrecimiento y mal fario, odiándole en silencio y he podido paladearlo con detalle. *Craso error.* Me ha dejado los pezones tan duros que la fricción con la blusa era insoportable. No se pega al de delante, sabe usar sus marchas y mejor no empiezo a hablar sobre su respeto a las señales de velocidad. Y eso no es todo. *Ha hecho el truco. Sí, ese truco. El de poner el brazo en el asiento del copiloto y dar marcha atrás. Y ayer en comisaría hizo el de poner una mano en la pared, enjaulándome y comprometiendo mi burbuja de espacio personal. Así que aquí está pasando una de dos:*

O ha leído todas las novelas románticas picantes que tengo en casa y está tomándome el pelo…

O estoy en apuros.

¿Qué va ser lo siguiente, buscar una camisa de manga larga y remangarse? ¿Ponerse unas gafas para leer? Me gustaría pensar que es de la clase de tío que no hace ni un solo ruido durante el sexo, de los que no se duchan más de una vez a la semana, miran mal a los bebés cuando se ríen muy alto, dan patadas a los perros y viven en el sótano de sus padres en secreto. *Si tengo suerte, podré volver a Manhattan con al menos una de esas tres creencias sin tocar.*

Me choco contra su espalda cuando se para en seco.

—Te he pedido que esperaras fuera.

—Eh, que no soy la presidenta de Estados Unidos, ni tú mi guardaespaldas. No hace falta exagerar. —Lo adelanto y voy hasta la

mini nevera de la cocina—. La única persona que podía haber aquí son los del servicio de habitaciones y lo cierto es que no diría que no a una hamburguesa con bacon y patatas. —Decepcionada, la cierro sin coger nada—. ¿Qué ocurre?

—¿A qué te refieres? —pregunta mirando alrededor cual sheriff recién llegado a la ciudad, o lo que es lo mismo, a la habitación.

—¿Debo darle propina, agente? ¿Un vago símil de KitKat? ¿Aún no hemos estrechado bastantes lazos como desconocidos? ¿Quieres contarme de qué color es tu pijama?

—No uso pijama.

—¿Y con qué duermes?

Levanta una ceja y la imagen que me regala mi cabeza es una avalancha que me pasa por encima.

—¿Por qué no he parado con el KitKat?

—Coge tu maleta, Lexi, nos vamos —suelta como si estuviera demasiado ocupado para intentar entender lo que murmuro.

Me parece el momento perfecto para no decirle que mi maleta brillante con muchos mini-cactus está a su espalda.

—No vas a llevarme al aeropuerto, ya lo hemos hablado.

—No, estábamos discutiendo y tú has dejado de hablar, lo cual me ha dado la victoria de la discusión. Coge tu maleta.

—¿En qué mundo eso te da la victoria de la discusión?

—Te has rendido.

—No me estaba rindiendo, estaba dándote por imposible.

—Coge. Tú. Maleta.

—No.

Resopla, como si no estuviera acostumbrado a esa palabra. Un escalofrío caliente y pecaminoso me recorre de pies a cabeza. *Juro que voy a curarme de esto en cuanto me suba al avión, lo juro.*

—¿Tienes frío?

—El aire acondicionado está muy fuerte aquí dentro.

—Es curioso, el aparato en la pared a tu izquierda parece desconectado.

—Es curioso, no sabía que debía justificarme por tener frío.

Sonríe de manera torcida y el relámpago dura mucho más de lo necesario. Siento el peligro cuando Levi-Ryan Diago echa a andar hacia mí. *Esa opresión en el pecho es una cadena pesada con la que ya llevo kilómetros cargando.* Reduce la distancia hasta que solo nos separa un escaso y precario medio metro, cuadra los hombros, coloca las manos en el cinturón de su uniforme policial y hace un gesto con la cabeza en un claro atácame-con-todo-lo-que-tengas-pequeño-animalillo-que-no-voy-ni-a-despeinarme.

—No voy a ir en un coche patrulla.

—¿La razón?

La forma que tienes de coger el volante con tus inmensas manos.

La seguridad con la que te metes en situaciones complicadas.

Tu galantería cuando favoreces a otro conductor.

Eres insoportable y lo peor es que ni te das cuenta

—La principal y más importante: no quiero que todo el que me vea crea que soy una criminal. No me gusta llamar la atención de esa manera.

—No voy a llevarte esposada y con las manos a la espalda, en tal caso creerán que eres una policía encubierta. ¿No te gusta la idea, *Lexi*? —pregunta dejándome cachonda y dubitativa.

—¿Va con segundas?

—No sé de qué estás hablando.

—¿Estás jugando conmigo? ¿Esto te parece un juego?

—Yo solo quiero protegerte. Eres mi responsabilidad.

Si vuelve a decir eso me deja sin bragas. Y por favor, que deje de llamarme Lexi.

—Oye mira, puede que en Acorn Hill no hubiera muchos taxis y que en un momento de debilidad aceptara tu ayuda. Pero soy una mujer independiente a la que le encanta decidir l… —Me congelo en el sitio sintiendo mi cuerpo arder—. ¿Por qué sonríes?

—Es la primera vez que no lo llamas Corn Ville.

Sus ojos también sonríen y terminan de mojar mi encaje de Victoria Secret.

—No juegues sucio, estamos discutiendo. A menos que estés dispuesto a aceptar tu derrota.

—Di mi palabra —se acerca un paso más, alcanzando mínimo los dos metros de altura—, dije que te protegería. Fin de la historia.

—Más bien fue algo así como una orden tipo: déjame protegerte. —Me siento mareada.

—¿De verdad acabas de decir eso? —Estrecha la mirada y estoy oficialmente borracha de Levi-Ryan Diago.

El camino repleto de girasoles (mi flor favorita), su heroísmo, su don con los bebés y los perros, sus estúpidos pañuelos y esa forma de mirarme como si fuera una bomba de relojería con pocos segundos de margen… *me cuesta respirar.*

—Soy competitiva, por si no te habías dado cuenta.

Analiza mis labios entreabiertos. La tensión me obliga a morderme el inferior y cuando su nuez sube y baja, mi cuerpo se estremece. Sus ojos no buscan los míos, se cierran y Levi se da la vuelta, entonces ve la maleta. Impulsiva siempre ha sido uno de mis defectos, por eso

tengo un galgo del que no me puedo ocupar y por eso perdí el avión de vuelta a Manhattan. Así que a nadie debería sorprenderle que me busque su hombro antes de que dé el primer paso, tire de él, me alce sobre mis sandalias y después de respirar el último aliento de sus labios, le bese.

Levi me atrae hacia sí y se hunde en mi boca como si lo hubiera estado esperando toda una vida. Me besa con la intensidad de un dios mientras noto cada músculo de su cuerpo tensándose y ardiendo, y sus manos viajando por el mío. *Estábamos discutiendo, ¿podría ser que a él también…?* La fulminante química mezclada con el ego y el orgullo de ganar la discusión y tener razón, es una combinación peligrosa para nosotros. Una que me deja palpitando en sus manos con una necesidad férrea de más.

Me empotra contra la pared ejerciendo la fuerza perfecta y gimo en su boca. Es dominante, duro y también el mejor beso que me han dado nunca. Descubro la terrible realidad de que Levi-Ryan no es en absoluto silencioso en el ámbito sexual cuando el sonido gutural que sale de su garganta al tocarme los pechos me desmonta hasta los huesos.

Alzo una pierna, convirtiéndome en una serpiente, frotándome contra él a la desesperada. Levi la coge y presiona mi zona más vulnerable contra la enorme erección de sus pantalones. *Debe tener algo en el bolsillo. Algo gigante, duro y largo.* Su otra mano llega hasta mi culo amasándolo de forma posesiva y dudo si va a provocarme un orgasmo estando vestida. Presionándome contra la pared, me separa las piernas y cuela una de las suyas entremedias. Levi coge mis caderas y me obliga a resbalar por ella, de arriba abajo, una y otra vez.

—Buena chica —gruñe en mi boca cuando le sigo, regalándome el beso húmedo en el cuello más erótico que he tenido nunca.

Esas dos palabras me hacen querer ser muy, *muuuy* buena chica. *He sido tentada por el diablo en anteriores ocasiones pero nunca así, nunca con una cadena al cuello y unas esposas en las muñecas. Siempre tenía la oportunidad de huir: no esta vez.* Encuentra el escote de mi blusa y mis pezones estimulados del roce me torturan un poco más. Quiero que me la arranque antes de que acabe haciéndolo yo. Quiero desvestirle con la boca, ver lo que oculta ese uniforme y darle lo que tanto señorita Love ha estado cultivando.

Por desgracia, no es eso lo que ocurre.

Las palabras «agente Diago» salen de mi garganta y como si el contacto de mi piel le quemara las huellas dactilares, se separa de mí con brusquedad. Tardo un segundo en saber dónde estoy, pero mucho

menos en saber lo que me falta. Él. La forma que tiene de mirarme el cuerpo podría haber hecho que los ángeles confundieran el cielo con el infierno.

—Perdón, ¿he hecho algo que…? ¿Es-estás bien?

Su respiración es abrupta y la mía su reflejo en el agua. La madera quemada sigue besando mi piel mientras esta echa de menos sus labios. El eco de las emociones aún me sacude, aunque él ya no está encima mío.

—No, no. Esto está mal. Muy mal. —Las palabras han sido empujadas con violencia de su boca, pero eso no significa que necesite oírlo dos veces.

Podría señalar que la tienda de campaña de su pantalón dice lo contrario, que esa forma de besar no puede fingirse, pero cuando veo vergüenza en esos ojos que no me miran, me hace daño. Más de lo que sería lógico.

Me las apaño para alcanzar mi maleta.

—Lexi, espera.

—No —fuerzo una sonrisa sabiendo que mi orgullo no sobrevivirá si me sigue—, tranquilo. Quédate.

Esta vez soy yo quien evita su atención, incluso cuando me taladra la mejilla. Una mirada basta para que Kitty me siga afuera. La puerta de la habitación se cierra sola con un golpe estridente. No me decepciona que no me siga. Ni la ausencia de explicaciones cuando pongo el modo avión al poco de llegar a la fila de embarque.

—¿Señorita?

Alzo la vista y unos ojos rasgados me regalan una sonrisa desconocida, pero cálida.

—¿Mmm?

No estoy en la cocina, ni con Levi, no estoy allí porque vuelvo a casa. A mi realidad.

—¿Me permite su billete, por favor?

Lo saco, junto a mi identificación. Escanea el código QR antes de devolvérmelo y sigo a los que caminan delante de mí. Sus labios todavía vibran sobre los míos cuando me siento junto a la ventana y veo las nubes oscuras que no estaban ahí antes.

Voy a hacer justo lo que me dijo que hiciera: olvidarme de todo lo ocurrido.

8

Levi-Ryan

Veo borrosa la isla, la cocina al completo. Contengo las náuseas. Lexi ya no está. *Mierda.* Llego al grifo como puedo, meto la cabeza y mi sudor se mezcla con el agua fría. Ni siquiera ella se lleva las llamas que me queman por dentro. *Nunca seré como él.* El agua me cae por la espalda mientras las espinas se clavan en mis pulmones. Miro mi placa, mis ojos no enfocan bien las letras grabadas en ella. Aprieto los puños, contengo la ira, la exhalo. *Nunca seré como mi padre.*

—Soy un buen policía *—repítelo, Ryan—,* soy un buen policía.

«No eres él, Ryan. Tú no eres él». Ojalá pudiera creerlo, pero su sangre corre por mis venas. Mi ADN juega en mi contra. *Años de terapia y ni siquiera estoy curado*. «Qué patético», dice él.

La oscuridad sigue a la luz, la sombra siempre va tras mis pasos. Él siempre estará conmigo. Acechándome. Procurando que no me olvide de lo que hizo, lo que me hizo a mí.

Llaman a la puerta y alzo la barbilla desde el suelo. Me ayudo de las manos, recupero la postura, cierro el grifo y abro la puerta. Dejo atrás al personal del hotel, encuentro el ascensor y luego mi coche. Marco el nueve en mi móvil y espero a que la voz del doctor Nathan Adnari suene por el altavoz.

—Es una mala costumbre de alguien que pone su vida en riesgo a diario el hecho de no contactar asiduamente a sus amistades. ¿He de suponer que desconoces que hace más de siete años que crucé el umbral de los sesenta? ¿Es que no te preocupa mi corazón, muchacho?

—Lo siento, Nathan —jadeo revuelto, asimilando mi desprecio.

—Nada que no pueda arreglarse con un nuevo palo de golf y un par de focaccias. ¿Has corrido un maratón? Te noto ahogado.

Lo sabe, claro. Lo sabría aunque no hubiera dicho una sola palabra. Se lo cuento de principio a fin y él escucha sin juzgar, sin suponer, preguntando y dándome el tiempo necesario para arrancar la

respuesta de mi garganta. Sus palabras transforman el desasosiego en algo mejor. No me traen silencio, el ruido sigue ahí, golpeando las paredes de mi cráneo con el martillo de Leopold Diago. Pero reconozco cuando el zumbido se vuelve lo bastante débil, como para dejarme respirar.

Conduzco cuando mis manos se vuelven firmes al rodear el volante. La vuelta a casa sucede de forma nimia y banal, lo cual agradezco. Ese premio insulso se vuelve un caramelo amargo cuando pienso en Lexi, así que procuro dejar la mente en blanco.

Entro en comisaría y saludo a Linden y Lars. Hace mucho que pasó la hora de comer y tengo el estómago cerrado, pero cuando Bill me pone delante la fiambrera de pasta que Cassie ha apartado para mí, lo cojo.

Encuentro a Winchester en mi despacho, frente al corcho cargado con nuestra investigación más importante.

—Si vas a comer aquí, deberías abrir una ventana —dice sin volverse.

No me sorprende nada ver lo escaso que es el bacon, la cebolla y toda clase de condimento, pero el poco hambre que tenía desaparece. Lo dejo en la mesa.

—Cassie cree que has bajado la guardia con Lexi Love.

—Lo sé —observo todas las fotografías que rodean a Tucker Harp y Eilan Anders—, su humor no es para tirar cohetes.

—Nunca lo es. Tienes suerte de que ya se haya ido a casa.

El cordón rojo viaja en todas direcciones, pero la vista de Kadmus está en Lexi. Arranco la foto.

—¿Qué hace ella aquí?

—Han encontrado un maletín con medio millón de dólares bajo su cama del motel —me quita la foto de las manos—, antes de que lo digas, ya hemos revisado las cámaras. Nadie salvo ella ha entrado y salido de allí en las últimas veinticuatro horas. Aparte de ti, claro. ¿Por qué entraste en su habitación anoche?

—Tenía la esperanza de convencerla para que se quedara más tiempo. No funcionó.

Vuelve a pegar la foto en el lazo izquierdo, el de los Harp.

—Joana Gold —hermana de Cassie y limpiadora del motel—, ha sido quien lo ha encontrado y por suerte, ha actuado con discreción. Nos ha llamado poco después de que os marcharais, he ido personalmente a buscarlo. —Se cruza de brazos—. ¿Qué?

—Lexi Love es inocente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —se irrita—. Con la información que tenemos no deberías estarlo. Tal vez solo sea muy buena actriz.

Me cago en todo, Cassie tiene razón, lo que hizo Luna ya la coloca en una lista. ¿Y ahora el dinero? ¡Joder! —brama—. ¡No debería haber dejado que se acercara a mis hijas!

—No me has avisado. Sabías que estaba con ella y aun así no has dicho nada. —Me da la espalda, se frota las sienes y se pasea como un perro enjaulado—. Tu instinto te dice lo mismo que a mí, ¿a que sí? —No contesta—. Tenemos que averiguar de dónde ha salido el maletín.

—Lo están analizando en el laboratorio de Detroit, pero si viene de los Harp no vamos a encontrar huellas. Deberíamos avisar a nuestros contactos en Manhattan.

—No vamos a detenerla —hablo despacio para que le quede claro.

—Tío, tengo que preguntar, ¿estás bajando la guardia? ¿Cassie hace bien en desconfiar? Porque te recuerdo que Lexi cuidó del bebé como si fuera suyo, como haría una Harp.

—O una buena persona. —Le encaro y hago que retroceda—. La clase de persona que adoptaría un galgo que están a punto de sacrificar.

—Te repito que podría estar interpretando un papel. —Me mantiene la mirada.

—¿Te olvidarías tú de medio millón de dólares? —pregunto, pero no contesta. Muevo la cabeza hacia la puerta—. Vámonos.

—¿A dónde?

A preguntar a todo aquel que haya pasado por delante del motel durante las horas que transcurrieron entre que Lexi Love desalojó su habitación y Winchester recibió la llamada. Se nos hace de noche. El coche se llena de hamburguesas, finas patatas fritas y bebidas azucaradas, pero no de respuestas.

—¿Dónde están las alitas? —pregunta el único capaz de ir a una cata de vinos y pedir gaseosa.

—En el salpicadero delante de tus putos ojos, si van a declararte invidente más vale que consigas un bastón.

—Eh, hace un segundo tú no sabías donde estaban las llaves. Casi se nos enfría la comida.

—Eso es indiferente. Soy el mayor, lo cual significa que siempre tengo razón. Ahora cierra la boca y come.

—¿El mayor de qué? No somos hermanos.

—¿En serio, Kad? ¿En mi puto coche? —resoplo con la boca llena—. Sabía que tendría que haberme traído a Bill.

—Tío, soy chocolate negro y tú casi sirves de chaleco reflectante en caso de accidente.

Me arranca una carcajada. *Capullo.*

—Recapitulemos —sorbe de su bebida—, Eilan Anders y Tucker

Harp eran mejores amigos y también ladrones. Se pelearon por la misma mujer y cuando Eilan se la quedó, se convirtieron en rivales. Mucho más que eso, en enemigos acérrimos. La última década se la han pasado formando una familia y dando golpes que de alguna forma perjudicara al otro bando, amasando de paso grandes sumas de dinero.

—Septiembre del año pasado, Tucker Harp entra en el National TST Bank de Detroit y roba exclusivamente el dinero y el oro de Eilan Anders.

—Jodido cabrón. —Abre su segunda hamburguesa.

—En este atraco hubo tanto oficiales muertos como civiles, razón por la cual Tucker Harp se pasará entre rejas el resto de su vida. —Las autoridades no encontraron el dinero cuando lo capturaron dos días después—. El día que Tucker entra en la cárcel, Eilan llega al banco armado hasta los dientes, con un séquito de guardaespaldas, y no se lleva ni un solo dólar. Solo mata a bocajarro al trabajador que le dio su llave a Tucker y luego se marcha.

—Luna Harp, la mujer de Tucker, pasa a ser el principal objetivo de un Eilan Anders un tanto más pobre y todavía muy resentido. Luna lo sabe, así que se esconde. Nadie la avista durante meses y en febrero llega a Acorn Hill a escasos días de dar a luz. Se hace pasar por Kate Delox, una maestra en paro divorciada que ha huido de su marido maltratador con tal de salvar a su bebé.

—Nadie sabía que Luna Harp estaba embarazada, así que el paripé de Kate Delox se sostiene durante unos meses. —Doy mi último gran mordisco.

—Una conversación inocente en el Cup+Cake hace saltar tus alarmas. Empezamos a tirar del hilo y descubrimos que su marido maltratador nunca existió. Ese fue el principio de su fin aquí. Una semana después de colgar los carteles de busca y captura, es vista en Detroit, dejándole su bebé de cinco meses a una presunta civil —concluye.

El silencio pesa y se expande en todas direcciones.

En ese momento, Sarah Smith sale del restaurante con sus dos hijos y nos saluda antes de pasar junto a mi puerta en el aparcamiento. Su hijo mayor de cinco años llora desconsolado mientras mira a su hermano pequeño, que tiene dos juguetes iguales entre manos. Por el retrovisor, veo que Sarah le coge uno de los juguetes al pequeño de los Smith, se lo da al mayor, y se pasa el camino al coche regañándolo.

—Pregunta —Winchester alza la mano—, ¿puedo poner en duda la inocencia de la señorita Love sin que me saltes a la yugular?

—No estamos en el puto colegio, imbécil. Haz la pregunta y ya.

—Si había algo que Luna necesitaba hacer en la ciudad, podría haber dejado al bebé inicialmente a la hermana de Tucker, que ha venido hoy a buscarlo a comisaría en un jodido Lamborghini. ¿Por qué elegiría dejarlo en la calle con una completa desconocida?

Una vela se enciende. Una bombilla. *El juguete de los Smith.*

—Luna Harp está siendo perseguida por esconder a su marido de la policía, entre otros tantos delitos, pero la hermana de Tucker no. Si Luna va a su casa y le entrega al bebé, la hermana de Tucker pasa a estar ayudando a una criminal. Pero si es la policía quien le entrega el bebé a la hermana, entonces su inocencia sigue intacta.

Winchester exhala aliviado.

—Eso tiene puto sentido.

—Creía que te arrepentías por dejar que Lexi respirara cerca de tus hijas.

—Creía que era «la señorita Love» —me imita—. ¿Qué puedo decir? Sé que tu cerebro competitivo trabaja mejor cuando te hago la contra.

—¿Quién es el buen actor ahora?

—Gracias. —Se dobla hacia delante y pierde un par de decenas de patatas—. Aun así, ¿crees que deberíamos ponerle vigilancia? ¿Seguirle la pista por si hace algo sospechoso?

—No. Si los hombres de Eilan saben que vigilamos a Lexi y se entera de lo ocurrido con Luna será como ponerle una diana en la espalda. Le harían daño, igual que a todos sus enemigos. Llevarla a comisaría es el protocolo, pero ahora está en Manhattan. Hasta que se demuestre lo contrario, Lexi Love es una civil ajena a los Harp y a los Anders. No vamos a arruinarle la vida porque alguien haya dejado un maletín con dinero en su habitación.

—Prepárate para explicarle eso a Cassie mañana.

Me tumbo en la cama, aún vestido con el uniforme, y la veo. La siento en mis brazos, en mi boca. Las ganas de desvestirla me queman el cuerpo y me la dejan dura. *Sabía que debía guardar las distancias, que debía ceñirme al «señorita Love».* Me la cojo, apretando ligeramente en busca de control. Avaricioso, movido por el deseo, reproduzco las imágenes en mi cabeza una vez más. Oigo el tintineo de mi cinturón mientras me imagino que no estoy roto y que puedo darle lo que quiere de mí. Sus gemidos me vuelven loco, me dejan hambriento y odiándome a mí mismo.

Me dejo llevar hasta que la calidez corre por mi mano derecha.

9

Lexi

Tengo un déjà vu en forma de Simons y Johnson cuando el cerrajero al que llamo se va tan rápido como el policía. Me tiembla el cuerpo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? —pregunto a Kitty que tiembla conmigo por pura empatía.

La tengo cogida desde que salimos del ascensor en la planta veintisiete y he visto que la puerta de mi apartamento estaba abierta. *Han forzado la cerradura de mi piso y han entrado mientras no estaba.* El segurata del portal nos ha asegurado que no dejan entrar a nadie que no sea del edificio, pero si he aprendido algo es que el dinero te abre muchas puertas. *Nunca mejor dicho.*

Cierro con mi nuevo juego de llaves y camino despacio mirando en todas direcciones. El policía novato y desinteresado al que han enviado ha dicho que como no me han robado nada, no había mucho que pudiera hacer por mí. Me ha tomado los datos y se ha largado.

Miro el móvil y toco la pantalla antes de que se bloquee, el contacto de Levi-Ryan brilla en ella.

—No voy a llamarle. —Me limpio las lágrimas—. Para empezar, sería patético. Y para seguir, esto no tiene nada que ver con lo ocurrido en Detroit. Esto es Nueva York y ya se sabe que en las grandes ciudades pasa de todo.

Kitty me chupa las lágrimas mientras abro el correo. Las cartas de mis hermanastras han llegado en el mejor momento posible.

De: Daisy D.

Para: Lex-sex

Mañana tengo una entrevista y siento que le estoy poniendo los cuernos a mi trabajo actual. ¿Por qué demonios he aceptado? *Uy, espera, que me traen un paquete de Amazo…*

La entrevista ha ido genial, pero, ¡sorpresa, sorpresa! Me he cruzado a mi jefe. Estoy bastante segura de que mañana ya no tendré trabajo. Al menos me podré llevar mi lámpara nueva de Amazon a la oficina de empleo, ¡yuhu!

Mi jefe me ha llamado esta mañana a su despacho, te juro que he adelgazado veinte kilos en sudor. Resulta que lo que quería era ascenderme, no echarme. Esta no la he visto venir.

¿Qué es de ti? ¿Me echas tanto de menos como yo a ti? Voy a ir a verte un día de estos, no te digo cuál para que sientas el acecho. Como una mano a punto de darte una bofetada, pero en bonito. Solo te diré que no va a ser hoy, Lexi Love es la única que llega antes de que lo hagan sus cartas. Me despido ya que si no, no me cabe en el sobre.

Pd 1: Te mando el enlace de mi lámpara por si la quieres: https://www.amazon.com/s?k=lámparas+cute+de+oficina&_mk_es_US=ÅMÅŽÕÑ&crid=QJFPZHCRPXW7&

Pd 2: ¿Cómo se pronuncian todos esos arbolitos sobre las letras? No, si al final va a resultar que los biotecnólogos no lo sabemos todo. Pfff, ¡acabáramos!

Pd 3: Te quiero mil elevado a cuatro millones de veces la masa del sol.



Me calma leer sobre ellas, pero el alivio enseguida se transforma en miedo. No es una buena idea que se presenten aquí. *¿Y si Levi tenía razón? ¿Y si estoy en peligro? ¿Debería ir a un hotel a pasar la noche?*

Escribo las cartas a toda prisa pidiéndoles que no vengan, que he tenido un pequeño inconveniente y que se lo explicaré en cuanto tenga oportunidad. Las meto en un sobre y les pongo el sello a cada una para enviarlas mañana a primera hora.

—Si realmente estuviera en peligro, me habrían dicho quién era esa mujer —le digo a Kitty—, esto y aquello son cosas diferentes. Todo va a salir bien.

Me cree, pero yo por el contrario, dejo todas las luces encendidas de camino a mi dormitorio. Sé que no debería acostumbrarla a dormir contigo, que es una faena para sus futuros dueños, pero me convenzo de que por un día más no pasa nada en cuanto se recuesta sobre mi cojín con forma de corazón y me mira con esos ojos de vas-a-gastarte-toda-tu-pasta-en-chuches-para-mí.

A la mañana siguiente, me la llevo al trabajo. Soy incapaz de dejarla en el apartamento dadas las circunstancias, así que compro un transportín violeta que parece una mochila por la que Kitty asoma la cabeza. Aparco el sueño que tengo por coche en mi plaza de parking y nos subimos a la escalera mecánica de caracol. Se vuelve loca cuando llegamos a la entrada y atravesamos el holograma del primer Lexus.

Es tan valiente que cuando el suelo bajo nuestros pies se vuelve de cristal revelando una gama extensa de coches, no se asusta. Desde los carruajes más antiguos hasta las virguerías de la actualidad, el museo de coches induce-orgasmos es el sueño de cualquier ingeniero mecánico. Pulso el treinta y dos en el ascensor y poco después entramos al despacho de mi mentora, la mujer que me lo ha enseñado todo.

—¡La hija pródiga vuelve a casa! —Ashia extiende los brazos y cuando me abraza, su perfume floral me asfixia.

—Solo han sido dos días.

—He tenido suficiente tiempo para valorar tu increíble aportación a esta empresa y a mi vida personal. —Nos sentamos—. ¿Eso es un regalo para mí?

—Se llama Kitty. —La siento sobre mi regazo y ella se queda petrificada, juraría que algo nerviosa.

—¿Kitty? —mi jefa alza una de sus gruesas cejas que tanto carácter le dan a su rostro.

—Es un galgo.

—¿Y te enteraste después de ponerle nombre? —Se coloca las gafas para mirarla bien y si Kitty se tensa más, juro que va a acabar por convertirse en piedra.

—Está buscando una familia adoptiva y lo cierto es que tú eres la mejor candidata hasta la fecha.

—Claro, como soy una mujer trans quieres que adopte a tu perro con nombre de gata, ¿no? Qué típica, Lexi Love, ¡qué predecible!

—¿Has acabado?

—¿De tomarte el pelo? —El gloss brillante y oscuro de sus labios hace resaltar aún más el blanco de sus dientes cuando sonríe—. Nunca. Recibo una absurda y exquisita cantidad de serotonina cada vez que lo hago.

—¿Por qué no te la quedas, Ashia? Al pequeño Ned seguro que le encanta.

—Sabes que mi lucha por la igualdad salarial y mi pasión por el trabajo que compartimos me han obligado a mimar en exceso a mi hijo con tal de compensar mi ausencia y que, por esa precisa razón, es un demonio de diez años bastante insoportable —acerca dos dedos al hocico de Kitty y ella lo huele antes de chuparle—. Si aprecias a este bombón, más te valdría sacarla de aquí antes de que vuelva del baño.

—¿Te lo has vuelto a traer? —me pongo en pie y acuno a la estatua.

—Tú has provocado esto. Sin tu juventud pululando por ahí, me sentía un carcamal de cincuenta.

—Tienes sesenta y tres.

—Sal de mi despacho antes de que te despida, ¿quieres?

—Es un placer estar en casa —en cuanto cruzo las puertas me topo con Ned, tan serio y repeinado como siempre. Por lo visto Ashia no le ha convencido de un cambio de look a algo menos intimidante—. Hola, vaquero.

—¿Por qué tienes un galgo en el brazo?

—Porque si la dejara correteando por ahí se perdería.

—¿Por qué?

—Porque es muy pequeña y nunca ha estado aquí.

—¿Y por qué?

—Porque acabo de conocerla.

—¿Y por qué?

—Ned, cariño, ven aquí —pide Ashia tentándole con el desayuno.

Su hijo desaparece sin despedirse y yo alejo a Kitty antes de que se mee encima mío del miedo. *Definitivamente, a Kadmus Winchester le ha tocado la lotería tres veces.* A través de los cristales veo que Jax Wad llega a mi despacho antes que yo y echo de menos a Ned.

—El megalodón se extinguió porque tu madre dio a luz al megabombón. Te he añorado, muñeca. —Me repasa de arriba abajo cuando le doy la espalda y cree que no le veo—. No contestaste a mis mensajes. ¿Los leíste? Te envié unos cuantos, tanto a la hora de comer, como más tarde. Era para cenar juntos. ¿Ese perro es nuevo?

Es imposible, pero juraría que Kitty le gruñe.

—He tenido algunos temas personales que solucionar, disculpa. —Enciendo el ordenador para que pille la indirecta, pero no lo hace.

—Suponía que era algo gordo, tú nunca te pides un día libre. Eres la que menos tarda en comer y la única con la que pasas algo de tiempo hablando es Ashia. Me gustaría que me eligieras a mí y que vinieras a verme a mi despacho, la verdad. Oye, si quieres hablar del tema puedes contármelo. Sé escuchar y tengo tiempo, además hoy no encuentro motivación para trabajar. Podrías cargarme las pilas. —Se sienta en mi mesa y aparta mi LAD, una luz amiga que inventé: se coloca en el techo del coche y te ayuda a encontrar tu vehículo cuando lo aparcas en el parking del centro comercial y no recuerdas donde.

No me gusta que Jax la toque.

—Es personal, Jax, pero gracias.

—No hay de qué, caramelo.

—Te pedí que no me llamaras eso, Jax. Mi nombre es Lexi.

—Vale, Lexi —repite soltando una risita como si yo fuera la profe y él un alumno castigado. Kitty le ladra—. Uhhh, qué malas pulgas tiene el bicho. Oye, comemos juntos, ¿sí? Conozco un sitio genial al que no has ido nunca.

—Tengo muchas reuniones, hoy comeré en mi despacho.

—Siempre me dices que no por alguna u otra razón, pero no perderé la esperanza. En algún momento te flaqueará el ingenio y yo estaré esperando —dice y en un ataque de terror disimulado pulso el botón bajo mi mesa—. Por cierto, ¿te acuerdas aquello que te conté sobre las vacaciones con mi madre en la casa familiar de Martha's Vineyard? Pues me ha dado permiso para que te invite este año. Como cumplo cuarenta y cinco invitarte a ti puede ser mi regalo, vamos a hacer una gran fiesta con todos mis primos, ¿te apetece venir?

Ashia irrumpe en mi despacho como la puta heroína que es.

—Lexi, quería comentarte… uy, Jax, estás aquí. Pensaba que estarías con Jacob Stein en la decimoquinta.

«G-r-a-c-i-a-s» deletreo sin sonido.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿No te has enterado? Va a poner en práctica el BLD en el SUV en el que estáis trabajando. —Tom desaparece del despacho—. ¿Te llevarás ese botón cuando te asciendan y te cambien de despacho?

—¿De qué estás hablando? Me traeré aquí mi ascenso, no pienso irme de tu lado.

—Pienso tomármelo como una amenaza —se marcha.

—Soy tu fan, Ashia, ¡tu leal fan! —Me giro hacia Kitty al quedarnos

solas—. Cuando salgamos a la calle le traeremos donuts para toda la vida, ¿vale? —La acaricio y mueve la cola contenta—. Y a ti te voy a comprar la chuche más grande que encuentre por lo lista que eres.

Kitty se queda frita en mi sofá mientras trabajo en los climatizadores de los descapotables, entusiasmada por la progresión del efecto burbuja. Se me hace de noche. La planta se vacía y no es hasta las once que mis tripas hacen tanto ruido que me fijo en lo tarde que es.

—Las once. ¿Soy la reina de olvidar todo lo ocurrido o no? —Me arrodillo junto a la que ha caído en combate y le rasco detrás de las orejas con suavidad hasta que se despierta—. ¿Nos vamos a casa?

Me contesta chupándome la punta de la nariz y algo en mi corazón se agita. *Me estoy acostumbrando a ella.* De camino al ascensor, busco el contacto de perreras de la zona que puedan ayudarme, pero al bajar al parking las páginas tardan mucho en cargar así que lo pospongo antes de dar con nada. Como si supiera lo que hacía, Kitty no para de ladrar.

—Eh, tranquila. Estarás mejor sin mí, te lo aseguro —Ladra con una agresividad que no he visto nunca en ella y me doy cuenta de que no la dirige hacia mí.

Las luces del parking titilan y luego se apagan, dejándome solo con la naranja de emergencias. Mi pulso se desboca cuando me doy la vuelta. Oigo pasos y veo salir varios cuerpos de entre las sombras. Cojo a Kitty en brazos, intento que deje de ladrar y me oculto tras una columna mientras llamo a la policía.

—Emergencias, ¿en qué puedo ayudarla?

—Una madre me dejó a su bebé y luego se fugó, el policía que me ayudó me dijo que era una mujer peligrosa. No le di importancia, pero desde entonces han entrado en mi casa, no sé a qué, pero a robar no, y ahora estoy sola en la última planta del parking de CAR Major Legue y no sé lo que está pasando, pero sé que estoy en peligro. Las luces van y vienen y alguien me sigue.

—Una unidad ya va de camino al edificio de CAR Major Legue, señorita, cálmese.

—Dios mío, ¿cómo me has entendido?

—Necesito que me responda a unas preguntas, ¿se ha escondido en algún sitio? ¿Hay gente a la vista que pueda ayudarla?

Kitty ladra, me asusto y corro, pero no lo bastante como para acercarme a una de las salidas del parking. Son cuatro, llevan pasamontañas y bates de beisbol. Decir que mi alma abandona mi cuerpo sería quedarme corta. *Esto no está pasando.* Al llevarme el teléfono a la oreja, veo que la llamada se ha cortado y no dudo. Mis

dedos tiemblan, pero consigo que el nombre de Levi-Ryan aparezca en pantalla.

No tarda ni un solo tono en descolgar.

10

Levi-Ryan

Nos hemos pasado el día discutiendo, era evidente que la noche no iba a ser diferente.

—No hemos encontrado huellas en el maletín, así que solo podemos teorizar —dice Bill abriendo una cerveza, aprovechando que esta noche son Lars y Linden quienes están de guardia.

Estamos en la sala de interrogatorios porque tres cuartos de los presentes son supersticiosos y opinan que este es el lugar perfecto para llegar a la verdad. *Yo preferiría una sala con una ventana por la que poder saltar.*

—No hace falta teorizar cuando tenemos pruebas.

—Cassie… —gruñe Winchester exasperado.

—El maletín fue hallado en la habitación de Lexi Love. ¿De quién va a ser si no?

—Y si es suyo, ¿por qué se lo dejó? —Winchester empieza a pasearse.

—¿Debería haberle pedido al jefe de policía que la ayudara a meterlo en el maletero? —estrecha la mirada.

—Podría haber insistido en llamar a un taxi —dice Bill en tono tranquilizador—, no lo hizo y tampoco se opuso cuando Diago quiso llevarla.

—El maletín no fue encontrado en su casa —intervengo—, sino en una habitación de motel en la que se alojó después de adoptar a una perra a punto de ser sacrificada y perder el avión de vuelta a Manhattan.

—Después de que prácticamente la obligáramos a venir aquí —puntualiza Kadmus.

—Exacto. No lo tenía planeado, actuó sobre la marcha. Es inocente.

—No creo que sea tan sencillo como eso —dice Cassie—, las cosas nunca lo son.

Estaba casada con un marine que siempre endulzaba el agua cuando hacía falta. Desde que el amor de su vida murió, no hay nadie, ni siquiera su hermana Joana que es pura alegría, que saque a Cassie del peor escenario posible. Es una policía excepcional, pero a veces la obsesiva negatividad le nubla el juicio.

—¿Y si es un señuelo? —propone Bill con la mirada fija en sus botas—. ¿Y si la señorita Love no tiene nada de especial?

—Explícate —pide Cassie.

—¿Y si Luna la eligió por azar en mitad de la calle con tal de que se quedara con el centro de atención? De ser así el maletín podría suponer que quiere seguir utilizándola.

Kadmus y yo compartimos una mirada. *Luna Harp sí podría prescindir de un maletín con medio millón de dólares.* El móvil me vibra dentro del bolsillo. En cuanto leo su nombre en pantalla, descuelgo.

—Tranquilízate, lo estás haciendo muy bien —arranco el coche y piso a fondo—, tienes que hacer que Kitty se calle y esconderte.

—Tengo miedo, Levi. Son cuatro. —Su voz estrangulada por las lágrimas me hace acelerar más—. Están junto a mi coche.

—Olvídate del coche, ¿me oyes? Si no puedes esconderte, tienes que correr e ir al lugar más cercano donde haya gente. —Escucho cristales haciéndose añicos, un grito suyo y unos ladridos fieros irreconocibles—. ¿Lexi, me oyes? ¡Lexi!

Joder, joder. Me late el cráneo de lo rápido que va mi pulso, si aprieto más el volante lo arranco y si Lexi no me contesta voy a… oigo sirenas. La llamo de nuevo, digo su nombre para que sepa que estoy con ella. Me juro que si le hacen daño, será lo último que hagan. *¿Qué coño? ¡Será lo último que hagan por provocar que llore!*

—Me he metido en la caseta de vigilancia vacía. Dios, estaban viniendo hacia aquí, pero creo que se van, Levi —jadea y llora con fuerza—. La policía está cerca, los oigo, creo… Sí, veo las luces azules y rojas.

—Central a agente Diago —dice Winchester a través de la radio—. Ya casi han llegado, están en la calle de atrás.

—Recibido. —*Precisamente para esto sirve tener contactos hasta en el FBI.*

Quiero a toda la policía allí hasta que yo llegue.

Espero a que el servicio de emergencias llegue hasta ella y cuando se calma, le pido que les pase el teléfono. Le han destrozado los cristales del coche, pero a ella no se han acercado. Lexi asegura que apagaron las luces del parking, pero aun así, no pierdo la esperanza de identificarlos. Le doy los datos a Winchester por radio para que haga las llamadas necesarias y vuelvo con Lexi.

—Kitty ha empezado a ladrar de forma agresiva y rabiosa, y como estaba a oscuras, creo que los ha ahuyentado, que les ha hecho creer que era más grande de lo que es —dice, pero los hombres de Eilan Anders no se acobardarían ni por un oso, porque lo que les haría su jefe sería mucho peor.

—Y por eso voy a comprarle la mejor comida de su vida en cuanto llegue, pero ahora mi prioridad es asegurarme de que estás a salvo. Les he pedido a unos agentes de confianza que te escolten hasta una cafetería concurrida, ¿crees que podrás quedarte allí hasta que llegue?

—¿De verdad piensas venir? —La esperanza, la necesidad en su tono… no entiendo cómo no tengo un accidente.

—Sí, Lexi, por supuesto. Estaré allí en unas horas.

Pongo la sirena, tomo un desvío y llego al aeropuerto de Detroit. La idea de que ya esté en la cafetería me tranquiliza un poco. Lexi está leyendo las opciones de su carta mientras yo me acerco al mostrador. Le enseño mi placa a la mujer que encuentro y le doy mi tarjeta de crédito.

—Necesito volar a Nueva York esta noche, sea como sea —digo apartándome el móvil de los labios. Vuelvo mi atención a Lexi mientras la mujer teclea en su ordenador con los ojos muy abiertos, esos que de vez en cuando lanza en mi dirección—. ¿Ya te has decidido?

—Sí, voy a pedir una tarta de chocolate. O dos. No me juzgues, como cuando estoy nerviosa.

—Pide lo que quieras, yo invito. Pero Lexi, ahora estás a salvo.

—Sí, sí lo sé, ¿pero…? —canturrea, bajando el tono. Carraspea y puedo imaginármela revolviéndose en el asiento—. ¿Cuándo crees que saldrá tu avión?

Si fuera por mí hace una maldita hora. Ese tono aterrado sigue ahí aunque agentes a los que confiaría mi vida están vigilándola. No tiene a nadie en Nueva York, nadie que pueda cuidar de ella. Vuelvo la vista hacia la trabajadora del aeropuerto tras el mostrador, que me devuelve la tarjeta y dice:

—Puerta B77, el embarque es en quince minutos.

Le agradezco su servicio y me abro paso entre la gente.

—No tardaré, te lo prometo.

Hablo con ella hasta que no tengo más remedio que colgar, pero para entonces ha convencido a mis agentes para que se sienten en la mesa con ella e incluso tomen algo de tarta. Sé que el objeto afilado que me atraviesa el pecho y no me deja respirar no desaparecerá hasta que esté con ella, así que cuando el avión despega hago lo único que se me da bien: buscar la manera de cazar malas personas.

Con el zumbido de los motores ensordeciendo las conversaciones de los pasajeros, pido a las azafatas unas cuantas servilletas y un bolígrafo, y anoto todos los implicados hasta ahora creando un mapa. *Luna quiere sacar a su marido de la cárcel, pero eso sería imposible incluso con la mejor de las conductas del preso. Si sacarlo no es una opción, entonces vengarle tiene que ser su objetivo. Cada segundo que pasa estoy más seguro de que Lexi era solo un señuelo, una distracción, pero eso no explicaría el ataque de hoy.*

Las luces iluminan la noche neoyorquina cuando aterrizo a eso de las cuatro de la mañana. Hace un calor pegajoso y desagradable. Pago el taxi y entro en la cafetería.

—Se ha quedado dormida hace un rato —explica el agente MacLeinor después de estrecharme la mano.

La veo abrazada a Kitty, dormida contra el respaldo de los asientos de cuero azul.

—¿Cómo está?

—Se ha calmado cuando hemos empezado a comer tarta de queso.

—¿Michaels no es intolerante a la lactosa?

—Está en el baño, saldrá enseguida —mueve la cabeza para alejarnos un poco—, ¿quién es esta mujer, Ryan?

—Alguien que estaba en el lugar equivocado en el peor momento posible.

—Sé que no nos habrías hecho venir solo por una civil —cruza los brazos por encima del chaleco antibalas y espera.

—Luna Harp le puso una diana en la espalda hace días.

—¿La mujer del mismísimo Tucker Harp? ¿Esa Luna Harp?

—La misma. Se la encontró en Detroit, Luna le dejó su bebé y se fue sin mirar atrás. Lexi llamó a la policía y nosotros lo oímos de casualidad.

—Ahora lo entiendo todo.

—La dejé marchar creyendo que los hombres de Eilan no habrían tenido oportunidad de relacionarla con la familia Harp, pero…

—Esto no ha sido obra de los Anders.

—¿Cómo lo sabes?

—Tu chica sigue viva, ¿no? Pues por eso. —Mueve la cabeza hacia Michaels, que se queda junto a la mesa de Lexi—. Hemos visto las cámaras de seguridad y aunque las imágenes son muy pobres como para llevar a cabo un reconocimiento, hemos visto suficiente. Venían a hacer ruido, nada más.

—Si Eilan Anders encuentra a alguien que mira de forma amigable en dirección de los Harp, no duda. No desde el robo maestro de Tucker.

—Exacto. Además, esta es la segunda vez que avisan a tu amiga. No sé de quién se tratará, pero no es Eilan.

—¿La segunda?

—Ayer, cuando llegó a su apartamento, alguien había forzado la puerta y la había dejado abierta. Por lo visto no robaron nada. ¿Pero poco más de veinticuatro horas después, pasa esto? A mí me suena a aviso alto y claro.

—¿Y por qué cojones me estoy enterando de esto ahora?

—No sabría decirte —se encoge de hombros—. Pero yo que tú la vigilaría de cerca o vas a quedarte sin civil a la que proteger. Teniendo en cuenta que no ha vomitado, ni se ha cagado encima, juraría que esa chica no tiene ni idea del lío en el que está metida.

—¿Puedes quedarte aquí un segundo mientras hago una llamada? —mi voz es un rugido grave de hiena al que MacLeinor asiente.

Luna lo hizo en un lugar público. Se producen dos asaltos más, los dos días consecutivos a la entrega del bebé. En ninguno de los dos hieren a Lexi. Es evidente quién está detrás de esto.

—Aquí Winchester —contesta al segundo tono—, tengo noticias. Luna ha sido avistada a las afueras de Detroit. Adivina qué coche conducía.

Las cosas cobran sentido poco a poco. La ira me hace verlo todo rojo mientras las pruebas se filtran despacio por las paredes de mi cabeza.

—El último y más caro modelo de CAR Major Legue —dice y tengo tentaciones de estrellar el teléfono contra el asfalto.

—¡Joder! —grito a la nada.

—¿Qué coño está pasando, Diago?

—Ha jugado con nosotros —aprieto los puños, caminando de un lado a otro—. Y como gilipollas, le hemos dado lo que queríamos.

—¿Hablas de Lexi? ¿Está con ella?

—Luna la escogió por casualidad, pero nada de lo que ha pasado después ha sido casualidad. Ayer entraron en su casa y no le robaron nada, esta noche le han roto las ventanas del coche, pero no le han tocado un solo pelo. Luna ha hecho todo lo posible para traerla de nuevo hasta mí, ¡sabía que querría llevármela de vuelta a Acorn Hill!

—Espera, *no*. No me jodas.

—Luna ha hecho todo lo posible con tal de que Eilan la tome como lo que no es: una aliada de Luna. Desde dejarle a su bebé en mitad de la calle más concurrida de Detroit, hasta convertirme a mí en su sombra. A mí, el jefe de policía de Acorn Hill, el mismo pueblo donde Eilan sabe que Luna se refugió durante meses. *Me cago en la puta, joder*. Luna no va a dejar de apuntar sus flechas hacia Lexi con tal de

entretener a Eilan con ella.

—Luna podría tener a alguien de aquí comprado y ese alguien podría haber dejado el maletín con tal de retener a Lexi en Acorn Hill el tiempo suficiente para que llegara a oídos de Eilan.

—Winchester, vuelve al motel y asegúrate de que Layla nos enseñó las grabaciones que pedimos.

—¿Desconfías de la mujer a la que ayudaste a salir del barro? Después de que su marido se largara con toda la pasta, tú fuiste quien hizo posible que Layla Scott pusiera un plato en la mesa para su hija. ¿Crees que sería capaz de traicionarte?

—Necesito estar seguro. —Pateo una señal de stop—. Joder, Bill tenía razón, han convertido a Lexi en un puto señuelo y yo la he dejado marchar. —*Esto ha sido culpa mía.*

—¿Cuál es el plan?

Me doy la vuelta para mirarla a través del espejo de la cafetería. Sigue dormida. *No tiene ni idea de lo mucho que se le ha jodido la vida.*

—El plan es que desde ahora, hasta que meta entre rejas a Eilan Anders, Luna Harp y toda esa escoria, Lexi Love es mi protegida.

11

Lexi

Abro los ojos y observo a la versión despeinada, furiosa y agitada de Levi-Ryan Diago que tengo ante mí. Es su masculina y profunda voz de barítono lo que me ha traído de vuelta, pero es todo lo demás lo que me deja aquí, a sus pies. Mi pulso golpea desacompasado cuando me incorporo un tanto desorientada. Por suerte, el miedo es rápido en dar explicaciones. *Mi coche destrozado. La llamada en pleno pánico. Michaels y MacLeinor siguen aquí, pero él ya no está en Acorn Hill.*

Ha venido.

Por mí.

—Estás aquí.

Dos palabras, solo hacen falta dos para que su mirada me taladre el alma y arrolle con todo a su paso. Se arrodilla a mi lado y me coge las manos, la cara, sus labios se mueven, pero no le entiendo. La avalancha de emociones no me dejan oír. Me atrae hacia sí y antes de que pueda asimilarlo, tengo sus fuertes brazos rodeándome, haciéndome sentir a salvo de nuevo. Me permito hundirme un momento en lo que ha pasado y me aferro a su cuerpo enterrando la cara en su cuello.

No sé cómo sucede, pero dejamos de estar en el Coffee-NY-Square y pasamos a estar en la planta veinte del rascacielos en el que vivo. Más concretamente, frente a la puerta siete, la mía.

—¿Puedes obedecerme y quedarte aquí mientras echo un vistazo? —Levi me sujeta por los hombros y con el tono que utiliza me resulta difícil negarme.

Asiento, le doy la llave y espero con Kitty en la entrada. Ella se ha quedado frita a mis pies, así que lo tiene fácil. No se oye ni una sola mosca… hasta que le oigo chocarse contra algo y maldecir, entonces recuerdo el estado en el que dejé el apartamento por la mañana. Corro

al interior y choco contra su espalda. Me tambaleo sobre los tacones, sus manos se las ingenian para agarrarme la cintura, pero se desequilibra al dar media vuelta. Acabamos los dos en suelo.

—¿Estás bien?

Lo tiro al suelo y encima pregunta por mí. Guau, mis ovarios.

—Sí, lo siento. Tienes que salir un momento, tengo que organizar esto. Dame dos minutos. O cinco. ¿Diez?

Una de sus piernas está doblada, clavándose ligeramente entre las mías de un modo que en cualquier otra circunstancia podría ser divertido. Si no me hubiera rechazado tras el beso, por ejemplo.

—¿Te das cuenta de que he entrado para comprobar que no haya peligro? No es momento de preocuparse por el desorden.

—¿Cuál es la probabilidad de que entren a mi casa dos días seguidos? Ínfima. En cambio, ¿la que tengo de morir de la vergüenza? Cada vez más alta.

En ese momento, Levi-Ryan Diago tira de mí y me rodea con los brazos. Otra vez. En la misma noche.

—Siento no haber estado aquí. —La culpabilidad en su tono rasga una emoción en mi pecho.

—N-no lo sabías, no te avisé. Oye, tu pierna…

—Es cierto, Lexi, ¿por qué no me avisaste? —Se separa lo justo para atravesarme con la mirada de un modo que solo puede describirse como violencia.

—A nadie le gusta que lo rechacen.

—¿Rechazarte?

—Además, no me robaron nada y no estaban aquí cuando llegué. Oye, deberíamos…

Su mano se hunde en mi pelo erizándome todo el vello del cuerpo de sopetón. Su pierna y la escasa distancia hacen el resto.

—Deberías haberme llamado, te lo pedí, Lexi —su voz es un susurro ronco cuando la culpabilidad mancha las ventanas a su alma y me da tanta rabia que podría gritar.

—Te agradezco mucho que estés aquí, ¿te lo he dicho?

—No me cambies de tema.

—Ah, y puedo pagarte el vuelo si quieres.

—Voy a fingir que no has dicho eso. ¿Por qué no me avisaste?

—Mi seguridad tiene un límite y al parecer está justo debajo de «llamar a quien me ha rechazado para que venga a socorrerme».

Endurece la mandíbula y el peso del mundo empieza a hundirle los hombros.

—Lo que pasó no tenía que ver contigo, Lexi, sino conmigo. Crucé una línea que un policía no debería cruzar nunca con una civil

estando de servicio.

—¿Y lo estás ahora? De servicio, me refiero —él asiente despacio, tomándose su tiempo—. En ese caso deberías dejar que me aparte antes de que provoques algo que te ponga muy incómodo.

Baja la mirada hacia nuestros cuerpos. Estoy segura que, por el ángulo, puede ver más allá de mi sujetador. No es que importe, teniendo en cuenta todo lo demás, pero si había alguna provincia en mi anatomía a la que aún no habían llegado los relámpagos, digamos que ahora sí.

Nos mueve, maniobra sin soltarme haciendo alarde de su estúpida y descomunal fuerza, y al dejarme de pie en el suelo, se inclina hacia mí y presiona sus labios contra mi frente. Le observo mientras va hacia la puerta abierta, se agacha junto a la entrada, coge a Kitty y cierra tras de sí. *Levi-Ryan Diago está oficialmente en mi apartamento.*

—Espera, ¿qué estás haciendo? —pregunto mientras veo que Kitty se pierde en el mar de músculos de sus brazos—. Te he pedido un momento para ordenar y…

—No me importa el desorden, me importa tu seguridad. He venido aquí a protegerte, no voy a juzgar lo que vea.

Joder, qué tío más difícil.

Le sigo, intento colarme delante de sus pasos, pero me gruñe. Es extraño verle entre estas paredes, las hace pequeñas. Me coge la mano. La suya es gigante en comparación con la mía y es cálida en la medida justa. Lo peor es que tira de mí entorpeciendo mis labores. Aun así recojo botas y tacones en mitad del camino, latas de decepcionante pero adictivo café y un montón de ropa limpia que me había dado demasiada pereza guardar en el armario y que lanzo sin miramientos a su interior cuando él me da la espalda. Deja a Kitty durmiendo en mi cama y volvemos al salón.

—Cuando dijiste que te iban los coches no esperaba que te refirieras a esto.

—«Esto» nunca ha sido un calificativo tan despectivo en su vida.

—No esperaba que te refirieras a tener un espejo con forma de Lexus LC quinientos y una alfombra de Aston Martin Valkyrie de mil ciento treinta caballos.

*Sabe. De. Coches. *Orgasmo cerebral*.*

—¿Dónde ha quedado lo de no juzgar lo que veas?

Sonríe abiertamente y es un he-venido-a-este-mundo-a-quedarme-con-tus-bragas en toda regla. Levi pone una mano en mi abdomen mientras me lleva al sofá. Mi cuerpo vuelve a ceder a su contacto como cada vez que me toca. *Debe ser por el shock, todavía estoy aturdida.* De repente soy muy consciente de que la mesita del café es

un neumático con un cristal encima.

—Lexi, quiero que abras la mente y que escuches lo que voy a pedirte.

—De acuerdo. —Me recoloco doblando las rodillas, sentándome sobre mis piernas y pisando mis talones en lo que llamo «mi postura para cuando estoy nerviosa»—. Estoy lista.

—Quiero que vuelvas a Acorn Hill conmigo.

—No puedo hacer eso.

—¿Eso es abrir la mente? —gruñe como si quisiera empujarme fuera de *mi* sofá—. Escucha, sé que tu trabajo es importante.

—Importante es quedarse muy corto —me cruzo de brazos y murmuro—: ¿Por qué nadie parece entender que mi valía como persona está estrechamente relacionada con mi éxito laboral?

—Lexi —pone una mano en mi pierna.

—No —le corto—, la simple idea de parar me pone enferma. No puedo. Tengo que conseguir el ascenso.

Escalar la pirámide laboral es lo único que da sentido a mi vida.

—No pretendo asustarte, pero lo que ha pasado hoy podría volver a repetirse. No estás a salvo.

Sus palabras son el fantasma al final de un pasillo oscuro en una casa encantada. Lo que temía encontrar si seguía caminando. Me hundo en el asiento.

—¿Solo porque salvé un bebé? —mi voz se rompe a media frase—. No lo entiendo.

—Tú no has hecho nada mal, Lexi, necesito que te quede claro.

—¿Vas a contarme de una vez de qué va esa investigación en curso?

—No creo que sea lo idóneo. Conmigo estarás a salvo, es lo único que te conviene saber.

—Entonces me voy a la cama. En muy pocas horas tengo que irme a trabajar, puedes dormir en la habitación de invitados si quie… —bajo una pierna del sofá, pero antes de que baje la otra tira de mí.

Acabo sobre su regazo, con una pierna a cada lado de sus caderas y muda.

—¿Por qué solo me escuchas cuando te toco? —Se lo pregunta a mis labios, pero se han quedado petrificados al sentir la calidez que irradia su cuerpo conectando con el mío en zonas muy vulnerables.

—No sabría decirle, *agente Diago*.

Todo su cuerpo se tensa ante mis palabras, como si hubiera dicho algo *muy* malo y no en sentido sexy. Quiero traerle de vuelta de inmediato, sacarlo de sus pensamientos cargados de demonios. Me acerco más a él para que me vea, me inclino sin pensar en lo que ese

ángulo le hará a mi clítoris. Un espasmo recorre mi cuerpo y la oscuridad de su iris se vuelve luminosa. *Misión cumplida.*

—Voy a quedarme contigo.

—Como he dicho, tengo una habitación de invitados.

Una de sus respiraciones profundas provoca el roce inevitable de mis pezones contra él mientras sus manos acarician la parte baja de mi espalda, obligándome a recordar lo que sentiré si sigue bajando.

—No lo entiendes, Lexi, no hablo de una noche. No voy a irme de aquí. —Su siguiente respiración nos deja un poco más cerca.

La liquidez que me envenena se desliza al sur de mi cuerpo. Si sus labios tienen la osadía de rozar los míos me volveré loca. Y si no lo hace, también.

—¿Nunca? Kadmus te echará de menos.

—Lexi —sus dedos se clavan a la altura de mi cintura como si esta conversación estuviera requiriendo toda la fuerza que contiene su cuerpo—. Voy a ser tu sombra y a quedarme para protegerte el tiempo que haga falta.

Sus palabras penetran poco a poco en mi mente. Entonces salgo del trance.

—¿D-de qué estás hablando? ¿No vas a volver a casa?

—Si no quieres volver a Acorn Hill conmigo respetaré tu decisión. —Nos levanta y me deposita en el suelo—. Respeta tú la mía de querer protegerte y permíteteme hacer mi trabajo.

—De acuerdo. —No me funciona bien el cerebro, no tengo claro sobre qué estoy de acuerdo.

Levi señala la puerta a su espalda, al otro lado de la cocina y vuelvo a asentir. Se acerca y sus labios vuelven a estar contra mi frente.

—Buenas noches, Lexi.

No es hasta que la puerta se cierra que me pongo una mano en el pecho. Mi corazón se ha convertido en una batería. Me tiemblan las manos, el cuerpo y me arde la sangre, como si tuviera fiebre. *¿Quiere protegerme? ¿Quedarse… aquí?* Necesito respuestas, sin importar lo que crea que me conviene o no. Pero mis pasos se frenan antes de que mis dedos lleguen al pomo, porque recuerdo lo que dijo sobre la ausencia de pijama.

Le doy la espalda a la puerta y mi mano baja por mi cuerpo. La sensibilidad de cada milímetro de piel me deja desorientada. Oigo pasos a mi espalda y esprinto hasta mi cuarto al otro lado del salón.

Me enfundo en mi pijama y mis pezones se marcan en extremo. Mi cuerpo es totalmente ajeno a lo que grita mi mente. Le importa un comino que la situación en la que me encuentro sea una locura, que

siga sin entender en lo que se está convirtiendo mi vida y que tenga a un policía con complejo de héroe en mi habitación de invitados. Me obligo a cerrar los ojos, a no moverme con tal de no despertar a Kitty.

Esto se me va de las manos.

Salgo de mi habitación a la mañana siguiente y voy a la cocina prometiéndome a mí misma que superaré el bache, *(a pesar de que no tengo coche)* y que recuperaré mi vida, *(a pesar de que aún no sé cómo).*

—Empecemos por un café. —El olor reconocido y delicioso me calma, pero justo cuando termino de llenar la segunda taza humeante, veo algo preocupante. La lavadora está funcionando y yo no la he encendido. Un segundo antes de atar cabos, Levi-Ryan Diago sale de su habitación y llega a la cocina empapado con tan solo una toalla colocada bajo las hendiduras de sus caderas.

—*Dios mío.*

—Buenos días —oigo la sonrisa en su voz—, me he tomado la libertad de usar tu lavadora. Necesitaba un uniforme limpio.

—Sin problema. —Mis ojos caen hasta el borde de la toalla y el relámpago de esta vez cae directo en mi clítoris.

A veces la vida no es justa.

—Estás un poco roja, Rapunzel —dice sobresaltándome—. ¿Todo bien?

¿La raíz cuadrada de «no», qué es? ¿«Ni de coña»?

—He hecho café —carraspeo, cojo una de las tazas y la acerco a él, retrocediendo cuando da un par de zancadas. La forma en que me mira mientras bebe no tiene explicación lógica después de tantos rechazos—. Debería ir ya a vestirme.

—Sí, puede que sí, pero la lavadora aún no está lista.

—¿Qué tiene eso que ver conmig…? Oh, *no*. Ni hablar.

—Ya lo creo que sí.

—Ni en sueños.

—No voy a quedarme aquí mientras vas a trabajar. Voy a ir contigo. Cuando anoche dije que iba a ser tu sombra, no era una forma de hablar.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa —sonríe lanzando chispas con la mirada.

No puede ser tan guapo. Nadie es tan guapo. La siguiente respiración se me atraganta.

—Haz lo que quieras, pero no voy a esperarte —mi intención es utilizar el tono más arisco posible, pero mi voz sale ahogada y rara.

Doy un paso en dirección a mi habitación, con tal de salvar el orgullo, pero no lo consigo. Levi-Ryan Diago me aplasta contra la isla y mete su lengua en mi boca derramando alivio sobre toda mi

frustración. Gimo. Me empuja con su cuerpo como si quisiera que atravesara la isla y gimo otra vez. Es imposible no sentir la enorme erección que se alza por su parte a una velocidad de Fórmula 1, una toalla esponjosa y unos finos shorts rosas de algodón no son nada para algo así.

—¿A qué estás jugando?

—La idea de que pienses que te rechacé me pone enfermo. —Mete la mano bajo la tela de mi pantalón y me aprieta el culo.

—Pero está claro que no te gusta saltarte las normas.

—No me las estoy saltando si todavía no ha empezado mi turno.

Está loco como para que lo encierren. No entiendo ni media palabra, mucho menos lo que quiere, busca o necesita, pero cuando sus labios me alcanzan mi cerebro se apaga. La electricidad me retuerce las entrañas a medida que conquista mi boca con su lengua y aumenta la fricción de nuestros cuerpos. Duro, tonificado y en forma no le hace justicia y si sigue tocándome así, presionando su polla contra mi centro sin descanso mientras me besa, voy a correrme en cero coma.

—Bonito pijama, señorita Love.

Argh, el puto señorita Love. Cojo una de sus manos y la llevo hasta mi pecho. Un jadeo después lo está amasando y rindiéndole pleitesía, acabando con la última gota de oxígeno en mis pulmones. Levi me sube a la isla, me separa bien las piernas y me pega la espalda contra el frío mármol. Sin aviso, le da un tirón a mi camiseta y deja mis pechos al descubierto. El sonido gutural que sale de su garganta antes de meterse uno en la boca es sensual. Demoledor. Digno de un animal.

—¿Esto te gusta? —Le miro y parece en trance mientras me retuerzo.

—Sí, todo, sigue. —Sus dedos atrapan el pezón que no tiene ocupado su lengua y ejerce la presión exacta para que palpite sin control. Para colmo, le oigo maldecir antes de succionar con fiereza y eso me hace sentir todavía más deseada—. *Levi.*

—Podría perder la puta cabeza —el deje ronco de sus palabras se convierte en una flecha contra la que no puedo defenderme.

Tira de mí y me endereza para sentarme, gritando con su tacto que hay demasiado que quiere hacerme y no es capaz de decidirse. Me inclina la cabeza, se hunde en mi boca mientras no resta ni una pizca de atención a mis pezones ultra sensibles. Estoy empapada y él tiene las orejas rojas, los labios hinchados y la mirada oscurecida.

Busco la erección sobre su toalla y la acaricio, la rodeo, buscando la manera adecuada de… sí, de darle una buena sacudida que lo deje cerca de… Sus labios entreabiertos acaban en mi mejilla cuando se le tensan los músculos y aprieta los dedos en mi carne. Me veo obligada

a echarle un buen vistazo a lo que tocan mis dedos. *Sorpresa para nadie, Levi-Ryan Diago la tiene enorme.* Y lo veo incluso a través de la toalla. Sus caderas me facilitan el trabajo mientras sus dedos acarician la fina y mojada tela de seda de mis bragas, justo sobre mi clítoris.

—Oh, joder, *estás*… —Sus brazos llenos de venas marcadas se tensan, igual que su abdomen de hierro. Estoy a punto de correrme cuando se detiene, lleva las manos a mi culo y me baja en un solo movimiento, obligándome a resbalar por su cuerpo esculpido hasta… ahí. *El lugar perfecto*—. Quiero sentirte contra mí.

Sujetándome para que no pierda la posición, frota su erección contra la lava candente que mana de mi vagina. *La fricción va a hacer que me desmaye.* Levi se mueve y encuentra la manera de que su polla dé justo en mi clítoris y masturba a todas mis terminaciones nerviosas a la vez. Grito. No puedo más. Me aferro a su cuello y él no rompe el contacto visual. Es íntimo y me asusta, pero sus dedos amasan mi culo mientras me mueve quedándose a las puertas. Torturándonos. Es más que suficiente.

Más de lo que puedo soportar.

La avalancha de adrenalina, placer y sudor me penetra dejándome fuera de combate. Las luces estallan tras mis párpados cuando me corro contra él y su beso es lo único que acalla mi orgasmo. Me rompo, es la única forma de explicarlo. Él gruñe en mi oído antes de tensarse con brusquedad y ceder ante mí en lo que parece un obsequio de poder. Lo siento a través de mí. El huracán de su placer se mezcla con el terremoto que ha provocado en mis tierras y no soy capaz de dejar de mirarle mientras pasa. No quiero que me suelte. Quiero que nos quedemos justo aquí, juntos.

Menudo problemón. Y este sin duda, se lleva la medalla de oro.

12

Levi-Ryan

Caminamos hacia las puertas del ascensor y yo todavía la oigo correrse. *La siento palpitando contra mí. Joder, lo único que lamento es que no lo haya hecho conmigo dentro.*

—Es ridículo que sigas queriendo dejarme al margen.

—Es por su propio bien, señorita Love —respondo, adicto a ver ese destello de rabia en sus ojos que aparece cuando se molesta.

Pulso el botón y con un sonido agudo, se ilumina.

—No soy una cría, podré soportarlo.

—Dijo la mujer con la tostadora en forma de pick-up.

—¿Pues ponerte serio un solo segundo?

—¿Quieres seriedad? Aquí la tienes. Que puedas soportar una carga no significa que yo vaya a dártela. Voy a protegerte en todos los ámbitos que me sea posible. Te guste o no. Así que aguántate, por ahora, esto es lo que hay.

Las puertas del ascensor se abren y un grupo de murmullos me obligan a apartar la vista de sus labios justo cuando estoy a punto de saltarme nuestra recién estipulada regla anti-sexo en horas de trabajo. Un grupo de mujeres de la edad de Lexi y mayores me comen con los ojos. Me pasa a menudo, pero esta vez es mejor que cualquier otra por la mujer que entra furiosa en el ascensor murmurando un ofendido *«por favor…»*.

—Señoritas. —Hago un movimiento de cabeza antes de seguir a mi protegida.

Un cúmulo de «buenos días», «qué guapo» y «es policía» se oyen a medida que subimos a la planta treinta y dos, sin hacer ni una sola parada antes. Lexi ni siquiera espera a que las puertas se abran del todo para salir escopeteada.

—Que tengan un buen día. —Me corresponden con sonrisas que no me paro a mirar, troto hasta Kitty y el animal furioso que la sostiene.

—Solo para que conste —dice—, Natalia Gibson y Jolie Dawson trabajan en la trece, así que van a pasarse un buen rato ahí dentro antes de poder bajar. Ah, y Shana Hyuman tiene una reunión en esta planta en tres minutos, ¿pero a quién le importa? Hay un policía guapo en nuestro edificio.

—¿Crees que soy guapo?

Pone los ojos en blanco. *Está claro que no se da cuenta de que sus celos me están masturbando el ego.*

—Buenos días, Ashia —dice entrando en un lujoso despacho que para mi sorpresa, no comparte las rarezas decorativas de la casa de Lexi y la empresa.

No tiene un cojín con forma de coche raro que no se vende desde los setenta, ni una taza con una versión futurista del coche de Regreso al Futuro. *Odio que mi mente esté haciendo una lista de las rarezas que me gustan de ella.*

—Mi niña —se levanta de la silla expulsando consternación en todas direcciones, pero antes de abrazarla se detiene y me mira—. ¿Ocurre algo? ¿Es por lo de anoche? ¿Ha pasado algo más que yo no sepa?

La policía avisó a los jefes para que se andaran con ojo. Según Lexi, Ashia se presentó en la cafetería poco después de que acabáramos nuestra llamada y lo hizo en pijama y zapatillas. *Me gusta esta mujer.*

—No, no ha pasado nada más, pero mejor siéntate. Tenemos que pedirte algo.

La historia del bebé, Kitty, el allanamiento de morada y el destrozo del coche se resume bastante rápido. Ashia Akledi se sube al barco enseguida y no se sorprende de que quiera ser la sombra de Lexi, de hecho le encanta. Entonces dice algo que me gusta incluso más.

—No conviene que vengas a trabajar hasta que se solucione. Tómate unas vacaciones, vete a un lugar paradisiaco y no se lo digas a nadie. —Se coloca la mano en una comisura de su boca y baja el tono —. ¡Y llévatelo a él!

—*Ashia.*

—Nunca te tomas vacaciones y no te quiero cerca de aquí mientras unos locos sin cara ni nombre sigan acechándote. Saben donde vives, Lexi y donde trabajas. Lo que más te convendría es irte a un lugar remoto como Acorn Hill. ¿Lo he pronunciado bien?

—Perfecto. —Junto índice y pulgar y alzo tres dedos.

—Ashia, solo hemos venido a pedirte algo de comprensión. Que dejes a Levi-Ryan estar en mi despacho hasta que esto se solucione. No necesito vacaciones, no las quiero —dice tajante en un tono serio que me suena mucho.

Es el vulnerable el que oigo poco.

—Diremos que es tu pareja —Ashia chasquea los dedos—, que ayer se asustó con lo ocurrido y que se te ha pegado como una lapa con la excusa de traerte a la ofi. El romance está de moda.

—Estás de broma, ¿no?

—Piénsalo, los jefes comunicarán lo ocurrido y antes de las nueve de la mañana la empresa entera sabrá que te destrozaron el coche. Hablarán si ha sido alguien de la competencia o algún ex-empleado furioso, lo cual nos viene de perlas. No conviene que se corra la voz de que estás en peligro, podría hacer creer al resto de que ellos también lo están.

Percibo como su cuerpo se encoge sin siquiera mirarla. El ambiente se carga con la pesadez oscura de la culpa.

—Tal vez no debería haber venido —admite bajando la cabeza, provocando que Kitty trote hasta su regazo.

—Cariño, me alegra mucho que lo hayas hecho, aquí tenemos seguridad de sobra.

Mientras Ashia la convence me dedico a no hacer ningún comentario respecto al hecho de que si Eilan Anders pusiera un pie en CAR Major Legue, la seguridad no tendría nada que hacer. *Por suerte, mis agentes sí.* Ashia, abandona el rostro compungido de Lexi para echarme un vistazo.

—Convendría que te cambiaras a algo más propio de la empresa, diría que puedo conseguirte… —descuelga el teléfono y miro a Lexi, frotándose la cara con frustración.

Choco mi rodilla con la suya y hace pucheros. Se me ocurren un par de ideas para dibujarle una sonrisa en la cara, pero estoy de servicio. Lexi y Ashia están hablando sobre un proyecto en común cuando oigo pasos decididos hacia nosotros. Me giro y a través de las paredes de cristal veo aproximarse a un hombre de cuarenta y poco, con tirantes aferrados a sus pantalones y los ojos fijos en Lexi.

—Eh, amigo, más despacio.

—Lexi, ¡Lexi! ¿Estás bien? —el que fijo lleva una cartera con velcro trata de sortearme—. Acabo de enterarme, ¿estás bien?

—Tú no vas a estarlo como no te calmes y te identifiques.

—Tranquilo, agente Diago, es del equipo —dice Ashia, pero el disimulado paso atrás que da Lexi cuando dejo que al parecer «Jax» se le acerque no me gusta.

Incluso oigo a Kitty gruñir.

—Casi me da un ataque, caramelito.

—Disculpa, ¿caramelito? —repito con ganas de retorcerle el brazo —. ¿Este tío de qué va?

—Agente *Dago* —dice leyendo mi placa—, sé que estás haciendo tu trabajo, pero ¿podrías dejar de interrumpirnos? Es una persona muy importante para mí.

—Y él lo es para mí —Lexi se agarra a mi brazo.

Vaya puto zasca para el caramelito.

—Van a casarse —suelta Ashia—, el agente Levi-Ryan Diago estaba muy asustado por su prometida y ha decido darle una sorpresa. ¿No es genial, Jax?

El tío está viviendo el peor día de su vida y se la ha olvidado hasta hablar.

—Estás invitado a la boda, caramelito —le doy unos golpes sonoros en el hombro y siento a Lexi darse la vuelta para reír.

En cuanto mi nuevo amigo se larga y la puerta se cierra, Ashia y Lexi comparten una mirada y se ríen.

—Me parece Levi-Ryan, que acabas de convertirte en su héroe.

La miro y está roja y sonriente. *Me cago en mi vida, qué preciosidad.*

—Deberías sonreír más a menudo. En serio —las palabras escapan de mi subconsciente y todo su cuerpo se tensa.

Ashia nos avisa de que mi ropa ya está lista. No acabo de entender cómo la ha conseguido tan pronto, pero le pido a Lexi que espere en ese mismo despacho mientras me cambio. A salir de los aseos, me jode ver a Ashia sola y señalando un par de metros más allá.

—¿Qué te he dicho? —gruño nada más entrar—. ¿Es que solo sabes hacer lo opuesto a lo que te pido?

—Has tardado mucho y tengo trabajo que… *dios*. —Hasta se le cae el boli con el que estaba escribiendo.

—¿Te gusta lo que ves, Rapunzel?

El traje me queda como un guante y la corbata naranja realza mi belleza natural. *O al menos, eso ha dicho el tío que ha esperado a vérmelo puesto antes de marcharse.*

—Puedes estar seguro de que sí —hace una respiración larga y sus pechos suben de forma abrupta. Carraspea—. Es decir, es bueno que te hayas cambiado antes de que llegaran todos mis compañeros. Casi no te da tiempo.

Miro a mi espalda y veo como los cubículos se van llenando a medida que la gente sale del ascensor. Lexi señala el elegante sofá junto a la ventana, sin mirarme, todavía algo sofocada.

—Puedes sentarte ahí. Ashia te ha dejado un portátil para que te entretengas.

Bien, necesito hablar con mi equipo de muchas cosas.

—Antes quiero que me digas quién era el caramelito ese y por qué se tomaba semejantes confianzas contigo.

—¿Jax? —Alza la vista y de nuevo cae hasta mi cuerpo—. Solo es un compañero.

—No parecía que para él fueras solo una compañera —me apoyo en su mesa y se toquetea el pelo.

—Ha sido bastante insistente desde que llegó a la empresa.

—¿Con qué?

—Comer, cenar, ir al cine… Quiere que veranee con él y su madre en Martha's Vineyard. Intento tomármelo con filosofía, aunque a veces me saca de quicio —Sonríe restándole importancia y la electricidad reanima mi corazón muerto.

—¿Por qué no le mandas a tomar por culo y ya?

—Es de suponer que esa clase de lenguaje podría traerme problemas en el trabajo, ¿no te parece? —Sacude la cabeza—. Da igual, gracias a lo que has hecho, estoy segura de que me dejará en paz. Te debo una. Bueno, otra.

Me hace sentir tan bien conmigo mismo que podría llegar a ser un problema.

—¿Por qué parpadeas tanto mientras te tocas el pelo? ¿Estás flirteando conmigo?

—¿Qué? Yo no, ¡es el traje!

—Señorita Love, solo he venido a hacer mi trabajo.

—Genial, siéntate y déjame hacer el mío —ladra.

Me inclino satisfecho con el cambio y le beso la frente. Sigo sin entender por qué me deja hacerlo. Al ocupar el sofá, veo por los cristales de su despacho que todos los recién llegados nos miran con un aire romántico y pegajoso. *No nos irían mal unas cortinas.* Kitty se cansa de explorar y oler el despacho, trota hasta mi pierna y se cuela en el hueco que deja mi brazo. Acaricio la pequeña cabeza que sobresale.

—A ti te voy a comprar una chuche bien grande por haberle gruñido así al cabeza altramuz de antes —le susurro y por cómo le brillan los ojos, juraría que entiende lo bastante.

Formamos un buen equipo: ella se queda frita contra mi rodilla y yo procuro no teclear demasiado fuerte como para despertarla. Escribo a Kadmus por teléfono porque no me fío del portátil de la empresa.

Mientras tanto, Lexi me deja boquiabierto con su profesionalidad. No para de llegar personal al despacho para pedirle consejo o para preguntarle cuál es el siguiente paso. Parece tener todas las respuestas, la verdad, impresiona bastante. *Y me pone bastante.* Por eso me esfuerzo en no devolverle la mirada cuando se pasa unos segundos de más enfocada en mi dirección, para que trabaje, se centre… *Y porque estoy de servicio y este despacho no tiene cortinas.*

Horas después de que volvamos de comer, se levanta de su silla. Camina hasta un armario a mi derecha y procede a ponerme el culo en la cara.

—Señorita Love… *—me está poniendo enfermo—*. ¿Se puede saber qué está haciendo?

—¿A ti que te parece? —me ladra, luego procede a sacar su peso en documentación y vuelve a su mesa—. Estoy trabajando.

—Antes de volver a casa tenemos que pasar por el súper, necesito cuchillas de afeitar. —Al ver que no se sienta, cojo a Kitty (que ha decidido convertirse en una alfombra-de-tipo-galgo sobre mi pierna) y la deposito en el asiento con cuidado de no despertarla—. ¿A dónde vamos?

—Yo a una reunión, tú a quedarte aquí.

—No me gusta la idea, Rapunzel. —Le corto el paso.

—Deja de llamarme eso cuando estamos aquí —mira a su alrededor, la puerta está abierta. Desenchufa su pendrive y bordea mi cuerpo—. Tengo que presentar algo a mi equipo, solo será una hora, estaré en la planta de arriba.

—Ni. De. Coña.

—Mira —resopla, sus hombros caen de sopetón y le tiembla la ceja izquierda—, no encuentro qué narices le pasa al tercer circuito imantado del retrovisor de mi modelo LKH, ¿vale? Y es importante, porque si no lo averiguo no voy a poder programar el motor. Así que lo último que necesito, es que tú personalidad sobreprotectora de policía-macho-alfa me…

—¿El motor de tu coche está en el retrovisor? ¿En serio? ¿En la parte más vulnerable del coche? ¿Quién ha tenido la genial idea?

—Fue mía, listillo, y para que lo sepas, lo único que tienen los retrovisores son unos chips espejo que provocan que el coche funcione como si tuviera un motor de repuesto. Pero ahora no envían el mensaje y no sé por qué, ¡y tengo que ir a convencer a todo el mundo de que esto va a funcionar!

Cierro la puerta, la sostengo por los brazos y ella me deja.

—No puedes venir conmigo a la reunión —insiste.

—Escúchame, eres buena en esto. Todo el que ha entrado aquí hoy te mira como si fueras Nicola Tesla. Pero eso no significa que esperen que tengas todas las respuestas.

—Sí lo esperan, yo lo esperaría.

—Eres muy dura contigo misma, ¿te lo han dicho alguna vez?

—No puedes entrar conmigo, nadie se tomará en serio la reunión. Todos se centrarán en mi prometido guapísimo y poli —hace pucheros y es jodidamente adorable.

—Esperaré fuera, pero quiero ver dónde es.

No se opone, lo cual demuestra lo nerviosa que está. Dejamos a Kitty dormida en el sofá. Estamos esperando al ascensor cuando una mujer de sesenta y largos, con un collar caro y una mirada despectiva se coloca a nuestro lado. *Por los aires que se da, una jefa fijo.* Es la primera que me mira de arriba abajo y no lo hace de un modo halagador.

—Señora Dínamos, hola —Lexi se sobresalta cuando la ve y hace un movimiento con el cuerpo que por poco se convierte en una reverencia.

—Lexi —en cuanto las puertas se abren, la señora Dínamos entra en el ascensor.

Juraría que ha salido del despacho de Ashia y cuando la miro, no me gusta nada la cara que tiene. Sigo a Lexi dentro del ascensor con la mosca detrás de la oreja.

—Espero con muchas ganas la reunión del viernes —dice ella en un tono amable y alegre.

—¿Sí?

—Por supuesto, llevo tiempo preparándome para…

—¿Se traerá a su prometido a la reunión? —Dínamos sale del ascensor antes de que conteste.

Sujeto las puertas para que no se cierren mientras Lexi la ve marcharse como si fuera su futuro prometedor.

—¿Estás bien?

Cuadra los hombros y asiente decidida, despojándose de la duda y convirtiéndose en la mujer segura que conozco. Entra en una sala con una mesa rectangular y un mar de sillas y cumplo mi parte. Las puertas negras de mármol se cierran y aprovecho mi soledad en el pasillo para hacer llamadas pendientes.

—Cassie sigue disculpándose cada vez que alguien hace referencia al maletín. —La voz de Winchester suena al otro lado de la línea.

—Que no le dé importancia, ¿habéis averiguado algo de las cámaras de seguridad?

—Layla me ha dejado husmear en las grabaciones y no he encontrado nada, pero estaba muy rara.

—¿Rara en qué sentido?

—Se ha puesto muy pálida al verme y cuando digo que me ha dejado su ordenador, me refiero a que ha salido escopeteada al exterior. ¿La ves capaz de traicionarte después de todo?

—Tiene una hija, sé que haría cualquier cosa por protegerla. Tendremos que vigilarla de cerca.

13

Lexi

Camino frente al microondas con una fresa pinchada en un tenedor sacado de un lavavajillas que debería haber descargado hace días.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Te he visto trabajando todo el día, deberías pedir el presupuesto.

La mayoría de los halagos que recibes en la edad adulta son mentira, parcialmente mentira o un insulto encubierto. Pero los de Levi-Ryan son un maldito ramo de rosas el día de tu cumpleaños.

—Para. Eres una mala influencia.

—Tú misma has dicho que Neil Alonso pide un aumento del suyo cada tres semanas y que a veces se lo dan. —Muerde a su manzana—. Sé como Neil.

—El cretino de Neil Alonso siempre busca la manera de pasar por delante de la gente.

—Seamos honestos, a nadie le gusta jugar en equipo.

—Eso es… una verdad como un templo, pero no se aplica. Además, Neil no se está jugando el ascenso, solo que su reputación de cretino insoportable tenga unos poquitos fundamentos más. Yo estoy en una situación delicada.

—Eso solo son excusas.

—O tú eres un necio que no sabe ver la realidad.

Estrecha la mirada y me penetra con ella. *Qué guapo es. Y qué peligrosa es la facilidad que tiene para hacerme hablar. Con él pierdo los muros y las bragas, honestamente, no sé qué es peor.* Soy un libro cerrado para todo CAR Major Legue, uno un poco abierto para Ashia y uno tan abierto para Levi-Ryan Diago que las páginas están empezando a soltarse.

—¿Por qué tienes una cuadrícula con una cantidad exagerada de restaurantes, junto a nombres de hombres? —Pasa por mi lado,

poniéndome una mano en la parte baja de la espalda, endureciendo mis pezones al instante.

—Son sitios a los que me gusta pedir comida a domicilio —me encojo de hombros y me recoloco la camiseta azul pastel que me he comprado esta tarde en la misma tienda en la que hemos comprado un pijama para él.

Ese que ha jurado no ponerse.

—¿Y el resto de la explicación?

—Déjalo, no lo entenderías. —Busco mi móvil y lo encuentro en el reposacabezas del sofá—. ¿Pedimos algo?

Me coge la muñeca, me da la vuelta con suavidad y no me suelta. *Me encanta esa barba de dos días.*

—Prueba.

—Siempre te piden un nombre cuando haces una comanda, es el que dicen cuando llaman al interfono. Doy uno de hombre porque es más fácil. Fin de la historia.

—Prueba otra vez.

—Así creen que es mi pareja, ¿vale? De esta forma es más seguro, vivir sola en una ciudad puede ser peligroso. Me escribí el nombre que doy en cada restaurante para que no se den cuenta de que es mentira. No te atrevas a tenerme pena, Levi. ¡Soy una mujer independien…! —Sus labios separan los míos adentrándose en mi boca como si fuera de su propiedad.

La descarga eléctrica vibrante y cálida es tan fuerte que si sus manos no llegan a agarrarme habría acabado en el suelo. El beso es lento, Levi se deleita y mis rodillas me dejan tirada. *Está succionándome la vida y dándomela toda, si es que eso tiene el más mínimo sentido.*

—No vuelvas a besarme por lástima —jadeo cuando se separa.

—No ha sido por lástima, ha sido un premio por ingenio.

—Lo hacemos todas, no soy especial.

—Entonces tendré que salir y besarlas a todas.

Sus labios vuelven a encontrarme y no parece muy dispuesto a largarse a ninguna parte.

—Te toca —ocupo un taburete de la isla—. Cuéntame algo personal de ti que no sepa.

—¿No prefieres pedir la cena?

—No sabía que hablabas el idioma de las gallinas, aunque me temo que eso no cuenta como secreto.

Me fulmina con la mirada como si fuera a divertirse convirtiéndose en mi peor pesadilla. Siento que me desnuda y eso no me deja respirar. Ocupa el taburete frente a mí, me separa las piernas, coloca

las suyas en el hueco. La camiseta azul es oversize, lo cual significa que a la Lexi de hace una hora le ha parecido una buena idea no ponerse pantalones debajo. *Error*. Levi por el contrario todavía va con el traje. Bueno, la corbata está medio deshecha, ha perdido la chaqueta y la camisa ha sido remangada hasta los antebrazos. *Es una imagen digna de mojar a la más difícil.*

—¿Y qué me das a cambio de uno? —acaricia la cara interna de mis muslos.

—Dependerá de lo suculento que sea.

Asiente subiendo las caricias y no le freno, porque no me afectan.

—Nunca he querido ser otra cosa que no fuera policía.

—Eso no vale —resoplo cogiendo la punta de su corbata naranja—, es evidente. No hay más que verte la cara para saber que lo llevas en la sangre.

—Pues haz tú una pregunta. —Hunde los dedos en mis muslos, irritado.

Aprovecho mi oportunidad sin dudar.

—¿A día de hoy mantienes el contacto con tu primera novia?

—Soy el padrino de sus hijas.

—¡¿C-Constance y tú salisteis?! —chillo en susurros.

—Sí, pero poco tiempo. Crecimos juntos, éramos muy buenos amigos y antes de acabar el instituto, probamos a ser algo más. No funcionó.

—¿Y no es raro que…? —Cojo una fresa con los dedos—. En fin, que ahora…

—En el momento en que Constance vio a Kadmus Winchester el resto de hombres de la tierra desaparecieron. Además, fui yo el que utilizó la palabra «hermana» el día que cortamos. Créeme, los dos estamos más que conformes manteniendo el contacto. —Levi fija la mirada en mis labios cuando el mordisco me moja los dedos.

Se inclina y muerde la fresa quitándome lo que falta.

—Tu turno. —Sin dilación, cuela una mano entre mis piernas y me acaricia de arriba abajo, provocándome un escalofrío.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Quién? ¿Yo? Nada. —Su iris es fuego oscuro del infierno y yo estoy preparada para conocer al jefe.

—Voy a quedarme a Kitty.

Coge una fresa y la acerca a mis labios.

—¿Cuándo lo has decidido? —pregunta y cuando muerdo un pedazo, sus dedos no se apartan, se quedan cerca. Abro más la boca y la fresa no es lo siguiente que chupo. Levi aprovecha ese preciso momento para atacar mi clítoris con su otra mano, arrancándome un gemido

revelador—. Contesta a la pregunta.

—Te he contado el secreto, las explicaciones no venían en el trato.

Hace un movimiento circular bien marcado y mi pulso pasa de correr a esprintar. Acaricia mi boca mojada con sabor a fresa y saco bien la lengua para demostrarle lo que podría hacerle si se portara bien.

—Sé una buena chica o tendré que castigarte —dice repitiendo el círculo, comiéndose él lo que queda de fresa.

Suena tan sucio que casi termino. Le doy un buen tirón a su corbata y nuestros labios pasan a estar a escasos centímetros.

—No me asustan tus castigos.

—Deberían. —Aparta la tela de encaje y ataca mi clítoris tocándolo directamente por primera vez, dejando que el placer me arrolle con cada sacudida.

Me agarro a sus hombros mientras el movimiento de sus dedos incendian mi anatomía. Quiero que los hunda dentro de mí y debe saberlo por la forma en la que se me abren las piernas, invitándole a entrar. Intento besarle, pero aleja su boca jadeante de la mía. Sé que desea hacerme mucho más que eso, su erección parece querer atravesar sus pantalones, pero si algo le gusta a Levi-Ryan es quedarse con todo el control.

Justo por eso, tiro de su cinturón y un tintineo después, rodeo el arma que me ha tenido distraída durante toda mi jornada laboral. Él se acerca a mi entrada palpitante y necesitada, mientras con el pulgar sigue mimando a mi clítoris.

—¿Quieres que lo haga yo?

Me coge las manos y detiene toda diversión, mojándome la muñeca de mi propia miel.

—Sé una buena chica y los dos ganaremos. —Se deshace de mis bragas y abriéndome bien las piernas, mantiene sus dedos cerca, dejándome claro lo que puedo tener.

—Me salvó la vida ladrando de esa forma fiera, y teniendo en cuenta que nuestra relación empezó conmigo salvando la suya, está claro que ambas viviremos más si permanecemos unidas. ¿Contento? —Ahora soy yo la que ladra.

—La quieres.

—Más despacio Fórmula 1, yo no he dicho eso. Es mero agradecimiento y eficiencia.

—Mentirosa. Casi no tienes acento inglés, ¿viviste mucho en Inglaterra?

—Eh, así no funciona el juego. —Estoy a punto de sonar súper segura, pero sus dedos se abren paso por mis labios, separándomelos

sin llegar a hundirse en mi entrada—. Hasta los dieciocho.

—Dime algo que odies.

—La espera. Y que no me estés besando. —Me hunde la punta de dos dedos y me doy cuenta de que son enormes y no van a caberme.

Muevo las caderas en busca de más, pero no me lo da. *Es insoportable.* Entonces levanta mi camiseta admirando cada franja de piel que ha dejado al descubierto. Se lleva la punta de los dos dedos a la boca y los chupa sin apartar la mirada de mí, luego gruñe. Se baja del taburete, se arrodilla frente a mí y sin aviso, hunde la cara entre mis piernas.

Antes de que pueda decir una sola palabra, ya estoy gritando su nombre.

La forma en que lame mi sexo es agresiva y la barba hace algo conmigo todavía mejor. Succiona con demasiada fuerza, me va a matar. Entonces lo hace, hunde dos de sus gruesos dedos dilatándome a su paso. *Dios santo.* Su lengua no tiene piedad alguna, ni tampoco la forma que tiene de entrar y salir de mí. Me aferro a él como puedo mientras me da justo lo que necesito. No puedo aguantarlo, no soy capaz de frenar lo que viene.

—¡Levi! —chillo con fuerza mientras la ráfaga de placer desmedido me deja sin oxígeno.

Es demoledor y puede con todo a su paso. Convulsiono desorientada, incapaz de asimilar lo que pasa a través de mi cuerpo con la fuerza de un puto huracán fiero.

Soy consciente en ese momento de que cuando dejemos de jugar a las casitas y cada uno vuelva a su vida, mi cuerpo no será capaz de olvidarle.

14

Levi-Ryan

Me acerco a la cama de su habitación incapaz de asimilar que este sea el mundo en el que vivo. Durante el día mantenemos una distancia cordial y al llegar la noche, ninguna en absoluto. A medida que los días pasan, empiezo a desarrollar una adicción preocupante.

—No entiendo cómo hemos llegado a esto —gime retorciéndose.

Está esposada al cabecero de la cama, con las piernas extendidas y un par de corbatas encargándose de que no pueda cerrarlas.

—Joder, ni siquiera te he tocado y ya estás empapada —me chupo los labios admirando la miel que brilla en el coño que voy a comerme.

—¿Y a qué esperas? —arquea la espalda ensalzando sus pechos.

—No me gusta que duden de mi palabra, ¿sabes? —La polla me da una sacudida y tengo que sujetármela para calmarme porque es espectacular—. Te prometí que te protegería.

Su boca se abre en un gemido sordo mientras sus ojos siguen fijos en mí. Intenta juntar las piernas para darse placer, pero no puede. Me acerco a su entrada y empiezo a masajear su clítoris en círculos. Se le encoge el estómago y alza las caderas como puede. Me pide que lo haga más deprisa, pero hago lo contrario hasta que paro y se lamenta. *Huele tan bien.*

—Dilo —acaricio la zona rosada cercana al epicentro. Entonces hundo dos dedos, de golpe—. *Lexi.*

No puede hablar mientras los meto y los saco a buen ritmo, dejando que su cálida miel me empape. Siento que me arrancan los huesos de la piel, pero paro de nuevo.

—¡Confío en ti y lo sabes! —Gime.

Lo sé, pero no es suficiente. La imagen que tengo delante es demoledora y sus súplicas el último detonante. Incapaz de resistirme, empiezo a comérmela y decir que toda la sangre se me baja a la polla sería un eufemismo para la necesidad que siento. Durante un tiempo

indefinido me pierdo en mi propio placer de saborearla. *Es perfecta.* Gasto hasta la última gota de disciplina con tal de no acabar con esto antes de lo debido.

—Las acciones valen más que las palabras. —Beso la cara interna de su muslo, de su rodilla, y veo cómo me odia por parar una vez más.

Es lista, lo siguiente que oigo no son insultos, aunque sé que los piensa.

—Lo siento, no volveré a ponerme en peligro, ¿contento? —A media mañana ha decidido bajar al parking ella sola porque le habían avisado de que ya habían reparado su coche. Craso error—. ¿Contento? —repite con sorna.

—No. En absoluto. Contento habría estado de castigarla allí mismo, delante de todo el mundo.

—*Dios mío* —se retuerce—, Levi, confío en ti. Y ahora confío en ti para que hagas que me corra.

—Buena chica. —La masturbo.

Primero con la mano, luego con la lengua y luego con ambas. La observo mientras curvo los dedos localizando su punto G y parece a punto de salir de su propio cuerpo. *Qué puta barbaridad, qué delicia.*

Sus paredes laten con intensidad contra mis dedos haciendo fantasear a mi erección con un futuro más que prometedor. Resbalo dentro y fuera de ella hasta que el orgasmo le puede otra vez. Los espasmos sacuden su cuerpo y no reduzco la velocidad, la sigo de cerca. La acompaño hasta que deja de temblar, queriendo empezar otra vez. Ebrio de Lexi Love.

—Desátame.

—*Nunca* —me llevo los dedos brillantes a la boca y se le corta la respiración—, tu sabor no es de este mundo. ¿Crees que puedes tener otro orgasmo en un minuto?

—Hablo en serio, Levi, desátame —no es excitación lo que oigo en su tono, es algo distinto.

Lo hago de inmediato y bajo su atenta mirada. Cuando pregunto qué ocurre, no contesta, y empiezo a asustarme de verdad.

—¿Lexi? Vamos, preciosa, dime algo. —En cuanto se libera, me besa metiéndome la lengua hasta la garganta, me rodea con ambas piernas y tira de mí hasta que caigo sobre ella—. Joder, me has dado un susto de muerte.

—No era mi intención —me muerde el labio frotándose contra la erección que abulta en mi bóxer. Dudo si me estaba poniendo a prueba y me asusta la clase de hombres con los que haya estado. Me asusta no haber estado ahí para defenderla—. Eh, vuelve conmigo, sheriff.

Lo hago.

Esta vez soy yo el que se hunde en su boca. Sin perder un solo segundo, vuelvo hasta los pechos que protagonizan todas mis fantasías. Su sabor es celestial y *necesito* que vuelva a correrse. Me yergo sobre mis rodillas, me deshago de mi ropa interior y la tiento con la punta de mi polla

—Eres espectacular —dice comiéndome con los ojos.

Cuando no está tirándome piropos sobre mi físico, halaga mi forma de tocarla, de darle placer y joder, podría acostumbrarme a esto con tanta facilidad. Su mano me rodea la erección y aunque no estoy dispuesto a cederle el control, es buena y eso me impide pensar. *Sobre todo cuando su entrada rosa y mojada está a tan escasos centímetros y tengo la garganta seca de deseo.* Mi punta brilla mientras sus dedos suben y bajan a mi alrededor, sin romper el roce con la piel de su clítoris. Está tan abierta de piernas que tengo una puta arritmia.

Desde que llegamos juntos a este apartamento hemos hecho muchas cosas, pero hay una barrera que aún no hemos cruzado todavía. Una que estoy seguro que me haría perder la puta cabeza. Una sacudida firme y demasiado meticulosa, me arranca un gruñido y me lleva de vuelta a sus ojos.

—¿Me has oído?

—Perdona, ¿qué…?

—He dicho que hay preservativos en la mesita de noche.

Mi cuerpo se congela, mientras arde cual antorcha. *No acaba de decirlo.* Sonríe y deja caer la cabeza sobre la almohada, se le mueven los hombros. *Es preciosa.*

—Tu cara es un poema. —Trata de llegar a la mesita, pero tal y como la tengo cogida no alcanza.

Me acerco y cojo uno con una puta mano temblorosa. *Ni que fuera un novato, ¿qué me pasa?* Miro a la mujer debajo de mí y entiendo todo lo que me pasa, joder. No tiene nada que ver con lo buenísima que está. *Está sanando mis heridas y ni siquiera lo sabe.*

—¿Estás segura? —pregunto y solo entonces me suelta la polla para cogerme las mejillas, atraerme hacia sí y besarme.

Lo hace despacio, recreándose, dejando que su lengua baile contra la mía calentando el fuego que me sale de dentro.

—Levi-Ryan Diago, nunca he estado más segura de nada.

Rasgo el envoltorio con los dientes y me lo pongo. Me cuesta un par de respiraciones profundas hacerlo y eso que aún no estoy dentro de ella.

—Vale, vas a darme un segundo para que me haga a la idea, ¿de acuerdo?

Ella asiente mordiéndose el labio.

—¿Cómo caminas con eso? Es gigante.

—*Lexi* —le gruño y sonríe más.

Paso mi erección a través de sus labios dejando que me empape y es sublime. Me descubro más impaciente y ansioso de lo que me gustaría, pues un instante después, le meto la punta y ambos gruñimos.

—*Ah, ¡dios!* —boquiabierta, me devuelve una mirada muy reveladora.

—Tu cara es un poema. —Le beso un hombro, la frente y luego la boca.

—¿Y si no puedes meterla entera? —parpadea con las pupilas muy dilatadas, meciéndose contra mí a medida que ganamos centímetros. Sus paredes se pegan a mí, dejándome un espacio ínfimo y perfecto—. ¿Y si no llegas al fondo y no te corres?

Hostia puta.

—Lexi, me está costando un imperio no correrme ahora mismo sintiendo cómo palpitas contra mi polla —mi tono sale brusco, pero siento en cada rincón de mi cuerpo que le encanta—. Así que hazme el favor de relajarte y déjame que me ocupe de ti. —Lo hace, regalándome más espacio—. *Buena chica.*

Gime revelando cierta debilidad ante esas dos palabras.

—No tiene sentido.

Me resbalo fuera de su boca cuando llego a la mitad y el placer me apuñala con brusquedad. Late con tanta intensidad que sé que está muy cerca y no sé cómo lo voy a hacer para no correrme en cuanto lo haga ella, pero siguiendo sus súplicas, acelero el ritmo sin dejar de estimular su clítoris. Lexi me clava las uñas en la espalda abriendo más las piernas.

—Eres una puta fantasía, ¿sabes? —susurro en su oído.

Se aferra a mí, apretando las piernas alrededor de mi cintura. La embisto una vez más y por poco me salgo de mi cuerpo porque… *Se la he metido entera.* Estoy a punto de halagarla por el esfuerzo, pero chilla con fuerza arqueando la espalda, aceptando cada centímetro como una campeona. Freno mis caderas.

—Acaban de llamar a la puerta.

—Si sales de mí ahora voy a correrme. Y si yo me corro…

—No tardaré en seguirte.

—Bien —jadea, cada respiración es peligrosa—, entonces los ladrones tendrán que esperar a que terminemos. —Se agarra al cabecero de la cama.

—¿Qué clase de ladrones llaman a la puerta?

—No lo sé, no puedo pensar cuando estás tan dentro de mí que eres lo único que siento.

Esa boca tiene un peligro del que no es consciente.

Despacio, resbalo sacándola poco a poco y algo en su mirada duda si voy a apartarme justo antes de penetrarla de nuevo hasta el fondo. Eso es todo lo que hace falta. Gime tan fuerte que quien esté al otro lado de la puerta tiene que oírlo, pero su miel se derrama sobre mi polla y eso es todo lo que me importa.

Se deja llevar contra mi erección mientras sus paredes laten con una intensidad que me obligan a aferrarme a todo lo que tengo para no acabar ahí. Sus espasmos son mi tortura y juraría que siento su placer como propio.

—Dios, Levi, ¡Levi! —gime hasta que su cuerpo deja de sacudirse, volviendo conmigo.

Aparto el pelo de su cuello y le beso la deliciosa franja de piel expuesta.

—Creí que íbamos a darnos prisa —me aprieta con las piernas y nos arranca un gruñido animal a ambos.

Sigo dentro de ella, más duro que en toda mi puta existencia.

—Ese era el plan, pero no he tenido suficiente. —Atrapo uno de sus pezones y lo pellizco generando la fricción que querría hacer con mi boca, si no estuviera ocupada con la suya.

En mi lecho de muerte, el recuerdo que quiero que llegue a mi mente es el de este preciso instante.

—El edificio podría estar en llamas —se aferra a mí como un koala, antes de morderme el labio.

—Entonces te sacaré por la ventana.

—Serías capaz. Ahora deja que me siente encima —susurra y no tiene que pedirlo dos veces, porque no hay ni una sola forma en la que no quiera hacérselo.

Nos doy la vuelta y me incorporo, dejándola a horcajadas sobre mi erección. *Dios. Dios. Dios.* Se desliza fuera y se la vuelve a meter hasta el fondo.

—Hostia puta —me tenso, le aprieto el culo y obligo a que la siguiente embestida sea más lenta.

No. Sé. Qué. Es. Peor.

—¿Cómo es tan grande? —gime cabalgándome—. Biológicamente no tienes sentido.

La inclino hacia atrás lo bastante como para meterme uno de sus pechos en la boca. Succiono con fuerza hasta que pierde la capacidad de hablar. La noto palpitar, sus paredes cerniéndose sobre mi polla. Jamás olvidaré lo que me hacen sus gemidos. Lo que siento cuando

me monta sin piedad. *Es puta perfección. No existe nada que se compare a estar dentro de ella, agotando hasta el último resquicio de espacio.*

Esperarla es un suplicio, un tormento, un martirio. Uno delicioso. Su mirada se cruza con la mía justo antes de que pase. Inexplicable, eso gritan sus iris de avellana. Alcanza el clímax y su cálida miel me empapa mientras se le ponen los ojos en blanco y grita con la fuerza con la que se mueven sus caderas. La penetro hasta que no puedo más, hasta que no seguirla supondría perder la cabeza. Me derramo en el preservativo. Llego al puto paraíso. La ola de placer arrasa, destruye y conquista todo lo que encuentra a su paso. Me deja sin aliento y con enfermizas ganas de más, mucho más.

Lexi alcanza mis labios y compartimos algo íntimo que hace temblar los cimientos de mi mundo.

Lo último que quiero hacer es separarme de ella, pero mi radar está encendido. La beso por toda la cara antes de despegarme, me deshago del preservativo, me pongo los pantalones del pijama que no pienso volver a usar y voy hacia la puerta. No esperaba encontrar a tres mujeres, una morena, una castaña medio rubia y una pelirroja, al otro lado de la puerta aporreada.

—Van a tener que darme tres razones para que no llame a la policía, señoritas —mi voz es un zumbido grave que provoca que las tres den un respingo.

—¿Señoritas? —repite Lexi desde su dormitorio cuando me fijo en que una de ellas tiene unas llaves en la mano.

—¿Nos hemos equivocado de puerta? —pregunta la morena.

—¡Por eso no habría la llave! —exclama la pelirroja.

—No, mirad, es el siete, es su piso —aclara la que falta—. ¿Quiere decir esto que acabamos de joderle el polvo a…?

—Ay, dios mío —Lexi gime de un modo muy distinto al de antes.

—¿Qué ocurre? —pregunto mientras se acerca a la puerta con una fina bata rosa.

La abre, pero no resisto la tentación de poner una mano en su abdomen y apartarla poniéndola detrás de mí en un solo movimiento.

—Guau.

—G-u-a-u.

—*Joder*.

Tres pares de ojos se expanden por las caras de las recién llegadas y a pesar de que me siento muy bien conmigo mismo y parecen inofensivas, no me fío un pelo.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —pregunta Lexi saliendo tras mi espalda—. ¿No recibisteis mi carta?

—Precisamente por eso estamos aquí —dice la pelirroja—. ¿Cuál

crees que iba a ser el plan cuando Miss Tengo-Problemas-No-Aparezcáis-Por-Aquí nos escribe?

—Presentarnos por sorpresa, por supuesto —dicen las otras dos, como si estuvieran conectadas por telepatía.

Vuelvo a poner una mano en el abdomen de Lexi y cuatro pares de ojos caen justo en ese punto.

—Son mis hermanastras, tranquilo —me explica en un tono entrañable y dulce—, no son peligrosas.

—Sí, lo somos —sonríe la pelirroja, justo antes de que Lexi las invite a pasar.

15

Lexi

Lo último que esperaba tras la sesión de sexo más alucinante que por poco acaba conmigo, era que mis tres hermanastras se presentaran en mi apartamento justo después de haberles escrito dejándoles claro que eso era lo último que debían hacer.

Estoy colocada de tantos orgasmos, pero aún en este estado puedo hacerme una idea de lo que se me viene encima. Hago las presentaciones y las tres Marías siguen comiéndose a Levi con los ojos. No puedo culparlas teniendo en cuenta que está sin camiseta, con los pantalones muy bajos y todo su sex-appeal desplegado por doquier.

—¿Qué narices está pasando, Lex? —susurra Nina-Dinamita cuando Levi se va a hacer café.

—¿Dices que es policía? —sigue Daisy, colorada—. ¡¿Qué hace un policía medio desnudo en tu cocina?!

—Si estos son la clase de problemas de los que hablabas en la carta, habría enviado condones como respuesta —dice la pequeña de las hijas de Victoria Daughbeth.

Decir que mis tres hermanastras son mis mejores amigas sería quedarse muy corta. *¿Se puede tener más de un alma gemela? Pues eso, que yo tengo tres.* Pero ahora mismo querría que estuvieran en sus respectivas casas lejos de Manhattan y no causándome un precariamente-disimulado-infarto.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? Lo que os dije por carta iba muy en serio.

—Fulana embustera, liante-escribe-líneas-falsas. ¿Cómo has podido callarte algo así después de que te pasara el link de mi lámpara favorita?

—Sí, Lex —sigue Nina—, ¿cómo has podido callarte algo tan gordo?

—No es lo que pensáis —*esto es muy gordo, pero no como creéis.*

—Mira quien fue hablar —Amy le da un codazo—. La que quiere quedarse embarazada y tener un mini-Nolan-Kane.

—¿Que quieres qué? —chillo y cuando la miro se sonroja, sonríe y asiente.

—Se suponía que iba a contarlo ella —Daisy le da un golpe en el hombro a Amy, que se tapa la boca con la mano.

—*Mea culpa.*

—Estas últimas semanas conviviendo con Láhria y Nolan han terminado de dejarme claro algo que sé desde hace más tiempo. —Se le llenan los ojos de lágrimas de felicidad—. Los quiero y agrandar la familia nos parece una idea maravillosa.

—Vas a ser mamá —le toco la tripa—. No me lo puedo creer, felicidades. ¿Cómo está pasando todo tan deprisa?

—Aún no estoy embarazada, ¿eh? —alza las manos—. Acabamos de empezar a intentarlo, pero quería haceros partícipe de la decisión.

—Fijo que perseveraréis lo que haga falta —se carcajea Amy.

—Lexi, ¿puedes venir un momento? —Levi mueve la cabeza hacia su habitación y me levanto bajo las atentas y divertidas miradas de mis hermanastras.

—¿Podéis terminar los cafés? —les pido—. Será solo un segundo.

—Siempre has sido una anfitriona penosa —dice Amy al tiempo que se levanta y Daisy me propina un golpe cariñoso en el culo.

Cierra la puerta de la habitación de invitados y me avergüenza admitir que estar a solas con él ya me acelera el pulso.

—Vas a tener que ponerte una camiseta si quieres que tengamos una conversación a derechas —bromeo, pero el Levi-Ryan Diago que me encuentro no tiene nada que ver con el que me ha regalado más orgasmos de los que puedo contar.

Vuelve a estar de servicio.

—Tienen que irse.

—Lo sé, lo sé, te juro que se irán cuanto antes.

—No, Lexi, cuanto antes no, ya. Tiene que ser ahora.

—¿Ahora? Acaban de llegar, están agotadas.

—Eso no importa —dice tajante.

—No puedo echarlas de mi casa en mitad de la noche.

—¿Es que no entiendes el peligro que corren? —Se acerca hasta que estoy a un palmo de la noche de obsidiana gélida y temeraria—. Que reserven ya los vuelos de vuelta, yo mismo los pagaré, pero tienen que irse de aquí.

—Nadie las habrá visto, ¿no? —pregunto, pues su insistencia y seriedad es aderezo para mi mente nerviosa y aturdida. El pánico patea mis entrañas a medida que él insiste y yo digiero la realidad—.

Ay, dios mío. Ay, dios, tienes razón. ¿Y si intentan hacerles daño? ¡Una de ellas está casi embarazada!

Sus manos llegan a mi cintura.

—Cálmate —su voz es tierna—. Debemos actuar deprisa. ¿Confías en ellas?

—Pondría mi vida en sus manos una y mil veces. —Una lágrima se escapa sin permiso.

—Entonces cuéntaselo. —La limpia con el pulgar—. Diles lo que ha pasado, por qué estoy aquí.

—Ni siquiera yo sé toda la historia —me quejo en tono débil—, te empeñas en no contármela.

—Te lo contaré todo cuando se vayan —promete—. Pero tienes que hacer que se larguen a primera hora de la mañana. O antes. Si no, sus vidas también correrán peligro. Estando aquí ya lo corren. —Sus dedos acarician mis brazos con la delicadeza de las hojas de los árboles.

—¿Y si les pasa algo? ¿Y si provoco que les hagan daño?

—Les pondré vigilancia a cada una para asegurarnos que llegan bien a casa.

—Ni siquiera sabes donde viven.

—Tengo contactos en todo el mundo, Lexi, no importa donde vivan. Pero tienen que alejarse de aquí cuanto antes.

Asiento mientras el miedo campa a sus anchas por mi cuerpo. Lo siento por ellas, no van a tener la escapada que esperaban al venir aquí.

—Lo último que quiero es ponerlas en peligro. Te juro que haré que se marchen —sorbo mis emociones y sus labios llegan hasta mi frente.

Volvemos al salón y empiezo a hablar antes siquiera de que se sienten. Al principio me cuesta que me escuchen, sobre todo cuando me ven llorar, ya que si alguien sabe que yo no lloro, son ellas tres.

El bebé, Acorn Hill, Kitty, Levi y Kadmus, la cerradura de mi apartamento rota, lo ocurrido en el parking de la empresa, Levi siendo mi sombra.

—No me lo puedo creer —Nina se tapa la boca, se lleva esa misma mano al pecho y luego se lanza a mis brazos—. Dios mío, Lex. Tienes que venirte con Nolan y conmigo, en el resort estarás a salvo.

—No —sentencia Levi, haciendo que mi hermanastra dé un respingo.

—Ya la has oído, Nina, Acorn Hill es el lugar más seguro —dice Amy acunando a Kitty contra su pecho—, deberías dejar de trabajar e irte con él.

Lo dice después de haberle pedido que les enseñara la placa.

—¡Dios mío! No puedo creer que estés metida en esto por tu buen corazón —Daisy llora sin parar, partiéndome el alma.

—No dejaré que le pase nada. —La seguridad en su tono, la determinación en su iris, pfff, resulta difícil no creerle.

Amy es la primera en ceder y buscar vuelos de vuelta para las tres, cada una a su propio destino.

—Cuando en la carta hablabas de problemas creí que te referías a dar una capa de pintura fucsia a las paredes en un ataque de locura repentino de viernes por la noche, no esto —dice Amy.

—¿Pero cómo te vamos a dejar aquí sola? —solloza Nina—. No podemos irnos sin ti, ¿qué diría mamá?

Levi se arrodilla delante suyo y le coge las manos.

—La protegeré con mi vida, Nina, tienes mi palabra.

La mirada que me lanzan Daisy y Amy descoloca mi ya desestabilizado corazón. *Dios.*

—¿Lo harás? —Nina le da un buen apretón de manos—. Si algo le pasa, juro que me moriré.

—No le va a pasar nada, es un profesional —interviene Amy, con los ojos rojos.

Se levanta a por más café y al llegar a la encimera nos da la espalda. *Mi chica fuerte.*

Levi les da calma cuando más lo necesitan y no puedo empezar a explicar lo que supone para mí. *La lista de agradecimientos ya va siendo larga.* Han pasado horas y cuando Amy propone ir al aeropuerto, el agente Diago va a vestirse. Sé que con él también tengo una guerra pendiente, pero prefiero lidiar con una batalla cada vez.

—Basta ya de lágrimas —las señalo, tratando de resultar amenazante mientras me levanto en busca de mi móvil—, ¿queda claro? Estaremos bien y hemos estado juntas, que es lo que importa —*Single Ladies (Put a Ring on It)* de *Beyoncé* empieza a sonar—. Así que cerrar el grifo que no se ha muerto nadie.

Daisy es la primera que empieza a mover los hombros y es todo un cuadro porque sigue llorando, pero también se ríe. Me traigo a la de los ojos rojos de la cocina y Nina me coge de las mejillas y aprieta cuando llegamos, pero también baila. Más o menos.

Las quiero tanto.

—Deberíamos darnos los números de teléf… —dice Amy.

—No. Si los tenemos, no vais a dejar de preguntarme cómo estoy y nuestra tradición se irá a la mierda. Nuestra relación lo hará. Me niego. —Existen muchos motivos por los que las hijas de Victoria Daughbeth siguen recibiendo correspondencia en pleno siglo veintiuno

y no pienso renunciar a ninguno.

—Se lo daremos a Levi-Ryan —dice Daisy siendo la voz de la razón —, de esta manera nos aseguramos de contactar solo para emergencias.

—Vale —acepta Nina a regañadientes, secándose las lágrimas.

—Recibiréis una de mis cartas explicándoos lo aburridísima y predecible que es mi vida la próxima semana, podéis estar seguras.

La canción termina, pero los abrazos no. Por suerte, Beyoncé tiene un amplio repertorio.

—Lex —Daisy pregunta por encima de la música—. Una vez aclarado el tema serio, ¿podrías explicarnos de dónde ha salido ese ángel con pinta de demonio?

—¿Y desde cuándo salís juntos? —sigue Nina, echando un vistazo hacia la puerta tras la que ha desaparecido.

—Está tan bueno que casi gimo el saludo —suelta la más pequeña de las cuatro.

—No salimos juntos.

—¿Y cómo llamas a tener pelo de follar a las cuatro de la mañana? —pregunta Amy—. Cuando hemos llegado él estaba sin camiseta y tú todavía llevas una bata bajo la que estoy segura que estás desnuda. —Se intenta asomar y le doy un manotazo.

—Liberamos la tensión con la que cargamos por todo lo que se nos ha echado encima, sí, pero nada más. En cuanto esto termine, cada uno recuperará su vida y no volverá a saber del otro nunca más. ¿Qué?

—Se te están indigestando las palabras, ¿a que sí? —pregunta Daisy con encantadora astucia odiosa.

No tengo oportunidad de contestar porque Levi sale de la habitación de invitados y me acerco a él para avisarle de que voy a ir con ellos al aeropuerto. Se ha vuelto a poner el traje y me cuesta lo mío digerir la imagen de semental con la que me topo. *Y me cuesta todavía más no pensar en lo que supone tenerle dentro de mí. Me tiemblan las rodillas solo de pensar en…*

—Sigue mirándome así y cuando vuelva te despierto —dice solo para mí en una amenaza deliciosa.

—No vas a llevarlas sin mí.

—Sí, voy a hacerlo. Voy a escoltarlas hasta el aeropuerto y no me iré hasta que cojan el avión. Me he vestido de civil para no llamar la atención, si vienes y alguien nos ve, las relacionarán contigo y acabarás poniéndolas en peligro. ¿Quieres eso?

—¿Pretendes que me quede sola en *este* apartamento? ¿Con el peligro que eso conlleva? —No me gusta jugar sucio, pero tengo que

ver cómo mis hermanastras cogen ese avión con mis propios ojos para volver a respirar tranquila—. Puedo disfrazarme como una famosa, pero voy a ir.

—De acuerdo, tú ganas. Pero esto no me gusta un pelo.

—Lo sé, lo siento. —Mi mano busca la suya y la estrecho, apartándola un segundo antes de soltarla.

Pero él no me deja. Acaricia el dorso de mi mano con su pulgar.

—No es culpa tuya, no te disculpes.

Mi cuerpo se estremece advirtiendo su próximo movimiento. Su costumbre de depositar un beso en mi frente me arropa de un modo que no debería. *Y me calienta.* Pero antes de rozarme con sus labios, Levi mira un punto por encima de mi hombro y cuadra los suyos. Me giro y veo a las tres sonriendo como pánfilas. *Tierra trágame.*

—Disculpad, ¿esto significa que en la próxima cena con mamá, el agente Diago será tu novio falso? —tantea Amy.

—De ser así, Daisy puede empezar a pensar la historia de cómo os conocisteis.

—Buena idea, Nina, lo cierto es que me siento muy inspirada.

Tierra trágatelas.

—¿Novio falso? —repite él y antes de salir ardiendo con puro bochorno, lo cojo del antebrazo y pese a todo lo que hemos hecho ya, me vibran los dedos cuando tiro de él hasta la habitación de invitados —. ¿De qué hablaban?

—De nada.

—¿Tiene novios falsos, señorita Love? —Lo empujo hasta su cama porque si no es tan alto intimida menos.

Y un churro menos, esos ojos me matan igual. Y esa voz. Dios, no puede saber lo de los novios falsos.

—Tú quédate ahí un segundo —abro el armario y rebusco—, siempre dejo aquí un chándal por si una de mis tres invitadas sorpresa se ha olvidado el pijama. —Lo encuentro y los nervios hacen que la bata de seda rosa resbale por mis hombros antes de que mi cerebro asimile lo que estoy haciendo.

Siento la calidez de su cuerpo junto a mi hombro escasos segundos después. Ladeo la cabeza al tiempo que su mano vuelve a mi vientre como ha hecho antes, esta vez sin barreras de por medio. Sus labios están a una escasa y dolorosa distancia por encima del hombro, y es ridículo pensar que ya los echo de menos.

—No sé qué pretendes, Rapunzel, pero es tuyo —acaricia la cuenca de mis pechos y el relámpago que endurece mis pezones me deja jadeando.

—Quiero volver a respirar como antes. —Su mano bajando por mi

abdomen no ayuda, pero alivia.

Soy una contradicción por tu culpa.

—Todo saldrá bien —susurra cerca de mi oído, besándome el arco del cuello, provocándome recuerdos de lo que supone tener esa barba entre otras zonas—. Vamos a llevarlas al aeropuerto, se irán de aquí y estarán a salvo.

—Son muy importantes para mí —entrelazo su mano viajera con la mía—, son mi familia.

Su otra mano está casi en mi pezón, a escasos milímetros.

—Lo sé y me encargaré de que las protejan —dice, busco sus ojos y el mar de mis emociones se vuelve bravo, oscuro y peligroso con la clase de temor que te acecha en sueños y te provoca pesadillas—. Se lo dije cuando la conocí, señorita Love. Estoy a su servicio.

—¿Y quién se encargará de protegerte a ti?

Sus dedos se escapan y vuelan a escasos centímetros de hacernos perder el sentido y el control a ambos. Tan cerca, que es muy difícil parar. Mi cuerpo tiembla electrificado por la anticipación y el deseo de tenerle, de que me haga suya de nuevo.

Por suerte, un ladrido de Kitty nos devuelve a la realidad de golpe, justo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Puedes…? —Carraspeo mientras me suelta, pero no se aparta—. ¿Puedes darte la vuelta mientras me visto?

No parece tenerlas todas consigo en cuanto a lo capaz que es de despegarse de mí. Sigue cogiéndome un pecho como si fuera suyo y no sé cuánto más aguantarán mis piernas. Pero una vez más, demuestra su fortaleza. Yo demuestro la mía ignorando lo que puedo o no puedo haber visto en sus pantalones.

16

Levi-Ryan

Las tecnologías no son lo mío, eso lo sabe cualquiera que me conozca. Por eso me cautiva su facilidad.

—Entonces, ¿has encriptado todo lo que salga de este ordenador?

—Sí, la señal está cifrada, sabrán que llamas, pero no a dónde. No me mires como si hubiera hackeado el pentágono, es una chorrada. —Se sonroja levantándose del sofá en el que estoy sentado, alisándose las arrugas de la falda de tubo que se ajusta demasiado bien a sus irresistibles curvas—. Aunque puedo meterme en un lío si se enteran los de arriba, así que evita comentarlo si te pones extrovertido con alguien en los servicios.

Nos comen los problemas, pero cuando me miras así, juro que solo puedo pensar en una cosa.

—¿De verdad vas a contármelo todo? —pregunta con una chispa de esperanza brillando en su iris castaño mientras se detiene delante de mí con sus altos tacones.

Las flores que adornan hoy su pelo me están poniendo malo. *Quiero desnudarla y dejarle solo esas flores.*

—Te he dado mi palabra.

—¿Cuándo lo harás?

—Esta noche.

Asiente sin más. No sé en qué momento se ha generado un vínculo de absoluta confianza, pero casi puedo tocarlo con los dedos. Está mucho más tranquila desde que hemos vuelto del aeropuerto y me gusta.

Bajamos a por comida y aprovechamos el paseo para que Kitty se airee. A pesar de ser un cachorro de siete meses, es dócil como ninguna. Se relaciona con todos los perros que nos encontramos, solo ladra para defenderse y su cola no para de menearse de un lado a otro. Cuando volvemos al despacho de Lexi, se pasa diez minutos

correteando con tal de lidiar con la felicidad que la pone hiperactiva. Después, procede a convertirse en una alfombra de galgo, espachurrándose contra mi pierna. *Está viviendo su mejor vida.*

Seguimos trabajando después de comer, Lexi en su ascenso y yo en atar cabos. Bill me echa una mano desde la distancia, puesto que Kadmus está ocupado llevando de nuevo a Meithol al calabozo por liarla en la cafetería de Sadie. El gilipollas no escarmienta y no sé cómo va a pagar tantas multas. El agente Dekson, el agente Trivanno y el agente Hosher me confirman que Daisy, Nina y Amy han aterrizado en casa y aviso a Lexi cuando llega la última.

—¿Estás seguro de que no se han confundido de chicas? —Su silla de escritorio da un giro de ciento ochenta grados—. ¿Que saben a quién custodiar?

Aprovecho que Kitty se ha quedado frita sobre el portátil para levantarme y cambiar el asiento por la mesa de Lexi. Acaricio su mejilla y hundo los dedos en su pelo.

—¿Es que no confías en mí?

—Sé que harás lo que esté en tu mano por proteger a mis hermanastras, lo siento. Estoy nerviosa por la reunión.

Lo siento. Es asombroso la facilidad que tiene de decirlo. Mi padre murió sin que le escuchara decir esas palabras. Trato de calmarla, pero no da resultado.

—Y no me digas que haga una respiración profunda. No necesito una app para meditar sino trabajar hasta que me estalle la aorta o consiga el ascenso, lo que llegue antes.

—Has arreglado los problemas que te tenían atascada.

—Pero siempre pueden salir nuevos problemas.

—Dudo que tengan tiempo. Te sabes la presentación tan bien que podrías empezarla por el final y aun así quedaría claro —*lo sé porque la he obligado a contármelo en el taxi de camino aquí. Por lo visto, verla triste es comparable a que me arranquen la piel a tiras*—. A este paso vas a conseguir que los coches vuelen, serían tontos de no darte el ascenso. —Me inclino sobre su silla y le beso la frente.

Antes de que me separe, tira de mi corbata para acercarme a sus labios, es entonces cuando la voz que más odio suena en mi cabeza. *«Eres igual que yo, pero tu soberbia no te deja admitirlo».* Las afiladas garras de la muerte se ciernen sobre mi nuca y me obligo a recuperar el control. *«Siempre serás un Diago».* Me aparto aceptando las cuchillas que se clavan en mi cuerpo, dejando que pasen a través de mí como Nathan me enseñó.

—Perdona, no pretendía saltarme las normas —dice a mi espalda —. Es solo que me pone nerviosa que Dínamos vaya a estar en mi

reunión. No estaba planeado, no sé por qué viene.

Centrarme en el rubor de sus mejillas es como dejar que el sol entre en una cueva a mil metros bajo tierra.

—Puedo deshacerme de ella si quieres.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que no.

Sus labios se curvan y los míos también. *Qué preciosidad.* Está claro que la chica de ciudad ya no tiene alergia a sonreír al jefe de policía. *Lo que son las cosas.*

Una becaria irrumpe en el despacho y tras asegurarme que la reunión es en la misma planta, Lexi se marcha con ella. Veo a Kitty dormida sobre el portátil y me doy cuenta de que estoy bajando la guardia. De que han sido varias las noches que no he cerrado los ojos pensando en mi deber, sino en ella. Me aflojo la corbata cuando me falta el aire.

—Justo lo que hice entonces —*Bajar la guardia.*

Eso trajo la muerte de dos inocentes, dos personas a las que debí proteger cuya sangre mancha mis manos. *La historia puede repetirse y esta vez ser Lexi quien pierda.* Se caen bolígrafos al suelo y el calor de finales julio cae sobre mi cuerpo de golpe, hirviéndome hasta las entrañas. *«Todo fue culpa tuya». No es cierto. No soy como él. Esto es distinto. Soy distinto.* Repito las palabras que Nathan Adnari me ha repetido más de un millón de veces desde que le conozco, fingiendo por un momento que esta vez funcionará.

Pero no me las creo.

La muerte tiene un poder extraordinario de hacer parecer superior a aquel que ya no está. *Nunca me libraré de él. Seguirá atormentándome hasta que me muera, avivando el desprecio y el odio que siento por su recuerdo.* Kitty ladra a mis pies, asustada, ya no está dormida. La cojo empapado en sudor, me tambaleo hasta el sofá como un puto juguete roto.

—Lo siento, no pretendía asustarte —acaricio al galgo tembloroso y mis ojos caen sobre la cicatriz de mi mano derecha.

Mis demonios. Mis cargas. Mi culpa.

Kitty me trae de vuelta al presente con un ladrido. Comparto una mirada con ella y con sus enormes ojos, se detiene a ver mi dolor. Un silbido triste, parecido a un llanto, sale del animal que tengo en el regazo. Se acerca más a mí, hasta pegar su cabeza a mi barbilla.

—Será nuestro secreto, ¿de acuerdo? —No sé cuánto tiempo pasa, pero mi teléfono suena y de no ser él, no habría descolgado.

—¿Me has sustituido por Bill, pedazo de capullo? A partir de ahora Cassie será el padrino de mis hijas

—Adelante, díselo a ella, me encantará oír como te parte la cara —empujo las palabras a través de mi garganta y funciona—. ¿Para qué me llamas?

—Porque te echaba de menos, anormal, ¿a ti que te parece? Tengo novedades. Como sabrás, las acciones de CAR Major Legue han subido después de que Luna Harp fuera vista con uno de sus últimos modelos.

No entiendo cómo funciona este lado de la sociedad, pero tampoco quiero quedarme a averiguarlo.

—El caso es que ha saltado por los aires.

—¿Qué acabas de decir? —alzo la voz sobresaltando a Kitty.

—Sí, ha sido obra de Eilan a juzgar por lo irreconocible que ha dejado los rastros de su coche. En su línea, el cabrón no sabe hacer las cosas a medias.

—¿Dónde? ¿Dónde han encontrado el coche, Winchester?

—En mitad de una carretera de Detroit, si enciendes un televisor lo verás envuelto en llamas por las noticias. Luna, por supuesto, no estaba dentro, pero si lo que quería era atraer su atención hacia CAR Major Legue, podemos asegurar que lo ha conseguido.

Me alegra saber que la atención de Eilan Anders estaba en otra parte.

—¿Sabes algo de Layla?

—Dame un respiro, ¿quieres? Tengo a toda la comisaría trabajando turnos extras para suplir el enorme hueco que ha dejado tu culo. No entiendo cómo te gusta ser el jefe, todo el mundo se desentiende de sus problemas cargándomelos a mí. La señora Landot ha venido hoy a denunciar la desaparición de uno de sus siete gnomos de jardín, ¿y sabes lo peor? Que he tenido que ir a su casa a ver cuál era para que se quedara tranquila.

—Eres una presa fácil de ancianitas.

—Sí, sobre todo para las teatreras. Cinco minutos después la he visto de camino al bingo con la señora Vilmar, riéndose como en su vida.

—Gracias por lo que estás haciendo.

—No hay de qué. Cassie me mantiene informada de lo que ocurre, pero, ¿de verdad las cosas por ahí van bien? ¿Todavía no os habéis arrancado la cabeza el uno al otro?

La cabeza no, pero la ropa: a mordiscos.

—Estamos bien.

—Sé que eres tú quien da las órdenes, pero por mucha policía amiga con la que cuentes en la gran manzana, ese lugar es mucho más peligroso que Acorn Hill.

Alzo la vista tragándome los insultos hacia el capullo que acaba de meter el dedo en la llaga cuando la veo. Tiene la mirada perdida y

muy mala cara.

—Te llamo luego. —Cuelgo, salgo de su despacho y la alcanzo, pero no parece verme, ni oírme—. Dime qué ocurre. Lexi, ¿qué ha pasado?

Un estruendo suena en algún lugar a nuestra espalda. Veo a Ashia y al portátil que acaba de dejar caer. Tiene una mirada que ya he visto antes. *El primer día que estuve aquí, antes de subir al ascensor con Dínamos.* Lexi se escapa de mis brazos y entra en el despacho.

—Lo sabías —dice con voz queda y los ojos rojos—. Tú lo sabías, ¿no es cierto? Que hace semanas que Jax y ella habían hablado de que el ascenso era suyo. Que me he estado preparando para algo que no tenía ninguna oportunidad de conseguir.

—Dínamos me lo dijo cuando llegaste de Detroit, pero creí que tendría tiempo de convencer a Cameron y al resto de jefes para que…

—Podrías habérmelo dicho, ha venido a la reunión a humillarme.

—No tenía ni idea de que se presentaría. —Ashia alza las manos e intenta acercarse a ella, pero Lexi retrocede.

—Pues lo ha hecho, y se ha traído a todo su séquito de directivos, frente a los cuales ha dejado claro que mis ideas no son más que chorradas absurdas y que tengo que poner los pies en el suelo. ¡Ni siquiera me ha dejado terminar la presentación! —Se le hunde el pecho, pero no derrama ni una lágrima—. ¿Sabes lo que ha hecho? Ha sacado a relucir cada uno de los logros de Jax, tergiversando cada uno de mis errores y he tenido que quedarme allí callada, escuchando cómo les lavaba el cerebro a todos los presentes porque ha amenazado sacarme de mi propia reunión si volvía a interrumpirla.

—Lexi, hablaré con recursos humanos para abrir una investigación, esto no quedará así. El ascenso era una recompensa para los proyectos que Jax y tu presentaríais esta semana, Dínamos no tiene potestad para actuar por su cuenta.

—No los has visto, Ashia, no había nadie allí que no estuviera de acuerdo con ella. Me he dejado la piel en cada proyecto, no tengo una vida fuera de estas paredes, esto es lo único en lo que pienso. Todos los de mi rango saben qué clase de persona soy y de haber estado allí me habrían defendido, ¡pero los ha echado de la sala como si fueran estorbos! A todos menos a Jax, que tenía demasiado miedo de perder su ascenso como para hacer otra cosa que no fuera asentir a cada palabra. El muy traidor.

—Lo siento mucho, Lexi —Ashia sacude la cabeza con la mirada brillante—. Desde que subió de cargo Dínamos está más agresiva que nunca, no sé qué decir.

—Me la puse en contra hace años por elegirte a ti en vez de a ella,

y juro que te seré leal hasta el día que consiga que me echen, pero ahora voy a cogerme unas vacaciones. Necesito mucho más que una noche para hacerme a la idea de que el cretino de Jax va a ser el jefe de mi equipo.

Desaparece de la sala como un huracán y yo la sigo. Cierro la puerta al llegar a su despacho, pero no me responde. La cojo, pero da un respingo y se aparta.

—No puedo, aquí no —su voz no es más que un susurro tembloroso, pero la oigo a gritos.

La ayudo a recoger sus cosas lo más rápido posible. Cojo a Kitty, pero se revuelve queriendo alcanzarla a ella. Lexi lo ve, suelta su portátil y la acuna entre sus brazos. Llegamos hasta el ascensor y en cuanto las puertas se cierran su comportamiento cambia por completo. Baja sus barreras, se vuelve pequeña, me rodea con los brazos y se hace pedazos.

17

Lexi

Creo que al hombre que tengo delante va a darle algo si no dejo de llorar. Levi nos ha traído a un restaurante íntimo y caro, después de envolverme en su chaqueta de traje, dejándome empaparle la camisa sin quejarse ni una sola vez. La forma que mi corazón se estremece cada vez que sus ojos arden con una mezcla de rabia y ternura es peligrosa, pero para eso tampoco tengo escudo.

—Por favor, Lexi, dime qué puedo hacer. —Su mano lleva un rato acariciando la mía sobre la mesa.

Ha pedido tres postres y sé que se está quedando sin cartas. Me mata que se esfuerce tanto, no sé por qué lo hace. No entiendo cómo a alguien que acaba de conocerme pueden importarle tanto mis lágrimas.

Me limpio la cara con la servilleta mojada y se mancha de negro.

—Voy un momento al baño —me levanto con sus dedos aún entrelazados con los míos y por cómo me mira sé que no quiere dejarme ir.

Eso me da todavía más ganas de besarle.

De camino al baño lo único que oigo en mi cabeza es el ruido de mis tacones al golpear el mármol. Siento que el cuerpo me pesa y que solo quiero dormir. Un desinfectante de limón me da la bienvenida poco después. Se me escapa un «dios mío» al ver lo hinchados que tengo los párpados. *Si disto horrores de parecer un cervatillo frente a los faros de un coche, ¿por qué lleva mirándome de ese modo toda la cena?* Intento no darle vueltas a lo ocurrido mientras me paso una toallita quitando los restos de maquillaje que me quedan, pero la mirada azul y fría de Dínamos me sigue atravesando de lado a lado.

Me ha despreciado por mi edad, por mi género y le ha faltado poco para despreciarme también por ser inglesa. «Sus propuestas llevan meses siendo rechazadas por ser demasiado fantasiosas y ahora

encima se trae a ese playboy y a su chucho al trabajo. No puedo imaginar cómo podría abarcar con más en su plato si a duras penas puede con lo que ya tiene». En realidad, me rechazaron tres proyectos seguidos por falta de dinero, no porque no pudieran llevarse a cabo. Dinero que, por cierto, iba a conseguir con el ascenso. Pero fue su forma de hablar de Levi y Kitty lo que más ganas me dio de vaciarle el vaso de agua en la cara.

Tal vez debería haberlo hecho.

Cuando vuelvo, Levi está en mi sitio, con tres platos inundados de chocolate delante. Se mueve en el mullido banco de cuero blanco y da unos toques en el asiento.

—Es un lugar demasiado elegante como para hacer lo que nos dé la gana —digo siendo la voz gangosa y mocosa de la razón.

Él alcanza mi mano, tira de mí y antes de que pueda evitarlo, estoy apoyada contra su costado, con una de sus manos rodeándome la cintura y atrayéndome hacia sí de modo reconfortante.

—Come —dice tras depositar un beso en mi pelo. Veo que tiene a Kitty bien sujeta para que no se acerque al chocolate.

—Llevas toda la noche poniendo a caldo a cada persona que menciono, especialmente a Jax y a Dínamos, a excepción de Ashia. En tu trabajo muere gente, en el mío solo coches, y aun así, no paras de tener gestos cariñosos y dulces conmigo, ¿por qué? —*Te recuerdo que solo estamos jugando a las casitas.*

Su mano alcanza mi mejilla, me inclina la cabeza y me besa de un modo que me dan ganas de llorar. Es cálido, perfecto y durante un largo momento los problemas se pausan.

—Querías ayudar a la gente, protegerla haciendo un coche más seguro, has trabajado sin descanso y te merecías ese ascenso mucho más que el rata de Jax. Puede que ellos no lo vean, pero Ashia sí y yo también.

Me ve a mí. Vuelve a pegarme a su costado, a acariciarme cada pedazo de piel que encuentra.

—Vamos, Rapunzel, come para que pueda llevarte a casa.

A casa. Suena bien.

La lluvia nos da tregua y tenemos tiempo de salir del restaurante, subir al taxi y llegar a casa antes de que empiece el diluvio universal. Necesito una ducha, así que no sé por qué me siento en la cama de Levi esperando a que se cambie a ese pijama que tanto odia. Ni por qué me levanta con facilidad y ternura, me mete en *su* baño, calienta el agua y antes de que se marche enredo su mano con la mía.

Se inclina hacia delante y me besa la frente, pero alzo la barbilla y alcanzo sus labios. Sé reconocer el hambre que desprende, lo

percibiría incluso con los ojos cerrados porque esa clase de tensión se toca con los dedos.

—Esperaré fuera —dicho esto, se marcha dejándome sola en un baño mucho más grande que aquel en el que entré.

El agua caliente no es capaz de deshacer el nudo en mi pecho.

Encuentro la camiseta de su pijama en el colgador y no dudo en ponérmela por dos razones: porque quiero incinerar la ropa de trabajo que llevaba hoy y porque es lo único que me evitará tener que pasearme en toalla por la casa. Al salir del baño, veo que Kitty se ha quedado frita sobre su cama.

—¿Para esto te compro tu propia camita? —susurro besándole la cabeza. Incapaz de resistirme acaricio sus orejas y luego me marcho antes de que se despierte, cierro la puerta con cuidado—. No debería haber comido tantos postres, voy a explotar.

—Todo el mundo sabe que una buena cena… —Levi se queda congelado en el sitio mirando mis muslos como si fueran la tierra sagrada.

Puede que sea más corta que la oversize de chico que estuve usando. Lo pienso mientras trato de digerir su torso desnudo y lo bajos que lleva los malditos pantalones rojos a cuadros. *¿De dónde sacará tantos músculos?* Sus ojos siguen subiendo por mi cuerpo y me deja acalorada y sudando.

—¿A qué viene esa cara? No es como si no me hubieras visto ya.

—Eso no significa que mi cuerpo no reaccione como la primera vez —su mirada sigue hipnotizada mientras yo me convenzo de que se refiere a la primera vez que me vio desnuda y no a la primera vez que me vio.

El tío no ha tenido una buena noche aguantando mis mocos, achaco su repentino aturdimiento a eso. Atribuyendo su ausencia en la ducha a que está de servicio, elijo colocarme en el lado opuesto de la isla en el que él está, sentándome en uno de los taburetes. Los recuerdos llegan a mí en avalancha y me levanto de un salto. Sonríe de verdad, con una pureza tan peligrosa como mirar directamente un eclipse.

—Ven aquí —agarra mi muñeca con su inmensa mano y tira de mí. Nos lleva hasta la ventana, a un par de sillones sobre los cuales no hemos hecho nada desnudos. *Todavía*—. Siéntate.

Obedezco.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—No me la hice yo —su rostro se vuelve dolorosamente inexpresivo—, me la hizo un borracho.

—Lo siento. —La acaricio, la beso—. ¿Cuántos años tenías?

Alzo la vista por su abdomen desnudo cuando no contesta y la forma en que me mira le da la vuelta a mi corazón.

—Diecisiete. —Se agacha frente a mí sin soltar mi mano—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Detuvieron a ese borracho?

—*Lex*…

—Más les vale, porque podrías haber perdido la mano —ignoro lo que ese *Lex* le hace a mi sexo.

—No, no podría. La herida era profunda, pero no tan grande. —Oigo suspirar al hombre de infinita paciencia—. Y no, no detuvieron al borracho.

—¿Por qué no?

—Porque era el jefe de policía. —Suelta el agarre dejando claro que no quiere seguir hablando del tema y luego hunde esa misma mano en mis ondas mojadas, manteniéndome quieta en el sitio—. No quiero que finjas estar bien delante de mí.

Noto un nudo al fondo de la garganta, pero es distinto a los anteriores de la noche.

—No lo hago, me has animado con toda esa comida, pero sobre todo, con tu carismática, encantadora y confusa compañía. Gracias.

—¿Confusa?

—Te interesas por mi vida personal, pero sigues sin dejarme ver a través de tus muros. Parece que nos divertimos disfrutando el cuerpo del otro, pero te has ido de la ducha, pese a que estoy bastante segura de que querías quedarte. Eres como un videojuego en otro idioma y yo ni siquiera tengo los mandos para jugar.

—Sé muy bien lo que hemos estado haciendo cada noche porque es en lo único que pienso durante el día, pero hoy no es una noche cualquiera. Te han hecho daño y no quería…

—¿Que tomara una decisión equivocada? —termino por él—. Agente Diago, estoy triste, no drogada.

Se le dilatan las fosas nasales al soltar el aire de forma dramática y me da la risa porque en su mundo, él es quien necesita un manual para entenderme. La carcajada rebota en mi pecho haciéndome sentir muy ligera y bien conmigo misma. *Es tan mono dentro de ese envoltorio de demonio.* Levi me mira como si hubiera perdido la cabeza y eso me dan más ganas de reír. No puedo parar. Terminará por darme un calambre.

—*Jesús,* Rapunzel —murmura. Sus hombros bajan cuando se relaja y cuando se contagia de mi sonrisa los «guau, g-u-a-u, joder» de mis hermanastras suenan con eco en mi cabeza. Se pone de pie, mucho más tranquilo, para ocupar el asiento a mi lado—. ¿Quieres saber

quién es la mujer que te entregó a su bebé o no?

—¿Insistes en que sea esta noche para alejar mi mente del estrepitoso fracaso laboral que he sufrido? —pregunto limpiándome las lágrimas—. Levi-Ryan Diago, ¿acaso estás intentando distraerme?

—¿Es que siempre tienes que llevarme la contra? Has querido saberlo desde la primera vez que pusiste un pie en mi comisaría, sino antes, ¿y ahora protestas?

—Y el caballero de brillante armadura ha elegido mi peor noche para iluminarme, qué casualidad.

—Pon atención —pide a lo mandón—, no quiero tener que repetirme.

Descubro que pese a su adorable cabezonería y terquedad, es un narrador nato. Mis comentarios acerca de lo pequeña que deben tenerla Tucker Harp y Eilan Anders acaban cuando la historia avanza y la gravedad del asunto pesa tanto sobre mi pecho que no puedo respirar. *Son asesinos y Daisy, Nina y Amy estuvieron aquí anoche.* Levi me trae de vuelta a la historia recordándome que les ha puesto vigilancia y que todavía hay mucho que debo saber.

—¿Un maletín bajo mi cama en el motel? ¿De cuánto? —el miedo pegajoso en mi garganta me genera sensación de asfixia.

—De medio millón de dólares —continúa con su infinidad de detalles, cámaras de seguridad y señuelos—. Lo último que sabemos es que Eilan ha prendido fuego al coche que Luna consiguió de CAR Major Legue.

Me levanto incapaz de tragarme la bola de fuego de mi enfado.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Estabas decidida a quedarte aquí, ¿recuerdas? Y de ser así, asustarte no iba a ayudarnos en absoluto —se acerca y resulta desquiciante que incluso ahora todo su cuerpo emita ese aura protectora.

—Debiste decírmelo, tú también estás en peligro.

—El ascenso…

—¡Solo era trabajo! —chillo.

Su cabeza se inclina hacia la mía y no entiendo cómo se atreve a incrementar la proximidad cuando soy una bomba de relojería con el contador en números rojos.

—Ambos sabemos que eso no es cierto —su mirada es transparente y su tono empático de un modo devastador y catastrófico.

Mi vida es absurda.

—Lo he puesto todo en riesgo por nada. ¿Cómo me permitiste ser tan egoísta? Dios, puedo imaginar lo furioso que estará Kadmus porque estés aquí conmigo. ¡Lo patética que debo haberle parecido a

todo el que…!

—Para —me coge las mejillas y me obliga a mirarle—, a nadie le pareces patética. Eres una víctima de las artimañas de una mala persona. Elegiste ayudarla y ella te puso una diana en la espalda. Puede que haya estado a solas contigo en este apartamento desde que llegué, pero te aseguro que tengo agentes en cada esquina, cubriéndonos las espaldas. Sí, hubiera sido mejor volver a Acorn Hill, lo reconozco. Pero eso no te convierte en…

—Vámonos.

—¿Qué?

—Volvamos a Acorn Hill.

—¿Hablas en serio? —pregunta ojiplático, incrédulo y guapo a un nivel injusto.

—Sí, del todo. Vámonos, esta misma noche. —Me doy la vuelta y salgo disparada como un cohete.

Entro en mi dormitorio y saco la maleta del armario, una mucho más grande que la que me llevé a Detroit. Una capaz de cargar con una vida entera.

—No habrá vuelos para esta noche —intenta alcanzarme, pero le esquivo—. Lexi, piénsalo un minuto, puede que mañana quieras ir a hablar con Ashia. Acepto la idea de las vacaciones, pero te arrepentirás si te vas dejando así las cosas.

—No seas condescendiente conmigo, no finjas saber lo que es mejor para mí. —Le doy la espalda al que está convirtiendo mi super habitación en una maldita caja de cerillas.

Oigo sus andares. Siento el calor que desprende mucho antes de que me dé la vuelta y me arrincone, aprisionándome entre él y la pared.

—Estamos en el mismo bando —empieza con un tono calmado que resulta hipócrita con tanto fuego saliendo de sus ojos—, te aseguro que no hay nada que quiera más que llevarte de vuelta a Acorn Hill, pero necesito asegurarme de que sabes lo que estás aceptando.

—¿Qué necesitas para saber que voy en serio? —Le doy toquecitos en el pecho con el dedo—. ¿Te firmo una servilleta? ¿Escribimos un contrato? ¿Quieres que llame a mi abogado?

Pega mis muñecas a la pared y se acerca todavía más. Es un animal salvaje, pero yo no soy ninguna presa.

—Quiero que me prometas que si nos marchamos no saldrás huyendo —su aliento roza mis labios como quiero que haga su lengua —, que no dirás de volver en cuanto uno de tus refinados tacones claven su aguja en Michigan.

—Te lo prometo —alzo la barbilla al tiempo que él maldice entre

dientes, cierra los ojos y gruñe dando un golpe con la palma en la pared a mi espalda.

—Que. Te. Lo. Pienses.

—Tienes demasiadas normas para todo, demasiadas para los riesgos que corres y lo lejos que estás de ser una de tus prioridades. —Mi pecho está contra el suyo, la camiseta que llevo se arruga y se sube a medida que nuestras respiraciones se agitan.

—Lexi, si nos vamos, no podremos volver en tres días. No puedo pedirles a todos esos policías que se marchen a los estados en los que viven para luego volver si cambias de opinión.

—Debes creer que soy una niña mimada y tonta para no darte cuenta de que todo lo que dices solo reafirma más mi decisión —le digo a sus pupilas dilatadas—. La que he tomado en solo un segundo *por los dos.*

—Soy yo quien tiene que protegerte, esto no va en dos direcciones.

—¿Puedes hacerme el favor de cerrar la boca para que pueda besarte? —acabo con la distancia, le beso y hace lo opuesto a cerrarla: Levi-Ryan Diago me come entera.

Se deshace de mi camiseta en un solo movimiento. Con sus brazos de acero macizo me levanta y me empotra contra la pared con una brusquedad deliciosa, esta vez dejándome a la altura perfecta. Hunde los dedos en mi culo colándose bajo la tela de mis bragas, quemándome viva mientras ralentiza y profundiza el recorrido de mis caderas contra la largura de su erección. Gimo con fuerza. Su beso se vuelve más demandante.

Algo va mal. Estoy segura cuando en mi cuerpo vibra algo más aparte de la lujuria. *Algo* de lo que debería preocuparme.

—Me mantendrás al tanto de todo lo que ocurra en la investigación en curso, ¿trato hecho?

Me sube hasta sus hombros, hunde la cara entre mis piernas y me come a través de la escasa barrera de mis bragas. Chillo. *Es tan salvaje y desesperado.* Mi espalda se arquea contra la pared y estoy a punto de atravesarla.

—Lo que tú quieras, Rapunzel. —No soporto lo que ese apodo le hace a mi cuerpo, lo que consigue con tanta facilidad.

Me moja. Me domina. Levi no para hasta que estoy convulsionando y hecha un desastre. Solo entonces me desliza por su cuerpo. En cuanto tengo oportunidad y tiro de su pantalón a cuadros, descubro que son la última barrera. Le libero, acerco su erección a mí, pero son sus dedos los que alcanzan mi entrada y penetran mi humedad sin dejarme olvidar lo bien que se siente tenerlo dentro, sea de la forma que sea.

Una ristra de maldiciones roncas son el coro al sonido obsceno que provoca metiéndome los dedos. Abandona mi boca para morderme el cuello. *Esos malditos labios irresistibles, diseñados para hacerte perder la cabeza, los añoro en cuanto dejan de besarme.*

—Y pensar en el tiempo… que hemos… desperdiciado en esa ducha —intento sonar segura, pero mi burla suena jadeante y con un deje desesperado.

Levi me desestabiliza y me deja en trance acelerando el ritmo hasta que estoy a punto. Pero esta vez no me da lo que quiero. En un segundo mi espalda da contra la cama, y la siguiente vez que se frota contra mí, todo el peso de su venganza cae contra mi clítoris haciendo que me retuerza tanto como para partirme. Pierdo el control de mis gemidos, pero él no los silencia, los atesora. Es el rey de los demonios, del maldito infierno.

Lucifer.

Demasiado imponente para querer despertar de la pesadilla. Su polla se desliza a través de mis labios y deseo que deje de torturarme y entre en mí de una vez justo cuando se mueve, me mete dos dedos y los curva demasiado pronto con el único objetivo de dejar mi cerebro inservible y desorientar todos mis sentidos. Me mira sin perder detalle, pero no pienso ceder, así que torturo su erección para llevarlo al límite en el que me encuentro. Alimentando mi ego, he de admitir que tarda unos cuantos segundos en rodear mi muñeca con un fuerte agarre.

—No es en tus dedos donde voy a correrme —le digo.

—Joder*, tú* y *esa boca* tuya —rasga el preservativo con violencia y mete la cabeza rosada de su erección por mis estrechas paredes y las palabras «indecente» y «paraíso» no le harían justicia a Levi-Ryan Diago.

Acaricia mi clítoris a una velocidad que no voy a ser capaz de soportar, mientras me embiste, encontrando cierta resistencia demoledora. Un ligero inconveniente biológico que estorba un poco. Afloja el ritmo y me quejo hasta que maltrata mis labios con un medio beso cargado de sublime expectativa.

—Relájate, Lex. Respira —roza mi nariz con la suya, y lo hago, respiro hondo. Aparta el pelo de mi frente y besa una de las comisuras de mis labios. Tomo una nueva bocanada de aire mientras me tambaleo ante la intimidad que demuestra. Él sigue, y yo no tengo más remedio que ceder tantas veces como quiera—. Buena chica.

«Buena chica». Combustión. Espontánea.

Se hunde en mi boca y oigo cómo los grilletes se cierran alrededor del órgano latente en mi pecho.

—No me beses así —suplico antes de ser traicionada por un gemido provocado por la intensidad con la que me palpita dentro.

—¿Así cómo?

Como si fuera la última gota de vida en tu cuerpo y, al mismo tiempo, la mano que aprieta tu garganta impidiéndote respirar. El siguiente beso es despiadado y fiero, y me llega hasta el alma. Me preocupa lo que haya podido ver en mi iris hasta que gana terreno, penetrándome un puñado de centímetros más. *Quiero esto. Cada día. A él.*

La preocupación tiene prohibido el paso en un lugar en el que se ha vuelto la reina.

Estoy jodida. Es insoportable, perfecto, catastrófico y me está aniquilando hasta los huesos. Las palabras salen de mí con urgencia.

—Esta es la última vez que hacemos esto —siento cómo sus ojos me estudian mientras sus caderas no cesan—. Al llegar a Acorn Hill, se acabó.

Puede que su cuerpo sea una bola de fuego que me aplasta contra la cama de forma deliciosa y excitante, pero lo que veo en sus ojos va mil mundos más allá. Entonces me regala una sonrisa. Una que se tuerce de un lado mientras asiente tan despacio que tengo tiempo de saber lo que hace. *Abrir cada uno de los libros de mi cabeza, leer cada secreto, entrar donde no debería. Lucifer.*

Me revuelvo, sintiendo las mejillas ardiendo y muy rojas, pero lo que obtengo tiene que ser un espejismo, una utopía, porque va mucho más allá de una fantasía. *Al final va a resultar que sí estoy drogada.* Levi me sostiene las muñecas por encima de la cabeza y se inclina hasta mi boca, pero sin besarme. Acepto el castigo meciendo las caderas contra él, disfrutando de cómo endurece la mandíbula, puesto que su erección biológicamente no puede hacerlo más.

La siguiente embestida es fulminante y promete dejarme secuelas, pero no me replanteo absolutamente nada.

Levi-Ryan aprieta mis manos hasta que alzo la vista y encuentro la mirada que estaba evitando. *Catastrófico, es el puto fin del mundo. De mi mundo.* Solo entonces da la última embestida profunda que me rebosa de satisfacción y me llena por completo. Es un fastidio lo bien que me siento. Espantoso, frustrante y, sin duda, la causa de mi futura rabia. Pero en este preciso momento, es perfecto. Un tsunami de placer arrasa conmigo y mis antepasados, me atraviesa y me altera hasta el ADN, dejándome claro quién da nombre a los orgasmos. Estallo como fuegos artificiales de un rojo intenso. Me conquista y me hace suya al desbloquear un mundo desconocido al que no pensaba que ningún ser humano pudiera tener acceso.

Me rompe.

Me destruye.

Vibra con tanta fuerza que me cambia para siempre. Es maravilloso y lo único que puedo hacer es gritar su nombre hasta quedarme afónica.

Veo esa expresión en su anguloso rostro, la que demuestra lo mucho que se odia a sí mismo por no ser capaz de frenarse a tiempo de darme más. Pero saber que he conseguido que pierda el control provoca que un segundo tsunami que ni siquiera entiendo arrase conmigo mientras cada parte de mi ser siente cómo Levi-Ryan Diago se derrama en mi interior. La desintegración es mutua. Levi se aferra a mi cuerpo como si fuera un clavo ardiendo, su única salvación, lo único que ve.

No es hasta que los espasmos de ambos empiezan a disminuir, cuando todavía está tan dentro de mí que no distingo su cuerpo del mío, que me doy cuenta de que ya no aprieta mis muñecas contra la cama, sino que hace algo más extremo y sin sentido con nuestras manos.

18

Levi-Ryan

Lexi aprieta mi mano cuando llegamos al aeropuerto de Detroit. En Nueva York creía que era un acto reflejo del que no era consciente, pero dos horas de vuelo después, es evidente que sí.

—¿Estás bien? —pregunto cuando llegamos al coche que dejé aparcado en la puerta hace una eternidad.

—Sí, bien —mira a su enorme maleta y lo de reprimir muecas sigue dándosele de pena.

No resisto el impulso y la rodeo con los brazos. Le beso la frente en cuanto noto que se ablanda contra mi pecho, que me permite ver esa vulnerabilidad una vez más. Apoyo la barbilla en su cabeza y respiro el dulce olor a vainilla. Me he autoconvencido de que, pese a que ya llevo el uniforme, mi jornada no empieza hasta que subamos al coche. *Cada vez me trago mejor mis mentiras.* De repente, Lexi da un respingo, se aparta y me pega con el puño cerrado en el bíceps.

—Dijimos que esta era una relación profesional, nada más.

—No te estaba metiendo la lengua hasta la garganta, te estaba consolando. No sabía que eso iba contra tus normas.

—Desde luego, y yo no necesito que me consueles. —Me mira de arriba abajo—. No eres un bol con mi peso en helado.

Le pongo su café en la mano y le doy la correa de Kitty.

—Suba al coche, señorita Love.

—Si, exacto, tratémonos de usted —finge no babear por el café—. Eso lo hará más fácil dibujar la línea entre los dos.

Me pregunto si ella también se imagina que la tumbo sobre esa línea y repetimos lo que pasó hace escasas horas. *Es probable que no.*

—Por mí perfecto —me encojo de hombros.

—Por mí más que perfecto.

Ya estoy tras el volante cuando pienso en lo mucho que me gusta verla enfadada. *Cualquier cosa antes que la tristeza persistente que ayer*

inundaba de lágrimas sus ojos.

—Segunda cuestión, voy a ir.

—No, de eso nada. La llevaré a casa y luego volveré sin usted.

—¿Va a dejarme sola, agente? —Se cruza de brazos, alza la barbilla y mueve el pie de forma nerviosa—. Creí que había jurado protegerme.

—No sé en qué circunstancias llevarla a la escena de un crimen favorecería mi objetivo de protegerla, pero en cualquier caso, yo soy el jefe de policía y quien toma esa clase de decisiones.

Winchester me ha llamado cuando todavía estábamos en Nueva York, justo antes de subir al avión, Luna Harp ha llevado a cabo un atraco en la joyería a dos calles del Detroit City Mall. Joyería que, por cierto, pertenece a la familia Anders. La policía que ha llegado antes a la escena del crimen lo ha catalogado como atraco, pero Luna solo estaba enviando un mensaje a Eilan: voy a por tu mujer. *El típico ojo por ojo.*

—Mira, Levi…

—Agente Diago —la corrijo y a pesar de que esperaba un ataque de furia antes de tomar la carretera, todavía guarda silencio.

—Agente Diago —empieza serena—, estará de acuerdo conmigo en que es un gran policía.

—Me halaga, señorita Love.

—Y como buen policía, supongo que habrá caído en la cuenta de que a estas alturas, Simons y Johnson ya estarán allí. Probablemente cargándose pistas en el arcén con las migas de sus dónuts. —Chista la lengua—. Es una pena, pero es un *laaargo* camino hasta Acorn Hill, ida y vuelta. Mucho me temo que para cuando llegue a la ciudad, ni siquiera usted podrá sacar nada en claro. Se le están quedando los nudillos blancos de tanto apretar el volante, ¿debería interpretarlo como un *sí*?

—Harás todo lo que yo te diga.

—Me alegra haber llegado a un acuerdo.

—Lexi, hablo en serio, si te pones en peligro te esposaré al asiento de atrás y cerraré el coche contigo dentro.

—Además, piense que, con la de agentes de la ley que habrá en el escenario del crimen, lo más probable es que sea un lugar la mar de seguro para ambos.

Ella y su impertinente costumbre de querer proteger a un puto policía.

—Esa boquita acabará por traerte problemas —admito, más para mí que para ella.

—Seré una chica muy buena, agente, descuide.

Aparta la mirada antes de que mis ojos la alcancen. La pantalla se

ilumina con una llamada emergente y descuelgo no sin antes pedirle a la medallista olímpica a la desobediencia que se comporte.

—¿Qué? —ladro.

Le oigo reírse.

—Disculpa, aún estoy acostumbrándome a tu forma de comunicarte.

—Pues deberías haberlo hecho ya, han pasado más de quince años. Por cierto, estás en altavoz y no estoy solo, así que vigila lo que dices.

—Trataré de no avergonzarte, en la medida de lo posible, aunque según lo que me dijiste el día de tu graduación, tengo un don para hacerlo.

—¿Nathan? ¿Nathan Adnari?

Miro a Lexi y mis manos se petrifican sobre el volante.

—Soy Lexi Love —continua—, la hija de Arthur Love.

—¿Será posible? —La alegría pinta y colorea el tono de mi buen amigo—. ¿Qué trae a una joven como tú al coche de un malhumorado jefe de policía como Ryan? ¿Estás detenida?

—Por ahora no —murmuro.

—Que va, me ha recogido haciendo autoestop y ahora se empeña en llevarme a no sé qué motel. Creo que es un degenerado.

—Como siempre te dije, harás bien de guiarte de sus instintos.

—Qué bonito —le digo al altavoz—, veamos quien te envía una felicitación por Navidad este año. ¿Para qué me llamas?

—Deseaba saber si tu estado había mejorado desde nuestra última llamada.

Para saber si estoy bien. Supongo que ya tienes tu respuesta, Nathan.

—¿Estás embarazado? —pregunta Lexi con genuina curiosidad.

—Luego te llamo, Nathan —cuelga después de su oda a la paciencia y la esperanza, y de darle recuerdos a Lexi para su padre.

—Guau, eso sí que no me lo esperaba —oigo la sonrisa en su voz, aunque no la estoy mirando—. ¿Por qué te llamaba?

—Por nada. —Tomo la rotonda con más agresividad de lo necesario—. ¿De qué te conoce?

—De nada. —Su tono arisco sí me hace mirarla.

Está cruzada de brazos, con la vista fija en la ventana, en algún punto por encima de su hombro. No sé lo que me hace, ni por qué me siento tan mal conmigo mismo por no compartir nada con ella, cuando ella tiene la misma capacidad que yo de cerrarse en banda. *Exhalo*. Pero lo que menos entiendo es por qué cojones le suelto lo siguiente.

—Tuve un pequeño ataque de pánico después de besarte.

—¿Qué? —el deje triste en su voz ya hace que me arrepienta—. ¿Un ataque de pánico? ¿Por qué? ¿Por algo que yo hice?

—No, claro que no. —Siento su malestar creciendo y mis ganas de enmendar mi error aumentando—. ¿Recuerdas lo que te conté de mi mano y el jefe de policía?

—Sí.

—Fue mi mentor. Él me enseñó todo lo que no debía ser un policía incluso antes de siquiera convertirme en uno. —Trago el sabor amargo que noto en el paladar y acelero—. No le importaba nada más que él mismo, así que además de beber hasta perder el sentido, hacía cualquier cosa menos proteger a los civiles. Entre ellas, engañar a su mujer. Eran muchas las que venían por la noche fingiendo que alguien había roto la puerta de atrás de su casa. Lo llamaban *agente* un par de veces, le doraban la píldora y se contoneaban hasta que él les preguntaba si dormirían más tranquilas si el jefe de policía fuera a su casa a echar un vistazo. —*Agente Diago, agente Diago.* Eran, en su mayoría, borrachas. Algunas de ellas tan casadas como él. Llegaban a horas intempestivas y él no volvía hasta el amanecer. *Nuestro secreto.* Tardé un día en contárselo a mi madre, pero él no dejó de hacerlo—. Así de fácil olvidaba que estaba de servicio. Le daba igual si le necesitaban o no. Era patético. Una vergüenza. Por desgracia para Acorn Hill, se había encargado de que el resto de agentes fueran igual a él, así que costó mucho tiempo limpiar el cuerpo de policía.

—¡Tú no te pareces en nada a él! —exclama con lágrimas resbalando por su delicado rostro—. Podrías parar el coche ahora mismo y repetir lo que pasó anoche que seguirías sin parecerte en nada a él.

—*Mierda.* Lexi, tranquila.

—¡No! ¿Un pequeño ataque de pánico? —se le hunde el pecho con brusquedad y a mí me arrancan la piel a tiras—. ¿Qué culpa tienes tú de haber tenido a un mal mentor? ¡Tú no eres como esos policías! ¡No te pareces en nada a ellos!

—Joder, Rapunzel, ¿qué te tengo dicho de llorar? —*Me destroza.*

—¿Es que acaso no te conoces en absoluto? Eres una víctima de un mal policía, ¡de una mala persona que te hizo daño cuando aún eras un crío! ¿Cómo eres tan injusto contigo mismo? ¡Solo nos besamos!

—Vas a hacer que me sienta muy mal conmigo mismo si no dejas de llorar, porque te juro que voy a parar el coche aquí en medio.

—No estoy llorando —se aparta las lágrimas procurando no restregarse los ojos—. ¿Nathan sigue haciéndote terapia?

—No. Hablo con él de vez en cuando porque somos buenos amigos, aunque sí le llamé cuando ocurrió. Te aseguro que es la primera vez en la última década que le llamo por algo así. ¿Puedes respirar una vez? Vamos, preciosa, dame una respiración profunda.

Lo hace, más o menos.

—Lo siento mucho.

—Dilo otra vez y paro el coche. —Me tranquiliza ver que una tímida sonrisa ilumina su rostro enrojecido. Verla llorar es como presenciar el atropello de un montón de diminutas crías de gato—. Por favor, ¿puedes ahora decirme de qué conoces tú a Nathan? ¿Lexi? —Vuelvo a mirarla y está pálida, seria, horrorizada.

—*Agente Diago* —Ladea la cabeza hacia mí despacio, pero sus ojos están en otra parte—. Fueron esas palabras. El hombre del que hablas era tu padre.

19

Lexi

Incapaz de apartar los ojos de la cicatriz de su mano, trato de digerir el torbellino que se me acumula en el pecho y me asfixia. No funciona, de hecho, crece con cada segundo.

—Vas a obligarme a parar aquí y eso va del todo en contra de mi objetivo de protegerte.

—No, no pares, Levi.

—Entonces deja de llorar.

—No estoy llorando —me limpio las pruebas—, ha sido solo una lágrima. ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque así es más fácil. Si te decía quién era… —Sigo su nuez cuando sube y baja por su garganta—. Lo cierto es que odio siquiera pensar en él.

—No tenemos por qué hacerlo si no quieres —guardo mi curiosidad bajo llave cuando su dolor escuece como propio—. Hace un día estupendo. Mucho sol, pero no demasiado calor. Creo que julio es mi mes favorito.

Me lanza una mirada que no sé interpretar, pero que me arropa el corazón y me desviste al mismo tiempo.

—Señorita Love, si cree que voy a dejarla salir de este coche sin contarme de qué conoce a Nathan Adnari es que no me conoce en absoluto.

Empiezo a hacerlo. Y a entender muchas cosas.

—Mi padre y él estudiaron psicología juntos. Pero no conocí a Nathan hasta semanas después del accidente.

—¿Accidente? —Su voz se tensa, se yergue en el asiento.

—Iba de la mano de mi padre por la calle, tenía cuatro años. Un conductor borracho estuvo a punto de… —Me empapo en sudor frío mientras mi cuerpo se crispa con rechazo—. Mi padre me apartó de un empujón fuera del paso de peatones evitando que me atropellara y

llevándose él todo el golpe. Recuerdo la sirena de la ambulancia y a la policía, ver mucha sangre y llorar sin parar. Desde entonces, mi padre ha necesitado un bastón para caminar. Doy gracias de que esté vivo.

—Lo siento mucho. —Pone una mano en mi pierna y me da un ligero apretón que le da la vuelta a mis latidos.

—Tuve que ir a terapia porque cogí miedo a los coches y a los pasos de peatones, lo cual dificultaba todo, incluso ir al colegio. Mi padre creyó que sería más fácil si me trataba alguien cuya imagen no me causara llanto inmediato, así conocí a Nathan. Él me curó. Es un buen amigo de la familia.

—Es un buen hombre. ¿Te llevas bien con tu padre?

El sonido que sale de mi garganta es casi un berrido.

—Le quiero mucho, pero digamos que hablamos poco. —*Y menos mal.*

—¿Por qué? —insiste a medida que su mano asciende sus caricias por mi pierna.

—Esa es una pregunta… —*Un mal día para llevar vestido. Un vestido lila de flores blancas, porque para todo Acorn Hill estoy de vacaciones y solo llevo a Kitty a ver a su hermana. Parezco Daisy*—. Nadie va a creerse que voy de vacaciones —le doy un manotazo y le aparto, ganándome un claro tú-sigue-por-ahí-y-verás-lo-que-pasa con la mirada.

—Es un pueblo pequeño, se inventarán lo que les parezca sin importar lo que tú les digas.

—¿Y por qué nos hemos pasado quince minutos en el avión, planeando lo que sería más creíble?

—Porque me has dicho que el despegue te ponía nerviosa.

—Eres… —*insoportablemente dulce y la razón por la que voy a quedarme sin bragas*—. Eso ha sido un detalle.

—¿No irás a echarte a llorar otra vez?

—Menudo don para cargarte el momento.

Qué odioso. Y que guapo.

Llegamos al escenario del crimen, a dos calles del lugar exacto en el que empezó todo. Salgo del coche y le espero contra la puerta mientras él bordea la parte delantera. Tengo un déjà vu en forma de Levi-Ryan y por poco no salgo del trance antes de que se pare frente a mí con las piernas abiertas y una pose confiada. Sigue hablando por teléfono con ARL, según he leído en la pantalla del coche. *El rey de los acrónimos, a Nathan lo tenía como NA.*

—Ahora no es un buen momento para hablar. Sí, puedes estar tranquilo, Amyrald, lo tengo todo bajo control. Te volveré a llamar si hay novedades. Vale, entonces esta vez dame la oportunidad a mí de

ser el que llame. —Cuelga el teléfono y me cuesta mucho descifrar su rostro, pero juraría que se está aguantando la sonrisa.

—¿Amyrald? ¿De verdad eso es un nombre?

—Sí, de verdad. —Pone la mano en la parte baja de la espalda y de un tirón me pega a su cuerpo—. Esto es lo que vamos a hacer, vamos a cruzar la calle, a hacer unas preguntas y a largarnos. En ese breve periodo de tiempo, entre tu cuerpo y el mío no va a correr ni el aire, ¿nos entendemos?

—¿No estás haciendo una montaña de todo esto? —*no puedo respirar, qué gusto.*

—Me importa poco si te parece que estoy exagerando, porque la alternativa que tienes es que te espose a mí. ¿Quieres eso?

Recuerdos de la última vez que utilizó sus esposas conmigo vienen zumbando hasta mí dejándome acalorada.

—No será necesario.

—Después podemos volver a tratarnos de usted y hasta donde a mí respecta, como si quieres contratar una condenada carabina, pero hasta entonces quiero oírte respirar, ¿me he expresado con claridad? —Da un tirón que provoca un roce exquisito.

—Sí, jefe, entendido. —Solo por no estar en el suelo en un charco derretido ya deberían darme un premio.

—Buena chica.

—Veto esas dos palabras.

—Me parece que no tienes esa potestad.

No sé lo que ha pensado cuando me ha visto salir del dormitorio con este vestido, pero la palabra «ángel» se ha dibujado en su estúpida-y-bien-esculpida-cara. «Ángel del sexo» ha llegado un segundo después. Desde entonces, cada vez que me mira siento un burbujeo raro en el estómago que no desaparece.

—Ya puedes soltarme. ¿A-acabas de olerme el pelo?

—No, que va. —Me suelta, pero con su sonrisa petulante—. Eso iría en contra de todas tus normas acerca de la distancia que está claro que quieres, ¿verdad, Rapunzel?

Levi-Ryan Diago se marcha pavoneándose hacia la escena del crimen y Kitty y yo le seguimos, porque no quiero acabar esposada a él. *Porque no quiero… ¿verdad?*

Agradezco que contenga las ganas de cogerme de la mano cuando llegamos a la marabunta de agentes.

—Buenos días, agente Diago, le estábamos esperando.

Santo dios, qué ojazos. La policía rubita que extiende la mano hacia Levi recoge sus largos mechones lisos en una coleta baja y apretada que enmarca sus delicadas facciones y convertirían el atractivo de

cualquiera en el de una patata. *Pero aquí no hacemos comparaciones estéticas entre mujeres, ¿eh? Al menos, no hasta saber si tiene una personalidad horrible que la afee.*

—Agente Becknath, ¿qué sabemos? —pregunta Levi sin perder oportunidad de echar un vistazo a la distancia a la que coloco mi pie al detenerme.

—Ha sido un código setenta y siete en toda regla. Sin heridos de bala, pero sí con más de treinta heridos leves a causa de todos esos cristales. Podrá comprobar los destrozos por sí mismo una vez dentro, mi equipo ya ha tomado las pruebas necesarias, pero lo cierto es que no queda mucho.

Caray, como mola. Encima de buena poli tiene una manicura bonita. ¿Querrá que seamos amigas?

—¿Cuántas joyas se ha llevado?

—Ya sabe la respuesta a esa pregunta, agente Diago. —Sonríe, bajando la barbilla

¿Le…? ¿Le está poniendo ojitos? ¿Se los está poniendo?

—Aun así, me gustaría oírlo.

—No se han llevado nada más que la colección de novia. Está claro quién está detrás de esto y que Miss Harp quería enviar un mensaje. Eilan se metió con su marido y ahora ella va a por su mujer. La misma que traicionó a Tucker Harp hará ya mucho tiempo. ¿He superado la prueba? —Parpadea en exceso y su sonrisa se agranda.

Creo que la odio. Maldita sea, íbamos a ser amigas.

—Desde luego, agente Becknath. —Levi me pasa una mano por la cintura y me pega a él de un tirón—. ¿Qué hay de las cámaras?

El par de faros azul hipnótico se fijan en mí por primera vez y se puede palpar el reparo que siente a continuar. *Y el rechazo visceral hacia mí.*

—Disculpe, no nos han presentado ¿usted es la agente…?

—No es policía, pero viene conmigo —dice Levi y es tan sexy que podría conseguir que una mujer hecha y derecha, con principios y autocontrol, se derritiera y luego se desmayara en sus brazos—. Iba a contarme lo que han visto en las grabaciones.

—No demasiado, las han hecho trizas al llegar, eran diecisiete con ella.

—¿Diecisiete? ¿Cómo ha podido sacar a tanta gente de aquí antes de que llegáramos?

—Como lo hace todo esa bruja astuta de Luna Harp, con una planificación pulcra y absoluta. —Con un movimiento de cabeza a modo de despedida, desaparece y Levi me arrastra hacia otros tantos policías.

Hace un puñado de semanas, en Mountville, cuando me compré este vestido siguiendo la recomendación de las expertas en materia Láhria y Daisy, jamás pensé que lo llevaría al entrar en la escena de un crimen. Pero no son los cristales y ventanales rotos lo que más llama mi atención, sino el respeto que todos sin excepción muestran hacia Levi. *Es famoso.*

—¿Has trabajado con todos ellos? —susurro cerca de su oído el breve momento que nos quedamos solos.

—Hubo un tiempo que trabajar en Acorn Hill era más difícil que ahora —roza mi cuello con los labios mientras sujeta a Kitty con una mano, protegiéndola de los cristales—. En aquella época, me moví bastante.

La corrupción. Limpiar el cuerpo de policía. Debió costarle muchos años. Incapaz de borrar la sonrisa de su cara, contengo mis preguntas.

La admiración se vuelve algo más entre algunas de las policías jóvenes y tengo un límite de la cantidad de enemigas que puedo hacer en una hora. Dudo que puedan detenerme solo por odiarme, pero tampoco me apetece quedarme a comprobarlo, así que cuando veo a Simons y Johnson entrar en la cafetería un par de metros más allá, los sigo.

Está llena hasta los topes. Kentia junto a las ventanas, minimacetas con lirios en las mesas y un montón de enredaderas en la pared principal. Si a eso le sumamos el olor a café, chocolate, canela y galletas, me siento como en casa.

—¿Qué te pongo, bonita? —pregunta una chica con la cara llena de piercings y un delantal verde pastel con el nombre de Tam bordado en hilo plateado.

Mi vida no me pertenece, mi trabajo ya no es una constante de luz y alguien me metió en un desastre aterrador del que no sé cómo salir, ¿de qué es sinónimo eso?

—La taza de café más profunda que encuentres, por favor. Muchas gracias.

—¿Quieres nata y caramelo por encima?

Mi heroína se toma como un sí el graznido de placer que sale de mí y luego se marcha. Me dejo caer sobre un taburete cualquiera de la barra justo antes de ver dos pares de ojos sobre mí. Simons y Johnson comparten una mirada analítica y se dan codazos el uno al otro, sin soltar sus respectivas cajas de donuts.

—¿Pasa algo agentes?

—¿Nos conocemos, señorita?

—Su rostro nos resulta muy familiar.

Siento que caigo un poco más bajo.

—Soy la que llamó a emergencias delante del Detroit City Mall. —Su indiferencia llega hasta mi lado de la barra y quiero darme la vuelta y marcharme—. ¿El bebé?

—¡El bebé! —Johnson me señala—. ¿No era morena cuando la conocimos?

—Por eso, justo por eso no la habíamos reconocido. ¿Señorita… Lafe? —Simons tuerce la cara en una mueca.

—La misma.

—¿Qué hace aquí? —pregunta Johnson hincándole el diente a un glaseado azul.

—Turismo.

—Un placer volver a verla, vaya con cuidado. No lo ha oído de mí, pero las calles de Detroit son menos seguras últimamente —Simons se da dos toques en la punta de la nariz y juntos vuelven al exterior, enfrentando el caluroso día con azúcar.

Saco el móvil cuando vuelve a vibrarme y le aseguro a Ashia que estoy bien, que no voy a raparme la cabeza, ni unirme a ninguna secta. Entonces veo los de Jax.

Mensaje de Jax

07:09 Ashia me ha dicho que estás de vacaciones. Me ha sorprendido, no es muy buen momento.

07:12 Será que no puedo esperar a trabajar juntos! Vas a ser mi mano derecha, puedes creerlo? Voy a tener que darte órdenes!

10:13 Por cierto, no has oído esto de mí, pero a Dínamos y el resto de jefes no les gusta que *Dago* esté por la oficina con el perro. No es profesional. Arréglalo antes de volver, ¿sí?

Justo después de gruñir mi rabia cual hiena a punto de hincar las garras en su presa, mi salvadora llega con el café prometido y ni siquiera se asusta de mí. Hundo la cara en él, bebiéndome la mitad de un tirón. Contengo el orgasmo que tiene mi paladar tanto como puedo, o sea, poco, y Tam suelta una carcajada.

—Qué agradable es tener clientes así, me alegra que te guste.

—He llegado mucho más lejos de «gustar», estoy lista para pedirle que se case conmigo. —Dejo un billete de veinte en el bote de propinas con su nombre y le pido que me cobre, por si algún policía furioso decide presentarse de sopetón.

—¿Puedo pedir lo mismo que tiene ella? —pregunta un metro setenta de tatuajes, gafas de pasta negra con cristales amarillos y

cadena gruesa de plata colgando del cuello—. Ha sido la mejor campaña de marketing express que he visto en mi vida.

El vello de mi nuca se eriza y lo achaco a la ráfaga de aire caliente que entra en el establecimiento cuando varios clientes salen a la vez.

—En seguida —dice Tam, llevándose su amable sonrisa consigo.

—¿De verdad está tan bueno? —Acerca su taburete al mío para mirar el interior de mi taza y al hacerlo, su rodilla da contra la mía.

Reprimo un escalofrío.

—Sí, mucho, no te arrepentirás de pedirlo. —Doy un par de tragos al café, pero casi no consigo que pase de mi boca. Los ojos de la gente te hablan, Tam transmite una energía y este tío transmite otra muy distinta. Giro la cabeza hacia el lado opuesto de la cafetería, pero su aliento acaricia mi hombro al hablar y me obliga a mirarle de nuevo.

—Es muy difícil encontrar algo que merezca la pena hoy en día.

—Sí, supongo —aprieto los dedos alrededor de la taza con el pulso a mil.

—Por eso debemos aferrarnos a la suerte que la vida nos depara.

—Claro —De repente me doy cuenta de la idea tan estúpida que ha sido alejarme de Levi.

Tranquila, hay muchos policías al otro lado de estas puertas, es imposible que él…

—A pesar de eso, el ser humano siempre quiere más. Nunca se conforma. Pero la avaricia rompe el saco, ¿no te parece, cielo?

—¿Cielo? —El deje musical con el que lo dice es igual al que Luna utilizó.

—Estoy seguro que eres de las que siempre elige bien —baja el tono—, de las que sabe que traicionar a una marca puede traer consecuencias muy feas. Al fin y al cabo, el café es la bebida favorita de todos, ¿verdad? —Coge mi taza y se bebe lo que queda como si fuera un chupito, luego desaparece.

No soy consciente de que me tiemblan las manos hasta que Tam me coge una y la sacude.

—Eh, ¿estás bien? ¿Te ha molestado?

—No, no ha sido nada. —Mi corazón late tan deprisa que zumba en mi cabeza como un taladro.

Tengo las manos sudorosas y el estómago revuelto.

—¿Seguro? —espera hasta que asiento para quedarse tranquila—. Se ha ido sin su café. Qué extraño —frunce el ceño buscándolo entre la gente a mi espalda y se marcha cuando la reclaman.

Cinco segundos después, una voz suena en mi oído.

—Si creías que lo de esposarte a mí iba de farol… —Doy un bote, me giro y en cuanto me ve la cara, la suya cambia—. ¿Qué ha pasado?

En cuanto sus manos tocan mis brazos y siento su impulso de abrazarme, me adelanto. Kitty ladra a nuestros pies, sintiendo que algo no va bien. Los empujo hacia el baño a mi izquierda y Levi no se opone. Tampoco me suelta. *Dios, es tan raro que solo su tacto me haga sentir tan segura y a salvo.* Nos detenemos en el pasillo, lejos del ruido de la música y la gente.

Se lo explico y su reacción es todo un despliegue de rabia contenida, luego hace una llamada a Matthew Obson para dar la descripción física y procede a patear un armario de caoba con papel higiénico asomando. *Vale, igual tan contenida no es.*

—Repíteme que no te ha tocado —pide paseándose frente a mí, de espaldas a un cuadro de malvas.

Kitty lo sigue, compartiendo su enfado.

—No lo ha hecho, tranquilo —lejos de tranquilizarse estrella el puño contra la pared de mármol—. ¡Levi!

—Tengo que encontrarlo, darle una paliza, cavar su tumba y enterrarlo. No necesariamente en ese orden. —Aprieta los dientes como para partírselos.

—Por favor, no te vayas —agarro sus muñecas y hay un cambio en él, como si no fuera físicamente capaz de alejarse si se lo pido—. Escucha, sé que no tengo pruebas, pero…

—Claro que está con Luna —termina por mí. Me acaricia las mejillas con los pulgares—. Pero eso ahora me importa una mierda. Dios, he tardado dos putos minutos en darme cuenta de que te habías ido. Ese hijo de puta no ha perdido el tiempo. ¿Por qué te has escapado de mi lado?

—Tras la séptima ronda de admiración por parte de diosas armadas muy poco amistosas he pensado que no pasaría nada por seguir a Simons y a Johnson hasta aquí. Lo siento, he sido una idiota monumental por irme, no volverá a pasar, te lo prometo.

—Joder, ojalá tuviera oportunidad de alegrarme de que te hayas puesto celosa. —Me envuelve en un abrazo blindado—. Lexi no puedes volver a hacerme esto, si te pido que te quedes a mi lado, te quedas.

—Sé que me estoy librando de una buena bronca porque todavía estoy temblando, pero te prometo que he aprendido la lección.

Acerca sus labios a mi frente y me besa, perdonándome cuando no me lo merezco.

20

Levi-Ryan

Quito la llave del contacto y la chica que se ha pasado buena parte del camino llenando el más mínimo silencio con alusiones al clima, frunce el ceño y sale del coche.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta mirando mi casa de un modo que *necesito* que me mire a mí.

—Dejar tu maleta.

—No te sigo —estrecha la mirada.

—Sí, sí lo haces. —Gruño cuando no se mueve, camino hasta ella y cojo su maleta—. Temporalmente esta va a ser tu casa. Vamos, te enseñaré tu habitación.

—Espera, espera, espera —me corta el paso poniendo las palmas de las manos sobre mi pecho—. No me parece una buena idea.

Me quedo quieto porque soy un puto yonqui de su contacto.

—Te conté lo del motel y el maletín, no vas a volver ahí.

—Cogeré otra habitación —se agarra el vestido cuando el viento intenta levantarlo.

—No hay más habitaciones disponibles.

—¿Y eso tú cómo lo sabes, a ver?

—Porque es *mi* motel y no voy a dejar que *tú* te alojes en él. Fin de la historia. —Hecho a andar y oigo los ladridos de Hotdog aproximándose, como no, seguido de los malditos chihuahuas de la señora Danzel—. Mueve el culo, Rapunzel.

—Levi, para un segundo —vuelve a tocarme—. Si vamos a mantener las distancias, más vale que nos lo tomemos en serio. No puedo vivir contigo.

—Ya lo has hecho.

Agacha la mirada y sacude la cabeza, sus curvas atraen mi atención como un ratón al puto queso.

—Y por eso precisamente sé que no puedo. Te gusta demasiado

pasearte por ahí medio desnudo. —El rubor de sus mejillas le hace algo insano a mi polla.

—Bien, me pondré una camiseta —miento—, ¿contenta?

—No, ¿qué hay de salir medio desnudo de la ducha?

—Aparte de mi ausencia de ropa, ¿tienes alguna otra petición? —Ladeo la cabeza acercándonos más.

—Nada de sexo, por supuesto.

Hotdog y sus dos sombras llegan en ese momento y tengo el tiempo justo de coger a Lexi del culo, levantarla del suelo y pegarla a mi costado. Por sorprendente que resulte, su primera reacción es aferrarse a mí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Dejo que lo vea, que Feroz y Bravo ladran a su alrededor como perros del infierno… en miniatura.

—¿Qué hacen? ¿Me van a morder? ¿Y a Kitty?

—Qué va, son inofensivos y unos miedicas de cuidado. Pero cuando conocen a alguien nuevo necesitan hacerse oír mientras tantean si están en peligro de muerte o no. Solo pasa con los humanos, Kitty está a salvo.

Su cuerpo se relaja contra el mío cuando ve que es cierto. Hotdog no pierde el tiempo y saluda a Kitty, ambos mueven la cola con entusiasmo. La aprieto contra mí hundiendo mis dedos en su carne mientras ella se aferra a mi cuello.

—¿Y ahora? —susurra cerca de mis labios mientras los chihuahuas olisquean el aire a nuestro alrededor.

—Ahora, poco a poco… —hago que resbale por mi cuerpo. Se tensa, se estremece y me clava las uñas en la camisa del uniforme—. Dejas que te huelan.

No parece capaz de tenerse en pie y mi ego casi se corre del gusto. Le quito las manos de encima y doy un paso atrás mientras los chihuahuas más inofensivos de Acorn Hill la olisquean. Hotdog le chupa los pies y poco después, los tres se llevan a Kitty dentro de mi casa. Lo que no me esperaba era que el galgo frenara sus patas en el último momento y mirase a su salvadora. Lexi asiente y mueve la mano para que siga al resto y Kitty no tarda en aprovechar su oportunidad.

—Después de ti. —Muevo la mano mientras cojo su maleta.

Lexi obedece, para variar. El universo recompensa mis esfuerzos con una repentina ráfaga de viento que me deja viendo… *un mar de encaje blanco que acuna un culo de infarto.* Se coge la falda del vestido y me lanza una mirada por encima del hombro.

—Deberías tener cuidado con eso, mi nueva compañera de piso es

muy estricta con las muestras de exhibicionismo gratuito.

—Muy gracioso, ¿abres la puerta?

—Será un placer —me inclino hacia ella y la dejo entrar en mi casa lo cual parecía una buena idea hasta que la veo en ella.

—Es impresionante —gira sobre sus pies admirando la entrada como si fuera la Capilla Sixtina.

—No es nada, vamos.

—¿Eso es una chimenea gigante?

—Lexi.

—Sí, voy, voy —dice mientras hace irritantes pausas—. Menudas lámparas más raras, parecen serpientes cayendo del techo.

—Fíjate, igual te muerden.

Toca la mesa donde dejo el correo cuando pasa junto a ella, se lleva un cojín del sofá y aún lo abraza cuando dejamos atrás la sala de estar.

—¡Tu cocina es enorme! —Sonríe al ver una foto que tengo con Kadmus y algo en mi pecho da una sacudida, así que ahora tengo que tirarla—. Admito que tienes buen gusto para las alfombras.

Se queda sin respiración cuando ve la piscina del jardín de atrás y juro que me cuesta no imaginarme haciéndole cosas que provocarían ese mismo sonido.

Sobre. Cada. Superficie.

—Oye, ¿eres el conde Drácula o qué? ¿Por qué todos tus muebles son tan oscuros?

—¿Vas a comentar cada cosa que veas?

—No lo sé, ¿te molesta? —sonríe de manera torcida y mi polla recibe una descarga.

Lexi tiene razón, todo es oscuridad, algo que por cierto, hace que destaque más allá donde vaya. *No encaja aquí.* Desentona. En mi casa no hay nada femenino, ni con flores.

—Mírame, soy un hombre y lo sabes porque mis muebles lo gritan en todas direcciones.

—No pongas voces.

—Las figuritas decorativas son de nenas, el minimalismo sexy es lo que mola. —Se carcajea sola—. Me sorprende que tengas un par de sillas en las que sentarte. Anda, mira, una escalera sin barandilla. ¿Habrá algo más macho que…?

Freno mis pasos, me doy la vuelta y la pillo en el primer escalón. Mi cuerpo es inmenso en comparación al suyo, sin importar lo alta que sea.

—¿Esta es tu técnica? ¿Ser cargante hasta que te eche de aquí?

—¿Qué maquiavélica mente habría llegado a esa brillante

conclusión?

He tratado de tomarme su repentino arrebato de distancia como lo que es: un desesperado intento de mantener el control de su vida cuando se está desmoronando. Pero empiezo a pensar que no es mala idea. *Hotdog se encariña hasta del viento y no quiero que sufra.*

—Dime, ¿a cuántas agentes de las que hemos visto hoy te has traído aquí?

—A ninguna.

—Venga ya, ¿intentas decirme que no te has acostado con ninguna?

—Sí, me he acostado con tres de las que has conocido, pero nunca las he traído aquí. —*Y nunca repetí porque de lo contrario, sería mezclar trabajo con placer, algo que jamás hacía.*

Hasta que llegaste tú.

—Supongo que está lejos de la ciudad. —Asiente y se coge un codo con la mano opuesta—. ¿Qué tres?

—No es asunto tuyo.

—Becknath era guapísima, si te gustan las que parecen modelos…

Joder, voy a perderle el pulso si sigue poniéndose celosa.

—No tendrás que verme si no quieres. Es más —bajo un escalón—, tienes plena libertad para no salir de tu cuarto hasta que esto se solucione. Pero te advierto que no voy a echarte de aquí hagas lo que hagas. Así que ponte creativa si quieres, estás a punto de averiguar hasta que extremo soy un buen policía.

Me convenzo de que no he visto sus pupilas dilatarse bajo mis lámparas de serpiente cuando llaman al timbre por segunda vez y me obligo a salir de su espacio vital.

Casi arranco la puerta al abrirla. Me topo con un metro cincuenta de rizos cortos y pelirrojos, gafas, una ausencia desmedida de chihuahuas y una amigable expresión arrugada por el paso de los años.

—Señora Danzel, hola.

—¿Cómo estás, tesoro? —Tira de mi hombro para que me agache, me pone una mano en la mejilla y la bandeja que trae en los brazos—. Han sido pocos días, pero este pueblo te ha echado en falta. Bien, he traído el pastel de fresas que me has pedido para tu “amiga”. He hecho mucho para que comas tú también.

Me cago en mi puta vida.

—Muchas gracias, señora Danzel, estoy en deuda con usted.

—Nada de deudas, chico, si mis dos pequeñuelos siempre están robándote comida. Es lo mínimo que puedo hacer. Por cierto, ¿sería posible conocer a la chica y a su galgo?

—Ahora mismo está dormida y… —Feroz y Bravo dan tumbos hasta mis pies y luego se tiran al suelo como los buenos cuentistas que son.

—Ay, mis diablillos —Danzel se agacha a acariciarlos, pero ellos ni se inmutan—. ¡Si es que son para comérselos! Tan llenos de vida, ¡llenan la casa de una de alegría! —grita mirando a mi espalda.

—Es cierto. —Me coloco en medio de su campo visual—. Disculpe, señora Danzel, tengo que ir a deshacer la maleta.

—Claro muchacho, ¿te importa si te dejo aquí a estos dos angelitos?

—No hay problema —*acabarán aquí otra vez se los lleve o no—,* muchas gracias de nuevo por el pastel. Pásese por comisaría cuando quiera, a Linden y a Lars les encantará.

Así aprenderán a no escaquearse de la limpieza semanal de la comisaría.

—Lo haré, ¡y me pasaré por aquí en otro momento a conocer a tu “amiga”! —sigue gritando.

Pego la frente a la puerta en cuanto la cierro. Las patas de Feroz y Bravo derrapan por el suelo cuando empiezan a correr a mi alrededor.

—Cuando os puso los nombres marcó mi sentencia, ¿a que sí? —Una parte de mí cree que en realidad están compinchados. *La verja de mi patio no es tan alta como para Danzel no los vea tal y como son—.* Largo de mi vista.

Salen corriendo hacia el jardín.

—¿Eso es para mí? —Lexi aparece con las manos a la espalda, mordiéndose el labio y balanceándose sobre sus talones haciendo mover su maldito vestido—. ¿Soy la “amiga” de la que hablaba?

—No, ella se instalará aquí esta noche. Por favor, intenta no incomodarla con tus preguntas, ¿quieres?

Me sigue hasta la cocina y en cuanto dejo la bandeja en el mármol, levanta el paño sobre el pastel.

—¡¿Ha hecho esto para mí?!

—Ni siquiera sabes escuchar a escondidas. Lo ha hecho para mí, yo voy a tener la delicadeza de dejar que lo pruebes.

—¿Por qué le has pedido que me haga una tarta?

—¿Es que estás sorda? —Saco dos tenedores del cajón y le doy uno a la que tiene cara de querer hundirla en el pastel.

En cuanto me llevo un trozo a la boca, mi cuerpo pierde parte del estrés. *Dios.* De hacerse cargo de sus perros no será una experta, pero la señora Danzel sin duda sabe cómo hacer la mejor tarta de fresas con chocolate.

Un segundo después, se me cae el tenedor de la boca.

—¡Por el amor de…! —gime con fuerza, cerrando los ojos y agarrándose al mármol. Sacude una mano en el aire y gime de nuevo —. ¿Pero qué es esto? ¿Un pedazo de cielo? *Dios-mío*.

—No hagas *eso* —le aparto el plato.

Rodeo su muñeca con la mano cuando apuñala el aire con el tenedor. *Tocarla ha sido un error de novato.* Intenta zafarse y cuando no lo consigue maniobra, se cuela bajo mi brazo y acaba en el pequeño espacio que hay entre mi cuerpo y el mármol. Se inclina a por más tarta. Su cuerpo se tensa cuando nota la erección contra la que acaba de frotar su culo.

—*Joder, Lexi.*

—Puedes quedarte ahí si me dejas comer —dice inclinándose para coger más, empeorándolo todo y a su vez… A su vez mejorándolo mucho.

Pongo las manos en el mármol a ambos lados de sus caderas decidido a apartarla, pero una fuerza mayor me obliga a quedarme donde estoy. La estoy encerrando con mi cuerpo como si fuera una jaula. *¿Cómo cojones voy a respetar su norma si ella misma no la respeta?*

—Calma, honorable caballero —me mira por encima del hombro, leyéndome el pensamiento y ofreciéndome tarta de su tenedor de paso —. Estamos vestidos, no estamos saltándonos ninguna norma.

Soy yo el que se inclina hacia delante esta vez, pero no sé quién lo disfruta más. Sus jadeos tienen una forma de taladrarme el cerebro a tal profundidad que cuando muera seguirá habiendo restos.

La siguiente vez que se echa hacia delante levanto su vestido lo necesario porque recuerdo la barrera que he visto antes, la que nos da un poco más de margen. Lejos de quejarse, vuelve a mover el culo contra mí al tiempo que coge la mano que, sin saber cómo, tengo extendida en su estómago pegándola más contra mí. La arrastra hasta sus pechos.

—Solo para que conste, no llevo sujetador —jadea dejando claro un límite que sus movimientos parecen querer borrar.

Esto no es un antojo, ni un puto capricho, es ansia visceral. Le huelo el pelo y ahí acaba mi fuerza. Le doy la vuelta, la subo a la encimera y tras desabrochar mi cinturón, le abro las piernas para colocarme justo donde el calor irradia. El siguiente movimiento licúa mi racionalidad. Juraría que también la suya. La inclino antes de que me bese y me haga perder la cabeza, levanto la falda de su vestido y masajeo la zona mojada del tejido expuesto.

—Espera, creo que esto cuenta como hacer tramp-*ah*… O tal vez no. —Contiene el siguiente gemido como puede mientras mi erección se frota contra ella y mi pulgar sigue trabajando su clítoris en círculos

—. *Levi.*

Acelero el ritmo, llevándola un poco más cerca del precipicio que busca. Quiero hundirme en ella, sentirla cernirse sobre mí palpitando con fuerza antes de que el orgasmo la arroye y acabe recordando mi nombre a cada paso. Por ese motivo, apartarme de ella provoca un daño en mi cuerpo del que voy a estar convaleciente días. Pero funciona, sus ojos se abren con incredulidad, excitación y algo de espanto.

—¿Q-qué estás haciendo? —jadea con los labios entreabiertos y su pecho sacudiéndose con cada respiración abrupta.

—Respetar tus normas.

—¿Es una broma? —pregunta atravesándome con esa mirada líquida y candente.

Jamás he querido besar tanto a alguien.

—Te recuerdo que es lo que querías. Además, señorita Love, estoy de servicio —respondo mientras me subo los pantalones y al abrocharlos los convierto en una prisión desquiciante.

Mi polla no está contenta con mi decisión. Yo no estoy contento. Y por la forma que sus pezones amenazan con rasgar la fina tela de su vestido, diría que ella también odia esto.

Compartimos una acalorada conversación telepática mientras recuperamos el aliento. No entiendo lo que le hace a mi cuerpo, ni por qué a duras penas soy capaz de dar un paso atrás si es evidente que con ella la distancia es la única salida. *Si lo sé, ¿por qué en lo único en lo que puedo pensar es en hundirme en ella tan profundo como sea necesario para que nunca vuelva a apartarme?*

Nuestros móviles vibran a la vez, pero Lexi no se mueve. Descuelgo sin leer lo que aparece en pantalla, intentando recordar cómo funciona un teléfono.

21

Lexi

Levi se frota contra mí usando mi cuerpo para darse placer mientras me obsequia con un movimiento circular induce-orgasmos que va a acabar conmigo en un segundo… Y al momento siguiente, se aparta de mí diciendo dios sabe qué.

Anonadada se queda corto para lo que siento. Pasmada. *Alucinada.* Todavía estoy subida a la encimera y abierta de piernas cuando descuelga el teléfono con su tono profesional de jefe de policía, como si al muy sádico le diera igual que mi necesidad no me deje ni pensar. *Maldita sea, el muy capullo odioso ha jugado conmigo. Ya, en honor a la verdad, tal vez… puede que… ¡vale, es muy posible que yo disparara la primera flecha! ¡Pero él lo ha llevado demasiado lejos!*

Levi-Ryan Diago ha sacado una baraja de cartas prohibidas y si se cree que voy a achantarme, lo tiene claro. *Estás a punto de descubrir lo competitiva que puedo llegar a ser.*

—Sí, puede estar seguro —dice, tratando de mantener una conversación normal como si no tuviera una tienda de campaña en los pantalones.

Coloca una de sus enormes manos sobre su aún más enorme erección y cuando sus ojos recaen en mi cuerpo, se tensa y no tarda ni un segundo en darme la espalda. Aunque la satisfacción líquida penetra en mi carne como un relámpago salvaje, para mí también es un problema ver su espalda ancha llena de músculos contraídos bajo la camisa que quiero arrancarle a mordiscos.

Desconozco si se apoya en la pared con una mano porque sabe lo sexy que me resulta o si es involuntario, pero estoy lista para tirar de mi vestido y ponérselo realmente difícil. *Hace escasas veinticuatro horas, no hubiera podido imaginar que viviría bajo tu techo, ya no hablemos de que acabaría resultando semejante tortura. Lo que es la vida.*

La pantalla de mi móvil se enciende cuando vuelve a vibrar y veo

que tengo varias notificaciones de mi banco, pidiéndome que entre en la aplicación.

—Agente Dashyan, le repito que lo tengo todo bajo control —sigue Lucifer—. Mi equipo se está encargando. Mi voz suena perfectamente, está usted paranoico.

Se me escapa una carcajada estrangulada por la presión que siento en el pecho. La mirada asesina que me lanza por encima del hombro me da esperanzas. La peligrosidad con la que se acerca a mí cuando cuelga todavía más.

—Dashyan, ¿eh? —pregunto mientras finjo entrar en la app de mi banco—. ¿Conoces a algún policía con un apellido normal?

Un músculo se tensa en su mandíbula cuando aparta la mirada y las piezas caen como un dominó. El entendimiento me abofetea cuando la información penetra mi cerebro. El móvil se escurre de mi mano y da contra la encimera. *Amyrald. Dashyan.* Mi boca se abre y el jadeo que sale de ella no es nada comparado con el huracán que me sacude.

—¿Amy? ¿Daisy? ¡¿Son mis hermanastras las que no paran de llamarte?! —chillo.

—Deberíamos ir a comisaría —se limita a decir, poniendo el paño de nuevo sobre el pastel—. Tenemos mucho que hacer allí.

Me bajo de la encimera y lo obligo a mirarme, colándome en su camino a la nevera.

—¿Por qué me lo has ocultado? —pregunto con el pulso todavía más acelerado que antes—. ¿Por qué te has inventado nombres falsos?

—No fue cosa mía —asegura irguiéndose antes de encogerse de hombros—. Se los inventaron ellas. Solo querían saber si estabas bien.

La tensión en el aire pesa sobre mi pecho. Alguien ha escrito un secreto en esos iris rebosantes de oscuridad, pero Levi-Ryan Diago no parece querer saldar sus deudas con la verdad en este momento.

—Gracias —me trago el repentino nudo que se forma en mi garganta—, y lo siento. Imagino que habrán estado molestándote mucho.

—En absoluto —su voz es una caricia.

Levi sacude la cabeza y quiero rendirme, besarle y agradecerle todo lo que ha hecho y todavía hace por mí. Estoy en gravedad cero, mis pies no tocan el suelo y mis emociones flotan sin dirección enredándose cada segundo que pasa. Pero cuando su mano llega hasta mi mejilla y sus labios besan mi frente, me queda claro que no estoy sola en esta montaña rusa.

—Vamos, tenemos trabajo —mueve la cabeza hacia fuera de la cocina, pero no dejo que se aleje demasiado.

Al recoger mi móvil del mármol veo que la aplicación del banco se ha abierto con el reconocimiento facial.

Ay.

Dios.

Mío.

—¡La hostia! —grito.

—¿Lexi? —Su tono y sus pasos ya están en alerta.

—Si esto es una indemnización por la peor reunión de la historia, Ashia no conoce límites. —Me llevo una mano a la boca, intentando contener el grito que trepa por mi garganta, mientras le enseño la pantalla donde aparece la transferencia bancaria de un millón de dólares que acabo de recibir.

—Lexi, dame el teléfono. —Las nubes tapan el sol y el interior de la casa se oscurece.

—Tengo que llamarla —pienso en voz alta, como los ricos—, no sé cómo lo ha hecho, pero te juro que esa mujer lograría ser la presidenta del país si le apeteciera. —Estoy tan eufórica que no me inmuto cuando me lo quita de las manos y con una expresión seria busca los datos del emisor de la transferencia.

—¿Conoces esta cuenta? —me muestra la pantalla—. ¿Te suena el nombre?

Tardamos pocos minutos en revisar mis anteriores transferencias y ver que CAR Major Legue siempre utiliza otro banco para emitir sus bonificaciones. *Nunca son tan altas y jamás aparecen si no es de la mano de un ascenso.*

—¿Estás pensando…? —La sangre ralentiza su viaje en mis venas y la euforia empieza a transformarse en otra cosa.

—Luna.

«Estoy seguro que eres de las que siempre elige bien, de las que sabe que traicionar a una marca puede traer consecuencias muy feas. Al fin y al cabo, el café es la bebida favorita de todos, ¿verdad?». La “marca” era una forma de decirme que, si me iba al bando de Eilan, las cosas se pondrían mal para mí. El café era sinónimo de “el dinero mueve el mundo”.

—Quiere asegurarse de que no la traicionas, que no buscas a Eilan con tal de dejarle claro que todo ha sido una estratagema de Luna Harp para despistarlo, que no estáis juntas en esto.

—¿Cómo iba yo a encontrar a alguien como Eilan Anders? Además, no me parece buena idea ir a un mafioso de los robos como ese y decirle, «eh, Luna te la ha colado bien, pringado. A ver si agudizamos el instinto». ¿Y de qué narices va esa mujer pidiendo lealtad después de haberme puesto una diana en la espalda?

—Sabe que no puede tenerla por las buenas, así que ha decidido comprarla. No —sacude la cabeza anticipándose a mi siguientes palabras—, no puedes devolver el dinero. Sería una ofensa y enviaría un mensaje claro a Luna.

—Luna es una mujer peculiar, sin duda —resoplo—. Aliarme con Eilan teniendo en cuenta las altas probabilidades de que no me crea, es el plan perfecto para ponerme a ambos en contra. ¿Crees que podríamos rastrearlo?

—No, pero solo hay una manera de estar seguros.

Por primera vez desde que la conocí, me separo de Kitty. Lo odio, pero no he podido llevármela viendo que ella y Hotdog se habían convertido en mejores amigos.

De camino a la comisaría, varios ciudadanos de Acorn Hill le dan el pésame a Levi, que se limita a asentir sin decir palabra. El aire se crispa a su alrededor y puedo tocar el rechazo que emana su cuerpo. No me hacen falta muchas más piezas del puzle para suponer que hoy es el aniversario de la muerte de su padre. Habló de él en pasado.

—¿No vas a hacer ninguna pregunta?

Sacudo la cabeza, cojo su mano y le doy un apretón bajo las nubes que amenazan lluvia.

—Cuando volvamos a casa compartiré la tarta contigo.

Sonríe, calentándome como no debería. *El deseo sexual es una cosa, pero lo que sube por mi pecho tiene que callarse la boca.* Hacía horas que Kadmus Winchester había vuelto a casa cuando llegamos a la joyería, en la ciudad de Detroit, así que verle de nuevo resulta muy agradable. Levi habló mucho con él desde mi despacho, pero aun así comparten un abrazo-brusco-y-revelador-de-sentimientos-de-macho en el que casi no me fijo.

—Me alegra tenerte entre nosotros de nuevo, Lexi —me da un abrazo rápido y sentido que me pilla desprevenida.

—Haremos lo que haga falta por protegerla, señorita Love —dice Cassie, cuyas palabras generan un silencio sepulcral que rompo cuando se lo agradezco.

Las horas pasan y las abrumadoras preguntas no tienen fin, ni tampoco las llamadas. La silla coja en la que estoy sentada está astillada y no es una buena combinación para lo corto que es este vestido veraniego. Me acabo de dar cuenta de que era eso lo que me estaba pinchando (y no mi ansiedad) cuando Levi entra por la puerta justo después de colgar el teléfono.

—Tengo noticias de Matthew Obson, las cámaras sí grabaron al subordinado de Luna —se acerca a mí y susurra—: a mi silla, ya. —Se vuelve hacia el resto—. Se llama Erik Vander, tiene treinta y seis años,

y es evidente que no tenía miedo a ser visto.

—Eso había quedado claro en el momento en que decidió pasearse por la calle más vigilada de Detroit —suelta Kadmus por lo bajo.

—¿Por qué no reconozco su rostro? —pregunta Cassie juntando las cejas—. Conocemos a todos los cercanos a Luna Harp.

—Este era el aspecto que tenía la última vez que fue visto con Tucker Harp —nos enseña una foto y con aparato dental, la piel libre de tinta y el cabello oscuro, está irreconocible—. El capullo se ha tomado en serio lo del camuflaje. He tirado de algunos hilos y vamos a seguir sus pasos con las cámaras de los establecimientos cercanos. A ver si nos lleva a alguna parte. Chelsea me ha dicho que mañana por la mañana me llamará.

Ver a Levi-Ryan Diago en acción es un deporte de riesgo que debería ir de la mano de una larga lista de advertencias. *Sé que fui yo la que puso la norma de nada-de-sexo, y sé que es lo correcto, pero una minúscula (diminuta) pequeñísima parte de mí quiere saltársela sobre el montón de papeles de su mesa.*

—Deberíamos aumentar la seguridad en Acorn Hill —Cassie se acerca al corcho lleno de fotografías. Me mira con lástima como si fuera un galgo abandonado—. Luna nos puso en peligro cuando se hizo pasar por Kate Delox, y aunque has hecho bien en traer a Lexi de vuelta, eso suma riesgo.

—Pedir refuerzos asustará a la gente, no es buena idea —responde Kadmus—. Si Eilan hubiera planeado hacer algo, ya sería tarde.

Bill llega de recepción con un café y una mueca en la cara.

—Tome, jefe.

—Gracias, Bill.

Levi le da un pequeño sorbo a su café, luego se acerca a mí y me lo pone delante de la cara. Me hago la dura unos locos dos segundos y medio, hasta que el olor delicioso es tan irresistible que tengo que cogerlo.

—Gracias —musito, a lo que responde haciendo *eso* con los ojos.

Esa cosa que hace donde sus ojos sonríen, pero sus labios no, haciendo que mi cabeza imagine lo que piensa con un resultado fantasioso-romántico-y-cursi que no me representa para nada.

—Winchester, lo siento, pero tengo que irme a patrullar.

—¿Linden y Lars están…?

—Ocupados, sí.

Constance ha tenido que llevar a su madre al hospital y ha traído aquí a las trillizas hará veinte minutos. Bill ha saltado de la silla ofreciéndose a echarles un ojo a las tres porque las adora.

—Puedo ocuparme yo. —Cuatro pares de ojos caen sobre mí, que

sigo con la mano levantada—. Lo digo porque ya me habéis hecho cantidad de preguntas y estoy segura de que las que surjan, podrán esperar un rato.

—¿Tienes experiencias con niñas? —Kadmus ladea la cabeza, analizándome como el poli que es.

—Mucha, tengo hermanastras pequeñas —aseguro, ignorando el recuerdo de una de las primeras veces que mamá nos dejó a Nina y a mí a cargo de Daisy y Amy, y casi incendiamos el castillo—. Vosotros quedaos aquí resolviendo el caso, yo me ocuparé de las trillizas.

—¿Soy al único que ha oído que va a deshacerse de mis niñas?

—Puedes fiarte de ella.

El rostro de Kadmus se relaja un poco cuando Levi le da unos golpes en el hombro remarcando su voto de confianza en mí.

—De acuerdo, las dejo en tus manos.

—Sabia decisión, *papi* —me arrepiento al instante en que esa última palabra sale de mi boca.

No por la mueca rara de Kadmus, si no por la mirada de Levi. *Le gusta, tomo nota.* Cojo mi bolso y llego a recepción donde encuentro tres doctoras en miniatura, con sus estetoscopios rosas y sus batas blancas. *Vale, no flipes, actúa normal.* Se dan en el brazo las unas a las otras cuando me ven y ponen cara de haber sido pilladas haciendo una trastada.

—Uy.

—Ups.

—Uhhh.

Camiseta rosa Samantha, amarilla Sabrina y azul Sasha. Antes de entrar en pánico pensando que no van a hablarme y que su timidez va a ser un impedimento, muevo el hombro y emito quejidos.

—Creo que me he roto el brazo hace un rato. Ojalá hubiera algún médico que pudiera ayudarme, no puedo ir al hospital porque estoy detenida.

—¿Por qué? ¿Has hecho algo malo? —Los grandes ojos de Sasha brillan de forma pilla a través de sus gafas.

—Le cogí este bolso a mi hermana sin permiso —levanto el bolso blanco de verano que en una vida pasada fue de Daisy—, y ahora van a meterme en la cárcel.

—Es que quitar cosas está mal —dice Sabrina mirando a Samantha con reproche.

—Siéntate, paciente —Samantha se hace la loca y da dos golpecitos en una de las sillas libres con sus micro-manos-ultra-adorables—. Soy la doctora Sana-sanita, ¿cómo te llamas tú?

—No puedes decir Lexi —me susurra Sasha a gritos en el oído,

como si me estuviera chivando la respuesta de un examen.

—Soy Dolores Agudos, ¿creéis que podríais curarme el hombro? —pregunto mientras la mini Constance de amarillo pega su estetoscopio a mi hombro y Samantha me pone una tirita en el antebrazo.

—Suena horroroso, habrá que amputar —sentencia Sabrina.

Bill pasa por delante de recepción antes de irse y nos mira con una enorme sonrisa emocionada que no entiendo, teniendo en cuenta que ha oído el destino de mi brazo.

—¡No, doctora Pierde-pacientes! ¡Entonces no le podrán poner las esposas y se escapará de prisión! —exclama Samantha.

—Necesitamos medicinas nuevas —dictamina Sasha, sacando las gotas para ojos secos de mi bolso—. He encontrado una pócima secreta. Un par de gotas bastarán para dormirla y que así la encierren.

—¿Y qué pasará con mi brazo? —pregunto mientras vuelco el contenido de mi bolso en otra silla.

—Pediremos otro —Samantha coge mi teléfono y se lo pega a la cara—. Sí, ¿con la tienda de brazos? Necesito uno para ya. Sí, es súper urgente. No me vale mañana. ¡Date prisa, Rodolfo!

—Te voy a escribir una receta con lo que tienes que tomarte cada noche —Sasha coge un boli luminoso del mostrador que acaba en una corona de princesa y suelta purpurina, y le da la vuelta a mi mano para escribirme un jeroglífico—. Chocklopos antes de cada comida. Si no tienes esa medicina en tu casa, valen cupcakes de chocolate.

—Nosotras sabemos hacerlos, podemos llevarte algunos a la cárcel —dice Sabrina escuchándome el bíceps con el estetoscopio—. ¡Las gotas te han curado!

—Para evitar la amputación, tienes que dormir —dice Samantha abriendo mis caramelos de limón y estrellándome uno contra la boca—. Pórtate bien y seguro que en la cárcel te dejan dormir hasta tarde.

—Ahora que estoy curada, pienso atracar el hospital más cercano y llevarme todas las medicinas y bolsos que encuentre. —Me pongo en pie haciendo crujir el caramelo con las muelas antes de apuntarlas con un boli-pistola—. ¿A quién cogeré como primer rehén?

—¡A mí, a mí! —Se ríen en cadena y una mano invisible estruja mi corazón.

Sasha pone un trozo de celo en la boca de sus dos hermanas, luego en la suya. En un momento las tengo sentadas en tres sillas muy juntas, revolviéndose mientras intentan formular palabras que se entiendan.

Constance aparece poco después de que Súper-Sasha desenmascare su verdadera identidad de heroína y salve al hospital. Por desgracia para mí, Kadmus, Cassie y… el maldito Levi-Ryan Diago, llevaban un

par de minutos observándonos. *Qué vergüenza.* Más o menos cuando he empezado mi último discurso de villana. *Tierra trágame.*

—Devolvedle a Lexi todo lo que le hayáis cogido prestado.

—Pero ha dicho que nos podíamos quedar la sombra de purpurina —se queja Samantha.

—Es cierto. —Se la regalo solo porque está nueva y es lo bastante cara como para que esté segura de que no les hará daño.

Pero me da que si se lo digo a Constance no les dejará quedársela y desde que la ha visto, Sabrina no ha sido capaz de soltarla el resto del juego.

—De acuerdo, pero nada más —Constance Winchester se cuela tras la recepción y me rodea en un buen abrazo que me pilla desprevenida —. Te debo una gorda, amiga.

Amiga. Qué bien suena esa palabra en un lugar tan desconocido como este.

—No ha sido nada, me ha encantado.

—¿Puede venir Lexi a casa a jugar un ratito más? —pregunta Sasha cogiéndome el volante del vestido con toda la mano.

—Pero niñas, si es la hora de cenar, ya habéis jugado un montón —dice su madre con la camisa de trabajo rosa y blanca a rayas, el cansancio y el cariño en la mirada, las prisas en la postura y el reproche solo de cuento. —. ¿Es que vosotras no tenéis límite?

—Nop —contestan al unísono.

Cierta carcajada grave, masculina y profunda me eriza la piel desde lejos. *Dios, qué sonrisa, demonios.* Su mirada penetrante lanza chispas sin freno a partes de mi cuerpo que deberían haber aprendido ya la lección de no jugar con fuego. *Al final vamos a jugar a las casitas en llamas.*

—¿Un ratito chiquitito? —pregunta Samantha paseándose a nuestro alrededor—. Porfiiiii.

—¿Mientras papá y tú preparáis la cena? —pregunta Sabrina con tono esperanzador, apretujándome la mano izquierda antes de bostezar.

—No, otro día —dice Kadmus cuando empiezan los pucheros—. No me obliguéis a multaros, jovencitas.

—Jooo —se quejan todas, en especial Sasha.

Me agacho frente a las tres y ellas se agachan también, lo cual es un sinsentido.

—Estaré encantada de visitaros otro día, id a cenar tranquilas.

—Promételo —Sasha suelta mi vestido y me ofrece su meñique.

Un segundo después, tengo tres delante de la cara.

—Os lo prometo. —Tengo el tiempo justo de enlazarlos una a una

antes de que se me lancen al cuello.

La avalancha de emociones se me agarra a la garganta y empiezo a entender todo lo que Nina ha dicho de Láhria. *¿Como unos bichitos tan pequeños pueden arrasar con todo a su paso? Qué barbaridad.* Creí que solo ocurría con la casa de Levi, pero me equivocaba, Acorn Hill al completo es un hogar. Uno calentito, raro y bello.

—No dejas de sonreír.

Miro al hombre de uniforme, pelo revuelto y ojos oscuros más cautivadores de la historia de Mis Desgracias cuando se detiene frente a la entrada de su casa. No me he dado cuenta ni de cuándo hemos salido del coche.

—Ha sido divertido. —Me encojo de hombros. *Y ahora siento que hay tres vacíos pequeños, pero profundos, en mi pecho—.* O *muy* divertido. ¿Crees que han dicho en serio lo de querer jugar otra vez conmigo?

Su cuerpo empotra el mío contra la puerta, haciéndome su prisionera de un modo agresivo y delicioso. Ojalá fuera indiferente a cómo me toca. A tener sus labios tan cerca. Sería genial que su aliento en mi cuello no despertara un hambre voraz y salvaje en lo más profundo de mi ser. *Una necesidad que no se sacia nunca.*

Pero las cosas no son como una quiere, son como son.

—¿Qué estás haciendo?

Una de sus piernas se cuela entre las mías, inmovilizándome, y empapando la tela bajo mi vestido desde el primer roce. Lo siguiente que sé es que mis caderas se mueven solas… una vez. Un solo momento de debilidad que provoca que mis pechos rocen su torso. Una sonrisa torcida después, su voz trepa por mi piel cual serpiente.

—Absolutamente nada, señorita Love. —Me separa los labios, conquista mi boca y me hace gemir antes incluso de hundirme los dedos en las caderas, obligándome a mecerme contra él.

Los relámpagos son aniquiladores y destruyen por completo el poco control que me queda. Levi tira del lazo de mi escote, deja mis pechos al aire y le da a uno de mis pezones la atención que el muy necesitado suplica. Respondo a su beso mientras cabalgo su pierna y rozo su erección con la mano libre que no tengo hundida en su pelo.

La fricción de sus dedos en mis pechos es sublime, pero lo que su pierna está haciendo a mi clítoris me va a dejar pegajosa y abochornada en pocos segundos. Estoy segura de que ahora mismo hay una zona más oscura en su pantalón y que yo tengo la culpa.

—Me estás volviendo loco, Rapunzel. —Me besa con la boca abierta y solo puedo gemir con fuerza.

Oigo el tintineo de su cinturón y siento alivio al poder tocarle

mejor, piel con piel. *Va a pasar*. Si tiene la osadía de hacer un movimiento más, voy a perder la cabeza y a tener un orgasmo en mitad de la calle.

—No vas a hacer que me corra aquí fuera. Te lo prohíbo. —Sienta bien ser la que da órdenes por una vez, pero la satisfacción que me sacude cuando oigo la puerta abrirse y un segundo después, cerrarse de un portazo es aún mejor—. ¿Qué vas a…?

No termino la pregunta, se deshace de mis bragas y hunde la cara entre mis piernas emitiendo un gruñido gutural de deseo que me sobrepasa. Recupero el camino al orgasmo, estoy muy cerca, a punto de romperme y entonces… se aparta. *Tienes que estar de broma.*

—Es una pena que esto no sea lo que quieres de mí —jadea, relamiéndose—. ¿Cuáles fueron tus palabras?

—Levi-Ryan Diago —su nombre suena en mis labios como lo que es: una maldición.

Una que él silencia con un beso que sabe a mí, del que no consigo apartarme cuando pega su enorme erección al punto exacto donde le necesito. *Lo desea tanto como yo.*

—Soy un hombre de la ley, lo mío es respetar las normas.

—Lo que estabas a punto de hacer en la calle…

—Pese a todo, no habría parado de ser por mí —susurra—. Te habría dado todo cuanto quisieras hasta que perdieras el sentido. —El beso húmedo que da en mi mejilla antes de arrancarse de mi cuerpo, me desequilibra—. Voy a darme una ducha, hay otra en tu habitación. Tarda lo que necesites. —Me guiña un ojo y desaparece dejándome con espasmos eléctricos recorriendo mi cuerpo, rabiosa, incrédula y cachonda.

Te odio, Lucifer.

22

Levi-Ryan

El agua de la ducha calienta mi cuerpo a punto de salir ardiendo por combustión espontánea. Todavía tengo el sabor de Lexi en la lengua y juro que no entiendo cómo he conseguido despegarme de ella a tiempo. *Hasta que no ceda, no puedo volver a tocarla.*

Mi erección palpita con fuerza desde hace una puta eternidad, así que cuando la rodeo con la mano y doy una profunda sacudida, casi estoy al final del camino. Cierro los ojos y me imagino su cuerpo abierto para mí. A su voz rogándome que la haga mía, gritando que está a punto y que soy el único que puede darle lo que quiere. *Nunca voy a poder borrarla de mi mente.* Su forma de lamer mi lengua, cabalgar mi polla y estallar con el orgasmo ha sido grabada a fuego y ahora es todo lo que veo.

Estoy imaginándome que es su boca la que me da lo que necesito cuando oigo un portazo al otro lado del pasillo. *Ha encontrado su habitación.* Si la conozco tan bien como creo, va a meterse en la ducha y a pensar en mí mientras se da placer. Una sonrisa curvaría mis labios si no fuera porque las sacudidas me pueden.

Todo se vuelve borroso, la sangre de mi cuerpo está concentrada en un solo punto y no puedo tenerla dura más tiempo sabiendo que ahora mismo ella estará…

—*Lexi* —Mis músculos se contraen con brusquedad.

Un gruñido fuerte sale de mi garganta al tiempo que el líquido caliente resbala por mis dedos. El sismo que agita mi cuerpo es menor a cualquier efecto que Lexi Love haya tenido en mi cuerpo, pero nadie le hace ascos a un orgasmo.

Reconozco que mis pasos se frenan al pasar por delante de la puerta cerrada de su habitación minutos después. La tentación crispa el ambiente. *¿Cómo reaccionaría si apareciera delante suyo justo ahora? ¿Le gustaría? ¿Se habrá molestado siquiera en cerrar la puerta del baño?*

¿En correr la cortina? Joder, si no dejo de imaginármela voy a tener otra erección durante la cena. Me obligo a bajar, poner la mesa y llenar los boles de comida de Hotdog, Kitty, Bravo y Fiero.

—Tío, no seas puto pelma, dale un poco de espacio a Kitty —muevo a Hotdog hasta su bol de siempre, pero acto seguido Kitty se cambia para comer de nuevo del mismo—. *O-kaay*.

Me froto la frente perplejo y confuso, luego pido la cena para nosotros. Saco el móvil y busco la foto que le hice a la cuadrícula de su nevera. Elijo el único restaurante que existe tanto en Manhattan como en Acorn Hill y la oigo bajar la escalera un minuto después de que llegue la comida.

Me trago la imagen que veo en mi cocina tan rápido como puedo, pero se me atraganta. Para empezar, Lexi está en mi sitio. Tiene el pelo empapado que se aparta de la cara con un pasador de un puto lazo brillante y para seguir… lleva puesto un pijama ajustado rosa y blanco con tirantes finos que la hacen parecer inocente y… *Hostia puta.*

—¿Qué llevas puesto? —No reconozco mi voz, ni tampoco lo que siento, exhalo y soy un toro enfadado.

—Lo único que tengo.

—¿Te has traído una maleta inmensa y *eso* es lo único que tienes?

Voy a quitar todos los muebles de la casa para que solo puedas sentarte encima de mí.

—Lo tengo también en rojo. ¿Por qué, te molesta? —Sonríe cuando no contesto—. Me alegra que te hayas puesto camiseta, ¿qué has pedido? —hace una mueca olfateando el ambiente—. ¿Algo malísimo? ¿Algo con lo que seguir torturándome?

Seguir, dice. Como si no fueras tú la que nos está haciendo esto, Rapunzel.

—Tacos de Gómez&Martínez.

—¿De verdad? Qué casualidad, ¡me encanta ese sitio! —salta entusiasmada, extendiendo las manos hacia mí para que le dé la bolsa.

Por supuesto, se la doy *casi* sin fijarme en el modo que su cara se ilumina entera.

—Sí, es curioso que te guste un restaurante de Corn Ville, ¿verdad? —me gano la primera mirada asesina—. ¿Qué tal la ducha? —Esta vez los cuchillos vuelan en mi dirección confirmando lo que la rojez de sus mejillas ya me ha dicho antes—. Has tardado un montón.

—Piérdete, ¿quieres? —Observa la comida esparcida en la mesa cautelosa, sin saber qué coger.

—Estoy en mi casa. —Le coloco delante los tacos a los que más les hace ojitos de deseo.

—Entonces come y calla. —Me sonríe con chulería antes de hincar el diente.

Verla cenar algo que le gusta es un show al que podría acostumbrarme. En cuanto Kitty termina de cenar se sube a su regazo. *Es gracioso que creyera en algún momento que iban a ser capaces de separarse, no hay más que verlas.* Oigo la puerta trasera cuando Feroz y Bravo se marchan a su casa a dormir y Hotdog se arrastra hasta apoyar la cabeza en mi pie, donde consigue contacto visual directo con Kitty. *Menudo stalker.*

—¿Te gusta tu cuarto?

—¿A quién no le gustaría? Es una pasada —carraspea—, o sea, está bien. Supongo. ¿A qué hora te vas a dormir?

—¿Por qué lo preguntas?

—Para no deambular por ahí después de esa hora.

—Puedes hacer lo que quieras, Lexi, no me despierto con facilidad —miento—. Hay aires acondicionados por toda la casa, pero algunas noches el calor es demasiado y la única alternativa es mojarse.

—¿D-disculpa?

Mi chica mal pensada.

—En la piscina, puedes usarla siempre que quieras. Si no tienes bañador, puedes no usar nada, el dueño de la casa no es muy tiquismiquis.

Se ha traído el dichoso champú. Ni aquí voy a librarme de esa tortura de vainilla.

—He traído bikini. Por si debía usarlo al ducharme.

—¿En qué clase de motel creías que ibas a alojarte? ¿En uno junto al río?

Se encoge de hombros y la sombra de la preocupación vuelve a oscurecer sus ojeras.

—Estar aquí juntos va a ser difícil con todo lo que discutimos y te advierto que ya he deshecho mi maleta. Agradecería que me avisaras con uno o dos días de antelación si decides echarme, tengo demasiados accesorios para el pelo.

—Doy fe de que los tienes. Pero no voy a echarte, ¿por qué insistes en ello?

—Me han hecho muchas promesas antes, Levi-Ryan, muchas que se han roto con una facilidad asombrosa.

—¿Quién te las hizo?

—Personas de las que creí estar enamorada en su día.

Me muero de ganas de preguntar, pero no puedo cuando se pone triste. Aprieto los puños bajo la mesa queriendo romperle la cara a alguien que ni siquiera sé cómo la tiene.

—¿A dónde vas? —pregunta cuando me levanto y camino hacia la entrada—. No he acabado de cenar, ¿es que no sabes nada del protocolo en la mes…?

—Tus hermanastras te han escrito. —Dejo las tres cartas en el único hueco libre de la mesa.

—¿Vas en serio? —Las coge con cuidado, como si fueran a romperse.

Está tan emocionada que dudo que se dé cuenta de que las lee en voz alta, pero no la interrumpo.

De: Nina-Dinamita

Para: Lexus

(Tengo miedo). ¿Cuándo dices que vienes al resort? (Mucho miedo) Odio pasar un día entero sin saber de ti. Me ha escrito Amy, ha jurado no haber llamado a Levi ni una sola vez, como yo, y Daisy solo lo hizo una, la primera noche. Estamos siendo muy pacientes, Lex, pero necesitamos saber que estás bien.

Estoy tan nerviosa que me da por llorar y si lloro, Láhria llora también y si Láhria llora, Cleo se une a los dos segundos y al final vamos a montar un club. Tenemos a Nolan frito. Si quieres unirte, la inscripción es presencial.

Pd: Si es definitivo que no vas a la cena familiar, nosotras no iremos sin ti. No te usamos de excusa, ¿eh? Es solidaridad pura y dura. El código de la hermandad. De paso podemos vernos las cuatro.

Te quiero, te echo de menos y te secuestraré como no reciba una carta tuya pronto. (Te lo suplico, ven al resort).

—Las muy falsas —se levanta y se pasea delante de la mesa emocionada y enternecida, y sin despegar la vista de sus queridísimas cartas. Luego me atraviesa con la mirada—. ¿Cuántas veces te han llamado?

—Una. —*Veintitrés.*

—Levi —Estrecha la mirada y agarra su silla, inclinándose hacia delante.

—Una cada una, en serio.

—¿En una conversación les has contado que he decidido tomarme vacaciones y mudarme temporalmente a Acorn Hill?

—Sí, sin dar muchos detalles. Termínate la cena. —Sin sentarse, la veo hundir la cuchara en el bol del maíz y no sé a cuento de qué me hace caso—. ¿Vas a escribirles?

—Supongo que podría. Para tranquilizarlas y eso… Además, si les explico que estoy bien, puede que Amyrald, Dashyan y Niko dejen de llamarte. Mañana por la mañana podría ir a buscar papel.

Me levanto de nuevo. Abro uno de los cajones del armario del pasillo y vuelvo sobre mis pasos. *Puede que mi madre tenga un refugio que llevar adelante, pero nunca niega un favor a nadie.*

—¿Por qué tienes papel de carta? Y sellos. Y… ¿esto son sobres de girasoles? —Su tono se vuelve agudo y casi eufórico—. Qué preciosidad.

—Relájate, ¿quieres? Es una tontería.

—Para mí no lo es —agacha su mirada vidriosa hacia el papel de carta.

Dios.

—No llores, joder.

—¡No puedes reprimir mis emociones, ¿te enteras?! —me pone las manos en el pecho y sacude la cabeza—. ¿Por qué me haces esto? El pastel de fresas, los tacos, las cartas… —Se aparta de mí como si el contacto le quemara—. Esto se excede por mucho de tus obligaciones, ¡no tienes que ponérmelo tan difícil!

—¿Difícil? —*No. La. Toques.*

—Me voy a ir, cuando esto acabe no volveremos a vernos y tú… deberías limitarte a pillar a Luna y a Eilan. —Suelta el aire de golpe mientras el veneno me corroe por dentro.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí. Desde luego. Es lo que quiero.

—Bien. —Me mantiene la mirada durante todo el espinoso y afilado silencio. Me aparto, recojo un poco y dejo varios platos en la fregadera—. No me gusta la idea de que vayas por ahí tú sola. Lo más seguro es que estés en comisaría todo el día. O aquí. —Lexi está a un palmo de mí cuando me doy la vuelta—. Decide qué opción te parece mejor y hazla sin montar un numerito.

—¿Hay algo que deba saber?

—Recuerdas que te dije que Luna estuvo aquí un tiempo haciéndose pasar por Kate Delox, ¿no? —Me alejo de nuevo—. Estamos seguros de que alguien de Acorn Hill la ayudó a ocultarse cuando dimos la orden de detenerla. Eso significa que no puedes bajar la guardia aquí tampoco, ni fiarte de nadie.

—¿Constance y las trillizas incluidas? —se cruza de brazos.

—Puedes fiarte de la familia de Winchester, pero aparte de ellos… Oye, lo siento, es lo mejor para ti.

—Lo entiendo. Es solo que estar aquí encerrada todo el día no va a ayudarme a no pensar en mi fracaso laboral, ni en los estúpidos y condescendientes mensajes de Jax.

—Me preocuparía del tema, pero acabas de dejar muy clara la línea que quieres que dibuje.

—De acuerdo, otra cosa —me quita los vasos de las manos y mis dedos quieren retenerla—. Tenemos que hablar de los gastos. Quiero ir a medias con todo, la luz, el agua… es lo justo.

—Ni de coña.

—¿Perdona?

—Es mi casa, no lo permitiré. Además, no recuerdo que tú me pasaras una factura por debajo de la puerta en Manhattan.

—Eso fue diferente, viniste allí para ayudarme. Yo te llamé.

—Fui allí porque es mi trabajo. —*Arsénico, cianuro, cicuta…*

Lexi frunce el rostro y yo le doy la espalda, zanjando la conversación.

—Entonces lavaré los platos.

—Por mí bien —*rara vez comeremos aquí.*

—Y me encargaré de la comida.

Me ladeo despacio.

—Ni. De. Coña.

—Tengo un buen nivel adquisitivo, ¿sabes? No tienes que tratarme

como si no tuviera ni para aceitunas.

—No estás aquí de vacaciones, estás aquí porque no te queda otra. Créeme, me lo recuerdo cada segundo que pasa. Podrías haber propuesto quedarnos en Manhattan, en algún hotel cercano a tu oficina y yo habría tenido que aguantarme. Has venido a Acorn Hill porque yo te insistí.

—No, es porque es lo más sensato. Casualmente, también es lo que tú querías.

—En cualquier caso, no aceptaré ni un solo centavo tuyo. Buenas noches.

Me imagino que su cuerpo avanza hacia el mío justo antes de que le dé la espalda y salga de la habitación.

Proximidad forzada, esto va a ser una puta pesadilla.

23

Lexi

Me despierto de golpe empapada en sudor, con el pulso desbocado y un ligero sabor a autodesprecio en el paladar cuando me doy cuenta de que es la tercera fantasía con Levi que me despierta esta noche. *En su despacho, irrumpiendo en mitad de mi ducha, sobre cada superficie de esta casa…*

Las. Manos. Quietas.

Cierta parte de mi cuerpo palpita en desacuerdo, pero tras la ducha de ayer, tomé la decisión de ser yo quien controle mis emociones y no él. *Gemí su nombre, por favor, qué patético.*

—Ya no pienso en Levi de esa manera —jadeo sacudiendo la cabeza. Cuando se yergue todavía me estremezco pero porque parece que no existe suficiente espacio en ninguna habitación para abarcar su cuerpo. *Seguro que tapa a todos en las fotos.* Y tiene las orejas puntiagudas. *Un elfo encubierto.* Y la nariz algo torcida. *De tantos puñetazos, seguro.* Su manera de dar la vuelta al tenedor cuando come es insoportable. *No eres un batería, tío.* Ya casi no me acuerdo de cómo se le marcan las venas del cuello cuando su cuerpo se tensa antes de derramarse dentro de mí—. *Joder.*

Me lavo la cara con agua fría y al salir del baño cojo el móvil.

Mensaje de Ashia

06:08 No mires la columna de Blair.

Por supuesto, es lo primero que hago.

Desde hace años, mi prima Blair trabaja en la revista tecnológica que su madre Jessica fundó desde cero. Revista en la que Jessica decía lo que le daba la gana, se acercara o no a la verdad. Nadie la tomaba en serio, pero empezó a ganar prestigio hace dos décadas, cuando se

corrió la voz de que invertía una buena pasta en empresas y todo el mundo quiso un pedazo del pastel.

Los avances son caros, tener principios todavía más. Así que la mayoría de empresas pequeñas y medianas pasaron por el aro.

A día de hoy, incluso las grandes le pagan porque haga una revisión favorable de su última innovación automovilística y los publicite. No es ningún secreto que Jessica y mi padre no se soportan, pero poner a Blair en mi contra desde pequeña fue jugar demasiado sucio. Blair, siendo la niña de mamá que es, se ha dedicado día y noche a machacar mi reputación.

Una vez la denuncié por difamación, imprimí el fallo del juez a mi favor y luego hice camisetas. Amy, Nina y Daisy se las pusieron la siguiente vez que pisamos Inglaterra. Las quiero tanto.

La rueda deja de dar vueltas y la página se carga.

—¡Será falsa la muy cerda! —Mi gruñido despierta a Kitty, dormida en un cojín junto a la ventana—. ¿Felicitar a Jax por su ascenso a costa de *mi* mérito? ¡La muy rata! Aquel proyecto lo lideré yo, Jax ni siquiera participó, ¡aprende a contrastar datos! —Hundo la cara en la almohada y grito hasta que me desahogo.

Kitty adormilada, se sube a la cama utilizando la mesita de escalera y me chupa la cara.

—Estoy bien, siento haberte despertado. —Me tira el móvil y me obliga a rascarle la tripa. Gruño, pero cedo. Su felicidad es odiosamente contagiosa—. ¿Quién quiere mimos? ¿Quién?

Las nubes de mi cielo se despejan un poco y decido salir a desayunar. Lucifer no está en el pasillo y la puerta de su habitación está cerrada, lo cual me saca una exhalación de alivio. Bajo la escalera sin barandilla lo más sigilosa posible y con Kitty entre mis brazos.

—No pienso dejarte bajar por aquí sola en la vida —le digo y parece más que conforme con que sea su transporte.

Después de descubrir que la alacena está vacía, me quedo embobada mirando una foto de Hotdog de cachorro con Levi cogiéndolo en brazos. Se está riendo y mis ovarios asumen las consecuencias, pero la camisa roja a cuadros de leñador que encima tiene remangada ya lo considero abusar. Decido salir al jardín.

Craso error.

Un cúmulo de árboles frondosos, gran cantidad de coloridas flores silvestres y el naranja del amanecer en el agua desvalijan mis pulmones dejándolos sin nada. *Huele a verano, a cloro, a crema solar y a naturaleza.* Me deja sin palabras. Alzo la vista hacia la ventana de su habitación y veo las cortinas echadas. Atravieso el paseo de madera que conduce a la piscina fijándome en el par de tumbonas a juego que

me genera preguntas que no me incumben. Kitty corre hasta otra mucho más pequeña con el nombre de Hotdog impreso.

—Bájate de ahí. —Señalo mis pies hasta que cede y viene a mí—. Persigues mucho a Hotdog. Sé que te ilusiona tener un nuevo amigo, pero tienes que hacerte de rogar. Mira, si te haces la difícil…

Kitty se enreda con mis pies y antes de que pueda recuperar el equilibrio, chillo, pero eso no evita que el agua fría me dé los buenos días. Me sumerjo por completo en la piscina. *¡Mierda!* A primera hora de la mañana el sol no calienta lo bastante como para que no me ponga a tiritar con la piel de gallina en cuanto salgo del agua.

—Nota mental, no meterme en tus asuntos.

Abro la puerta y Hotdog sale disparado hacia Kitty, ambos moviendo la cola como si fuera su cumpleaños. Le doy los buenos días y él me lo agradece de forma desmedida. Una corriente eléctrica enciende la llama de mis sentidos al entrar en casa. No tardo en oírle hablar por teléfono.

—También quería comentártelo, han llamado los de arriba —dice Kadmus.

—¿FBI?

—Entre otros. Me estoy aprendiendo de memoria el discurso de «Lexi es una víctima, dejadla en paz», después de tanto repetirlo. Ese millón de dólares sin duda, no ayuda en nada.

Entro en el salón y le veo inclinado hacia delante apoyando sus musculosos brazos contra el respaldo de un sillón, ya con el uniforme puesto.

—Te lo agradezco mucho, Winchester. Lexi habló ayer con el banco y luego lo hice yo. Ya le han congelado la cantidad de un modo que nadie lo descubra. Puedes pasarme las llamadas la próxima vez, ya he vuelto a casa, no necesito que te encargues de todo.

Mi pie mojado emite un chirrido, él levanta la cabeza y me ve. Una ola me arrolla entera mientras su cuerpo se contrae bajo el uniforme. Mi pijama está empapado, lo cual significa que Levi está viéndome completamente desnuda. Es un sinsentido masoquista que sea justo eso lo que ancla mis pies al suelo. Levi se yergue despacio, como si temiera espantarme, entonces sacude una vez la cabeza.

—Otra vez no —susurra para sí.

Tardo unos segundos en entender lo que significa la expresión de su rostro. No cree que lo que tiene delante sea verdad. *¿Me ha imaginado así?*

Me asusta lo que veo en sus ojos, pero me quiero bañar en esa gasolina.

—¿Cómo has conseguido lo del banco, tío? —sigue Kadmus—.

¿Ryan?

—Luego hablamos —el tono monótono de Levi hace eco entre nosotros después de cortar la llamada.

No puedo respirar, pero Levi hace una bien profunda. Una que nunca exhala. Sigue mirándome como si fuera la única mano que le tiende el universo, la única ayuda. *Pero no es el ciervo quien atrapa al cazador. No es el que cierra las esposas quien debe temer por su libertad.*

—Me he caído a la piscina.

No contesta. Me arden los pulmones por falta de oxígeno, se me olvida hasta cómo caminar, pero consigo acercarme a la escalera.

El único problema es que él está junto a la escalera.

Mis manos se cierran en un puño. Cada célula de mi cuerpo suplica lo mismo. *No le toques.* La calidez entre mis piernas se vuelve más y más líquida al ver que Levi tiene las mejillas rojas, los labios entreabiertos y la mirada aturdida. Está en trance y si cometiera la temeridad de ponerme de puntillas podría besarle. Podría hundir las manos en su pelo mientras él coloca una en mi espalda y me pega tanto a su cuerpo como para volvernos uno. La fricción sería deliciosa. Tardaría un segundo en desnudarme y esta vez ninguno pararía.

Alguien llama al timbre y doy un respingo mientras endurece la mandíbula. Es el pistoletazo de salida. Ni siquiera sé si Levi se mueve del sitio, lo que sí que sé es que vuelvo a oír el timbre cuando cierro la puerta de mi habitación con manos temblorosas.

—¿Qué me está pasando? —Mi pecho se sacude con cada latido—. Esta corriente me va a matar.

Es la llama que deseo tocar de forma incontrolable y desmedida.

Es un imán, un gancho, un tirón invisible y poderoso del que no logro zafarme.

Salgo al pasillo lejos de estar recuperada, pero vestida y muy lista para fingir. Oigo la voz de una mujer cuando desciendo la escalera, pero al llegar abajo, Levi no está.

—Hola. —Alzo la mano y la meneo como si fuera una cría, pero así es como me siento ante la mujer morena de atuendo country-rockero-guay con la que me encuentro. Tiene el pelo muy corto y unos pendientes muy largos—. ¿Quién eres?

—Soy Maya —se acerca a mí taconeando con sus botas rojas y puntiagudas, con una mano en el cinturón de su falda y otra extendida en mi dirección—. Soy la mujer de Ryan Diago, ¿quién eres tú?

El mundo se congela y el órgano en mi pecho martillea más fuerte que nunca dejándome mareada, pegajosa, fría, sofocada, con náuseas y confundida.

—N-no te he entendido bien. —*O tal vez sí.*

Quizá es que no quiero entenderlo. No me he implicado emocionalmente, he sido sabia y he mantenido la distancias, ¿por qué me quema el pecho? ¿Por qué siento que si no salgo de esta casa en los próximos tres segundos me marchitaré?

—Eh, bombón, ¿estás bien? Parece que hayas visto un fantasma.

—Aquí tienes tu pasaporte, intenta no olvidártelo la próxima vez —Levi entra en el salón hablando con una familiaridad de aquellos que se conocen desde hace tiempo.

Ese deje natural e íntimo en la voz, en la mirada, en la proximidad de sus cuerpos. *Es su mujer. Está casado. Tal vez no la engañe, puede que tengan una relación abierta. ¿Existe el matrimonio abierto? Creo que estoy a punto de vomitar.*

—Ahhh, me parece genial, pero creo que tu protegida no nos oye. ¿Qué le ha pasado, algo chungo?

—*Lex* —su tono es dulce, pero prefiero volver de rodillas a Manhattan a que me toque, así que doy un paso atrás.

Por la cara que pone estoy segura de que preferiría haber recibido una bofetada y añadimos culpa a la mezcla lo cual me irrita muchísimo.

—Así que no es *solo* tu protegida —canturrea Maya, acercándose para echarnos un buen vistazo—. ¿Es tu boleto de lotería premiado, Ryan? ¿Lo has encontrado por fin?

—¿Qué le has dicho? —pregunta Levi a la defensiva.

—Que soy tu mujer.

—¿Qué? —brama—. Maya.

—Eh, no la tomes conmigo. Sabes que la curiosidad me puede y tú eres una botella de vino con el corcho muy grande, de los que cuesta sacar. —La mujer de ojos azules me mira y sonríe—. Soy su ex-mujer.

—Ex-mujer —repito en mi línea de tonos bajos.

Ha estado casado. Dio el sí quiero a una mujer, creyendo que sería el amor de su vida. Yo ni siquiera he vivido en pareja. Qué locura. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué se me está encogiendo el cuerpo?

—Lexi, dime algo —sus manos llegan a mis bíceps.

Me odio por lo frágil que es mi armadura, tan frágil como una caricia de sus dedos.

—Me he asustado al bajar y toparme con una desconocida y ver que tú no estabas, nada más —me recompongo como puedo, miro más allá de Levi y le ofrezco mi mano a Maya—. Es un placer conocerte.

—Sí, pero aún no te has dado cuenta. —Me guiña el ojo—. ¿Quieres churros? He traído muchos.

Incapaz de mantenerme en la jaula de Levi-Ryan Diago, la sigo hasta la cocina.

—Gracias —tengo el estómago cerrado, pero cojo uno cuando me lo da.

—Qué gusto estar en casa —dice Maya ocupando el sitio de Levi anoche—. Aunque la convirtieras en la cueva de Batman, sigue siendo la misma en esencia. Es como viajar al pasado.

—No iba a tirar abajo las paredes, fui yo quien eligió esta casa —aparta la silla en la que cené anoche con desgana—, tú querías vivir en una autocaravana.

—Y he cumplido mi sueño.

—Os dejaré a solas —no llego a darme la vuelta porque su mano rodea mi muñeca con firmeza.

—Levi… —*¿Por qué cuanto más quiero alejarme más me lo impides?*

Es evidente que tus muros son tan altos que tapan hasta el sol.

—¿Te deja que le llames Levi? —Maya silba impresionada—. Eso sí que es raro, Ryan no deja que nadie lo llame así desde que…

—Maya —la interrumpe sin soltarme—, ¿a qué has venido?

—Mi tía ha muerto, siempre le caíste bien y he venido a darte tu parte de la herencia.

—¿Esta es una de tus bromas? ¿Una de las que nunca entiendo? —Aprieta más su agarre cuando intento soltarme.

—Nop, la pura verdad. Mi marido y mi hijo están en la autocaravana aparcada en tu puerta, vamos de camino a Arizona y he pensado en hacerte una pequeña visita. Por los viejos tiempos.

—¿Para qué vais a Arizona?

—Mi tía quería que esparciéramos sus cenizas por el Gran Cañón y no soy quién para cuestionar sus deseos.

—Estoy seguro de que eso es ilegal —Levi se frota la cara—. Siento mucho que Elisabeth haya muerto, Maya, era una buena persona.

—Sí, era guay —sonríe con tristeza—, pero nadie es eterno. Por eso debemos disfrutar cada minuto de vida al máximo.

Maya rebusca en los bolsillos de la fantasía que lleva por falda y pone un fajo de billetes sobre la mesa junto con un antiguo anillo de oro. Habla de lo que su tía hizo por ella en vida y se me llenan los ojos de lágrimas al oír lo que supuso para Elisabeth perder a su marido después de sesenta años juntos. Cómo estuvo siempre ahí para Maya sin importar lo difícil que fuera. El pulgar de Levi acaricia mi muñeca en un vaivén tranquilizador.

Llaman a la puerta y Levi gruñe, pero no se mueve.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofrece Maya con una sonrisa confiada y divertida.

Él no parece querer soltarme, ni marcharse. Joder, no parece *poder* hacerlo. Se levanta maldiciendo por lo bajo y no me suelta hasta que

no le queda más remedio. De repente, tengo las piernas flojas como para mantenerme en pie. Oigo a Kadmus en la puerta antes de que Maya rompa el silencio.

—Teníamos veinte años. Ryan estaba roto y muy jodido, y a mí siempre me ha gustado la idea de salvar al pájaro herido. Nos divorciamos a los cuatro meses, cuando nos dimos cuenta de que el sexo no sustituía la terapia.

—No he preguntado.

—Tu cara sí. —Sonríe—. ¿Sabes que eres la primera mujer que pasa la noche aquí desde que yo me fui hará quince años?

—¿Cómo lo sabes? No vives aquí.

Saca su móvil y me enseña un chat abierto llamado Acorn Hill News.

—A pesar de que hace mucho que no vivo aquí, me gusta mantener el contacto con quienes considero mi segunda familia. —Ladea la cabeza estudiando mi silencio—. No todos demuestran lo que sienten con palabras, algunos son más silenciosos. —Se pone en pie, vuelve a ofrecerme la mano y se la estrecho—. Ha sido un placer conocerte, Lexi Love. Estoy segura de que volveremos a vernos.

24

Levi-Ryan

Mi madre se presentó en comisaría hace varios días y me propuso dar una fiesta para Lexi en mi casa el fin de semana. Me negué en rotundo imaginando lo abrumada que se sentiría con todos esos cotillas con buenas intenciones apelotonándose delante de ella para sacarle información.

Y aun así, tengo la casa llena de personas hambrientas, un olor a barbacoa saliendo del jardín y un jaleo monumental en mi piscina.

Zack Colman flirtea con Cassie junto a la barra libre mientras Bill no les quita el ojo de encima y eso que es el encargado de la barbacoa. *Si no da el paso, alguien moverá ficha antes que él.* La alcaldesa y otros que se divierten viendo al master trabajar, le llaman la atención a Bill Bukfire antes de que queme lo que cocina.

Estaba tan equivocado al pensar que podía negarme a la petición de mi madre, como a que Lexi se sentiría incómoda. Está en su salsa. Me acerco mirando sus platos vacíos mientras habla con Ashley, Sadie y mi madre, riéndose de algo que no oigo.

—¿Y qué tal es vivir con un jefe de policía? ¿Muy duro?

—Dicen que les gusta mucho oír conversaciones ajenas.

Ashley, bibliotecaria tatuada de pelo azul, y Sadie, camarera adicta a los libros y al patinaje, se casaron a los veintipocos y antes de que ninguna cumpliera los treinta y cinco, adoptaron a Harold, un niño de origen filipino que ahora juega con las trillizas de Kadmus en la piscina. *Esas tres son las culpables de que la ropa de Lexi esté empapada y como su padrino, voy a hacer un esfuerzo en perdonarlas por haberme quitado el honor.*

—Tiene muchas normas para todo, pero me estoy acostumbrando —sonríe de oreja a oreja, consiguiendo que mi cuerpo me traicione llevando dos dedos a sus costillas.

—Muy graciosas, solo venía a comprobar que Bill os ha dado

bastante de comer. —Le pago una buena cantidad porque no hay nadie que domine la barbacoa como él.

Lexi salta alejándose de mi ataque de cosquillas con las mejillas enrojecidas, dolorosamente guapa.

—Estamos mejor que en brazos, jefe —Ashley me coge la cara y aprieta las mejillas—. Hemos comido más que en toda la semana.

—Y estamos encantadas de tener una nueva amiga, aunque sea una viajera puntual —dice Sadie, enlazando brazos con Lexi.

—Eulalia y Kitty seguro que agradecerán tus molestias —dice mi madre con un interés revelador—, ¿pero me recordáis, jóvenes, cuál es la razón de que viváis juntos?

—El motel de Levi tiene cucarachas —salta Sadie—. Montones, una buena plaga.

—Y el resto de moteles del pueblo están ocupados hasta los topes —sigue Ashley—. Acorn Hill es un bombón helado que todo el estado de Michigan quiere comerse en verano.

Las miro preguntándome qué necesidad había de meter cucarachas.

—Tenía espacio de sobra para ella en casa, mamá. Además está usando sus vacaciones para ayudarnos a Kadmus y a mí en algo que no le incumbe —concluyo, porque tengo comprobado que meter algo de verdad en una mentira difumina bastante su rastro.

—Además de para complacer a Eulalia y Kitty —puntualiza Sadie colocándose un mechón rosa tras la oreja.

—Te he educado bien, entonces —dice mamá con orgullo antes de dar un sorbo a su cerveza.

—Y encima es un buen jefe, lo tiene todo —suelta Joana Gold pasando por nuestro lado con un niño enganchado en cada brazo.

Hace años que contraté a Joana y me alegra mucho que esté aquí hoy. Me hubiera gustado que Layla también estuviera. Lexi me empuja en cuanto todas se giran hacia Eulalia y Kitty, que ladran junto a sus pies, en un claro reclamo de atención. Lexi da un tirón a mi camiseta para que me agache y cuando lo hago se acerca a mi oído para susurrar:

—¿Puedes no decirle a tu madre que al principio no quería adoptar a Kitty? No quiero que me odie.

—Le salvaste la vida a Kitty, Lexi. Te tiene en un pedestal. Además, querías buscarle una familia mejor, no abandonarla en la calle.

—Ya, pero, aun así… —se frota las manos nerviosa—. ¿Por favor?

Paso mi mano bajo su pelo y le agarro el cuello para que me mire y escuche.

—Nadie es tan injusta y critica contigo misma como lo eres tú.

—Levi —musita.

—No, escúchame —le doy un tirón acercándonos más—. Desde que te conozco no has dejado de ayudar a los demás, pese a la situación en la que te encuentras. Deberías empezar a caminar con un poco más de confianza en quien eres y no basarla toda en tus éxitos laborales.

—V-vale.

Me doy cuenta entonces de que ha puesto las manos en mi pecho. No para empujarme, sino para agarrarme. *Joder, quiero respirarla. Al final voy a tener que acabar usando yo el inhalador que siempre llevo encima por ella.* Constance carraspea colocándose a nuestro lado.

—Siento interrumpir, pero he traído un bikini para este cuerpazo y es hora de cambiarse.

Ninguno de los dos se mueve durante un segundo. Puede que Constance haga algún comentario, lo cierto es que no tengo ni idea de qué más pasa en mi jardín aparte de ella.

—¿Un qué? —pregunto.

—Un bikini —esta vez es Lexi la que responde—. El mío…

—Lo recuerdo. —El suyo se rompió la primera noche que quiso bañarse.

Tuvo el tiempo justo para darse la vuelta y evitar que la viera desnuda. *Empiezo a pensar que tengo el puto infierno en mi jodido favor.*

Constance se la lleva y Kadmus las intercepta para darle un largo beso con ansia y anhelo a su mujer. Luego le susurra algo al oído y ella sonríe. Constance coge a Lexi del brazo y ambas se van riendo. Me gusta ver que se están haciendo buenas amigas. *Y ya no hablemos de lo que las trillizas piensan de ella.*

Vivir con Lexi Love es cada día más difícil y no tiene nada que ver con que sea muy desordenada, aunque limpia. Ni con que ponga a Beyoncé a todas horas. Para empezar, tiene la mala costumbre de leer después de la cena, tumbada en el sofá con *ese* pijama. *Ese* que no enjaula sus curvas como debería y que me tortura cada noche. También se empeña en acariciar a Hotdog cada vez que se para frente a sus pies, por muy corta que sea la ropa que lleve.

Nuestros roces tampoco han cesado. Saqué el tema de Maya la noche que se presentó y no dije demasiado, pero nos besamos. *Ella me besó.* Puede que también nos frotáramos como animales, e incluso que ella se arrodillara frente a mi erección y se la metiera en la boca hasta llevarme al límite, pero sin empujarme tras él. Tengo las hormonas revolucionadas de un quinceañero.

—Me gusta —dice mamá poniendo uno de sus famosos batidos en mis manos.

Unos que la he visto preparar con Lexi y Constance nada más llegar. Esta vez sabe diferente, está demasiado dulce y tiene

demasiadas fresas. Doy otro trago.

—Te gusta cualquiera que salve a uno de tus cachorros desamparados.

—Me refería a la forma en que la miras.

—¿De qué estás hablando? —Otro trago.

—Te he parido, ¿sabes? Voy muchos capítulos por delante de ti, aunque tú creas que no sé nada.

—No sé qué crees haber visto, pero te equivocas.

—Apareció en tu vida el mismo día que tu hermano murió. ¿Habías caído en ese detalle?

Joder con las arritmias.

—No me había dado cuenta.

—¿Es porque se va a ir? ¿Por eso te empeñas en mantenerla a una distancia prudencial?

—Estoy trabajando, mamá.

Suelta un largo suspiro.

—¿Sabes lo que me dijo tu padre el día que cumpliste dieciocho años? “Me alegra que no se parezca en nada a mí”. Hay muchas cosas de las que me gustaría haber podido protegerte cuando eras tú el que necesitaba ayuda y esa es una cruz con la que cargaré el resto de mi vida.

—Mamá, nada de aquello fue culpa tuya.

—En eso nunca estaremos de acuerdo, hijo mío, pero hay algo de lo que sí eres culpable. De torturarte día tras día y no dejarte ser feliz. Me aterroriza pensar que te vas a pasar la vida huyendo de un fantasma.

Me acaricia la mejilla con lástima y en un segundo, mirando los ojos que me han dado tanto, vuelvo a revivirlo todo. La pérdida, el destrozo de nuestra familia.

Mamá se marcha hacia la barra y yo entro en casa a por una cerveza. O quizá lo hago para no hablar con nadie. Quizá estoy huyendo porque es lo único que sé hacer. Paso de largo la cocina y bajo al sótano, cierro la puerta tras de mí con llave y respiro hondo empapándome de cada noticia pegada en la pared, cada caso resuelto, cada victoria.

—Cada vez que no fui como tú —me limpio el sudor de la frente.

Fue idea de Nathan, en su día. Ahora son los cimientos sobre los que camino.

«Yo no fui así siempre», me susurra una voz con malicia, *«tú también cambiarás. Tú también te perderás».*

Aprieto los puños y la cicatriz de mi mano, la que me hizo el día que le encaré, me quema. *Me dejaste a cargo de la comisaría cuando ni*

siquiera era un policía. Todo lo que sucedió después, lo que siempre va a vivir en mi conciencia, lo provocaste tú. He aceptado que voy a pasarme la vida convirtiéndome en aquello que más diste de tu imagen. Cuando este caso termine y todo vuelva a la normalidad, tendré algo más que colgar aquí.

Algo de lo que estar orgulloso.

25

Lexi

Miro la imagen que me devuelve el espejo y me sonrojo. Los tirantes del bikini turquesa metalizado son ridículamente finos y el intrincado de lazos realzan mis pechos hasta un punto que me hace dudar si son míos.

—Constance, es demasiado —*es un escote de infarto.*

—¿Qué dices? —pregunta a mi espalda, apretándome más las tiras de lo que se ha apretado su moño de pelo afro esta mañana—. Estás guapísima y no es tanga, como me pediste.

Si no le llego a pedir nada, acabo desnuda. Mira que rompérseme el bikini, hay que ser gafe, no me había pasado en la vida. Es como si alguien ahí arriba se estuviera cebando conmigo por algo que no sé. Su carcajada me saca de mis pensamientos.

—¡No le des tantas vueltas! Disfruta de tu cuerpo ahora que eres un pibón de anuncio, Lexi Love, llegará el día en que ambas seremos pasas arrugadas —me coge de los hombros y me sacude—, entonces te alegrarás de todo lo que experimentaste cuando podías.

—Eres convincente de la leche. —La adrenalina zumba por mi cuerpo de arriba abajo.

Solo es un bikini, pero la necesidad de que él lo vea es una loba a punto de hincar el diente en su presa, una serpiente de lava que desciende por mi cuerpo con un destino. *Estoy desarrollando una faceta masoquista que desconocía.*

—Genial, decidido —chasquea los dedos moviendo las caderas, haciendo que el pareo fucsia baile sobre su bañador dorado—. Puedes quedártelo el tiempo que estés en Acorn Hill.

—Eres un encanto, Constance —le digo y sacude una mano delante de su cara, la mano que tiene el anillo de casada—. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Cómo eran Levi y Maya?

Una única palabra es suficiente para saber que esto ha sido un

error.

—Fogosos. Su relación era más física que otra cosa. Lo cierto es que Ryan necesitaba mucho apoyo en ese momento. Digamos que su adolescencia y la llegada a la edad adulta no fue fácil.

—Sí, me ha contado algo de su padre.

—¿Que ha hecho qué? —pasmada, parpadea a toda velocidad—. ¿Me tomas el pelo? Si acabáis de conoceros.

A mí no me lo parece.

—Entonces —carraspeo—, dices que eran de la clase de parejas que lo hacen en cualquier parte, ¿crees que Maya era el amor de su vida?

—Dios, no —se carcajea—, eran un desastre. Fue un arrebato de juventud, Lexi. Nada que alguien en sus cabales haría.

—¿Por qué no?

—Porque sería capaz de ver las inminentes consecuencias. —Ladea la cabeza—. Aunque sí que lo hacían en cualquier parte. Una vez, Maya incluso lo convenció para que hicieran algo en la calle, dentro del coche patrulla, lo cual hace que esa mujer sea una leyenda por aquí. Como ya sabrás, Levi-Ryan es un hombre de normas y no se las salta así como así. No es como Kadmus —sonríe de manera torcida y pícara.

Pero sí que lo es. ¿Y soy la única que lo sabe?

Cierro la puerta tras de mí al salir, pensando en sus palabras.

«Deberías empezar a caminar con un poco más de confianza en quién eres y no basarla toda en tus éxitos laborales». Su voz áspera, profunda y seca se hunde en mi carne desde el recuerdo. Mi corazón se ha sacudido, contraído y ha tenido un orgasmo. He estado a punto de besarle y una parte poco sensata de mí se arrepiente de no haberlo hecho. *Si quería seguridad, la va a tener.*

—En el baño del final, a la izquierda —le digo a Kadmus cuando me lo encuentro en el pasillo con la pasión dibujada en esos ojos azules suyos.

—Muy amable, señorita Love. —Hace un gesto con la cabeza de forma cortés y yo espabilo en llegar abajo antes de que empiecen los gemidos.

Mis seductores y divertidos contoneos cesan cuando lo veo a través de la ventana de la cocina. Está en el jardín, apoyado en una mesa de madera demasiado pequeña para lo grande que es él. Solo, con la oscuridad y el pasado atormentándole. Me trago mis emociones una vez más y atravieso las bonitas puertas acristaladas decidida a hacerle sentir mejor.

Mi chancla acaba de pisar el jardín cuando sus ojos me encuentran como una flecha disparada por el mejor arquero. Ensarta mi alma. *La*

penetra. Mi seguridad flaquea, junto a la estabilidad de mis rodillas. Mis pezones suplican atención al tiempo que todo mi ser digiere el hambre que desprende su cuerpo a medida que me repasa entera. *Soy incapaz de enamorarme, pero el pide-tartas-guarda-cartas este ha nacido para confundirme.*

Su nuez sube y baja, sus labios se abren con una exhalación que le hunde el pecho y vuelve a tener *esa* mirada. La que me cierra unas esposas alrededor de las muñecas y de las que solo él tiene la llave. No es justo que sus palabras me hagan esto cuando ni siquiera han sido pronunciadas, pero cuando se levanta, mi abdomen se contrae y mis pies se clavan al suelo.

—Lexi Love sí que sabe cómo robar la atención de cualquiera.

—Ya lo creo, deberíamos detenerla.

Linden y Lars bloquean mi rango de visión, sujetando un botellín de cerveza cada uno y con la sonrisa de haberse bebido ya unos doce. En el poco tiempo que los conozco los he visto pedir pizzas a deshora con tal de poder darle propina extra a un repartidor-amigo en apuros económicos. Los he visto ser rechazados por medio centenar de mujeres y aun así, apañárselas para sacarles una sonrisa a todas y cada una de ellas. Ah, y mejor no hablo de la mañana que discutieron con Bill sobre la necesidad de encender más farolas para proteger a las mujeres de Acorn Hill por la noche. *Bill dijo que si encendían más, parecería de día.*

—¿Qué tal lo estás pasando, Lexi?

—Muy bien, Lars.

—Si alguien te molesta alguna vez, llámanos a cualquier hora.

—Sí, te protegeremos.

—Muchas gracias, chicos.

Una figura musculosa e imponente aparece tras mis dos amigos dispuesta a marcar territorio. Mi cuerpo se estremece.

—Largo. —Una sola palabra acaba con la diversión en los rostros de los gemelos.

—Pero jefe, nosotros…

—Ya habéis bebido bastante —les quita los botellines vacíos de las manos—, id a que Bill os dé algo de comer. A menos que prefiráis que os mande a comisaría a limpiar.

Se largan, vaya que sí.

—Eso ha sido cruel —me coloco las manos a la espalda—. ¿Querías algo de mí?

—Devuélvelo.

—¿Disculpa?

—No vas a ponerte eso en mi casa. —Traga con dificultad y su

dolor parece llegarle al hueso.

—Es curioso, diría que ya lo he hecho. —Susurro reconociéndome que cuanto más se esfuerza en no bajar la mirada, más quiero tentarle a que lo haga—. ¿Y sabes qué más? Constance ha dicho que puedo quedármelo mientras esté aquí. Supongo que eso implica que esta noche no te bañarás solo. —Ha estado torturándome cada noche, bañándose en la piscina y apareciendo en el salón medio desnudo con gotas resbalando por sus músculos dejando a mi lengua seca y celosa.

—Atrévete.

—Quería comentarle algo oficial, jefe, ¿es buen momento? —pregunta la bibliotecaria tatuada más guay e inoportuna que conozco—. Uy, perdona, Lexi, no te había visto. —Culpo al super sombrero de playa que lleva en la cabeza—. ¿Interrumpo? Puedo volver luego.

—No —decimos al unísono.

—Ya habíamos acabado —añade él en tono seco.

Doy media vuelta y camino hasta la barra, ahora vacía y a unos escasos metros de distancia.

—Todos sabemos que Walton Meithol y su mujer son la clase de personas que traen problemas allá donde van —oigo decir a Ashley—. Por eso hay una norma no escrita en Acorn Hill de no buscarles las cosquillas, ni incluirlos en las celebraciones. Meithol tiene su bar a las afueras donde sus amigotes y otros tantos de su palo beben hasta perder el sentido y así la vida sigue su curso.

—Ashley, ¿qué ocurre?

—Walton Meithol ha estado llevándose a Dana Scott del cursillo de verano todas las tardes de esta semana.

La mayoría de niños de Acorn Hill pasan ahí la mañana y parte de la tarde durante el mes de verano que sus padres no tienen vacaciones. Eso me dijo Constance.

—¿La hija de Layla?

—La misma. Sadie fue la primera que lo vio y me convenció de que las niñas se habrían hecho amigas. Es verdad que Easton Meithol es una niña bastante maja para los padres que tiene, pero me da que no es eso.

—¿Por qué?

—Porque ayer fui a buscar a mi hijo y Layla estaba allí. Meithol y ella discutieron y al final Dana se fue con él, pero Layla no parecía conforme. Me huele mal.

—Gracias por decírmelo, Ashley. Iré a buscar a Kadmus.

En cuanto ella se aleja, le corto el paso.

—¿Layla? ¿La del motel? ¿La que puede o no puede estar encubriendo al dueño del misterioso maletín?

—Sí, esa Layla.
—¿Qué vas a hacer?
—Averiguar lo que ha estado pasando bajo mi techo.
—Voy contigo.
—Ni de puta coña, Rapunzel. Tú te quedas.
—Acordamos que formaría parte de la investigación, que no me dejarías al margen.
—Eso no significa que vaya a ponerte en peligro, te recuerdo que mi prioridad es protegerte. Ahora si me disculpas, tengo que ir a buscar a mi compañero.
Como si lo invocara, Kadmus aparece en el jardín con Constance. Ambos llevan un letrero de glorioso-sexo-esporádico-completado escrito en la frente. Kadmus no puede quitarle las manos de encima a su mujer y ella lo mira como si fuera un dios caído del cielo.
Llegamos hasta ellos, pero no tengo oportunidad de convencer al policía más sensato, Levi se lo lleva.
—Mami, mami, ¿dónde estabas? —Samantha corre hasta nosotros y agarra la mano de Constance—. Te has perdido mi super salto. Ven a verlo.
—Voy, tesoro.
—Lexi, ¿vienes a jugar ya? —pregunta Sasha dándome en la rodilla con un dedo mientras veo a Levi desaparecer de su fiesta con Kadmus.
Les había prometido que lo haría en cuanto me pusiera la ropa adecuada, así que no puedo negarme.
Quince minutos después, todos mis problemas han quedado en pausa. El sol calienta, pero no quema, huele a crema solar y a carne a la brasa, y tengo una debilidad creciente por las tres mini-Constance que no dejan de salpicarnos.
—Seis setenta y cinco —sentencia la jefa y sus trillizas salen de la piscina por el borde para volver a intentarlo.
—¿Cómo lo consigues? —Escurro el agua de mi pelo y me la echo encima para refrescarme—. ¿Cómo logras tener tiempo para tu panadería, tus hijas y también Kadmus?
—Tengo un montón de camareros y cocineros que empujan el negocio conmigo cada día. Esas tres —las señala y regaña a Sabrina cuando empuja a Samantha de vuelta al agua justo cuando había subido por el borde—, ellas sí dan mucha faena, muchísima. Pero lo cierto es que Kadmus es *muy* buen padre, tengo suerte de compartir esta aventura loca y bonita con él.
—Y no solo buen padre, viendo lo contentos que habéis bajado los dos.
—¿Bromeas? No puedo ni sentarme sin pensar en el padre de estas

tres —se ríe y me lo contagia—. Todo el mundo dice que la llama se apaga después de tener hijos, pero la de él me achicharra cada vez que me pilla.

—Supongo que ese es el premio de haber elegido a la persona correcta.

—También es por el uniforme, me pone bastante.

Me arranca otra carcajada.

—Mamá, no nos estáis mirando —se queja Sabrina.

—¡Hemos nacido para el estrellato! —sentencia Sasha alzando las manos antes de que las tres salten al agua sincronizadas.

El resto de niños presentes las miran con devoción y una parte de mí desearía estar aquí para ver a estas tres siendo adolescentes. *Lo van a petar.*

—¿Puntuación? —pregunta Sabrina, casi antes de sacar la cabeza del agua.

—Nueve y medio, vais mejorando —dice la jefa.

Ajenas a la mano gélida del perfeccionismo que tan bien conozco, las trillizas nadan satisfechas hasta la esquina escalonada en la que estamos, dando la competición por terminada. Samantha, Sabrina y Sasha apoyan las barbillas en sus respectivas manos y me lanzan una mirada.

—Uy, alerta roja —anuncia Constance.

—Dinos, Lexi, ¿vas a casarte con Levi? —Sasha dispara primero y las otras dos se echan a reír.

—¡No! —digo haciendo que Constance dé un respingo—. Perdona, quiero decir, no —carraspeo—, estoy casada con mi trabajo.

—Eso no se puede, el trabajo no es una persona —dice Samantha —, ¿verdad, mami?

—Verdad, hija.

—¿Y por qué no? —me dice Sabrina y no son tres pares de ojos los que lo preguntan, sino cuatro—. Levi es guapo.

Acabo de darme cuenta de que estas tres son las únicas aparte de mí que lo llaman Levi.

—Se necesita mucho a favor para tomar esa decisión —*y nosotros lo tenemos todo en contra.*

—¿A qué te refieres? —pregunta Samantha.

—Sí, Lexi, ¿a qué te refieres? —pregunta Constance.

Traidora. La taladro con la mirada y ella se zambulle, nadando hasta colocarse junto a sus hijas, dejándome sola en el bordillo y la defensa.

—Discutimos mucho, rara vez estamos de acuerdo en algo — resumo mientras me revuelco en un charco de sudor y pánico.

—Levi te mira como Sabrina mira a los helados de chocolate —dice Sasha.

—Me e-ncant-an los helados de chocolate —aclara Sabrina.

—Así no se separan las sílabas, tesoro —le recoloca las gafas de buceo amarillas a su hija.

—¿Las qué?

Mientras Constance le hace una breve clase de lengua a Sabrina, Sasha sale del agua y se sienta en el bordillo a mi lado colocándose mejor sus manguitos azules.

—¿Cuántos años tienes, Lexi?

—Veintisiete. No voy a tomarme a mal la cara que has puesto.

—Perdona, es que son muchísimos. —Se sacude el espanto de encima y pone una manita sobre mi pierna, dándome unas palmaditas —. Pero aún tienes tiempo para tener dos maridos.

—¿D-dos maridos?

—Tu trabajo y Levi. Primero le haces unos cariñitos a uno y luego al otro. Es un buen plan si tienes cariñitos de sobra.

—Bueno qué, ¿es que pensáis comprarle el vestido de novia ya o qué pasa? —Constance sale en mi defensa mientras mis ojos siguen fijos en la diminuta mano de Sasha, que si no aparta pronto voy a verme obligada a ir a la boutique infantil más próxima y llorarle a los primeros patucos que encuentre por todo lo que no tengo en mi vida —. ¿Qué os tengo dicho?

—Que los nuggets necesitan su tiempo y las personas también —repiten a coro.

—¿Te tiras conmigo? —pregunta Sasha cogiéndome la mano—. ¿Porfi?

Ni debajo del agua deja consigo huir de la sensación que me aplasta el pecho.

26

Levi-Ryan

Salimos del coche y en dos zancadas entramos en la recepción de mi motel para encontrar a Nevaeh Meithol recostada sobre la recepción. No importan los años que pasen, sigue teniendo la expresión de que el mundo está en deuda con ella, igual que cuando era adolescente. Layla parece enferma, revuelta.

—Pero qué regalitos ha traído consigo la brisa de la tarde —silba Nevaeh mascando chicle de forma sonora—. ¿A qué se debe la sorpresa, agentes? ¿Alguien ha sido una chica mala?

Nevaeh tiene la piel acartonada y naranja después de años cediendo al vicio del tabaco y esquivando la crema solar. Su maquillaje siempre es ostentoso, labios rojos y lápiz negro en la línea inferior del ojo. Tiene una fijación enfermiza a parecer de clase alta, así que las perlas siempre le rodean el cuello.

Ha estado en el calabozo más veces que nadie en el último año porque tiene la costumbre de lanzarle cualquier objeto del supermercado a quien ose mirarla mal mientras compra. Aquellos que se cambian de acerca cuando la ven dicen que sus padres ya sabían qué clase de niña traían al mundo cuando nació, que por eso escribieron *Heaven* —cielo— al revés, y que podrían haberse ahorrado la discreción barata y llamarla directamente *Hell* —infierno—.

—¿Se aloja aquí, señora Meithol? —pregunto sobre su carcajada.

—Sabes que no, Ryan, tengo una casa preciosa que tú mismo me conseguiste —se inclina toqueteándose el pelo—. Las quejas de nuestros juiciosos y crueles vecinos nos dejaron sin casa, pero tú nos encontraste una mejor. Eres el héroe de mi hija, ¿sabes? La otra noche se montó una buena porque en plena cena dijo que quería ser policía.

—Easton está invitada a pasar por comisaría cuando quiera, pero si nos disculpa, debemos hablar con Layla de algo importante.

—Le tomo la palabra, agente —me pone una mano en el hombro y

luego se lleva un dedo a la boca y lo pilla con los dientes—, adiós, Kadmus.

—Señora Meithol —le hace un movimiento de cabeza antes de que se gire contoneándose y caminando más despacio de lo necesario arrastrando sus chanclas.

La vemos desaparecer y cuando miro a Layla, ella no me devuelve la mirada. Recoge su pelo marrón con canas en la coleta baja, lisa y corta de siempre. Es de la clase de persona que tendría cuidado al andar para no hacer ruido y de no llevar colores vistosos para no llamar la atención. Los disgustos de su vida han hecho estragos en su cara.

—Layla, ¿qué ocurre?

—Nada, Ryan, ¿a…? ¿a qué te refieres? —le tiemblan las manos y la voz.

Apago la pantalla de su ordenador de mesa y me inclino sobre la recepción.

—¿Te estaba incomodando?

—¿Nevaeh? Los encuentros con ella nunca son fáciles, ya la conoces. —Lo que veo en su cara va más allá, oculta algo peor y solo se me ocurre una posibilidad.

—¿Ha vuelto? ¿Frederic ha vuelto? —*Un cabeza de familia que destroza todo a su paso, esa historia me suena.*

Layla sonríe por primera vez en siglos y lo hace de manera torcida, con odio y resentimiento.

—A estas alturas ese capullo se habrá ahogado en su propio vómito después de apostar el futuro de su mujer y su hija en algún casino y beberse lo que no haya perdido.

Winchester me mira, aunque yo no pierdo detalle de Layla, de cómo su rostro se apena al darse cuenta de lo que ha dicho y el arrepentimiento hace mella en ella.

—Perdón, no he tenido una buena semana. Lo siento, no quería decir eso, disculpad.

—Layla, ¿qué pasa?

—Sí, sabemos que hay algo que nos estás ocultando —digo—, y sé que tiene que ver con Walton Meithol y Nevaeh.

—Lo cierto es que sí. Ha pasado algo —sus hombros caen con el peso de la verdad—. Dana y Easton Meithol se hicieron amigas poco antes de acabar el curso y se han estado viendo durante las vacaciones. La semana pasada, la canguro me falló en el último segundo, no tenía con quién dejar a las niñas y sabía que de llamar a Walton, se pondría como una moto por tener que recogerla tan pronto.

—¿Qué hiciste? —pregunta Winchester.

—Me las traje aquí —sus ojos se llenan de lágrimas—. Sé que va contra las normas, lo siento mucho, Ryan.

—No te preocupes, Layla, no pasa nada —le paso el vaso de agua que tiene siempre en su escritorio—. Continúa, por favor.

—Walton vino a recoger a Easton aquí y preguntó si había habitaciones libres. Pensé que era mera charla cordial, pero le admití que sí. Entonces dijo que podíamos llegar a un acuerdo. —Se revuelve intranquila mareando el vaso—. Como las dos niñas están en el cursillo de verano dijo que él podía recogerlas cada día y a cambio, yo dejaba que él, Cole, Mike y el resto de su pandilla se quedaran algunas noches gratis a dormir.

—¿Y se llevó a tu hija contra tu voluntad? —Me yergo—. Tengo testigos que os han visto discutir, que han visto cómo estabas disconforme con la situación.

—Le he intentado dejar claro que no puedo darle habitaciones, pero no acepta un no por respuesta. Temo que si insisto, mi hija perderá una amiga por mi culpa.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Cuando empezó todo no estabas en la ciudad y no quería hacer una montaña de un grano de arena —mira a Winchester—. De verdad que no pensaba que fuera a llegar tan lejos, pero se las lleva a la parte trasera del bar. Sé que allí no hay borrachos, pero aun así no es lugar para dos niñas.

—La próxima vez, por favor, haz una montaña de un grano de arena —dice Winchester alejándose del mostrador, caminando hacia la puerta.

—Layla, ¿no hay nada más que quieras contarme?

Analizo su rostro durante la pausa, pero esta vez es un lienzo blanco e inexpresivo del que no consigo sacar nada.

—No, Ryan, nada más.

Cierro la puerta del coche.

—Suelta el puto bate, Winchester —cuando no lo hace, se lo quito, lo tiro al asiento de atrás y oigo el silbido del viento.

—Se ha llevado a Dana.

—No la ha secuestrado —arranco el coche con un rugido—, ya has oído a Layla, sus hijas se han hecho amigas.

—Layla no quería que se llevara a Dana a la parte de atrás de ese puto bar de mierda.

—Y eso vamos a explicarle cuando le veamos, pero si le rompes las piernas además de tener que meterte tú mismo en el calabozo, romperás el corazón a dos niñas. Cinco, sumando a las tuyas que

tendrán que buscarse un nuevo ídolo.

—¿Me estás manipulando? ¿Intentas infundir algo de razón en mí para que cuando lleguemos al bar de Meithol y se te suelte el puño, te pare los pies en vez de sumarme?

—No sé de qué estás hablando —piso a fondo el acelerador.

Tugurio, antro de mala muerte o un agujero de ratas lo bastante oscuro como para no reconocer la cara de nadie desde la puerta, son descripciones válidas para describir el bar de W. Meithol. La decoración de las paredes se basa en luces de neón con formas de animales, una mesa de billar con manchas de sangre y borrachos hasta en el suelo. El gorila de la entrada nos echa un vistazo y aprieta los puños. Estoy a punto de contarle lo que le pasó a su predecesor, pero me contengo. Le lanzo una mirada a Kadmus cuando se frena tras un par de abucheos y llegamos a la barra.

—¿Desde cuándo el bueno de Levi-Ryan Diago y su sombra se codean con la chusma de Acorn Hill? —El tono amigable de Cole no reduce la hostilidad y tensión que crispa el ambiente con el típico silencio previo a una pelea de bar.

—Lo siento, agentes, pero me temo que me he quedado sin provisiones —Meithol pone una cerveza delante de Cole, que da un trago sin perderse detalle.

—Si quisiéramos intoxicarnos habríamos pasado por tu casa. No hemos venido por eso.

Se carcajea con amargura sin desviar la mirada y empieza a limpiar un vaso con un deje amenazador en sus movimientos.

—No son bien recibidos aquí, agentes —dice Deadmunt con la cara hinchada de ser un puto borracho decadente—. ¿Por qué no se largan a donde pertenezcan?

—¿Y tú por qué no cierras la puta bocaza? —interviene Winchester.

Las sillas truenan cuando sus ocupantes se ponen en pie de golpe.

—Calma, muchachos —dice Meithol con una sonrisa repulsiva—. Estoy seguro de que los agentes tienen una buena razón para arriesgar el pellejo viniendo aquí.

—Puedes apostar que sí. —Despejo la barra con un solo movimiento, los vasos se hacen añicos, y de un tirón lo tengo cogido del cuello de la camisa—. Por Easton no voy a partirte la cara y detenerte como debería, pero vuelve a tocar un solo pelo a Dana Scott y te dejo en el calabozo hasta que Pete tenga tiempo de cerrarte el montón de mierda al que llamas negocio. Entonces no tendrás donde caerte muerto. —Le suelto dándole un empujón—. Eres el cabeza de familia, joder, reacciona antes de que sea tarde.

—Mi niñita me ha traído suerte. —Sonríe mascando las palabras—. Casi tanta como Layla Scott.

No me ataca, ni tampoco discute, da la orden a los suyos para que se queden quietos y ellos la acatan. Todos mis sentidos se ponen en alerta palpando el peligro cuando la voz de Winchester me alerta de un problema. Para mi sorpresa, está en la televisión.

—*Nos encontramos en Manhattan donde una explosión en la planta veintisiete del rascacielos que ven a mi espalda ha sido controlada gracias a la rápida y efectiva actuación del departamento de bomberos. El piso número siete, donde se ha originado el fuego, ha quedado calcinado, pero por suerte, los bomberos han evitado que se propagara al resto del edificio, evitando así una catástrofe mayor. Las autoridades han encontrado un carrito de bebé quemado en la puerta del piso afectado. Es una suerte que la madre y su bebé no estuvieran en casa.*

Salimos del bar.

La llamo, pero no contesta.

Llego a casa una eternidad después. El jardín está vacío, la fiesta ha acabado. Entro a la cocina y veo los sobres con girasoles sobre la mesa, su mano sosteniendo el bolígrafo en el aire y a Lexi petrificada frente a la pantalla, viendo de lo que Eilan Anders es capaz en las noticias.

27

Lexi

«No», suplico una y otra vez. *Pero sí.* Las llamas naranjas y bravas que rugen a través de la ventana de mi cocina se repiten en bucle, pese a que hace mucho que el televisor se ha apagado.

Hemos cenado, pero la comida sigue en la mesa.

Hace rato que Levi no habla por teléfono, ahora está conmigo en el sofá.

—Lex, por favor, dime algo —susurra la voz que me calma—. Lo que sea.

Me incorporo contra su pecho, entre sus brazos y con Kitty y Hotdog en mis piernas.

—Podrías haber estado allí. El incendio podría haber ocurrido la noche que se presentaron Daisy, Nina y Amy. ¿Qué habría hecho Eilan? ¿Quemarnos vivos para enviar un mensaje?

Por primera vez Levi-Ryan Diago no me pide que no llore, pese a que puedo ver lo que le hace por dentro. Nos quedamos dormidos cuando se me terminan las lágrimas. Un tiempo indefinido después, la luz de la luna entra por la ventana y no sé por qué hago lo que hago.

Mis pies se mueven solos. El agua cae sobre las hojas de los árboles con más frecuencia a medida que me alejo de la casa. *Soy un títere, ni siquiera soy relevante en esta historia.*

Han prendido fuego a mi apartamento y he perdido todo lo que no metí en esa maleta. Las cartas de mis hermanastras, las que he atesorado durante más de una década, las que releía siempre que estaba triste, ya no existen. ¿Mis creaciones? ¿Mis medallas? ¿Todos los prototipos de mis proyectos? *Han sido. Reducidos. A cenizas.* Mi historia se ha esfumado sin dejar rastro. *No tengo nada.* A cada paso que doy, mi cuerpo se vuelve más pesado.

Entro en una espiral blanca y negra que gira a toda velocidad, me engulle y yo solo caigo. Alguien quiere quitármelo todo por ayudar a

una mala persona a quien no le importa nada más que su vendetta personal, ya no tengo a dónde volver, y por si fuera poco no puedo ver a mis tres mejores amigas porque eso las pondría en peligro. No me doy cuenta de que estoy gritando hasta que me duele la garganta. Me doblo sobre mis rodillas y saco todo lo que he estado tragándome.

Soy una distracción para Luna Harp, un juguete que zarandear, una bomba de humo. Soy la manera de Eilan Anders de interferir en los planes de su enemiga.

No soy nada.

—Eres mucho más de lo que crees, jovencita.

Busco a quién pertenece la mano que tengo sobre mi hombro y veo a Margarytha Diago. Un inmenso pastor alemán de pie a su lado se acerca y me lame la cara.

No sé cómo llegamos al pequeño restaurante de paredes turquesa, grandes ventanales por los que se ve llover y fluorescentes colgantes, pero no me quejo. Estamos prácticamente solas y por lo visto, Marggy tiene la suficiente confianza con el propietario como para colarse tras la barra y preparar dos cafés mientras yo me quedo abrazada a un pastor alemán que no sabe que es el peor día de mi vida.

—No voy a preguntarte qué ha pasado —da un sorbo a su café al poco de sentarse—, principalmente porque se lo has gritado todo a la montaña y lo he oído.

Cierro los ojos y me hundo más en mi miseria.

—Pero con tantos años a mi espalda, puedo asegurarte que el tiempo lo cura casi todo y esas hermanastras tuyas podrán enviarte nuevas cartas.

—No son solo las cartas —se me hunde el corazón—, son las pruebas de todo lo que me ha hecho feliz esta última década. Lo he perdido todo.

—Contéstame a algo, ¿recuperarías tus pertenencias si el precio a pagar fueran tus recuerdos? —Sonríe—. No lo has perdido todo, Lexi Love, lo que importa todavía está contigo.

Bruno, el pastor alemán, gime a mi lado cuando sollozo. *Lo estoy deprimiendo.*

—Lo siento, siento montar una escena. Es solo que estas últimas semanas están siendo un poco difíciles.

—No pidas perdón por llorar —me coge las manos—, las lágrimas que te guardas te amargan el alma, ¡y ese es otro secreto de vieja! —Su risa es muy agradable.

No sé por qué no me hace preguntas respecto a la investigación, ni por qué le hablo de todo, incluso de Jax y de Blair, pero tiene la mejor reacción posible.

—Ese Jax tendrá su merecido. Tarde más o tarde menos, la basura siempre acaba atufando hasta que la peste obliga a los de alrededor a hacer algo al respecto. No duraría ni medio día en Acorn Hill, se lo comerían vivo.

—Acabas de darme un buen motivo para querer invitarle a venir.

—Reconozco que me encantaría conocer a las otras tres mucho antes que a él. Parecen personas muy especiales.

—Lo son. Son increíbles.

Me siento escuchada y acompañada. Y así no hay quien cierre el grifo, pero al menos Marggy se ríe cuando se lo digo.

Entonces le veo y hasta ensordece el tintineo de las campanitas de la puerta. Levi aparece empapado de pies a cabeza, con la camisa del uniforme transparente y la preocupación voraz en el rostro. Darme cuenta de lo que he hecho se convierte en un latigazo sin protección sobre la piel. *He vuelto a escaparme de su lado.* Sus ojos se expanden con alivio cuando me encuentra.

—Levi, lo siento, yo…

—¿Estás bien? —le quita el asiento a Bruno—. Dios, Lexi, ¿a qué viene tanto barro, te has caído? —rebusca en mi rostro, en mis brazos y piernas, me pega a su pecho y me besa la frente—. ¿De verdad no estás herida?

Se aferra a mí como un niño que despierta de una pesadilla y no digo nada porque no quiero romper a llorar. Me conmueve.

—Siento haberte asustado, necesitaba dar un paseo y…

—¿Y has decidido salir de noche, lloviendo *y sola*?

Hay cierto deje de reproche en su angustia, lo que le gana un golpe de servilleta de Marggy.

—No la regañes ahora, ¿no ves que está sufriendo?

—Teníamos un trato Lexi, ¿recuerdas? —acaricia mi mejilla con su palma, provocándome anhelos de todo tipo—. Me prometiste que no volverías a irte de mi lado, que entendiste lo que eso me provocaba.

Pongo mi mano sobre la suya.

—Ahora sé que no debí prometerte eso, que no puedo cumplirlo. Lo que está pasando es demasiado y habrá momentos en los que necesite estar sola, caminar y…

—Pues camina hasta tu dormitorio o el jardín, no te vayas a hacer excursionismo nocturno en plena lluvia. —Levi me suelta, pero se queda tan cerca que siento su exhalación vibrar a través de mí.

—Ryan, no seas crío, es una adulta y puede hacer lo que quiera.

—Mamá, tú no te metas.

—No le hables así, es tu madre.

El silencio que sigue a mis palabras es tenso y a su vez, juraría que

Marggy se está aguantando la risa.

—Iré a por algo de beber.

Estoy segura de que no me imagino que se le mueven los hombros en cuanto nos da la espalda. Miro al hombre de ceño fruncido y rostro arrugado, su enfado ocupa tanto espacio como él.

—Aun así lo siento —musito—. Sé que solo quieres protegerme.

—Yo soy el que lo siente. —Agacha la barbilla clavando la vista en la mesa, sin devolverme la mirada—. No deberías estar en esta situación.

Entrelazo su mano con la mía y le beso el hombro.

—Entiendo que estás pasando un muy mal momento —continúa—, y espero que tú entiendas esto.

Oigo el crujido del acero inoxidable al cerrarse y siento algo frío en mi muñeca. Oigo el mismo sonido de nuevo, pero esta segunda vez no siento nada.

—No. Acabas. De. Hacer. Eso.

Marggy aparece acompañada de un camarero y tres cafés.

—Hijo, menuda sonrisa, ¿ya lo habéis arreglado?

Pongo nuestras manos unidas sobre la mesa dando un golpe seco con las esposas mientras lo maldigo con la mirada.

—No acabas de hacer eso —dice Marggy alzando las cejas.

—Oh, sí, lo ha hecho. Pero va a deshacerlo de inmediato si no quiere perder la mano.

—No puedo, no tengo la llave —se encoge de hombros, indiferente a mi amenaza de un modo súper ofensivo.

—¿Dónde la tienes? —exijo saber, a lo que Bruno me apoya con un ladrido.

—Hay algunas en comisaría —Levi le acaricia la cabeza con la mano libre—, y puede que haya una copia en casa.

La barbilla me da contra el suelo de la poca vergüenza que tiene el uniformado macizo de los cojones. Busco una aliada al otro lado de la mesa, pero a Marggy se le han puesto los ojos con forma de corazón y no se aguanta la risa. *Definitivamente, hoy es el peor día de mi vida.*

No ha traído el coche, así que vamos caminando por las curvas de la montaña con gotitas esporádicas dándonos en la cara. *No entiendo cómo un ángel como Marggy ha podido dar a luz al puto Lucifer.*

—¿No vas a hablarme? —pregunta más o menos cuando estamos a punto de llegar a casa y lo hace en ese tono falso-amable de quien sabe que ha hecho algo mal, pero moriría antes de reconocerlo.

—Lo que voy a hacer es encontrar esa llave y metértela por la nariz.

—Falta poco para que se haga de día, no me apetece ponerme a

buscar ahora. Si te portas bien, nos liberaré por la mañana.

Le lanzo tal mirada asesina que no sé cómo no lo desintegro. Llegamos a la entrada.

—Puedo entender por qué esto le resultaría incómodo a cualquiera teniendo en cuenta nuestra historia —mueve las cejas—, pero tu protección va por delante de lo mucho que puedas o no controlar tus instintos primarios.

—Abre la puerta —masco cada palabra y estoy a punto de morderle.

—Estás muy guapa cuando te enfadas.

—Pues deben estar a punto de declararme Miss Universo.

Estoy decidida a encontrar la llave y si hace falta, poner patas arriba la casa, hasta que me veo en el espejo de la entrada. Mis pasos frenan en seco, mi enfado se pulveriza y todo vuelve como la lluvia. Tengo los ojos hinchados, barro en el pelo, el codo y las rodillas. Tengo el aspecto de alguien a quien han dado una paliza y luego le ha pasado un tanque por encima.

—¿Estás haciendo esto para distraerme? —susurro.

—Vámonos a dormir, Rapunzel —un beso en la frente después no sé quién entrelaza la mano con quién, pero le sigo.

El eco de su reflejo hace mella en mí cuando llegamos a la escalera. Esto también supone un reto para él. Puede que no haya perdido sus cosas, ni hayan prendido fuego al lugar en el que vivía, pero está implicado al cien por cien y no se da ni un minuto de descanso. *No le doy ni un minuto de descanso.*

—Para.

—¿De qué? —pregunto a su espalda.

—Lo que estás pensando —pone mi cuerpo delante del suyo para subir la escalera—, no me gusta.

Tragar se vuelve difícil cuando llegamos a la puerta de su habitación.

—¿Te he dado las gracias?

Me mira desde las alturas y el vínculo, el lazo, la conexión o lo que sea que se agita entre nosotros me aplasta contra el suelo.

—No tienes por qué dármelas.

—¿Porque es tu trabajo?

No reconozco lo que veo en sus ojos antes de que se incline hasta mis labios. El beso no tendría que arrollarme como lo hace. Ya debería estar acostumbrada a Levi-Ryan Diago. Pero no. Las lágrimas buscan su protagonismo y cierro los ojos aferrándome a su camisa con la mano libre.

—Ven conmigo —nos mete en su habitación hablándome en ese

tono íntimo y rasposo.

Un sillón de cuero negro en la esquina, una cama gigante en el centro con muchos más cojines de los que hubiera esperado y una librería llena hasta los topes, todo combina en una mezcla de tonos rojo oscuro, negro y blanco.

—Levi —me quejo cuando me doy cuenta de que estoy pisando la alfombra blanca con mis deportivas llenas de barro, entonces tira de mí y me coloca en el centro—. ¿Por qué has hecho eso?

—Porque pareces no entender que quien más me importa eres tú. Ahora desvístete.

—¿D-disculpa? —Me aferro a su muñeca libre antes de que toque el borde de mi vestido.

—Estás llena de barro, necesitas una ducha y yo también. —Hace un movimiento de cabeza que me indica que no puede solo y nuestros brazos se enredan hasta que nos quedamos en ropa interior.

—Has roto la camisa del uniforme.

—Era la única manera de deshacerme de ella.

—Suerte de que mi vestido era sin mangas, no me gustaría perder otra cosa.

—¿Acabas de hacer una broma sobre el tema?

—Es que estoy muy cansada.

Verle sonreír es una buena recompensa.

Me tumbo en la cama de Levi-Ryan Diago diez minutos después, cansada, un poco excitada, muy triste y bastante asustada. Aunque también con la férrea convicción de estar a salvo siempre que esté con él.

—¿En qué piensas? —pregunta el que desprende un delicioso olor a madera quemada y almizcle.

—Eres el único que ha estado conmigo desde el principio. Dudo que alguien pueda hacerse una idea de lo que hemos…

—No, no podría.

Cierro los ojos y dejo que me atraiga hasta su pecho. Puede que le dé un beso rápido justo donde luego apoyo la cabeza y que él me abrace con su único brazo libre.

—Puedes llorar, si quieres.

En mi mejor día, esas cuatro palabras pronunciadas de la boca de Levi-Ryan ya serían suficiente para ceder. *Hoy, ni te cuento.*

Me despierto jadeando, sintiendo una caricia en alguna parte del cuerpo y una agradable y cálida brisa justo en el cuello. Un rayo de malestar cae sobre mi estómago al recordar lo sucedido, pero queda en pausa al darme cuenta de que estoy desnuda. Desnuda sobre Levi. Ah, y él también está desnudo. No sé en qué momento de la noche

perdimos nuestros improvisados pijamas, pero las toallas descansan ahora en el suelo.

Mi mano izquierda pasa por encima de mi abdomen y se une a la derecha de Levi por las esposas, es su izquierda la que resulta más problemática, la que está amasando uno de mis pechos. ¿Y qué está entre mis piernas? Una larga, dura y fascinante erección. *Pues ya estamos todos.*

Su respiración es más suave que la mía, creo que sigue dormido. *¿Cómo he acabado aquí encima? ¿Ha sido él o he sido yo?* Levi hace un corto ronquido grave en mi cuello y me tortura con su mano, provocándome vibraciones de placer que me hacen derramar algo más de miel sobre su… *joder.*

He sido buena, he sido fuerte. Dije que me alejaría del hombre de altos muros que sin duda acabaría rompiendo mi corazón que, por lo visto, el muy capullo sí es capaz de enamorarse y he cumplido mi palabra. Pero una tiene sus límites y creo que he llegado al mío. Otro gruñido perezoso de Levi, acompañado de un leve movimiento de sus caderas, me calienta y arranca un gemido de los labios.

Y se despierta.

Lo sé en cada célula de mi cuerpo por cómo se contrae el suyo.

—¿Qué he…? *Rapunzel.*

—Me he despertado así —admito con el pulso desbocado.

—¿Yo…? Dios, lo sient…

—No has hecho nada mal.

Suspira aliviado mientras me arde la cara, luego inspira contra mi cuello haciéndome estremecer en un mar de relámpagos. Sigue tenso.

—Esto es lo que vamos a hacer —su voz ronca perezosa no debería ser tan seductora como es—, voy a ayudarte a rodar hacia tu derecha y te liberaré de mi…

—¿Y si no? ¿Y si esta vez no paramos?

Oigo las maldiciones de su cabeza.

—Sigo soñando, ¿verdad? —susurra.

—No, Levi. Pero puedo apartarme si es lo que necesitas de mí.

No existe duda de ninguna clase, sus piernas se recolocan acunándome contra él y vuelve a olerme el pelo, esta vez haciendo que mi cuerpo suba y baje con su respiración, resbalando sobre su erección y arrancándome un gemido fuerte.

No sé cómo consigue el ángulo perfecto, pero en cuanto empezamos a movernos de verdad tengo la punta de su polla golpeando directamente en mi clítoris con insistencia. Temblorosa y a punto, muevo las caderas contra él mientras mis pezones reciben una fricción con la que he fantaseado a lo grande.

—Te he echado *tanto* de menos. —Me besa el cuello lamiéndolo, venerando mi piel.

Su erección separa más los labios de mi sexo con cada sacudida. El placer es abismal.

—Levi —suplico mientras mis piernas se sacuden—, yo…

—Hazlo —susurra en mi oído antes de morderlo—. Sé una buena chica y hazlo para mí.

Grito. La intensidad de la ola es desmesurada. ¿Y qué hace él? Primero me acompaña y luego me empuja más lejos elevándome a una cima en la que el placer es la única norma. *La única ley.* Me sigue de cerca hasta que dejo de convulsionar, entonces tiro de él. Ni siquiera he recuperado la respiración cuando le hago entender que no he rodado a mi derecha porque quiera parar, sino porque le quiero encima.

Me besa por toda la cara, derribando cualquier afán de resistencia que quede, pero cuando alcanzo su boca estamos conectados. Somos uno. Le rodeo con mi única mano y resbalo por toda su largura provocando que sus músculos se contraigan y gruñe. Me gusta cómo me mira cuando lo hago, cómo se le nubla toda esa disciplina.

—*Hostia puta,* Lexi.

Acelero el ritmo a medida que lo torturo contra mi centro, dejando que la expectativa crezca.

—Mierda, espera, el preservativo —dice como si hubiera perdido la cabeza.

Moviéndose con habilidad hasta la mesita de noche con el deseo latente escrito en la cara, lo rasga con los dientes. Le ayudo a ponérselo y después no soy capaz de alejarme de él. Hay mucho que quiero hacerle, pero no parece tener la paciencia como para dejarme jugar. La bestia toma el control y lo siguiente que sé es que no reconozco el sonido que sale de mí cuando hace la primera embestida. *Lo he deseado tanto.*

—Yo también, te lo aseguro.

Mierda, ¿lo he dicho en voz alt-? Estoy tan mojada que la siguiente vez que me la mete lo hace hasta el fondo arrancándonos sonidos a coro. Estoy segura de que me ha roto, pero no tengo tiempo de comprobarlo porque es demasiado perfecto. Mi parte ambiciosa quiere que lo repita y mi parte sensata quiere que lo estudie la ciencia.

—Mira quién está a punto otra vez —se regodea y no tengo forma de ocultarlo teniendo en cuenta la velocidad con la que palpito contra él.

Le doy un apretón en el culo y le abro más la boca para que me coma entera. Su forma posesiva de morderme y la dulce y sucia que

tiene de besarme son casi peores que sus caricias. Cuando el sentimiento puro es evidente, el miedo me sacude con más fuerza de la que me embiste. Su mano entrelazada y esposada a la mía me da un apretón. Muevo las caderas siguiéndole el ritmo, mordiéndole el labio inferior con el próximo beso que me deja jadeando, demostrándole que estoy presente, que no voy a ir a ninguna parte.

Estoy llena de Levi-Ryan Diago cuando un último empujón hace que me corra sin aviso y con la fuerza de un puto tornado despiadado y bravo. El sonido gutural que sale de su garganta acompaña a mi ristra de maldiciones ahogadas, a los gritos que llevan su nombre, pero él aguanta la tortura como un campeón de primera, alargando mi orgasmo hasta que me despedaza.

Glorioso y triunfal por haber acabado conmigo, me sigue al abismo. Levi junta nuestras bocas en un beso que no llega a serlo, acercándonos el uno al otro un poco más mientras me aferro a él con las piernas, deseando fusionar su cuerpo con el mío. Cada uno de sus músculos se paraliza cual ancla ardiendo en el fondo del mar. Me atraviesa y me lleva consigo, me lo contagia, y cuando recuperamos la respiración, me doy cuenta de que ninguno ha apartado la mirada.

De que hay dos testigos del gran problema que se cierne sobre nosotros.

28

Levi-Ryan

Resulta que no tenía ninguna copia de la llave en casa. *Uf, qué faena.* Acabo teniendo que meternos en la ducha otra vez y luego ayudarla a vestirse.

—¿Por qué vas a elegir tú mi ropa interior? —gruñe poniéndose entre el armario y yo.

—Porque quiero saber con lo que voy a soñar todo el día —la beso y cede.

Volvemos a mi habitación con su ropa antes de que se arrepienta y de que yo me empalme en la toalla. Seguidos, por supuesto, por la tropa.

—Ahora os damos el desayuno, tardaremos un segundo —cierro la puerta de mi dormitorio porque si ya es difícil vestirnos esposados, imagina con cuatro perros correteando entre nuestras piernas.

—No he llevado tantos vestidos en mi vida —dice moviendo las caderas, jugando con él en cuanto la ayudo a ponérselo—. En serio, esto es cosa de Daisy o puntualmente de Nina. Pero a mí me vas más… ¿Qué?

—Eres preciosa y este vestido te hace justicia.

Mi chica posorgásmica elige ese momento para ponerse más roja y hacer juego con su ropa interior, oculta tras el vestido azul que acaricia sus curvas.

—Deja de mirarme así y vístete o no saldremos nunca de aquí.

Oigo mi risa tras la excitación de su tono. La cosa se pone interesante cuando Lexi me ayuda a ponerme el cinturón con el arma y acaba tocando de más.

—Ha sido un accidente —asegura en mis brazos, con Kitty en los suyos mientras bajamos la escalera.

—Señorita Love, debería demandarla por propasarse conmigo.

—Si quisiera propasarme contigo estaríamos en una de tus

fantasías.

Pues sí. La beso, llenamos cuatro boles de comida y cuatro boles de agua y después me la llevo a desayunar.

—Puedes hablar del tema, si quieres.

Hace otra mueca, la quinta desde que Sadie ha traído las tortitas.

—Me preocupa lo que voy a decirles a mis hermanastras.

—Hablé con ellas anoche.

—¿Anoche? ¿Cuando?

—Fueron ellas las que me despertaron. Les dije que estabas intentando asimilar la situación, que estabas triste y que te habías quedado dormida hacia poco. Amy aseguró que vendría en avión a recoger su carta si no la recibía en las próximas veinticuatro horas. ¿Puedes explicarme por qué no os podéis llamar?

—No es que «no podamos» es que va contra las normas.

—¿Qué normas?

—La de nuestra hermandad. Es una tradición que remonta a hace muchos años y que seguirá así por los siglos de los siglos —Miss Ambigua hunde la cara en su hombro—. Nunca creí que diría esto, pero ojalá pudiera ir a la cena familiar.

—Pues vamos.

Levanta la cabeza de golpe con una luz embriagadora en su iris castaño.

—¿Qué acabas de…? ¿Qué?

—Dijiste que Victoria Daughbeth vive en un castillo en mitad de la nada a las afueras de Londres. Lo busqué en internet y… No me mires así, soy policía. El caso es que lo he estado pensando y es imposible que incluso alguien como Eilan o Luna descubran quién hay o deja de haber en ese castillo, a menos que los sirvientes de tu madre la traicionen.

—Imposible, todos la adoran. Principalmente porque no los llama sirvientes, sino empleados.

—Además, estaremos de vuelta antes de que nos demos cuenta.

—¿Estaremos?

—Estamos juntos en esto, Lexi —tiro de su mano esposada—. Además, recuerdo a Amy diciendo no sé qué sobre necesitar un novio falso. Puedo serlo mientras velo por tu seguridad. ¿A qué viene esa cara?

—Si esto es una broma te advierto que voy a llorar.

—No es una broma.

—Todavía estoy muy sensible y dolida por todo lo que ha pasado.

—*Lexi.*

Espero y luego espero un poco más.

—Dios mío, ¿voy a poder verlas? —Sonríe llevándose buena parte de la tristeza de anoche que aún marca su rostro—. ¿Abrazarlas? ¿De verdad, Levi? ¿Y a mamá? ¿Podemos llevarnos a Kitty?

—Si consigues despegarla de Hotdog, por mí no hay problema.

—Podíamos llevárnoslo a él también.

—Tiene miedo a los aviones, no es una buena idea.

—¿Nos vamos a Inglaterra? —repite otra vez, jadeante.

No lo hago por ella, sino por seguridad. A la investigación le conviene ponerla a salvo de las consecuencias que pueda traer lo sucedido. Es eficiencia, nada más.

Sadie aparece a rellenarnos los cafés y le pone una mano en el hombro a Lexi. *Mierda, y mira que hemos venido temprano.*

—Cariño, siento mucho lo de tu apartamento. Es una faena. Pero que sepas que Acorn Hill te apoyará en lo que necesites. ¿Quieres más tortitas? Invita la casa. —Sadie se va en busca de más comida antes de que ella le responda.

—¿Cómo lo sabe?

—Alguien te vería anoche con mi madre. —Espero que se meta bajo la mesa, que despotrique sobre el exceso de cotilleos en los pueblos pequeños, pero no lo hace.

Mira en la dirección en la que se ha ido Sadie y lo hace con… agradecimiento.

Llegamos a comisaría y la historia no es muy diferente. Cada policía que se encuentra allí a primera hora se acerca para consolarla.

—Tío, ya imagino que querías animarla, pero las esposas no son para eso —me susurra Winchester ganándose un puñetazo—. Ehhh, solo digo que va contra el protocolo, jefe. No somos esa clase de agentes —se carcajea y no alcanzo a darle otro.

Consigo meterla en mi despacho y puede que remolonee en desatarla.

—Me ha gustado la experiencia, podríamos repetirla —tanteo para comprobar cómo está.

—Te quedarás sin camisas y la buena gente de Acorn Hill te confundirá con un stripper.

Lexi tiene que hablar con el dueño del apartamento y con el seguro para hacer un huevo de trámites, y le insisto que lo haga desde allí. Me da igual que ambos debamos estar pegados al teléfono buena parte de la mañana, me gusta tenerla cerca.

Los hombres de Eilan dejaron el carrito por Lexi, por CAR Major Legue, por el bebé y por Luna. Entraron por el edificio contiguo y pasaron al de Lexi por la azotea. Salieron por la entrada principal mucho antes de que llegaran los bomberos. *A ese hijo de puta le gusta*

hacer un buen show.

Al mediodía Winchester irrumpe en el despacho cuando estoy invadiendo el espacio personal de mi compañera de piso.

—Es la hora, jefe.

—¿Es hoy? Lo había olvidado.

—¿Qué es hoy? —pregunta Lexi, sentada en mi mesa con las piernas abiertas y una mano en mi cuello.

Llegamos al cursillo de verano. Es el día de puertas abiertas así que el recinto está más lleno que de costumbre. Impartimos nuestra clase sobre seguridad en las calles a niños y niñas de entre cuatro y seis años. Winchester está en su salsa y ya ha metido a Cassie en el calabozo por conducir borracha. *Odia su disfraz de botella, lo cual hace que esto sea mucho más divertido.*

—¿Y qué debemos hacer si queremos cruzar, pero un coche se acerca a nosotros conduciendo por encima del límite de velocidad?

—¡Pitarle! —grita Sasha.

—No puedes pitarle si no vas en un coche —esta es Samantha.

—¡Decirle que eso está muy mal!

—Esa es buena, Tommy —dice Bill, vestido de ambulancia.

—¡Pedir permiso!

—¡Cruzar igual!

—¡Pincharle las ruedas!

—Veamos lo que pasa si cruzamos de todas formas —Winchester estira la mano en mi dirección y me pongo el antifaz, tratando de ignorar la mujer que está en la puerta del gimnasio junto a Constance riéndose a mi costa.

Salgo de entre los niños y más de uno se aferra a mi pierna como si le fuera la vida en ello, pero consigo llegar al escenario. Paso rápido por delante de Winchester, le doy un empujón y el tío dramático acaba en el suelo. Todos me abuchean mientras Bill le tira serpentinas rojas encima al fiambre.

—¿Cómo podríamos haber evitado esto? —pregunta Kadmus.

—Tú calla, estás muerto —susurra Bill—, ¿cómo podríamos haber evitado esto, jurado de Acorn Hill?

—¡Castigándolo sin cenar! Mis mamás adelgazan cuando están enfadadas —suelta Harold.

—¡Pidiéndole que se vaya!

—¡Metiendo a Levi en la cárcel antes! —Sabrina se tapa la boca con las dos manos en cuanto la miro.

—Ryan irá a la cárcel porque conducir por encima del límite de velocidad está mal, pero yo ya estaría muerto —explica Winchester llevándome a la cárcel y haciendo llorar a un centenar de niños.

—Qué bonito, tío. ¿Te disparo en un pie para enseñarles lo dura que es la vida?

—No, no, esperad —me da la espalda y alza las manos en pánico mientras *Cassie La Botella* me hace hueco en el banco—, estoy bien, es solo un ejemplo. Lo que quiero decir es que ante todo debéis protegeros. Lo más importante no es tener razón, sino salir con vida. Dejáis que pase delante vuestro, le hacéis una foto a su matrícula y la enviáis al cuerpo de policía. Nosotros nos encargaremos de detenerle.

Aplausos. Sasha, Sabrina y Samantha corren hasta nosotros en cuanto Kevin y Delilah, los monitores, piden al resto que caminen hasta la salida.

—Papi, papi, ha sido súper guay —dice Sabrina.

—Toma, tito —Sasha me ofrece una chocolatina con galleta como si fuera droga de contrabando, se la cojo y me agacho a su lado.

—¿Por qué me la das? No es mi cumple.

—Es para papá, si te mete en la cárcel, se la das.

—Ha sido mi idea —dice Samantha.

—Se me ocurre algo mucho mejor que una chocolatina, chicas. Algo que seguro funcionaría para que me dejara escapar.

—¿El qué? ¿El qué? —pregunta Sasha—. ¿Dos chocolatinas?

—Vosotras —las levanto, chillan, y se ríen—. ¡Vosotras seréis mi billete a la libertad!

—¡Yo también, yo también! —pide Sabrina extendiendo los brazos hacia mí, abriendo y cerrando las manos para que la coja.

Me cambio a Sasha de brazo y en cuanto cojo a Sabrina su padre viene a demandar que no use a sus hijas como mancuernas del gimnasio.

—No, papá, somos sus billetes a la libertad —explica Sasha.

—Lo que sois es lo más valioso que tengo en la vida —les suelta.

Cinco segundos después tengo a tres niñas llorando en mis brazos, suplicando ir hasta los brazos de su padre.

Busco a Lexi en cuanto terminamos de recoger las esposas y el resto de material que hemos traído. Me está esperando junto al coche y tiene una caja entre manos.

—¿Qué tienes ahí? —abro el maletero sin apartar la mirada.

—¿Crees que podríamos ir al refugio de animales antes de volver a comisaría? —Hace una mueca traviesa.

—¿Por qué?

—Bueno, le he comprado algo a Marggy —juega con la puntera de sus sandalias—. Antes de que te sulfures, no he ido sola, Constance me ha acompañado. Y no es gran cosa, solo es una tarta, cuando hicimos los batidos juntas en la fiesta dijo que le encantaba el caramelo. Ah,

también hay un vale para la peluquería canina, pero eso es para Bruno.

—¿Por qué lo has hecho?

—Quería agradecerle lo de ayer.

Hay personas que actúan como si el mundo estuviera en deuda con ellas. Y luego hay personas, como Lexi Love, que cree que está en deuda con el puto mundo solo por existir.

—Sube al coche —le suplico antes de que me dé algo. Ella lo hace sin ocultar la sonrisa—. ¿Qué hay de la tarjeta?

—Ah, esto —se muerde el labio disimulando su ilusión, buscando el cinturón de seguridad para ocultar el rostro—. Es una postal de Sasha, Samantha y Sabrina. Constance dice que los han oído hablar esta mañana en el desayuno y bueno… tiene purpurina. —La abre y leo «anímate, Lexi. Eres genial».

Arranco el coche antes de que sea tarde. Pero cuando me pregunta si puede colgar la tarjeta en la nevera unos días, me doy cuenta de que ya lo es.

Mientras la investigación sigue su curso, Lexi escribe y envía sus cartas, y luego empieza a planear no sé qué coartada. Me da que va a mantener a sus padres al margen.

—Es lo mejor teniendo en cuenta que el caso no está cerrado.

—Sí, además así mamá no se preocupará.

La estrella de la película aparece en mi despacho, pese a que sabe que la puerta cerrada significa que no quiero que nadie la cruce.

—Lexi, Bill dice que si te das prisa, te enseña a hacer sus famosos sándwiches de queso fundido.

Winchester cierra la puerta tras de sí y se deshace de su sonrisa.

—Espero que lo que me traes sea importante para haberla echado de aquí así.

—Lo es —se cruza de brazos—, ¿a qué estás jugando?

—¿Perdona?

—Tú no te acuestas con testigos y mucho menos te los llevas a tu casa. No les presentas a tu madre…

—Ellas ya se conocían, por Kitty, tú estabas, ¿recuerdas?

—Le organizaste una fiesta para que conociera al pueblo.

—Eso no fue cosa mía.

—La seguiste a Manhattan.

—Me necesitaba.

—Mira chaval, te he dado margen para que empieces a largar, pero parece que te han cosido la boca así que te lo preguntaré directamente, ¿a qué estás jugando? ¿Es que no te importan una mierda sus sentimientos?

—Lexi es lo único que me importa.

—Entonces, ¿es ella? —se relaja—. ¿La mujer por la que vas a dejar todo ese rollo de «tengo demasiados enemigos para poder formar una familia»?

En mis sueños, sí. Las cosas serían fáciles y todas sus preguntas se responderían con sí o no. Pero la vida no es fácil y mis problemas acabarán afectándola.

—No tengo por qué darte explicaciones de lo que decida.

—Tienes esa cara otra vez —me señala—, la puta cara que pones siempre que cargas con algo. ¿Qué es esta vez? Tío, o me lo cuentas, o te juro que la tenemos.

—Todo esto ha sido culpa mía. Han prendido fuego al apartamento de Lexi por mi culpa.

—¿De qué cojones estás hablando? —Da un empujón a una silla y la vuelca.

—Si no hubiera insistido en traerla aquí, Luna no habría tenido nada que utilizar contra ella. No habría podido hacerle creer a Eilan Anders que Lexi es más que una desconocida. *Fui yo* quien la trajo a Acorn Hill, *fui yo* el que insistió en que se quedara.

—Ryan —cierra los ojos con fuerza.

—Soy yo quien le puso la diana en la espalda cuando me presenté en Manhattan aquella noche. Eilan podría haberse olido el intento de Luna si yo no hubiera estado en medio. Lo mejor que puedo hacer por ella es protegerla hasta que todo termine, enmendar mi error y después no volver a verla.

—Ryan, cállate, ¿quieres? Esto ya lo hablamos, Luna te conocía bien. —Se le marcan las venas del cuello—. Nos estudió a todos durante meses. Sabía que escucharíamos el mensaje por radio, que acudiríamos. ¡Nos tendió una trampa, joder!

—Debería haberlo sabido.

—Porque todo es responsabilidad tuya, ¿no? ¿Es que no vas a superar nunca lo que pasó aquella noche? ¡Eras un puto crío, pedazo de gilipollas!

—Winchester, fuera de mi despacho —bramo, pero no se achanta.

—Un día de estos te juro que será tarde para ti. Hay un límite de veces que puedes ser un cobarde.

—*Que. Te. Largues* —le doy un empujón.

—Te lo he dicho mil veces, Constance te lo ha dicho, tu madre, ¡el puto Nathan Adnari! ¿Sabes qué es lo que pasará, jefe? —Me lo devuelve—. ¿Eh? ¿Lo sabes? Que Lexi Love volverá a Manhattan.

—Eso es justo lo que quiero.

—¿Quieres que se olvide de ti? —Esquiva mi puño y me aterriza el

suyo en plena barbilla, me coge de la camisa en cuanto puede—. Porque eso es lo que va a pasar en cuanto conozca a un capullo que no se desprecie tanto como para no poder perdonarse nada. Se casará, follará como nunca y vivirá una vida larga y feliz.

Lo empujo para que me suelte y le propino un buen golpe, luego otro. Da un paso atrás y el rastrero usa sus técnicas de boxeo conmigo. El dolor irradia por todo mi abdomen.

—¿Y qué harás tú? ¿Eh? —se limpia la sangre del labio—. ¿Qué harás tú entonces? Pudrirte en tu puto sótano.

—Estás despedido.

—No me despides, dimito yo. Porque si hay algo que Levi-Ryan Diago sabe hacer bien es alejar a la gente a la que le importa de su lado. —Se va dando un portazo.

Un segundo después el vaso que descansaba sobre mi mesa se hace añicos al chocar contra la puerta.

29

Lexi

Kitty y yo entramos en el Cup+Cake a media mañana en busca de socorro y algo de cordura.

—¡Feliz DAC, Lexi! —Constance me pega una pegatina de las tres letras escritas sobre una silueta femenina en mitad de mi blusa.

—¿DAC? ¿Qué significa?

—Día de Aceptación de la Celulitis —responde el establecimiento a coro.

—Es un gran acontecimiento mensual en Acorn Hill, todo el pueblo se implica a tope —Constance señala una pared cargada de fotos polaroid—. Regalamos cupcakes a las valientes, ¿quieres unirte?

—¿De qué van las fotos? —Ladeo la cabeza acercándome para verlas mejor.

—Fácil, les haces una foto a tus fabulosas piernas bajo el sol marcando celulitis, la cuelgas en el corcho, la firmas y te llevas un cupcake gratis. Cada comercio de Acorn Hill tiene una variante similar. Incluso tienes los neumáticos de Benagorth a mitad de precio.

—Un evento muy injusto, si se me permite opinar —interviene una anciana enfurruñada y de brazos cruzados.

—Señora Lidenar, usted tiene las piernas perfectas a sus ochenta y siete años porque la genética obró su milagro. Cada día es *su día*, deje al resto de las mortales tener su momento de gloria.

—¿Me das la cámara? —pregunto con un burbujeo reconfortante y desconocido en el estómago.

—Toda tuya, muñeca —me la pone en la mano y un coro de silbidos de celebración se convierten en el eco de mis pasos hasta el exterior de la pastelería.

Tener las piernas en alto, ejercicios focalizados, buena alimentación, beber mucha agua, de más joven probé de todo para deshacerme de ella y hoy es lo que me está haciendo querer aún más

mi cuerpo. *Y conseguir un cupcake gratis.* Vuelvo dentro y una chica de escasos dieciséis me mira con timidez extendiendo la mano en mi dirección. Le doy la cámara y participo en su ronda de aplausos. Voy hasta el corcho y coloco mi polaroid junto a una Constance en bikini, posando de espaldas a la cámara, sin complejo alguno.

—¿Es de hoy?

—De esta misma mañana —me enseña una tira del bikini bajo su camisa blanca y rosa a rayas.

—¿Y tú has tenido trillizas? Pfff, con celulitis o sin, tú has tenido que hacer un pacto con el diablo. ¿Cuál es tu secreto?

—Pasteles, amor, ejercicio y cantidad de sexo. —Me da un golpe de cadera y vuelve tras la barra.

Acaricio a Eulalia cuando sale de su escondite y sigo a su dueña.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre Kadmus y Levi?

—¿Qué les pasa a los tortolitos?

—Sabrás lo de la pelea de ayer.

—Sí, tuve que curar a mi boxeador cuando llegó a casa —Se ríe y pone un recipiente con agua en el suelo para Kitty y lo comparte con su hermana—. Menudo par de zopencos. —Vuelve tras la barra y le pido un batido.

—¿Había pasado alguna vez?

—¿Bromeas? Es como un ritual de la amistad para esos dos. Se zurran para mostrarse aprecio. Normalmente cuando hablan de algún tema serio en el que hay muchos sentimientos de por medio. Llevan el *bromance* a todo un nuevo nivel.

—Levi me dijo que había despedido a Kadmus y yo le vi a él entregarle su carta de renuncia —meto la propina en el bote decorado con purpurina—, pero esta mañana ha ido a trabajar y Levi no ha dicho nada al respecto.

Se vuelve a reír.

—A veces se pelean para ver quién puede ser más *drama-queen,* pero lo habitual es que se cedan el trono. A final de año junto todas las cartas de dimisión de Kadmus y todas las hojas de despido de Levi y hago un christmas. Mi récord son treinta y dos páginas. Bill y Cassie hacen sus apuestas a principio de año sobre quién creen que ganará. Lo normal es que el enfado les dure hasta que dejan de sangrar.

—Pues ha pasado media mañana y seguían con las miradas gélidas, por eso he huido de allí.

—No intentes entenderlos a menos que quieras volverte loca. —Entran más clientes—. ¡Feliz DAC!

Incapaz de irme de allí sin despedirme de ellas, le pido permiso a Constance y voy al jardín de atrás con tres pajitas de más. Me

arrodillo cuando se acercan y meto las cuatro a la vez. Hoy tocan petos de colores y diademas. *Me las como.*

—¿Has venido a jugar? —pregunta Samantha dando palmas al verme.

—No, lo siento —*solo me han dado un permiso de media hora*—, pero tengo un batido de fresa y cuatro pajitas.

Se contentan.

—¿Tú tienes celulitis? —pregunta Sasha apretándome el lateral del muslo con la manita.

—Sí, sí que tengo.

—Qué suerte —se mira las piernas y sonríe—. ¡Yo de mayor quiero tener y así ganar doce cupcakes gratis al año!

—Algunos dicen que por genética puede que no te salga —le dice Sabrina y las tres ponen cara de susto.

—Hay que tener esperanza —dice Sasha llevándose la mano al pecho y dando otro sorbo.

El mundo al revés. ¿Dónde me he metido?

—¿Vendrás a jugar este finde? —pregunta Sabrina.

—Sííi, ¿vendrás? Hemos planeado un juego en el que tú y Levi sois doctores malvados que operan a personas pestilentes —explica Samantha mientras le doy un sorbo al batido.

—Inspirado en Sasha la pedorra —dice Sabrina, a lo que la mencionada hace una reverencia.

—No puedo, voy a ver a mis hermanastras. Pero a la vuelta me encantaría.

—¿Son malas contigo esas hermanastras? —pregunta Sasha apoyando la cabeza en mi hombro.

—Si son malas, no vayas —dice Sabrina agarrándose a mi pierna.

—Eso, te quedas con nosotras y juegas —concluye Samantha.

—Las quiero con locura, son las mejores. Estoy segura de que si las conocierais os haríais amigas de inmediato.

—¡Quiero conocerlas! —exclama Sasha con la cara manchada de batido.

Les explico que viven lejos y no puedo traerlas mientras la limpio con una servilleta.

—Tampoco puedo llamarlas, nosotras solo nos comunicamos por carta.

—¿Como con Santa Claus? —pregunta Sabrina.

—Sí, supongo que sí. —Se me escapa la risa.

—¿Por qué os escribís cartas? —pregunta Samantha.

—Empezó como un juego cuando éramos pequeñas, como dormíamos en un castillo, jugábamos a vivir dos siglo atrás y a ser de

la realeza. Ahora mantenemos la tradición, aunque esa no es la principal razón, solo una de ellas.

Eso trae consigo más preguntas, pero acabo pudiendo salir ilesa. Trato de recordar el camino de vuelta cuando llego a un callejón a unas calles del motel de Levi y me doy cuenta de que me he pasado. Detengo mis pasos cuando Kitty se tumba boca arriba y mueve sus pequeñas patas en busca de mimos. Termino de comerme mi cupcake gratis y como la humana-débil-a-su-merced que soy, se los doy. Los pájaros se canturrean unos a otros escondidos del sol en las ramas de los limoneros, siendo coro al sonido del río que serpentea con su agua limpia por en medio de la ciudad. *Acorn Hill vive en una realidad paralela.*

—Fuiste tú la que decidió hacerme un pulso.

—Y tú quien me puso en una situación comprometida, ¿cómo querías que saliera de ella?

—Puedes perderlo todo si a mí me da la gana, ¿es que no te ha quedado claro todavía?

Me asomo al callejón y veo a aquel hombre, el de la casa en la calle sin salida con la mosquitera desencajada y las ventanas del piso de arriba rotas. La mujer de coleta baja con la que habla me resulta familiar, pero no consigo ubicarla de qué la conozco. *¿Del supermercado? No. ¿Es alguna profesora? Creo que no. He conocido a Frances y Augusta, juraría que no trabaja nadie más en el refugio. Argh, no consigo ubicarla. Estoy bastante segura de que no estaba en la fiesta.*

—Esa es una carretera de doble sentido.

Él se carcajea.

—¿Me tomas el puto pelo?

—Si sabes lo que te conviene empezarás a tratarme como una aliada, no como una enemiga.

Si esto fuera Nueva York, diría que es tráfico de drogas, pero como es Acorn Hill probablemente estén discutiendo porque alguno se ha olvidado de devolver a tiempo los libros a la biblioteca. Les hago una foto de extranjis para preguntarle luego a Levi quién es ella porque la curiosidad obsesiva me desvela por las noches, luego cojo a Kitty en brazos y me la llevo antes de que ladre y tenga que morirme de la vergüenza por ser una cotilla.

Nos chocamos con alguien al girar la esquina.

—Margarytha, hola. Guau, qué bonitas, ¿te han regalado las flores en celebración del DAC? Feliz día, por cierto.

—Lexi, hola —su sonrisa le sube hasta los ojos—. No cariño, estas las he comprado para mi hijo. Y feliz DAC para ti también.

—¿De veras? Qué detalle, seguro que le gustan.

No sé leer lo que esconde su rostro, pero me ofrece un brazo para que se lo coja y no dudo.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Por supuesto.

Escribo a Levi advirtiéndole de que llegaré algo más tarde, sin chafarle la sorpresa. Contesta de inmediato.

Mensaje de Levi-Ryan Diago

11:10 Treinta minutos, Rapunzel, o salgo a buscarte con la sirena puesta.

11:10 No llegues tarde a menos que quieras que te espose a la cama.

Quiero. ¿Quién en su sano juicio no querría?

Hablar con Marggy es fácil y entretenido, así que no me doy cuenta de que me lleva por una zona desconocida de la que fijo que no sé volver. Hay muchas flores pequeñas y de todo tipo, no llega a ser el bosque, sino el principio de la montaña. La civilización está a tiro de piedra. Cojo a Kitty en brazos cuando se cansa, pero enseguida quiere volver a investigar.

—¿Y ese Chad te robó tu idea sin que pudieras hacer nada? —pregunta con la ofensa cariñosa de las madres que hace que la quiera.

Estábamos en la universidad y cometí el error de discutir con él sobre lo factible que era mi idea. Me manipuló para sacarme todo lo que necesitaba. Aprendí la lección.

—Sí, Chad era un cerdo. La verdad es que no fue fácil meterme en una carrera en la que hubiera tan pocas chicas. Como quería que me tomaran en serio, tomé algunas decisiones de las que me arrepiento.

—¿Como cuáles?

—No hacer el descapotable rosa de la Barbie cuando tuve oportunidad en segundo de carrera. Marggy, ¿dónde…? ¿Dónde estamos?

—En el cementerio de Acorn Hill.

Se me tensa el cuerpo y empiezo a sudar mientras mis pies se afianzan sobre el camino de tierra. *La cicatriz. Todas las que le hizo y no se ven. La oscuridad que lo persigue.* Se me acelera el pulso.

—Con todos mis respetos, Marggy, no sé cómo me siento yendo a visitar la tumba de un hombre que le hizo tanto daño a Levi. Su padre…

—No hemos venido a ver a mi difunto marido, sino a mi hijo Denek. —Me pone una mano en la mejilla—. Era su hermano

pequeño.

Mi corazón se da la vuelta cuando llegamos a la tumba rodeada de rosas cuidadas y enredaderas de un verde intenso abrazando la piedra y el mármol. Margarytha cambia las flores secas por unas nuevas mientras yo soy incapaz de apartar los ojos de la fecha. *Diez años. Denek Diago tenía diez años cuando murió.*

—He de suponer que no te ha hablado de él.

—No, no lo ha hecho —me arde tanto la garganta que duele.

—Es una lástima que solo recuerde el día que se fue y que esa pena no le permita hablar de él. Adoraba a su hermano pequeño y Denek quería ser como él en todos los aspectos.

Ojalá me hubiera dicho algo.

—¿Cómo fue?

—A Denek le encantaba jugar a béisbol y a Ryan se le hacía muy cuesta arriba negarle nada, hacía cualquier cosa por verlo contento. —Se limpia la comisura de los ojos cuando parte de la emoción se derrama—. Esa mañana, Denek lo convenció para subir a la colina de detrás de nuestra casa porque allí los árboles daban algo de sombra y se soportaba mejor el calor del verano. —Sacude la cabeza y se le descompone el rostro—. Casi no tuvieron tiempo de empezar a practicar, el corazón de Denek falló al momento. Se desplomó y no hubo nada que Ryan pudiera hacer. Los forenses declararon la muerte súbita horas después.

—Dios mío. —Me limpio las lágrimas que no dejan de salir al imaginar lo que debió sentir viendo que la vida de su hermano pequeño se le escapaba de las manos. Ver como su cuerpo se apagaba en sus brazos—. Lo siento mucho.

Me da un apretón en el antebrazo.

—Cada día desearía poder cambiarme por él. Arrancarlo de esa pesadilla que convirtió la dolorosa y terrible pérdida de su hermano pequeño en algo un millón de veces más insoportable. Algo con lo que carga a día de hoy.

—¿Cuántos años tenía Levi?

—Acababa de cumplir quince hacía poco. Y era exactamente igual que ahora, con ese sentido del deber, con toda esa responsabilidad sobre los hombros. Denek no lo culparía de nada, pero él sigue pensando que las cosas podrían haber sido distintas, que estaba a su cargo y debió protegerlo.

Al llegar a la comisaría con la máscara puesta, entro a su despacho y echo el cerrojo.

—Te has retrasado, Rapunzel. Debería haber un castigo por… —deja de hablar cuando le beso. Me lo devuelve como si le fuera la vida

en ello, porque él es así, él cuida a los suyos. Sus brazos me rodean antes de preguntar—. ¿Ha pasado algo?

—Solo quiero hacerte feliz. —*Por todos los momentos que no he estado ahí y ahora queman tanto. Por todo lo que ni siquiera sé, pero puedo imaginarme.* Me aferro a su cuerpo y noto como el suyo se enciende contra mí. Aun así, Levi lleva una mano hasta mi cara y la inspecciona con una diligencia y esmero que me hace temer que lo sepa—. Estoy agradecida porque vengas conmigo a Londres —tiro de la hebilla de su cinturón y le libero—, ¿puedes hacerme el favor de disfrutar mi agradecimiento?

Tira de mi blusa y se deshace de mis pantalones. Me desnuda en cero coma y yo beso sus cicatrices tratando de llegar a las profundas, con la absurda esperanza de cambiar las cosas. *Porque necesito saber que una vez me vaya tú estarás bien.*

30

Levi-Ryan

Al pasar la puerta de embarque alguien choca conmigo y se me resbala la bolsa del hombro. Me la vuelvo a colgar y entonces sucede.

—Oiga, perdone, si va a golpeando así a la gente más le valdría disculparse. —Lexi se adelanta y se coloca frente a la mujer de mediana edad que me ha dado.

—Es que estaba en medio. —Se encoge de hombros.

—No estaba en medio, ha embarcado antes que usted, lo que debería haber hecho es respetar la fila y esperar.

La mujer me echa un vistazo.

—Tiene un bíceps del tamaño de mi cabeza, ¿de verdad pretendes que me disculpe?

—Como si los tiene de hierro y del tamaño de Torre Eiffel, ¿es que no le enseñaron a pedir perdón cuando tenía tres años o qué? Porque conozco a niñas de cinco más bien educadas que usted.

—Lexi, mi amor —la abrazo por la cintura y tiro de ella, pero se resiste.

—¿Y todo para qué? —le pregunta gesticulando con la mano que no sujeta el transportín de Kitty—. ¿Para subir antes al avión? Pero si los asientos están reservados, nadie puede quitarle el sitio.

—Piérdete, ¿quieres, niña?

—¿Que me pierda? —repite cinco tonos más agudo y tiro de ella antes de que monte un numerito de los gordos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto sin reprimir la sonrisa.

—¿A mí? Nada. ¿Al mundo? De todo. ¿Qué clase de mujer hecha y derecha no sabe pedir disculpas a un tío solo porque esté cuadrado? ¿Es que no tiene padre? ¿O hijos? ¿O sentido común?

—¿Crees que podrás perdonarle la vida, mi amor?

Esta vez sí me oye. Su cuerpo se ablanda y retuerce.

—No me gusta que te den golpes. —Pone morros y me acaricia el

brazo, luego chista la lengua—. Para empezar, ¿por qué no te defiendes?

—Lexi, mido uno noventa, estoy acostumbrado a que la gente haga lo que pueda para existir a mi lado.

—Pues no deberías. Deberías cuidar mejor de ti.

No sé qué le pasa desde hace unos días, pero me está matando. Peor, me está haciendo imposible no buscar un anillo en Tiffany. La beso y no la suelto. No puedo hacer nada con la mirada asesina que le lanza a la mujer cuando pasamos por su lado en busca de nuestros asientos, pero al menos no hace más comentarios.

—¿Y qué me dices del otro día en el supermercado? —pregunta colocando su bolsa de mano en el compartimento de encima de los asientos—. Ese anciano chocó su carrito contra el tuyo y ni siquiera te miró. Debería haber un carnet de puntos para irlos perdiendo cuando te vuelves idiota.

—¿Crees que el baño del avión es lo bastante grande para ambos? —pregunto colocando la mía a su lado, después de evitar que lo haga ella.

—Me sé de una que iba a tener un menos cinco nada más empezar el día.

—Supongo que no, pero podríamos probar, al fin y al cabo que lleves vestido facilita mucho las cosas. —La arrincono en su asiento de ventanilla, bebiendo de su olor a vainilla.

—En serio, al próximo que respire con desdén cerca tuyo le aplasto una tarta en la cara.

—Pensándolo bien, podríamos dejar la puerta abierta, ¿a quién le importa?

—¿De qué estás hablando? —pregunta con los ojos ocupándole toda la cara.

Meto la mano bajo su vestido y trepo por su pierna.

—De que quiero follarte hasta que lo único que recuerde tu cerebro sea a qué sabe un orgasmo.

—*Toma ya* —dice alguien unas filas por detrás.

Lexi traga saliva y mueve los labios en busca de palabras.

—No seré yo la que se interponga entre tú y tu sueño —musita—, pero tendrás que esperar a que lleguemos a Londres. No sobreviviría viendo a la mal educada esa largarse con nuestro avión mientras nos detiene la policía.

Me da dos toques en el brazo avisándome de que mi otro compañero de vuelo ha llegado y me veo obligado a pegar la espalda al asiento en vez de mi boca a la suya.

Llegamos a Londres y sigo sin entender cómo ella no lo hace con

una contractura en la espalda, teniendo en cuenta que se ha pasado el vuelo acurrucada contra mí con el cuerpo en forma de «C».

—Es un don que tengo —dice moviendo los hombros—, ¿dónde habrá un baño?

—Ven —la cojo de la mano y tiro de ella hacia uno oculto en una de esas paredes modernas que nadie imagina que son baños públicos.

Por lo visto la ropa elegante no soporta ocho horas de avión, así que hemos tenido que llevarla en la bolsa de mano y ahora tenemos que cambiarnos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta alarmada cuando me cuelo en el baño de mujeres con ella.

La beso, la subo al lavamanos y me hundo bien en su boca metiendo una mano entre sus piernas por cada hora desperdiciada en ese avión.

—Pero, señor policía, ¿qué pasa con las normas?

—Vas a ver lo que pasa —tiro de ella y la meto en el baño más grande, tan vacío como el resto.

Espero que me mande a la mierda, que me llame degenerado y me empuje fuera, pero se aferra a mí como si cada segundo fuera el último que tiene de vida. *Esto es enfermizo, no puede ser natural, ni legal y quiero más, en vena, y de todas las formas posibles.*

Compro un par de cafés y la espero fuera, ya cambiado, todavía pasándome las manos por el pelo con tal de arreglar mi imagen. *Amy, Nina, Daisy y Nolan ya me conocen y bastante teniendo en cuenta todo lo que hemos hablado por teléfono. Pero estoy nervioso por conocer a los padres de Lexi.*

Se planta delante de mí sacándome a empujones de mis pensamientos con esa falda corta a cuadros azul y amarilla que deja expuestas sus infinitas piernas. Me encanta lo que gritan sus mejillas y la forma que me recorre de arriba abajo con la mirada babeando. Controlo mis impulsos de llevarla de nuevo al baño. Apenas funciona. Carraspeo.

—Entonces, *—Nina veintiocho, Lexi veintisiete, Daisy veinticinco y Amy veinticuatro—*, ¿las cuatro sois de padres diferentes?

—Sí —acaricia a Kitty en su regazo—, mamá se casó y divorció del padre de Nina, se casó y divorció del mío, luego del de Daisy y por último del de Amy. Después volvió a casarse con el mío y llevan juntos más de veinte años. Es una romántica, no superó cómo se conocieron.

—¿Cómo se conocieron? —paso por alto su espasmo de sorpresa.

—En un concierto del grupo favorito de ambos: los Beatles. Mi padre le regaló la entrada a mi madre después de oírla llorar desconsolada, diciendo que en taquilla estaba todo vendido. Trece

minutos después ninguno de los dos quería entrar al concierto y trece días después se prometieron.

—Cuando lo sabes, lo sabes, ¿no?

Lexi se encoge de hombros. *La hija prudente de unos padres impulsivos.*

—Mi padre había perdido a su madre justo esa semana y dijo que vio la misma alegría en los ojos de Victoria Daughbeth. Ambos son de la clase de personas que se dejan llevar y la verdad, no les ha ido nada mal. A pesar de que mi padre se haya convertido en un hombre peculiar, son felices.

—Siempre dices eso, ¿a qué te refieres exactamente cuando dices peculiar en ese tono?

—¡Lexi! —grita una voz que suena mucho a Daisy Dooren.

La biotecnóloga de Montana llega corriendo con una enorme bolsa de viaje rosa sacudiéndose a su espalda y una cara de pena dolorosa de ver. *No, joder, más lágrimas no.* De las tres, Daisy sin duda ha sido la que más me ha costado tranquilizar.

—¡No vuelvas a hacerme esto!

—No pensaba conocer a más gente peligrosa, he cubierto el cupo. Ahora solo gente rara o aburridísima.

—¡No hagas bromas!

—Vale —se medio ríe, medio llora—. Calma, cervatillo, no me ha pasado nada.

—¿Cómo vamos a aparentar normalidad delante de mamá? ¡Se va a enterar de todo!

—Qué va, fijo que no se traga que Levi es mi novio y pasará de ambos como ha ocurrido con mis últimos novios falsos. Tú solo evita llorar como una magdalena, ¿sí? —le limpia las lágrimas y saca algo redondo de su bolso con una esponja pequeña y un espejo, pero antes de que la toque, Daisy se lanza contra mí.

—Muchas gracias por cuidar de ella, Levi-Ryan Diago —solloza contra mi pecho—. Me ha costado mucho hacerte caso, ha sido muy difícil no ir a Michigan.

—Lo has hecho muy bien.

—*Daisy* —se queja Lexi.

—No llores —la señalo—, resiste.

Llega Amy. Me siento traicionado cuando sus palabras provocan que Lexi llore. Sobre todo cuando su discurso empieza con «habichuela hedionda y putrefacta».

—Estáis juntas y a salvo —gruño en su oído mordiéndola—, no hay motivos para estar triste.

—Es que me ha dicho… —procede a hablar en un idioma

inteligible y la pego contra mi pecho mientras me lo hunde.

Estas tres son como Sasha, Sabrina y Samantha, cae una y el resto la sigue como un jodido dominó.

—Te he traído esto —dice Daisy sacando lo que parece ser una lámpara de mesa—. Para que lo pongas en tu nuevo despacho cuando te asciendan.

—Hay algo que no os he contado para no preocuparos más, veréis hay una razón más por la que decidimos volver a Acorn Hill… —No ha terminado la historia cuando llega Nina, así que los llantos se combinan con insultos a Jax y Dínamos que me saben a gloria.

Aprovecho para presentarme formalmente a su prometido, el hombre rubio, alto y de cuello tatuado con el que viene, Nolan-Kane. *Médico, dueño de un resort, joder, me siento raro sabiendo tanto de un tío al que nunca había visto en persona.*

—Es un placer para mí también, Ryan, muchas gracias por cuidar tan bien de Lexi —responde dándome un sincero y fuerte apretón de manos—. Como te dije, el resort está a vuestra disposición para lo que necesitéis.

Si no se hubiera ganado ya mi respeto, lo habría hecho en ese momento. Pego a Lexi contra mi costado cuando se le vuelven a enrojecer los ojos.

Es extraño, pero es la primera vez que me siento como en casa estando tan lejos de ella.

31

Lexi

OBJ

La actualización es la siguiente: han estado taladrando con llamadas a Levi y él les ha contado cada detalle de la investigación, incluso lo de la joyería de Detroit. Les juró absoluta transparencia porque eso era lo único capaz de tranquilizarlas. Miro al hombre a mi espalda hablando animadamente con Nolan mientras avanza por el jardín hacia la entrada del castillo de Victoria Daughbeth y por poco necesito un desfibrilador.

—Ojalá esto se resuelva pronto, la boda de Nina es en poco más de un mes y la tía se niega a ir a por el vestido hasta que estemos todas —dice Daisy.

—¿Estás loca? Ya deberías haberlo comprado, ¿y si no da tiempo a encontrar el perfecto y…?

—Vamos a ir juntas, hicimos un pacto de niñas y no voy a romperlo. *Y punto* —añade en un tono-mami que me encanta—. Yo confío en Levi-Ryan.

Le beso en la mejilla y luego le paso el iluminador para que termine la nariz de Amy mientras hablamos por los codos y caminamos lo bastante deprisa para que no nos oigan.

—Hasta os inventasteis nombres para poder llamarle a todas horas, anda que ya os vale —resoplo—. Dijimos que solo llamaríamos para emergencias.

—¿Inventarnos nombres? —pregunta la piloto mientras la ayudamos con los últimos retoques del maquillaje que no ha podido aplicarse durante su vuelo.

Porque sí, la tía ha conducido hasta aquí.

—¿Amyrald? ¿Dashyan? ¿Niko?

—Eso fue cosa de Levi —dice Nina.

—¿Cómo has…? *¿Qué?*

—Sí, para cubrirnos y que no supieras que estábamos un pelín

nerviosas —explica Daisy guardando su colorete—, fue todo un detalle.

Dios mío. Dios mío.

—¿Se puede saber qué está pasando entre vosotros? —pregunta Nina.

—¿A-a qué te refieres?

—Estáis borrachos el uno del otro —suelta la misma.

—Habéis estado haciéndolo como animales, ¿a que sí? —Amy saborea su pregunta.

—Un poco —carraspeo mientras se ríen, me empujan y me apretujan los brazos.

—Así que por eso tiene las mejillas rojas —dice Daisy.

—No significa nada, os lo aseguro.

—Uy, esta necesita una intervención —Amy me olisquea—, suelta un tufo a terror que tira de espaldas.

—Será por la presión —dice Nina—, la historia de amor de Arthur y Victoria es difícil de superar. El amor que sobrevive a todos los divorcios.

—No es presión, es que no tenemos nada que ver. Discutimos mucho, por todo en realidad, y ni siquiera vivimos en el mismo estado.

—Dos problemas con una misma solución: sexo —dice Amy—, que te lo diga Nina.

—Es cierto, es un método infalible.

—¿Tú querrías que hubiera algo? —pregunta Daisy plantando una semilla peligrosa en el jardín de mi cabeza.

Una pena que Nolan y Levi lleguen hasta nosotras justo entonces y debamos dejar la conversación en pausa. Nada más cruzar las puertas del castillo, todos los recuerdos de mi infancia vuelven a mí. Nos oigo reír, persiguiéndonos y corriendo de un lado para otro fingiendo ser princesas guerreras que han conquistado el castillo. *Cuánta felicidad contenida en un solo lugar. Cuantos recuerdos preciosos de una infancia cada día más lejana.* De inmediato pienso en las trillizas de Kadmus, las echo de menos.

Oigo los pasos rápidos de Victoria Daughbeth bajando la escalera central de mármol y el pánico hace que todo se esfume.

—Sobre todo, actuad con normalidad —ordena Nina poniéndose las botas de hermana mayor—. No puede leernos la mente, aunque lo parezca. Podemos con esto, equipo.

Desde la distancia, los ojos de mamá recaen sobre Levi, a diferencia de todas las anteriores veces que traje un novio falso. *Ya empezamos mal, la virgen.* Me aseguro que se debe a que es el hombre más guapo

que ha visto en su vida y que está intentando digerirlo. Levi me da un apretón en la cintura y yo se lo devuelvo. *Estamos juntos en esto.* El segundo pasa y mamá se centra en nosotras.

—¿Cómo están mis niñas? —extiende los brazos y acudimos al abrazo.

—Maravillosamente —empieza Nina.

—Muy contentas —la sigo.

—Más que alegres.

—Magníficas —termina Amy.

—¿Alguna vez vais a dejar de tomarme el pelo? —Nos da con el abanico una a una, canturreando la pregunta.

—No —respondemos al unísono.

Ya alejándose de la moda japonesa tradicional, ahora mamá se ha visto más atraída por la china, así que ha cambiado el kimono por un qipao rojo con una abertura lateral hasta la rodilla. Está muy guapa y estoy a punto de decírselo cuando pasa de largo.

—Nolan, es un placer volver a verte, cariño —dice abrazándolo.

Es increíble lo rápido que ha sido aceptado en nuestra familia. *No es para menos, teniendo en cuenta todo lo que ha hecho.* Pero de repente, me nacen nuevas preocupaciones. Temo que mamá abrace a Levi y también que no lo abrace. Temo que se sienta rechazado, despreciado y un millón de cosas más mientras Nolan y ella le dan a la sin hueso. Mis pulsaciones quedan en pausa cuando gira su cabeza pelirroja hacia él.

—¿Y quién es este apuesto desconocido que cogía la cintura de mi hija?

—Soy Levi-Ryan Diago, encantada de conocerla, señora Daughbeth.

Mamá le mantiene la mirada unos segundos, sin estrecharle la mano. *No puede rechazarle. No voy a permitir que lo haga. Voy a…* De repente, extiende los brazos y le rodea en un abrazo cordial, pero sentido. *Estoy muerta, ¿a que sí?* Nina me aprieta el brazo.

—El placer es mío, Levi-Ryan —dice al soltarlo, luego da un paso atrás y nos mira a nosotras. No, a mí—. ¿He de suponer que la criatura es tuya?

—¿C-criatura? —*oye que la futura embarazada es Nina.*

—La que tienes a tus pies, hija mía —sigo su mirada y veo a Kitty, inmóvil, convertida de nuevo en Lady-Estatua—. ¿Has comprado un perro? —Sonríe, pero no a mí, a una Lexi muy lejana que medía medio metro y le pedía un gato cada mañana.

—No, la he adoptado, mamá. Iban a sacrificarla —la cojo en brazos y su agradecimiento es desmedido, como de costumbre—. Mataron a

su madre a golpes y a esta pequeñaja la abandonaron junto a sus tres hermanas para que se murieran de hambre. En el refugio de animales que las rescataron solo quedaban dos que no habían sido adoptadas y bueno, resumiendo, se llama Kitty.

Mamá no es la única que sorbe sus emociones, pero sí la que me la quita de las manos. Tras un primer instante de timidez, Kitty mueve la cola eufórica de tanta atención.

—Bienvenida a la familia, Kitty. —La acuna contra el pecho—. Estaréis sedientos, ¿os apetece un coctel antes de la cena? Todavía es pronto y faltan invitados por llegar. —Se adentra en la casa robándome a mi Kitty y una vez puedo dejar de fingir, reconozco que no me entra oxígeno en los pulmones.

—¿Qué? —pregunta Levi—. ¿A qué vienen esas caras?

—Nunca había pasado esto —jadea Nina.

—Nunca se lo traga —esta es Amy—, nunca los mira dos veces.

—Pero te ha abrazado —digo—, ¿porque te ha abrazado de verdad, no?

—Sí, yo lo he visto —dice Daisy.

—Yo también —dice Nina—, creo. Dios, estoy en shock.

—Qué raro todo —decimos las cuatro a la vez.

—¿Niñas?

—Ya vamos —dice Nina extendiendo la mano hacia Nolan, como si no fuera capaz de dar un paso sin él.

La encontramos de camino al salón, observando cómo la mano de Levi se hunde en mi pelo para acariciarme.

—Daisy, me gusta tu collar, ¿son diamantes?

—Sí, como son pequeños pude permitírmelos, lo cierto es que me robaron el corazón. O sea, que se lo quedaron sin permiso. Pero pagué por ellos. Nunca he robado nada.

Amy le da un manotazo para que se calle.

—Tesoro, ¿ya has encontrado un nuevo apartamento? —pregunta mamá poniendo una mano en mi hombro en una caricia.

Todas se acercan a mí con escaso disimulo.

—Sí, mamá, en el mismo edificio había varios vacíos con un alquiler similar.

—¿Y la empresa?

—Oh, como siempre.

—El otro día fui al banco y los intereses de los préstamos son un robo a mano… —Nina deja de hablar y se queda blanca—, no, ahora que lo pienso, creo que lo soñé.

Que alguien las haga callar.

—¿Bebemos algo? —pregunta Nolan, tirándole un salvavidas.

—Dios sí, mataría por un martini. O sea, no de verdad —aclara Amy—. No soy una asesina.

—Yo estoy a punto de serlo —respondo.

Las manos de Levi llegan a mis caderas y el efecto es inmediato. Hay algo cálido en la forma que mi espalda encaja contra su torso, lo a salvo que me hacen sentir esas manos rodeando mi cuerpo. El imponente Nolan-Kane se convierte en el pastor que tira del rebaño hasta el salón y es el poli quien intercepta a una de las ovejas y la aprisiona contra la pared de la sala vacía más cercana.

—Cálmate, ¿quieres? Estás muy nerviosa y se te está notando.

—Dejaré de estarlo después de asesinar a esas tres.

Sin aviso, le da un tirón a mi camiseta, bajándomela hasta la cintura, liberando mis pechos y metiéndose uno en la boca.

—Dios mío.

Me presiona contra la pared, me chupa hasta que estoy dura y sensible, y convierte mi vagina en lava.

—¿Quién va a ser una buena chica?

—Me marco un Levi-Ryan Diago y paso de contestaa-*ah*… —cuando succiona sé que debo decirle que pare, pero no soy capaz.

Me tapo la boca para reprimir un gemido.

—Eso es, Rapunzel —habla cerca de mi pecho, sin soltarme y dejándome expuesta—. Por primera vez en semanas vas a tener una cena normal, disfrútala, ¿de acuerdo?

Su preocupación me curva los dedos de los pies, pero todavía me tiemblan las piernas.

—¿V-vas a soltarme? —pregunto temerosa y excitada por lo que pueda hacer.

Por lo que sería capaz de dejarle hacerme aquí y ahora.

—En un segundo, ¿a qué viene el acento inglés exagerado? —me acaricia con los dedos generando una tormenta eléctrica penetrante.

—Mamá no puede saber que Starbucks está conquistando mis raíces —marco cada palabra y por cómo se le enciende la mirada juraría que le gusta—. No me puedo creer que te haya abrazado. ¿Estás seguro de que no la conocías? Tal vez le salvaras la vida en el pasado.

Se pega a mí y sus caderas hacen un movimiento certero justo en plena diana. Lo imito y le beso. Me lo devuelve separándome los labios, hundiéndose en mí y… Levi se aparta demasiado pronto. Mi camiseta vuelve a su posición inicial, pero mi cuerpo sigue ardiendo por él. Necesitándole.

—Todo va a salir bien —me acaricia los brazos, me besa la frente y me libera de su jaula entrelazando su mano con la mía.

—¿De verdad lo crees?

Tira de mí y caminamos hasta el salón-comedor, la sala más victoriana de todo palacio.

—Siempre que dejes de mirarme así y no tenga que empotrarte delante de todos, sí. De verdad lo creo.

32

Levi-Ryan

Concluyo que odio a la tía Scoty segundos después de oír y ver cómo se dirige a Nina.

—Tranquilo, la sed de venganza que emana de sus ojos es normal —me explica Amy por lo bajo—, jodimos a su hija a lo grande después de que se pasara la vida fastidiando a Nina y todavía está digiriendo el zasca monumental.

—Quiero conocer esa historia.

—Ya lo creo que quieres —dice Nolan con orgullo.

La sala es inmensa y se divide en dos zonas, en una está la mesa en la que cenaremos con más cubertería de la que he visto nunca, y en otra un grupo de asientos diversos y victorianos en los que sentarse a beber y hablar. Lexi y yo estamos en un pequeño sofá abotonado de cresta arqueada y patas cabriolé que tiene pinta de costar una fortuna.

—Papá —Lexi se levanta de golpe y la imito—. Ven, quiero presentarte a alguien.

Un hombre de unos setenta, pelo blanco y de complexión delgada sonríe en mi dirección cuando Lexi tira de él hacia mí.

—Arthur Love, él es Levi-Ryan Diago. Es policía, nos conocimos cuando me quedé encerrada en un ascensor, él me salvó.

—Gracias por salvar a mi hija —dice muy sonriente, mientras me da la mano enérgicamente.

—Solo estaba haciendo mi trabajo, señor, no fue nada. Es un placer para mí conocerle.

—Levi, él es psicólogo, como Nathan Adnari. Papá, son buenos amigos.

—¿Es eso cierto? —sonríe más cuando asiento mientras continúa dándome la mano—. ¿Acaso fue tu terapeuta?

—Sí, durante unos años difíciles lo fue, somos amigos desde entonces.

—¿Puedo hacerte una pregunta, hijo?

—Papá.

—Claro, señor.

—¿Cuál ha sido el evento más traumático que has vivido? —pregunta con la mayor de las sonrisas.

—¡Papá! —Lexi da un respingo, suelta una carcajada nerviosa y se apoya sobre nuestras manos para soltar el agarre. Luego me bloquea con su cuerpo—. Esa no es una pregunta que hacerle a alguien que acabas de conocer.

—Ah, ¿no lo es? —Arthur Love suelta una carcajada.

—No ni siquiera a alguien que conoces mucho.

Decir que mis sentidos están alerta sería un eufemismo. Se me congela la sonrisa que ya no sé cómo mantener.

—Disculpa, Levi-Ryan, eso es lo primero que les pregunto a mis pacientes cuando vienen a mi consulta —dice entusiasta—, te sorprendería lo que me cuentan. Aunque algunos prefieren escribirlo. Tuve un paciente que decidió escribírmelo al revés, ¡ese fue un día de trabajo divertido!

—Genial, papá, luego nos vemos.

—Claro, hija, cenamos juntos.

Lexi tira de mí hacia una mesa llena de copas de champán.

—¿Tu madre…? No sé cómo terminar la pregunta.

—Oh, con ella no es así.

—¿No lo es?

—Hablar con ella es el único momento de plena cordura que experimenta su cabeza. Verás, a mi padre también le gustaban bastante los Rolling Stones.

—¿Quieres decir…?

—Se encuentra en un permanente estado de felicidad debido a la droga, sí. Es peculiar, pero te juro que es un buen hombre que busca ayudar a la gente, aunque no estoy segura de que lo consiga. —Se aferra a mi camisa—. Por favor, no te vayas de aquí sin mí.

Controlo mi carcajada como puedo y le beso le mejilla y el cuello.

—Lexi —Nina chista a su hermanastra.

Las cuatro comparten una mirada y un claro deseo de poner los ojos en blanco cuando oyen a alguien en la entrada.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Blair, mi prima, Vykna, la de Daisy y Dhona la de Amy, acaban llegar.

Una de las razones por las que ninguna quería venir eran sus padres, algo para lo que a estas alturas de la velada no necesito más explicación. Pero la segunda razón eran sus primas. Victoria anuncia

que es la hora de la cena y ocupamos las sillas con ornamentación dorada y mullidos asientos de terciopelo rojo antes de que se produzca ninguna otra presentación.

Se me quita el hambre bastante rápido.

—Y Blair ha cerrado más de tres tratos que superan las seis cifras en lo que llevamos de año. Algunas han nacido para triunfar —dice Jessica, la madre de Blair, que lleva monopolizando la conversación unos eternos quince minutos.

—Gracias mamá, pero aquí la verdadera fuente de inspiración es Lexi —Blair clava su tenedor en un guisante—, con un apartamento chamuscado y su carrera en el peor momento que ha conocido, ahí la tienes con una enorme sonrisa en la cara.

Calculo cuánto podrían tardar en llegar aquí mis contactos de la policía inglesa.

—¿El peor momento de su carrera? —interviene Victoria mirando a su hija—. ¿Ha pasado algo que no sepa, cariño?

—No es nada, mamá.

—¿Qué te tengo dicho de reprimir emociones, pequeña? —pregunta su padre como no, sonriendo de oreja a oreja.

—Papá, no es nada.

—Hazle caso, prima, no nos ocultes lo hundida que estás, somos tu familia. Arthur, Victoria, Lexi ha perdido un ascenso por el que llevaba meses peleando y con él un montón de dinero para proyectos que ya no podrá hacer —deja un espacio para que la mesa entera se horrorice—. Pero tienes que estar orgullosa, prima, al menos has competido con gente competente. Algún día estarás a la altura de Jax, tú sigue intentándolo.

Lexi suelta el tenedor y espero ansioso a que se la devuelva, pero se contiene.

—Blair, no deberías sacar un tema tan triste, vas a deprimir a la mesa —le dice Jessica con una odiosa carcajada, cortando un guisante en dos.

—Cariño, ¿por qué no me lo habías contado?

—Porque no fue eso lo que pasó, mamá —interviene Nina incapaz de callarse—, una de las jefazas tiene cruzada a Lexi porque adora a Ashia.

—Y Jax, como buen lameculos y traidor asqueroso que es, ha aprovechado la oportunidad —dice Daisy dando un golpe en la mesa.

—Si se tenía que quemar algo, ya podría haber sido la empresa y con todas esas ratas dentro —suelta Amy.

—¡Amy! —la reprende su madre mientras Nolan y yo nos aguantamos la risa—. No hagas bromas tan salvajes, hija.

—Es de mal perdedor no saber aceptar cuando la victoria es de otro —interviene Jessica—. Eso es algo que le he enseñado bien a mi Blair.

—Ojalá le hubiera enseñado que una buena periodista debe aprender a contrastar sus fuentes antes de realizar afirmaciones que podrían dejar en evidencia su escasa profesionalidad —pincho un guisante chirriando el tenedor por el plato—. Nos ahorraría las molestias de tener que corregirla delante de la mesa y provocar que todos pusieran en duda si las hazañas de su hija han sido tan merecidas como presume, teniendo en cuenta quién ha sido su mentora.

Lexi me mira boquiabierta.

—Perdónale, tía Jessica —dice Nina cortando los resoplidos de ofensa—, Ryan es policía y tiene un sexto sentido para calar a la gente.

—Me preocuparía por mi seguridad si fuera él quien tuviera que procurarla, si es tan rápido a la hora de juzgar a quien acaba de conocer. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Levi-Ryan Diago —responden las cuatro al unísono.

—¿Qué vas a hacer al respecto, Lexi? —pregunta Victoria—, contra Jax.

—¿No deberías alentarla a aprender de alguien que claramente es mejor que ella? —pregunta Blair con tono inocente.

—¿Es que aún no te ha quedado claro, *paparazzi*? —le gruñe Amy —. Jax no es mejor que Lexi ni en las putas fantasías con las que se masturba cada noche.

—Prima, hablar con tanta vulgaridad no es femenino, deberías corregirlo si quieres casarte —interviene Dhona, su prima.

—Tal vez su futuro marido la acepte si su padre suma un par de cabras a su dote —la defiende Daisy.

—Jax es muy bueno en su trabajo —interviene Lexi—, pero no consiguió el ascenso de forma justa. No está cualificado para el puesto y…

—¿Según quién? —interviene Jessica—. *¿Tú?*

—Sí, Jessica, según la persona que ha trabajado con él codo con codo durante años. Quien le ha visto cometer los mismos errores una y otra vez, ser un mal líder las pocas ocasiones que ha tenido la desgracia de serlo y…

—Y aun así va a ser tu jefe —la corta Blair—, diría que en esta vida conviene más ser como él para triunfar.

—Eso es lo que nos diferencia, Blair. A ti solo te importa llegar a la cima, yo no estoy dispuesta a perder mis principios por el camino. A

tu pregunta mamá, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que la verdad se sepa. Cuento con el apoyo de Ashia y juntas…

—Venga ya, una mujer negra y trans no puede considerarse un apoyo poderoso en ningún escenario. No es más que un mero protocolo inclusivo de la empresa. —Un segundo después de que Blair pronuncie esas palabras, su vestido blanco se mancha de vino rojo, más o menos cuando Lexi le vacía la copa encima.

Se desata el caos.

Mientras Blair grita, Daisy, Nina y Amy se ponen en pie sujetando sus copas por si Jessica tiene ideas raras. Arthur Love se lleva a su hermana y a su sobrina a la cocina, sin contener la sonrisa, y el resto de la mesa elige bando. Mientras discuten, saco a Lexi del salón y la arrastro sala tras sala besándola por todas partes.

—Eso ha estado *muy bien* —gruño contra su boca tirando de ella hacia las primeras escaleras que encuentro.

—¿De verdad lo crees? —se aferra a mi cuerpo jadeante y eufórica, me rodea con las piernas y yo le aprieto el culo bajo la falda.

—Me encanta que defiendas a aquellos a los que quieres, pero no te has defendido cuando te atacaban a ti. —La suelto y la presiono contra la barandilla de pared—. Y eso me enfurece.

—¿Sí? —Se escapa de mí y llega hasta lo alto de la escalera. Lexi se deshace de su camiseta en mitad del pasillo y lanza una descarga directa a mi polla—. ¿Cuánto?

Recojo su camiseta del suelo y la sigo, sin saber cómo me queda sangre en las piernas para poder usarlas. Se contonea para mí sin romper el contacto y juro que jamás he visto a una mujer como ella. Es todo lo que deseo, es mi sueño irritante, húmedo y perfecto.

—No debería jugar con fuego, señorita Love. El castigo puede ser severo.

Lexi se detiene pegando la espalda a una puerta de las muchas que hay en el pasillo, arqueando la espalda sin romper el contacto visual, disfrutando mientras me tortura. Oímos voces a nuestra espaldas, una que suena bastante a Blair seguida de varios empleados viniendo en nuestra dirección. Lo único que hace Lexi es ladear la cabeza mirándome con inocencia cargada de lujuria, dejándome claro que va a quedarse ahí parada, pase lo que pase.

No puedo resistirme, la toco en cuanto la alcanzo. Amaso sus pechos, me froto contra ella y resbalo sobre su ropa interior mojada, mimando su clítoris. Se retuerce, sus caderas se mueven contra mí suplicándome que le dé lo que quiere, que entre en ella.

—*Levi…*

Los pasos y las voces se aproximan, pero no dejo que abra la puerta

cuando lo intenta.

—El castigo aún no ha terminado.

Su mirada es de pánico y excitación máxima justo antes de que me devuelva el beso con más intensidad. Aumento la velocidad de mis dedos mientras mi erección suplica ser partícipe del juego y sus jadeos se convierten en gemidos. Presiono más rápido y más fuerte.

—Demuéstrame que te defenderás la próxima vez —gruño en su oído—. Que cuidarás de ti.

Sus dedos trepan hasta su entrepierna y apartando su ropa interior, se da el placer que se merece sin dejar de mirarme. Acaba de metérselos cuando se le contrae el rostro y el cuerpo entero, está a punto.

Soy egoísta, tanto como para no querer que nadie más vea lo que es mío, la puta suerte que tengo. Casi arranco la puerta cuando la empujo dentro y cierro de un portazo sin preocuparme de buscar un cerrojo. *Que entren si se atreven.* La dejo al borde de la cama, le subo la falda, me deshago de sus bragas y clavando las rodillas en el suelo bebo de ella con ansia desmedida. Le hundo dos dedos y chilla mi nombre masturbándome el ego, perdiendo el control a medida que aumento la velocidad de mi lengua, palpitando con intensidad.

No tarda nada en ceder al orgasmo y no entiendo cómo lo hago yo también. El tsunami de placer arrasa con ella y yo estoy ahí para darle lo que necesita.

No tardo mucho en levantarla, temblorosa y jadeante. Un preservativo después que ella misma pone en mi mano, la tengo a cuatro patas en la cama, aferrándose a las sábanas como puede. En cuanto su miel recibe mi erección, la embisto haciéndonos polvo a los dos. Me mira por encima del hombro con las mejillas encendidas y el deseo en su iris avellana.

—Levi, eres increíble.

Está tan sensible que cuando cojo uno de sus pezones y lo acaricio, se muerde el labio con fuerza y emite sonidos desconocidos hasta la fecha. Una mezcla entre súplica y sorpresa que me la ponen todavía más dura. Bajo la mano hasta la calidez que irradia de su entrepierna y ella late frenética cerniéndose sobre mí con tal vigor que la noto hasta en el alma.

Se mueve contra mí, ayudándome con las embestidas hasta que llego al límite, presentándonos un nuevo nivel de tortura a ambos. Grita mi nombre y repito el movimiento hasta que no puede más. Hasta que la lleno por completo y estamos tan conectados que solo puede ceder a lo que siente.

Ceder *ante mí*, dándome todo el poder y haciéndome el hombre

más afortunado del puto mundo.

Hace falta cada granito de disciplina que hay en mi cuerpo para no correrme con ella. Gasto lo equivalente a un puto Sáhara y aun así, solo gano unos ínfimos segundos de margen. El orgasmo es tan brusco y potente que me convierte en otra persona, en una incapaz de ser otra cosa que esto. Me arranca una ristra de sonidos guturales y parezco una puta bestia, pero ella me sigue.

—Dios, *dios, ¡Levi!*

En cuanto me derramo en su interior y su tercer orgasmo me atraviesa el alma, ambos descubrimos una nueva frontera. Un paraíso más allá. Me aferro a ella insaciable, esperando a que la emoción amaine, pero no lo hace. Se alarga. Se estira como un chicle a través de mí borrando cada recuerdo que tengo antes de Lexi Love.

Oigo su voz, cómo intenta encontrar las palabras, pero no es capaz.

La levanto y rodeándola con un brazo por la cintura la sostengo contra mí y le beso un hombro mientras inhalo toda su esencia.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunta buscando mis labios.

—No tengo ni idea. ¿Cuántas veces has…?

—Tres. Yo nunca…

—*Joder,* lo he visto.

Se ríe y yo también. Me cuesta horrores salir de ella. *Tan cerca no hay quien luche contra la atracción que me está dejando tonto.*

Dicen que los polos opuestos se atraen, pero nosotros somos muy parecidos. Igual de tercos, igual de dispuestos a ponernos en la línea de fuego por los demás, siguiendo las reglas de la física tendríamos que repelernos, pero aquí estamos.

Ni siquiera cuando vuelvo a enfundarme en el traje me creo algo de lo que acaba de pasar. Por la sonrisa melosa que tiene, diría que ella tampoco. Me mira como si fuera su templo sagrado y quiero hacerle pecar.

—¿Alguien ha llamado a la puerta antes? —pregunta carraspeando —. Me ha parecido oír algo.

—Me da que no habría sido consciente ni aunque se nos hubiera caído encima el techo. ¿Dónde estamos, por cierto?

—En mi habitación.

Que absurdo, me las había imaginado a las cuatro en una caja de cerillas compartiendo literas dobles. Está claro que mi cerebro no asimila lo que supone vivir en un castillo.

—¿Montabas a caballo? —pregunto cogiendo una foto de una niña rubia, adorable y con trenzas subida a un caballo negro.

—Un poco, hasta que me caí. Creo que fue en la tercera sesión.

—¿Te hiciste daño?

—No —me quita la foto y la deja donde estaba—. Vas a acabar sabiéndolo todo de mí, Levi-Ryan. ¿Piensas parar en algún momento?

—*No*. —Me pongo la camisa, pero no me la abrocho porque mi cuerpo quiere tentarla con tal de que me deje tocarla otra vez.

—Supongo que entonces es justo que yo sepa algo más de ti. —Se muerde el labio nerviosa y se alisa la falda.

—¿De qué hablas?

—Tu… tu madre me contó lo de Denek hace unos días. Fui al cementerio con ella la mañana del DAC. Levi siento tanto lo que viviste. Siento tanto no haber estado allí contigo.

Mi corazón se congela mientras mi peor pesadilla se vuelve realidad.

—¿Cómo?

—Fue por accidente, me la encontré cuando volvía a comisaría. Me preguntó si quería dar un paseo y llegamos allí.

Las palabras del hombre que admiré durante años vuelven a mí para hacerme daño. «Es tu culpa, tú lo dejaste morir». Revivo aquel momento, cuando el alcohol apenas le permitía estar en pie. «Perder a mi hijo es lo que me ha hecho esto y tú podrías haberlo evitado. ¡Fuiste tú quien destrozó esta familia!».

Mi estómago se revuelve con brusquedad, me empapo en sudor gélido. Hacía semanas que no me torturaban, que no pensaba en ellas. «*Ahora será Lexi la que te culpe, hijo. La que se transforme. Te dará la espalda, igual que hice yo contigo».*

—Levi, ¿me oyes? Estás muy pálido, me estás asustando —me coge la cara, pero me aparto golpeando la puerta con la espalda.

—Me prometiste que solo irías a ver a Constance. Me has mentido, otra vez.

—Te prometo que ese era el plan, pero ya te lo he dicho, me encontré a tu madre de camino a la comisaría. ¿Qué iba a hacer?

Odio mi propia sangre, la que me corre por las venas. El desprecio es demasiado fuerte. *La oscuridad siempre se lo come todo.* Quiero salirme de mi cuerpo, estar tan lejos de ella como sea posible. *Se acaba aquí, nosotros no estaremos juntos nunca más. Llegará el día en que solo seremos extraños.*

—Negarte. No tenías derecho a saberlo.

—No te molesta no haber sido tú quien me lo contara —dice con lágrimas en los ojos—, te molesta que lo sepa.

—Sí —admito con sequedad arisca—. Pues claro que me molesta.

—Yo me he abierto a ti, he sido vulnerable. Me has visto en mi peor momento.

Está llorando por mi culpa. Sí que soy escoria, sí. Incapaz de seguir

viéndola así, abro la puerta para salir de allí, pero ella la cierra de golpe.

—Sé que no quieres hacerme daño, sé que hay algo que no estoy entendiendo —empieza de nuevo—. Así que por favor, cuéntamelo todo. Necesito saber toda la historia para comprenderlo.

—No. —Me aparto de ella cuando intenta tocarme porque la idea me pone enfermo.

Me paso por la habitación. Vuelvo a ser una víctima. Vuelvo a tener quince años. Diecisiete. Repito la mañana que perdí a Denek. La noche que mi padre me dejó a cargo de la comisaría. Revivo todo lo que vino después desgarrándome la piel sin dejarme marca. Hiriéndome sin que pueda defenderme.

—Levi.

—Necesito que lo olvides —me mira como si me hubiera vuelto loco—. Que no vuelvas a sacar el tema de mi familia. No es cosa tuya.

—Estás en la casa en la que crecí.

Sabía que esto la haría sufrir. Que por mi culpa tendría que cargar con un lastre que no le pertenece. Pero por mucho que lo intente, todo vuelve a la superficie tarde o temprano.

—Estoy aquí haciéndote un gran favor. No hagas que me arrepienta.

—¿Lo que acaba de pasar también ha sido un favor? —señala la cama jadeante, incrédula y dolida—. ¿Es eso lo que estás haciendo conmigo? ¿Una obra de caridad para la pobre idiota que lo ha perdido todo?

—No he dicho eso.

—Puede que hayas ido a terapia, pero está claro que todavía barres bajo la alfombra.

—Un vaso roto con pegamento sigue siendo un vaso roto.

Y después de tantos esfuerzos, por fin vas a poder verme por lo que soy.

—Eres un cobarde —se le hunde el pecho—. Lo eres porque ni siquiera lo intentas.

—¿Que no lo intento? —por primera vez me acerco a ella como una hiena vengativa.

—¡No! He tenido que enterarme por Margarytha. Nunca me hablaste de tu hermano, nunca pronunciaste el nombre de Denek. No me has contado *nada* que no fuera necesario para que confiara en ti.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Qué obligación tengo contigo, ¿eh? Te he dicho un millón de veces que estoy trabajando.

—Eres un cerdo y un capullo. Y te odio.

—Te espero abajo —digo pasando por su lado.

Lexi se aferra a mi brazo y mis pasos frenan en seco cediendo a

algo superior a mí.

—Adiviné lo de tu padre y no te quedó más remedio que contármelo, pero eso no es *nada*. Esa no es tu historia, no es intentarlo. Por favor, inténtalo conmigo. Estoy aquí, puedo ayudarte tanto como tú me has ayudado a mí.

Que menosprecie mis esfuerzos, que vea insignificante algo que para mí es inmenso, duele mucho.

—No, está claro que no puedes. —Me vibra el móvil y meto la mano en el pantalón, haciendo oídos sordos de sus peticiones de que no lo coja, aferrándome a las últimas gotas de control que me ha dejado—. ¿Qué quieres?

Winchester me lo suelta todo de golpe y demasiado rápido. *Luna. Comprar a los federales. Todos llegarán a Acorn Hill por la mañana.* Cuelgo el teléfono, con la ira y el dolor sobresaliendo por encima de todo lo demás.

—Vámonos, me necesitan en casa.

—No voy a ir —dice sentada en la cama.

Cierro los ojos con fuerza. *El universo tiene que estar tomándome el puto pelo.*

—Vas a meterte en ese avión te guste o no. Vamos a volver a Acorn Hill esta noche *los dos* y no hay más que hablar. —Tiro de ella y hago que se levante, pero sigue sacudiendo la cabeza.

—No —se suelta y se cruza de brazos—. Llevo tiempo hablando con Ashia, tengo que ir a la empresa para solucionar las cosas. Pensaba ir en unos días, pero este es el mejor momento.

—No, es el peor, y he dicho que nos vamos.

—La idea de estar a tu lado ocho horas seguidas me pone enferma.

—Lo soportarás.

—¡No! —su voz se rompe y se le enrojecen los ojos—. Estar aquí ahora mismo cara a cara me hace polvo.

—Lexi.

—Deja de hablar. Te prometí que no cambiaría de idea, que no te pediría volver a Manhattan a la primera de cambio y te aseguro que voy a volver a cumplir mi promesa. Voy a volver a Acorn Hill, pero lo haré mañana por la noche y sola.

—Sabes que no puedo irme sin ti.

—No tienes alternativa, porque cojas el avión que cojas, yo no iré en él.

Oigo la puerta cerrarse detrás de mí y lo siguiente son mis pasos. *Todo se desmorona. El castillo de naipes ha durado demasiado tiempo. Antes de que acabe la noche las llamas llegarán al cielo desde el mismísimo infierno.*

33

Lexi



Cierro los ojos con fuerza deseando volver atrás.

—¿Estás bien? —Nina apoya la cabeza en mi hombro.

—Bien, sí.

—Joder, perdona, ha sido una pregunta tonta. Reformulo, ¿cuál es el plan?

—Emborracharme con Ashia cuando llegue a Manhattan hasta que me olvide de… *—sus ojos, su dolor, lo que ha dicho, lo que ha hecho, que se haya ido—*, todo.

Miro a los que arrastran maletas, a los que tienen la ilusión de unas vacaciones en familia dibujadas en la cara y a los que traen el cansancio característico de la vuelta y me siento diminuta, una mota de polvo en un cuadro que ya nadie mira.

—Si no quieres volver a Acorn Hill, puedes venir conmigo a Mountville. No quiero ser plasta, pero el resort es tu casa.

Le planto un beso en la mejilla y aparto las lágrimas de las mías.

—Te quiero, Nina.

—Y yo a ti. Y Levi también te quiere.

La fulmino con la mirada, pero es inmune. El silencio se alarga y las emociones pesan cada vez más.

—¿Sabes? Durante unos días, mientras jugaba con las trillizas, preparaba sándwiches de queso fundido con Bill y volvía a casa por la noche con Levi, creí haber encontrado mi Mountville. Es curioso lo rápido que puede cambiar todo.

—Ha sido una pelea —aprieta la mano que me agarra y la sacude mirándome con sus enormes ojos verdes—. No se ha acabado.

—Ni siquiera había nada que empezar, Nina. La que juega con fuego se quema y yo he compartido casa con Lucifer, lo que equivale a hacerse un dúplex en el infierno.

—Lex, desconozco lo duro que es su pasado y la profundidad de sus

cicatrices, pero he visto cómo te mira. Todas lo hemos hecho.

—No me mira de ninguna forma.

—Sí, por supuesto que que sí. Lo hace como si fueras la única mujer en el mundo y no se creyera la suerte que tiene de compartir el oxígeno contigo. Como si fueras un ángel que ha venido a arrancarle de las garras de mil demonios. Eso no se puede fingir. Te ha dejado entrar.

—No, desde el principio siempre hubo un muro y sigo estando al otro lado, sola.

—Ha venido aquí por ti.

—Amabilidad policial, ha dejado claro que solo estaba haciéndome un favor. Au, ¿por qué me pegas?

—Lo llamas a él cobarde, ¿pero y tú qué? Es la primera vez en tu vida que te enamoras de verdad de alguien y no te he oído decirlo ni una sola vez. ¿Es que acaso no vas a luchar por él?

—¿Enam…? ¿De qué estás…? —resoplo cinco veces seguidas—. Exagerada. ¿Y luchar por él? Nina, no puedo obligar a nadie a que esté conmigo si no quiere. Va contra la ley.

—Él quiere estar contigo. ¿Por qué si no iba a mudarse a Manhattan? Di otra vez amabilidad policial y te zurro.

—No lo conoces, se implica a fondo en su trabajo. Lo habría hecho por cualquiera.

—Cuidó de Kitty mientras trabajabas, se instaló en tu despacho, te consoló cuando ocurrió todo lo de Dínamos…

—Nina, para.

—Al llegar a Acorn Hill te abrió las puertas de su casa, te hizo una fiesta para que no te sintieras una extraña y ha estado hablando con nosotras día y noche, te aseguro que hemos sido pesadas. ¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Eso es justo lo que hace que duela tanto —admito con un nudo en la garganta del tamaño del avión al que voy a subirme—. Si fuera un cerdo, odiarle sería mucho más fácil.

—Todos tenemos miedo de algo, Lex.

—Pero si su miedo es acercarse de verdad a mí, sin barreras ni protecciones, entonces no hay nada que pueda hacer. ¿Qué habrías hecho tú si Nolan no hubiera ido a buscarte aquel día? ¿Dónde estarías ahora, eh, guapa?

—Eso es diferente —desvía la mirada.

—No, no lo es. Sí, puede que Levi… —cada recuerdo se vuelve contra mí—, puede que haya hecho mucho por mí. Pero eso no significa que me quiera en su vida.

—¿Le quieres tú en tu vida?

Mi corazón arde con cada latido, las llamas lo van a fundir y al final no me quedará nada.

—Se ha ido a Acorn Hill y cuando yo vuelva, todo será diferente.

—Ha dicho que había ocurrido algo.

—Era una excusa para obligarme a volver con él, para callarme y dejar el tema —le aseguro—, algo que por cierto, vamos a hacer tú y yo ahora.

—¿De verdad es tan importante que vayas a Manhattan esta noche?

—Esto es lo opuesto a dejar el tema.

—¿No preferirías volver y aclarar las cosas con Levi?

—No. Si se ha ido es porque quiere hablarlo tan poco como yo, lo cual es perfecto. Una vez acabado este tema, quería pedirte perdón.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por pinchar tu burbuja-de-amor-post-pedida-de-mano, por retrasar la celebración de las damas de honor, la búsqueda de tu vestido con Sawyer y por preocuparte en el momento más feliz de tu vida.

Me coge las mejillas con una sola mano y aprieta.

—Di eso otra vez y tú y yo vamos a tener un problema, niñata —me ladra, igual que cuando éramos crías y me pasaba de la raya—. No sé qué significa para ti un «te quiero», pero para mí significa pedirle a Sawyer que deje de traerme revistas de novia hasta que tu culo esté a salvo y las cuatro estemos tiradas en algún rincón paradisiaco del resort de mi futuro marido, ¿te enteras?

—Suena bien —dice Amy apareciendo de la nada.

—Traemos cafés anti-depre —Daisy carga con tres vasos grandes inundados de caramelo.

Nolan sujeta a Kitty y la chuche que le ha comprado en una tienda (fijo que carísima) del aeropuerto. *Joder, qué familia tengo.*

—He pensado en algo, Lexi —dice Amy—. Verás, tengo que pilotar un avión que en unos días saldrá de…

—No.

—Todavía no he dicho nada.

—No vas a venir conmigo a Manhattan. Ninguna.

Cuando me subo al avión, me alegro de hacerlo sola, así puedo torturarme en paz reviviendo cómo he metido la pata hasta el fondo. Pienso en todas las oportunidades que tuve de cerrarle puerta, de protegerme, y todas las que decidí no hacerlo. Mi cuerpo se estremece con el despegue. Pese a todo, las palabras de Nina han encendido una llama en mi pecho que no se apaga por mucho que le sople con cordura.

Llego a Manhattan por la mañana, la empresa está casi vacía porque es domingo lo cual es un puntazo. Envío un mensaje a Ashia antes de poner de nuevo el modo avión con tal de que mi patético subconsciente no espere su llamada. Me tumbo en el sofá de su despacho y duermo abrazada a Kitty hasta que aparece.

—Tienes un aspecto horrible, ¿qué ha pasado? —acerca una silla al sofá.

—Nada del otro mundo —me incorporo—, ocho horas de avión y una cena familiar difícil.

—¿Blair y Jessica?

—No quiero hablar del tema.

—Tienes ojos de llorar

—Y ellos tampoco quieren hablar del tema.

—Siento mucho lo que le pasó a tu apartamento —me abraza—, y todo lo que te está pasando a ti.

Miro hacia arriba jurándome no derramar ni una lágrima más, pero su abrazo es muy sentido.

—He venido por lo que me escribiste —digo con voz rota—. ¿De verdad quieres fundar una compañía conmigo? Porque entendería que me dijeras que fue un arrebato de locura.

—Hablaba muy en serio, Lexi. No eres la única harta de tener las manos atadas. Pero ha pasado algo que deberías saber: Thomas, Matthew y Travis vinieron a verme el viernes.

—Tres de los súper jefazos, suena a problemas. ¿Qué querían?

—Sabes que hablé con recursos humanos por lo que te hizo Dínamos, ¿no? Pues después de eso, se corrió la voz de lo ocurrido por la compañía y se hicieron bandos. Estaba muy absorta en lo mío, buscando la manera de hacer justicia a mi subordinada favorita cuando esos tres vinieron a hablarme de su descontento con las decisiones de Dínamos. Dijeron que como hija del CEO, llevaba tiempo aprovechándose de su poder, que buscaba la forma de sacar tajada de cada proyecto, le beneficiara o no a la empresa. En resumidas cuentas, tienen pruebas de que ha recibido sobornos y quieren echarla.

—Me tomas el pelo —*podría morirme ahora mismo.*

—En absoluto.

—Es la hija del CEO, Ashia. Las pruebas que tienen tendrían que ser irrefutables y gordísimas.

—Tú no has oído esto de mí, pero Esther de recursos humanos tiene una serie de casos en los que Dínamos ha sido “poco honesta”.

—¿Esther no lleva como un año en la empresa?

—Sí, y es la única que ha tenido huevos de tirar del hilo y no ceder

a sus intimidaciones.

—¿Qué tengo que hacer?

—Darme acceso a tu ordenador y luego irte hasta poner tu vida en orden.

—Ashia.

—Si Dínamos ve que vuelves tan pronto se olerá algo, nadie puede verte aquí.

—Estamos solas, Jax es el único loco capaz de venir en domingo aparte de nosotras y no está aquí, déjame ayudar.

Hace una mueca. Camina hasta su ordenador, pone la clave y gira la pantalla hacia mí.

—Lo que voy a dejarte leer, no lo has conseguido de mí.

—Deja de hablar como si fueras una criminal, me estás poniendo nerviosa.

Leo y me tiemblan las manos mientras bajo por la pantalla con el ratón, empiezo a sudar y hasta Kitty se asusta. *Despidos con pretextos racistas, sobornos, ascensos sin meritocracia, contrataciones injustificadas…*

—No me jodas, Ashia, ¿alguien ha entrado en su ordenador?

—No.

—¿Cómo que no? Son *sus* emails. La leche, ¡si hay un huevo de gente metida en el ajo! —grito en susurros.

—No me has dejado terminar. *No,* de forma oficial nadie ha entrado en su ordenador.

—¿Desde cuándo las pruebas robadas son válidas en un juicio?

—Ese es el quid de la cuestión, si Dan y Tom hacen algo ilegal y alguien llama a Dan advirtiéndole de que va a perder su trabajo, en el noventa y nueve por ciento de los casos Dan delatará a Tom con tal de salvar el pellejo. No necesitamos usar nada de esto porque estamos consiguiendo cosas mejores.

—*Dios mío.* —Vamos a mi ordenador.

Mi móvil se queda sin batería y pongo a cargar mientras dejo que Ashia rebusque en mis correos más antiguo. Se nos hace de noche. Pese a la adrenalina inicial, siento un vacío en el pecho. Un agujero negro que va ganando tamaño a medida que la reputación de Dínamos se va más y más a la mierda.

—¿Quieres cenar algo? —pregunta después de apagar el ordenador.

Después de lo que ocurrió en la cafetería de Detroit, no me atrevería a ir a un restaurante ni loca y menos con Ashia. Estoy harta de poner en peligro a los que me importan.

—Ahhh, ya sé a qué viene esa cara. Los tortolitos quieren cenar

juntos. Oído cocina. ¿Dónde os estáis quedando Levi-Ryan y tú?

—En un hotel de la quinta. Volvemos esta misma noche a Acorn Hill, así que cenaremos en el aeropuerto.

—Me alegro, hasta que esto no se resuelva, no quiero que vuelvas. El trabajo solo es trabajo, tu vida es más importante.

Salgo a la calurosa noche neoyorquina y huyo de la marabunta pensando en que nadie de Acorn Hill me ha visto trabajar. Margarytha, Sadie, Bill, Kadmus, Constance, las trillizas, todos me aceptaron sin conocer mi valía.

Mi valía.

Eso que siempre ha sido difuso y estrechamente relacionado primero con mis logros académicos, luego con los laborales. Kitty se acerca a mis piernas y la cojo en brazos. Ella también me eligió, pese a todos mis defectos y todo lo que no puedo darle. *¿Por qué no soy capaz de hacerlo yo? ¿Por qué no soy capaz de aceptar que alguien como Levi lo haga?*

Nina tiene razón. Soy una cobarde. Papá dejó escapar a mamá por interponerla a su trabajo, porque su consulta era algo que sí podía controlar, algo que le daba menos miedo.

Y yo estoy cometiendo el mismo error.

Siempre he pensado que sin CAR Major Legue no me quedaba nada y ahora no consigo que me importe demasiado lo que le pase a la compañía, ni si yo sigo en ella por la mañana. Lo único en lo que puedo pensar es en que Levi se ha ido y tal vez, solo tal vez, lo que dijo no fuera una excusa.

Tal vez la llamada de Kadmus sí era grave.

Tal vez me necesita y no estoy ahí para él.

Busco mi móvil en el bolsillo y no está. Me doy cuenta que Kitty no deja de ladrar demasiado tarde.

—Señorita Love —dice alguien a mi espalda.

Pero la furgoneta negra que tengo delante ya ha descorrido su puerta. Un disparo después, estoy dentro de ella.

34

Levi-Ryan

💌

Voy con la sirena puesta y pisando a fondo el acelerador. Aprieto el volante con fuerza mientras las palabras de Winchester se repiten en mi cabeza y lo único que veo es a Lexi. El cielo oscurecido por la inminente tormenta se enturbia aún más por el humo que traen las llamas. Los bomberos de la ciudad que vienen a asistir a los nuestros me siguen de cerca y ya casi hemos llegado. A medida que nos acercamos suben las temperaturas y cuando lo tengo delante parece el escenario de una película de terror.

El bar de Meithol se ha convertido en una bola de fuego.

Lo dejo atrás cuando el equipo de bomberos se desvía hacia su entrada y al llegar a comisaría veo los coches de los que me advirtió Kadmus en el aparcamiento. *Los federales. Ya están aquí.*

—Él no ha hecho nada, ¡y al próximo que insinúe siquiera que Ryan-puto-Diago es un puto policía corrupto va a hacerme perder la puta placa! —apenas reconozco la voz de Kadmus.

Tres agentes armados se ponen en pie cuando me ven, muchos otros se llevan la mano al arma, todos los míos están allí también.

—Buenos días, agentes, ¿puedo ayudarles en algo?

—Agente Diago, tenemos que hacerle unas preguntas.

Reconozco al jefe, Rowon Dolman, había oído algo sobre su ascenso y traslado a Galesburg desde Ohio. Nunca he tratado con él.

—Pase a mi despacho, agente Dolman. —Le hago un gesto a Winchester para que se baje de la silla y me siga, y Rowon elige a su segundo. La tensión crispa el ambiente cuando el silencio sigue mis pasos. La puerta se cierra y Rowon observa el corcho con nuestra investigación en curso, pero algo me dice que ocultarla a estas alturas no serviría de nada—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Anoche recibimos un soplo, hemos venido a comprobar si era cierto. —Las pruebas son expuestas en la mesa y se me dilatan las

fosas nasales pensando en cada oportunidad que tuve de encerrarla y no lo hice—. Hemos encontrado una serie de maletines con dinero robado en un motel de su propiedad. Decenas de ellos, de hecho. Tras una verificación hemos comprobado que su anterior dueña fue Luna Harp.

—¿Y si es así por qué no estoy detenido?

—Porque sé que llevas mucho tiempo detrás de los Harp y los Ander, y soy lo bastante viejo como para saber distinguir una trampa cuando la veo —ocupa una de las sillas con un quejido.

—Podrías haber dicho algo antes, joder —le recrimina Winchester.

—Además, aunque a mí no me conoces, yo a ti sí —continúa haciendo oídos sordos—. Le salvaste la vida a Edgar Sanders hace muchos años y ha amenazado con patearme el culo si te detenía antes de que él llegara. Es un cabrón intimidante cuando quiere.

—Si estamos todos en el mismo bando, lo primero que deberíamos hacer es averiguar quién ha puesto todo ese dinero en mi motel.

—Se han ido —dice Winchester con el rostro endurecido y cabizbajo, en un tono mucho más personal.

—¿Quiénes? —No contesta—. Winchester, ¿de quién hablas?

—Nadie ha visto a Layla Scott desde ayer por la tarde. Joana ha llamado esta mañana porque no se había presentado al trabajo y estaba preocupada al ver que no le cogía el teléfono. Cassie se ha acercado a su casa y… ha dicho que no quedaba nada. Ni sus cosas, ni su coche, ni rastro alguno de las Scott. Se han ido, Ryan. Layla se ha largado.

Un combo de ira, traición y enfado revienta en mi pecho. Mi cerebro trata de bloquear la emoción que lo ennegrece, pero no lo consigue. Las imágenes llegan a mí en flashes. Cómo su personalidad se había vuelto más taciturna, amarga y esquiva con los años. Cómo la pena se había convertido en el ácido corrosivo de su personalidad. *Debí verlo venir.*

—¿Ryan? —Winchester me trae de vuelta.

Mi cuerpo se enfría a medida que mi mente se aclara aceptando una realidad que llevaba delante de mí mucho tiempo.

—Te he oído.

—Por razones evidentes, se ha convertido en una de nuestras principales sospechosas. —sigue Rowon—. Tengo entendido que ya hubo otro maletín.

Le ponemos al corriente de lo sucedido y llaman a un equipo especializado de Detroit para averiguar si las grabaciones de las cámaras de seguridad han sido alteradas, pero ya sé la respuesta. Cassie llama a su hermana para que venga a dar parte de todo lo que

haya podido ver estas últimas semanas, sin saber qué estaba presenciando.

Me pongo el uniforme y llamo a Lexi cada segundo que tengo para respirar, pero no me coge el teléfono. Sigue en modo avión, pese a que ya está en Manhattan. *Me lo merezco, pero sinceramente, es lo último que me hace falta ahora.* El cielo se rompe con cada trueno, haciendo que la lluvia golpee los cristales con fuerza mientras las pruebas señalan un nombre. Walton Meithol. Joana le ha estado viendo mucho últimamente. También a su mujer, Nevaeh. *Llevo toda la vida esperando este momento.*

—Jefe, ¿dónde está Lexi?

—En Manhattan.

—¿Qué?

—Llámala, a cada oportunidad que tengas y ponla al día.

—¿Qué cojones ha pasado en Londres?

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo.

—Espero que no te hayas atrevido a ponerle la mano encima, Rowon —Edgar Sanders irrumpe en mi despacho seguido por tres agentes del FBI.

—Te di mi palabra —dice él junto al corcho.

Recibo a mi viejo amigo sin poder disfrutar del momento. Bigote blanco, delgado del estrés, mirada confiada rebosante de sabiduría, arrugas por toda la cara y con las ganas de dejar la profesión en números rojos. Le saludo como es debido, le explico que tengo que salir a detener a un matrimonio local, pero me intercepta en el pasillo.

—Esto es más importante. —Nos mete a Rowon, Winchester y a mí en una sala, y empieza a hablar en cuanto digo a quién necesito ir a buscar—. Walton Meithol atropelló a un peatón a las afueras de la ciudad de Detroit y se dio a la fuga —pone imágenes sobre en la mesa —, conducía bajo los efectos del alcohol y muy por encima de la velocidad permitida.

—¿Cómo es posible que no supiera esto?

—Porque los Harp tienen a gente de la policía metida en el bolsillo. Por eso cuando Luna tentó a Meithol con deshacerse del muerto, nunca mejor dicho, Meithol le aseguró que haría todo lo que estuviera en su mano para devolverle el favor.

—Los maletines.

—Sí, Ryan, pero el plan de Luna de hacerte parecer corrupto y quitarte de en medio, no acababa en tu motel. Luna también quería colgarte la muerte del peatón. Con toda la gente que has metido en la cárcel, no se puede decir que le faltaran aliados —Edgar pone una lista con nombres de policías, algunos de los cuales me resultan más

que familiares.

—Me cago en la puta —dice Rowon cogiendo la lista con rabia.

Lo veo todo rojo. Me levanto de la silla y se cae justo cuando salgo de mi despacho. *Nunca debí compadecerlo porque su madre lo abandonara y su padre muriera. Siempre ha sido escoria. Y ahora voy a matarlo. Voy a matar a Walton Meithol con mis propias manos.*

—¿A dónde, jefe? —pregunta Winchester en tono asesino cuando llego a la entrada.

—Vamos a encontrar a Walton Meithol y a traerlo aquí —masco las palabras apretando los puños—, a cualquier precio.

—No será necesario —dice Edgar a mi espalda.

Me freno y lo veo a través de las ventanas. Haciendo oídos sordos de las advertencias me acerco a él y me importa una mierda que esté esposado y lo estén sujetando. Estrello mi puño contra su mandíbula con toda la fuerza de mi rabia y uno de sus dientes sale despedido *ipso facto*. El entumecimiento no me permite sentir nada y voy a por más. Pero esta vez no tengo esa satisfacción. Me reducen. Me alejan. Sanders me levanta y me tira al suelo. Poco después estoy en una sala de interrogatorios, esposado a una mesa.

Edgar Sanders me mira como si aún fuera un crío que no deja de tocarle las narices y darle información relevante.

—¿Vas a portarte bien?

—Sí.

—No te he oído.

—Sí, señor.

Solo dame unos segundos para que le haga un lifting. Por cómo me mira, me hace dudar si lo he dicho en voz alta.

—¿Qué es de tu vida, Ryan? ¿Estás casado?

—¿En serio? ¿Te parece el puto momento? —pregunto y cuando alza las cejas me doy cuenta de que me ha puesto una trampa y he caído de pleno. Exhalo y me enfundo en mi traje de falsa-calma que es lo único que va a quitarme las esposas—. No, no estoy casado.

—¿Por qué no? Estás de buen ver y no eres un completo imbécil.

Lexi. La ansiedad de no haber recibido noticias suyas me taladra el pecho, ¿y si no está pasando de mí? ¿Y si necesita algo? Rapunzel, no creí que pudieras torturarme así. Diecisiete llamadas son muchas, ya parezco una de sus hermanastras.

—Veo que tienes a alguien en mente.

—Tengo que irme de la ciudad cuanto antes, Sanders.

—Eso te hace parecer terriblemente culpable.

Se lo cuento todo, desde el bebé de Luna hasta el paradero actual de Lexi y lo hago en unos escasos tres minutos y medio.

—¿De qué mierda te ríes?
—Solo Levi-Ryan Diago podría pensar en salvar a otra persona cuando el agua le llega hasta el cuello.
—Creía que mi inocencia ya estaba clara.
—Y yo creía que esta vida acabaría cambiándote, pero ya veo que eres un cabrón fuerte.
—¿Qué puedo decir? No soy como mi padre —las palabras salen de mi boca sin pensarlas, sorprendiéndome a mí mismo.
—Eso lo sabe todo el mundo. Estoy orgulloso de ti, hijo. —Me libera de las esposas—. Ahora sé un buen poli, ayúdame a zanjar el caso y no me toques más los cojones.
—Jefe, agente Sanders —Bill llega con un policía de chaleco azul y letras amarillas, soltando jugosa información.
—¿Dices que Meithol ha inculpado a Layla Scott? —pregunto.
—Sí, más o menos en cuanto ha dejado de sangrar —dice Bill.
—Iré a verle.
—Diago.
—No le haré nada.
Entro en los calabozos y lo veo de pie aferrado a las rejas. Se separa de inmediato de ellas.
—Vas a pagar por lo que me has hecho.
Ignoro sus amenazas vacías y me paro frente a la celda en la que una vez metí a su padre.
—Bill dice que quieres hablar.
—Tengo mucho que decir sobre Layla Scott —sonríe y con la de sangre que tiene en la cara, la verdad que es todo un cuadro.
—¿Y a qué esperas? ¿A la hora del té? Habla.
—A ti no, a un policía de verdad. —Escupe a mi lado y hace falta todo mi autocontrol para no meter las manos entre las rejas y aplastarle la cabeza contra ellas.
Llamo a un abogado, a Rowon, a Sanders y nos meto en una sala con él esposado y Winchester a su espalda.
—No quiero que él esté presente. —Me señala—. Me quita las ganas de colaborar.
—Me entristece *tanto* oír eso.
—El agente Diago está aquí de oyente —interviene Sanders—, diríjase a mí, señor Meithol. Si tiene alguna oportunidad de no pasarse el resto de su vida entre rejas, es esta. Aprovéchela.
Capullo mentiroso, no tiene ninguna oportunidad.
—Puede que Kate Delox sea una mujer perseguida por la ley, pero en Acorn Hill…
—Sabemos lo de su accidente de coche, que se fue sin proporcionar

socorro, que la víctima murió y que Luna Harp le ofreció limpiar su expediente a cambio de acabar con la reputación del agente Levi-Ryan Diago. ¿Hay algo sobre Layla Scott que quiera contarnos, señor Meithol? —Edgar lo deja blanco, sin una sola gota de sangre en las venas.

Meithol traga saliva, se toma su tiempo y sé que este es el momento álgido de mi carrera.

—Si doy información, y en ningún caso estoy admitiendo que dichas acusaciones sean ciertas, ¿colaborar con vosotros rebajará mi tiempo en el talego?

—Desde luego —dice Rowon.

Federales, panda de embusteros y liantes.

—Primero de todo, debéis saber que las pésimas funciones de nuestro jefe de policía tenía a Acorn Hill ansioso por cambiar las cosas.

—Y unos cojones.

—Agente Winchester —le corta Rowon con sequedad—, cállese.

—Había rumores de que aceptaba sobornos. Se oyen muchas cosas llevando un bar, cosas turbias, pero he de admitir que esa no me sorprendió en absoluto. Todo el que tenga dos dedos de frente ya sabe que Diago no es trigo limpio. El caso es que cierto dinero llegó a la puerta de mi bar una noche cualquiera, al minuto de quedarse vacío.

—Puedes decir que te lo dio Luna y no dar tantas vueltas, nosotros ya lo sabemos.

—Agente Winchester, si vuelve a interrumpir voy a tener que obligarle a esperar fuera —le advierte Rowon con la impaciencia de un jefe acostumbrado a mandar.

Le lanzo una mirada y él alza las manos en son de paz.

—Señor Meithol, le agradecería que no nos hiciera perder el tiempo —dice Edgar—. Si sigue mintiéndonos perderá su oportunidad. ¿Qué tiene que ver Layla Scott en todo esto?

El que es su abogado desde hace veinte minutos le dice algo al oído que ninguno oímos.

—Joder, de acuerdo —le gruñe—, pero que conste que la mala de esta historia es Luna y que yo solo seguía sus órdenes porque tenía miedo a lo que pudiera hacerle a mi querida hija Easton. —Resopla—. Es cierto que fue Luna quien me dio la pasta, pero yo sabía que la buena reputación de Diago era todo palabrería y quería hacer justicia. Soy un hombre respetable por eso Layla colaboró conmigo.

—Fuiste tú quien colocó el maletín bajo la cama de Lexi.

—Layla no se opuso a cubrirme entonces —sonríe—, ni tampoco después.

—Agente Diago, manténgase al margen —ordena Edgar Sanders hastiado de la vida.

—¿Puedes culparla? La mosquita muerta estaba harta de que todo el pueblo la mirase por encima del hombro por ser una pringada a la que su marido robó y abandonó, dejándola con una mano delante y otra detrás. Era el hazmerreír y lo sabía. Quería largarse de este pueblo de cotillas para no volver y cuando vio la oportunidad de sacar una buena tajada de paso, ni siquiera pestañeó. Debe doler, ¿eh, Ryan? Que le importara una mierda lo que te pasara a ti *con todo lo que hiciste por ella.*

No debería tener un arma en estos momentos.

—Diríjase a nosotros Meithol, ignore al agente Diago —pide Rowon—. Nos estaba contando que Layla Scott era su cómplice.

—Más bien una subordinada. Una a la que tuve que recordarle un par de veces quién estaba al mando de la situación. Fui yo quien la metió en esto, quien le pidió pasta a Luna para ella, quien tiró de los hilos para que le diera una limosna lo bastante suculenta como para que cerrara la boca. Lo único que debía hacer Layla era desconectar las cámaras un par de minutos y mantener la boca cerrada. Pero se puso chula y tuve que recordarle que su querido jefe estaría muy descontento de saber en lo que andaba metida. Joder, hasta mi mujer tuvo que ir a bajarle los humos porque se atrevió a pedirnos más dinero.

Nevaeh fue a asegurarse de que mantenía la boca cerrada, por eso se asustó al vernos llegar. Por eso evitaba el contacto visual. Meithol se llevó a su hija para demostrar que podía quitárselo todo tan rápido como se lo había dado. Lo tuve delante de mi cara.

—¡Y la muy hija de puta le ha prendido fuego a mi bar antes de darse a la fuga! —grita Meithol dando un golpe fuerte a la mesa.

—Layla Scott fue vista por última vez en Acorn Hill ayer por la tarde —dice Sanders.

—A diferencia de Luna Harp, que ha sido captada en Acorn Hill por unas cámaras de tráfico esta misma mañana. —Mis palabras penetran en su durísima cabeza con la fuerza con la que han llegado a la mía—. Una pena, ¿eh, Meithol? *Con todo lo que has hecho por ella.*

—Las personas como los Harp no son de fiar, señor Meithol. Tienen un afán desmedido por demostrar que su poder es mayor al del resto y destacan por escuchar y estudiar a los amigos que la codicia convierte en enemigos con tanta frecuencia. Y usted, señor Meithol, habla muy alto. —Sanders se levanta de la silla y se larga.

Salgo de la sala tras él.

—¿Cuál es el plan?

—Dar la orden de busca y captura de Layla Scott. Mis hombres van a salir a buscar a Johnny Graves, Cole Driscoll, Deadmunt Rigby y Mike Haywood.

Nos interrumpen Cassie y un federal con pinta de buenas nuevas.

—Señor, un tal Mike Haywood dice poseer información de utilidad.

—A este paso voy a poder cenar en casa —Sanders se frota las manos y vuelve a abrir la puerta de la sala en la que está Meithol—. Que no salga de aquí hasta que yo vuelva —le pide a Winchester y cierra de nuevo—. Los primeros en señalar se acobardan con facilidad. No queremos que eso pase.

La noche cae y no sé nada de Lexi. Hemos detenido a Deadmunt y a Johnny, poco después de que Mike los vendiera. Estaban todos en el ajo y Luna sabía que Meithol acabaría dándole problemas. *No hay tregua entre traidores*. Cole es el único que falta. De Luna nadie sabe nada salvo que encontraron el coche en el que fue vista en un desguace de Detroit. *Bueno, los restos.*

—¿Puedes explicarme por qué coño no dejan de llegar policías? —pregunta Winchester cortándome el paso, su voz sobresaliendo por encima del jaleo.

—Necesito ir a buscarla y quiero asegurarme de que tenéis la ayuda necesaria.

Me da un empujón y me mete en mi despacho.

—Te dijo que volvería esta noche, ¿y si aparece?

—Entonces cogeré un avión de vuelta. Tengo a gente llegando a Manhattan ahora, espero que llamen con noticias cuanto antes.

—Tienes a Edgar de tu parte sí y a Rowon, pero he oído a muchos dudar de ti. No te conocen, podrías meterte en una gorda si te vas y parece lo que no es.

—¿Es que no lo entiendes? —bramo—. No me contesta a las llamadas, su teléfono no da señal. Ha tenido que pasar algo, ¡y yo no debería haber aceptado que se fuera! Le he fallado. Juré protegerla y la he dejado sola.

—Dios, cálmate, no ha sido ni un día.

Tiro de la puerta con tanta fuerza que me quedo con el pomo en la mano al abrirla. Lo dejo caer, voy a los calabozos porque hay algo que tengo que hacer antes de largarme. Despedirme para siempre.

—¿Has venido a traerme la cena? —su arrogancia prevalece.

La viva imagen de su padre.

—Fui yo quien convenció a Ashley de que te vendiera el local para que tuvieras algo con lo que mantener a tu familia, Meithol. La misma familia que iba a quedarse en la calle. Yo os encontré una casa, por Easton, para que tu hija no tuviera que pagar la mala suerte de ser

tuya dos veces.

—No te debo nada.

—¿Disculpa?

—Dejaste a mi padre sin trabajo. Le arrebataste el sentido a su vida y murió por tu culpa.

—Murió por ser un borracho y perdió su trabajo por ser un hijo de puta corrupto que solo sabía mirar hacia otro lado ignorando a las víctimas que no le llenaban los bolsillos.

—No pararé hasta quedarme con tu placa y bailar sobre tu tumba —se acerca a las rejas.

—¿Es que no has oído las últimas noticias? —La venganza curva mi sonrisa—. Te van a trasladar a una prisión federal por la mañana. Has colaborado con Luna Harp, Meithol, y la próxima vez que veas a tu hija será a través de un cristal. Eso si llegas vivo a pasar tu primera noche en la cárcel. Dicen por ahí que los Harp son famosos por guardar rencor a los traidores.

Sus gritos se oyen mucho después de que la puerta se cierre a mis espaldas. Siento alivio entre tanta adrenalina, pero por encima de todo, estoy muerto de miedo por ella. Me subo al coche y ya hay alguien en el asiento del copiloto.

—¿Cómo se lo has dicho a Edgar?

—Bájate.

—¿Le has avisado siquiera?

—Le he dejado una nota, ahora bájate.

—No pienso dejarte solo. Y deberías dejarme conducir a mí.

—Winchester, tu mujer y tus hijas están aquí y Cole todavía anda suelto.

—Hay cinco agentes del FBI por cada metro cuadrado de federales. Esta noche me voy a ocupar de la familia que me necesita —me mantiene la mirada—. Constance no lo querría de otra forma.

Le cojo del cuello y pego su frente a la mía. *El muy cabrón.* Arranco, pongo la sirena y nos largamos.

La quiero, Sanders.

Tengo que ir a por ella.

—Levi-Ryan Diago.

OBJ

35

Lexi

La sangre me resbala por el lateral de la cara. El golpe que me ha dejado inconsciente lo ha propinado uno de los hombres de Eilan, después de que le mordiera la mano intentando salir de la furgoneta. He tenido el tiempo justo de ver cómo el policía, que estoy segura de que Levi ha enviado para protegerme, recibía un disparo en el cuello. Teniendo en cuenta la sangre que había, dudo que sobreviva.

Abro los ojos cuando me estaban esposando a una silla metálica, vieja, cutre y chirriante, sin saber cuánto tiempo hemos conducido y con el pulso a mil.

—Pórtate bien o tendré que ponerte una igual que a ella. —Un tío de pelo grasiento me enseña los dientes cuando intento soltarme y desvía la mirada hacia la pared a mi derecha.

—¿Qué le habéis hecho? —Las lágrimas me arden en los ojos al ver a Kitty inconsciente, *espero*, con una cadena rodeándole el cuello, atándola a la pared—. Dios mío. *Dios mío*.

—Eh, tú, deja de moverte y mantén la boca cerrada —una voz a mi espalda llega acompañada del característico chasquido de un arma recién cargada—, no me obligues a terminar el trabajo. Me gustaría quedarme al perro cuando esto acabe.

No está muerta.

No lo está y yo tampoco.

Eso debería consolarme más de lo que lo hace.

El almacén abandonado en el que estamos apenas tiene iluminación y cuenta con múltiples agujeros en las paredes blancas que se han vuelto grises de la roña. En otra vida tal vez fue un bufete de abogados, pero ahora huele a polvo y a humedad, lo cual me está haciendo llorar y volverme un saco de mocos. El almacén está dividido en múltiples salas que conectan sin necesidad de puertas y desde donde estoy, se oyen los cláxones de la enfurecida carretera. *No*

estamos lejos del centro. Me doy cuenta entonces de que mi móvil se quedó en el despacho cargándose y que nadie podrá rastrearlo para encontrar mi cuerpo cuando oigo las pisadas de unos lujosos zapatos retumbando por las paredes.

Ya viene. Voy a morir. Las lágrimas cálidas viajan por unas mejillas que pronto van a quedarse congeladas para siempre. Pienso en Levi. En Amy, Nina y Daisy. En mamá. En cómo no voy a volver a verlos porque ayudé a la persona equivocada.

Rubio, con el pelo muy corto, una cicatriz generosa cruzándole la mejilla derecha, tatuajes en las manos y la cara y un azul pálido en los ojos que recuerda a la muerte. Ya había visto a Eilan en la pared del despacho de Levi, pero en persona intimida mil veces más. Puede que tenga que ver con el arma.

—Parece que el gato ha cogido por fin al ratón. ¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas algo? ¿Un vaso de agua?

—No.

—Claro que no, esto no es un hotel. —Eilan Anders arrastra una silla frente a la mía y se sienta apoyando los codos en las rodillas. Su olor a tabaco y a otras cosas que también se fuman me llega desde donde está. Sus pantalones son de Armani, pero la camiseta blanca con manchas de sangre parece barata. Me analiza un par de segundos con la mirada—. Dime, rubita, ¿te lo follas?

—¿A quién?

Sonríe dejando a la vista un par de dientes de oro. Luego se cambia el arma de mano.

—Vamos a no hacer preguntas tontas, ¿vale? Venga, vamos otra vez, ¿te lo follas?

—Sí —admito, porque él ya lo sabe.

Aplaude satisfecho.

—Es normal, tantas horas juntos en ese apartamento. ¿Pudiste recuperar algo de él por cierto? No me mires así, solo hago lo que debo con tal de defender a los míos. Si tú ayudas a los Harp…. —Pone una mano en mi pierna y sus dedos trepan hasta el borde de mi falda —. Yo te quito todo lo que tienes.

Se inclina hundiendo su mano más allá y alzo mi otra pierna dándole con la rodilla en plena barbilla, cerrándole la boca de golpe. Se oyen armas y pasos por encima de su maldición.

—¡Relajaos! —brama—, creo que solo quería enseñarme las bragas —sus secuaces se ríen—. Es una pena que estemos en bandos equivocados —hunde la mano en mi mejilla y sigue hasta mi pelo, luego inspira cerca de mi cara—, algo me dice que podríamos habérnoslo pasado muy bien juntos.

—¿Acaso no estás casado?

Se aleja lo bastante como para mirarme a los ojos, para que nuestros labios estén a un palmo.

—Un hombre de verdad no puede comer siempre lo mismo. Somos animales.

—No lo entiendo.

Me inunda el olor a tabaco.

—Puedo explicártelo con todo lujo de detalles, ¿quieres que nos quedemos solos un rato? Te advierto que soy bastante egoísta en la cama y que me gusta el rollo duro.

—Todo esto empezó por tu mujer, ¿no? —sigo—. La misma de la que Tucker Harp estaba enamorado. ¿Acaso ya no estáis juntos?

—Diana es el amor de mi vida y sigo enamorada de ella, pero eso no significa que no se folle a quien quiera. Igual que yo. —Acerca su silla de nuevo y clava el cañón del arma en mi rodilla—. Dejémonos de cháchara, ¿sí? Hay dos razones por las que aún sigues con vida.

—Me alegra que no haya solo una —murmuro antes del estornudo.

—La primera es que quiero saber por qué la maldita Luna Harp confía el heredero de la corona a una pija de Manhattan de la que no tenía constancia. La segunda, que vas a ponerme en bandeja al toca cojones de Levi-Ryan Diago y voy a poder freírlo a tiros de una vez por todas. —Carga el arma—. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, rubita, le decisión es tuya. Vamos, empieza a cantar.

—Si te digo la verdad, no vas a creértela. —Ignoro el sudor frío me resbala por la espalda al mirar sus iris de psicópata.

No me puedo creer que vaya a morir así, aquí, después de que este tío me destroce las rodillas.

—Prueba.

—No conozco a Luna, ha sido todo una estratagema para hacerte perder el tiempo. Una a la que he sido obligada a ser partícipe.

—¿Que te ha obligado, dices?

—Fui a Detroit por trabajo, sin conocerla de nada, me encontró en mitad de la calle y me pidió que cuidara a su bebé mientras iba al baño. Parecía una madre en apuros y accedí. Al ver que no volvía, llamé a la policía.

—Y fue casualidad que los servicios de emergencias llamaran justo al agente Diago, ¿no? Al jefe de policía de villa-paletos donde Luna se escondió de mí durante meses, ¿eso dices?

—No lo llamaron a él, si no a dos policías mayores.

—¿Y por qué acudió entonces?

Miro a través de las ventanas sucias y no parece un piso muy alto, tal vez un segundo o un tercero, lo bastante como para que la caída

sea mortal.

—Él escuchó el aviso por radio. Al enterarse de que se trataba de una mujer morena que había abandonado a un bebé, que era justo lo que andaba buscando, debieron encendérsele las alarmas. Aunque si quieres una respuesta mejor, tal vez podrías pasarte por su comisaría.

Su carcajada rápida y aguda me recuerda a la del *joker*. Es igual de espeluznante.

—Dios, hay tanto que quiero hacer contigo que la ilusión me está poniendo nervioso como un crío —se frota la pierna con la palma, tiene los ojos rojos muy abiertos—. Podría descuartizarte y enviarte a tu mejor amiga la ladrona de joyas. O mejor, podría esconderte en algún lugar de Long Island y obligar a Diago a seguir el rastro hasta su muerte, solo entonces enviar vuestras cabezas a Luna.

La epifanía ensordece sus horribles ideas.

Voy a morir, no tengo escapatoria. Este psicópata me va a matar, ¿y qué he hecho en la vida? Trabajar en mi pasión. Vale, no está mal, pero me han faltado orgasmos. Soy idiota. Nuestra última conversación no debería haber sido así cuando le quiero. Le quiero y voy a morirme sin decírselo. Debería haber aprovechado mi oportunidad.

—Podría matarlos a los dos y cargarle el muerto a Luna, jefe —dice un tío junto a un agujero de pared, armado hasta los dientes y con unas gafas al borde de la nariz.

—Esto no es una tormenta de ideas, Randall, cierra la bocaza. —Se vuelve hacia mí—. Pero antes necesito que hagas algo por mí, un favor. Si lo haces, prometo regalarte una muerte rápida. Al fin y al cabo, a mí no importa si te descuartizo viva o muerta, pero supongo que a ti sí.

—¿Qué favor? —noto la lengua pastosa y el sabor de la bilis en la garganta.

—Vamos a llamar a tu novio y a pedirle que nos dé el paradero de Luna. Si lo hace, tendrás una muerte indolora —se señala el punto entre las cejas—, un disparo limpio y a dormir para siempre. Pero si Diago no colabora, me temo que lo que vendrá después te gustará bastante menos.

Estoy a punto de desmayarme cuando Kitty se despierta y empieza a ladrar como aquella noche en el aparcamiento. Con una ferocidad y bravura que ahora mismo me aterra.

—Haced que se calle, tengo que llamar por teléfono.

Cinco se acercan, ansiosos por ser quien cumpla la orden del jefe, pero ella no se achanta.

—No, ¡Kitty, basta! ¡Basta! —forcejeo y las esposas se hunden en mi carne—. No le hagáis daño, se callará. ¡Juro que se callará! ¡Kitty,

basta!

Rabiosa se queda corto, enfurecida, entiende muy bien la situación, así que ignora mis gritos.

—Eh, que iba a ser mi perro —dice el tío de antes—. Jefe, dijo que podría quedármelo.

Eilan se levanta y evitando que le muerda, le asesta un golpe seco en la cabeza que vuelve a dejarla inconsciente. Luego la coge de la cadena y la tira dentro de un armario metálico y oxidado de por ahí. *Puede que Luna me haya metido en esto, pero este cerdo maltratador acaba de quedarse con el primer puesto de mi lista negra.*

—Antes de que te hagas ideas raras, la llamada debe ser breve para que no nos rastreen, así que si tardas más de un minuto, tu novio podrá oír en vivo y en directo cómo pinto las paredes con tu sangre mientras te convierto en un colador humano. —El tono de llamada suena y no sé cómo ganar tiempo—. Agente Diago, quiero…

—¿Dónde la tienes? —Su voz suena en el exterior, no está en el coche, ni en un avión.

No viene hacia aquí. Eilan se ríe desperdiciando valiosos segundos.

—Nunca la encontrarás a no ser que yo la libere. A menos que me des el paradero de Luna Harp, me llevaré lejos a tu chica. Si colaboras, dejaré que vuelva a ti. Vamos, rubita, díselo.

—Levi, por favor, dale lo que te pide —suplico, aunque ambos sabemos que no posee esa información. «Llora más» leo en los labios de Eilan Ander cuando aprieta el cañón de su arma contra mi estómago—. Levi, es la única oportunidad que tengo.

—Soy un hombre de palabra, Eilan. Siempre cumplo mis promesas.

«No me gusta que duden de mi palabra, ¿sabes? Te prometí que te protegería».

—¿Y eso que cojones significa? —ladra el que empuña el arma, rascándose la barbilla con ella.

—Como sabrás, hemos tenido problemas en Acorn Hill por culpa de Luna. Dame tres minutos para conseguirte la información que necesitas. Volveré a llamarte. —Y cuelga.

Eilan se queda en shock unos segundos mirando el teléfono que descansa en su palma, incrédulo de lo que acaba de pasar. Cuando reacciona, da más miedo todavía. Le grita al teléfono hasta ponerse rojo de rabia, se pone en pie tirando la silla de una patada y suelta una carcajada aguda, rápida y escalofriante. Alza la pistola hasta mi cabeza y en el último segundo ladea el cañón. Dos disparos. El silbido en mis oídos me taladra el tímpano.

—Cabrón, ¿se cree que puede colgarme *a mí*? —distingo—. ¿Me está haciendo un puto pulso o es que le importas una mierda lo que te

pase? ¡Dime, rubia!

—Probablemente haya colgado para que no puedan rastrearte mientras busca el paradero de la mujer más escurridiza del país. Aunque no estoy en su cabeza, no puedo saberlo.

—Las mujeres tenéis un sexto sentido, ¿no? Utilízalo.

—¿Crees que si lo tuviera habría acabado aquí esposada? Quemaste mi piso y aun así he vuelto aquí, sin protección.

—Sí que eres tonta, sí. ¿Será por lo de ser rubia?

—Jefe, tenemos un problema —un tío sudado, en los huesos, armado y con la ropa sucia llega hasta nosotros desde una de las salas con las que conecta la nuestra.

—A menos que el edificio esté en llamas y las llamas estén llegando a nuestra planta, me trae sin cuidado.

—Eilan, hemos encontrado las joyas —dice otro, vestido de Armani.

A este sí le hace caso. Eilan Anders se pone en pie malhumorado, como un niño que no quiere hacer más deberes.

—¿Qué joyas?

—Las joyas del robo de Luna.

—¡Señor Anders! —grita una voz lejana en pánico.

Muchos corren hacia la sala contigua y oigo más gritos. Por lo visto, las joyas no son lo único que encuentran. Cada uno de los bienes robados en la historia de Tucker y Luna Harp habían sido escondidos en los agujeros de las paredes y los armarios metálicos. *Agárrate al asiento.*

—Hija de puta, ¡nos ha tendido una trampa! Sabía que traeríamos aquí a la rubia, lo tenían todo planeado. —Eilan vuelve con el arma alzada y mi mundo se congela—. La avisaste de que venías, ¿verdad? ¡¿Te ofreciste de señuelo?! ¡Lo planeasteis juntas!

Mis aturdidos oídos no me dan pistas de que alguien ha subido la escalera y ha derribado la puerta hasta que una bomba de humo gris inunda el polvoriento almacén. Suenan disparos. Intento cubrirme, pero sigo atada, así que acabo volcando la silla sin querer. Oigo su voz, me atraviesa con la verdad. «*Tres minutos*».

No me lo puedo creer, ha enviado ayuda.

Los cuerpos enemigos van cayendo al suelo y Eilan sale corriendo. Muy pronto, entre el polvo, los disparos y el humo, veo lo equivocada que estaba. *Ha venido a salvarme.* Puede que Levi haya traído refuerzos, pero en cuanto mis ojos caen sobre él, el resto desaparece. Su arma se dispara una y otra vez a cámara lenta, es certero, letal. *Se abre el infierno. Veo sus alas negras desplegándose a su espalda.*

Una aterradora versión de mi ángel de la guarda. Lucifer.

Se convierte en mi escudo, protegiendo mi cuerpo con el suyo, evitando que las balas me encuentren. Me pican los ojos y me cuesta respirar, pero no soy capaz de cerrarlos cuando una bala perdida podría poner punto y final a la historia. Se despliegan en todas direcciones. Cuando hombres de Eilan llegan de otras salas desprotegidos del humo y sin saber dónde apuntar, los del chaleco azul los acribillan.

Tengo que estar alucinando, pero juraría ver también a Winchester cruzándose a nuestro lado, acabando con dos hombres de Eilan en un segundo. Alguien tiene la genial idea de reventar las ventanas y el aire de la noche entra arrebatándoles parte de la ventaja. No parece que la necesiten a estas alturas. Hay sangre por todas partes. Levi y los suyos son mucho mejores y van preparados, los enemigos no tienen ninguna oportunidad. Es un baño de sangre aterrador con un ligero sabor a justicia.

Es ridículo que me sienta a salvo en una situación como esta, pero cuando tropiezo con la oscuridad, ese es mi último pensamiento antes de que la nada arrase con todo.

36

Levi-Ryan

Eilan tiene una herida de bala en la pierna y no estoy seguro de que vaya a seguir respirando considerando que el cañón de mi arma está en su frente.

—Vamos, hazlo. Líbrame de mi sentencia.

Mi puño se estrella contra su mandíbula, contra su boca y su nariz. Una y otra vez. Lo veo todo rojo. *Ha estado a punto de arrebatármela.* Se habría llevado consigo todos mis deseos y esperanzas. Todo con lo que llevo soñando desde que la conocí custodiando el bebé de una mala persona.

—¡Diago! —solo cuando Winchester tira de mi hombro y me empuja lejos del ahora inconsciente Eilan Anders, le oigo—. Lexi.

Me limpio la sangre en la camisa sin entenderle del todo y le sigo.

—¿Cómo está vivo todavía? —pregunta Michael desde alguna parte.

—Ha usado el cuerpo de uno de los suyos como escudo —responde MacLeinor.

Estoy a punto de volver sobre mis pasos y vaciar el cargador en su cara cuando la veo en el suelo. Dejo de tener pulso cuando veo que tiene los ojos cerrados y está pálida. Winchester y yo destrozamos la silla con tal de liberarla. La coloco contra mi pecho. No encuentro ninguna herida de bala, pero tiene una en la frente que le sangra. Tiene pulso, pero no responde.

—Vamos, Lexi, vuelve conmigo. —La cojo del rostro y no responde. El fuego me deja la garganta en carne viva y me nubla la vista—. No puedes hacerme esto. Joder, todavía tenemos mucho que discutir.

—Hola, necesitamos una ambulancia. —Winchester a mi espalda, habla por teléfono mientras lo revivo todo.

Vuelvo a sentir el dolor histérico. La impotencia. La certeza de que alguien me ha abierto en canal y se ha deshecho de todos mis órganos,

debería estar muerto, pero sigo aquí.

Su ceño se frunce ligeramente al tiempo que lucha por abrir los ojos.

—Kitty está en el armario.

Me arranca una carcajada cargada de pánico, pego mis labios a su frente y la beso.

—Me has dado un susto de muerte, Rapunzel —le susurro.

Tose y saco su inhalador.

—¿Estás bien? ¿Estás herido? —Toca mi cara y baja por mis brazos.

—Estoy bien. Ahora respira esto —se lo coloco en la boca y no se opone—. No pienso volver a separarme de ti.

—Me parece un gran plan. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Levi, lo siento tanto.

—Te hice daño, te aparté, pero no volverá a pasar. Si llego a perderte yo nunca…

—No me has perdido, estoy aquí contigo —Le resbala una lágrima por la mejilla antes de juntar sus labios con los míos—. Por favor, alguien tiene que mirar si Kitty está bien.

—Aturdida, pero despierta —Winchester aparece en nuestro campo de visión con Kitty en brazos, por lo visto había cogido a la hermana de Eulalia al primer aviso.

En la ambulancia, camino al hospital, no soy capaz de soltarle la mano, ni de librarme de la sensación de que caigo al vacío. Winchester está con nosotros y también un par de paramédicos que me han asegurado varias veces que Lexi está estable. Con tal de comprobar que la contusión ha sido leve, le van a hacer algunas pruebas al llegar al hospital. *Voy a necesitar un puto año para hacerme a la idea de que sigue conmigo.*

—Levi, tengo que decirte algo. —Me aprieta la mano—. Sé que no es un buen momento, pero no puedo esperar.

—¿Qué? —me inclino hacia ella—. ¿Qué necesitas?

—A ti. Te quiero. Me horrorizaba pensar que iba a morirme sin poder decírtelo y…

—Yo también te quiero.

—*Dios mío.* —Abre los ojos asustada, emocionada y con la necesidad de que lo repita escrita en la cara.

Le aparto las lágrimas y me trago las mías.

—Te quiero, Lexi Love —la beso y como tienen controladas sus pulsaciones, me veo obligado a apartarme cuando se le aceleran.

Algunos presentes en la ambulancia se ríen. Yo soy incapaz de apartar la mirada de la mujer de mi vida.

Espero frente a la puerta donde le hacen las pruebas, después de que cuatro doctoras, unos cuantos enfermeros y el de seguridad me dejen claro que no puedo estar presente y que no tardarán mucho en acabar. *Odio los hospitales.*

—¿Cómo está Nikolas? —pregunto a Winchester cuando vuelve de visitarlo, en alguna de las plantas superiores.

—Sigue respirando, que no es poco. Le espera una larga, larga recuperación. Pero tuvo suerte de que Tom y Jerry no se apartaran de su lado.

—Estoy en deuda con los cuatro.

Si Nikolas no hubiera visto cómo forzaban a Lexi a entrar en esa furgoneta, ni Aaron Carter, su compañero, los hubiera seguido después, habríamos tardado en encontrarla y es más que probable que no hubiéramos llegado a tiempo.

Conozco bien a Eilan Anders, no es de los que perdonan la vida a nadie. No es de los que devuelven testigos. Es de la clase de animal que cuando imparte venganza no te deja nada que incinerar.

—Me alegra que hayas recuperado la cordura. Antes parecía que se te había ido la olla.

—Mira quién fue a hablar. —Me había guardado las espaldas, como siempre y nunca lo olvidaré—. Gracias por haber venido, Kadmus.

—No hay de qué, hermano. ¿Eso significa que puedo conducir yo de vuelta?

Me arranca una sonrisa y asiento dándole unos golpes en la espalda.

—Vas a poder agradecérselo en persona —dice moviendo la cabeza hacia algún punto a mi espalda.

Me giro y veo a Simons y Johnson aparecer por el pasillo. Ellos fueron los que se ofrecieron a quedarse con Nikolas hasta que llegara la ambulancia, gracias a ellos Aaron Carter pudo seguir a Lexi y pedir refuerzos. Todos mis compañeros que ya estaban por la zona acudieron de inmediato. Había tantos policías en las calles de Nueva York que casi no quedaban civiles.

—Está sanísima, jefe —dicen los que vienen del veterinario con Kitty.

—Como nueva —añade Simons.

—Qué alivio.

—Tiene la cabeza bien dura —bromea Johnson—. Hemos comprado algunos donuts, pero el veterinario nos ha dicho que a Kitty no le convienen.

—Mejor no —la cojo de sus brazos y se acurruca contra mi pecho.

Lexi me ha contado lo que ha hecho, la razón por la que ha acabado en un armario. *Pienso comprarte la comida más cara que encuentre durante el resto de tu vida.*

—¿Queréis ir a desayunar? —pregunta Johnson, hincándole el diente a un donut.

—Ha sido una noche larga —sigue Simons, que ahora que las tiene libres va a dos manos.

—La nuestra todavía no ha acabado, pero gracias. —Cojo a cada uno de un hombro—. De verdad.

—No hay de qué —dice Simons—. Nosotros siempre nos apuntamos a un bombardeo.

—Os acompaño a la puerta —dice Winchester, aceptándole un donut azul cuando se lo ofrece.

—Tengo noticias de Luna Harp —dice el agente MacLeinor llegando desde otro pasillo de este laberinto de hospital—. La han encontrado.

—¿Estás de puta coña? ¿Dónde?

—Junto a su avión privado y un tal Erik Vander. Resulta decepcionante ver que en el fondo, solo son personas de carne y hueso. Pero lo que voy a sentir viéndola entre rejas… joder, no puedo esperar.

Después de interrogar a un par de peones heridos de Eilan Ander durante horas, han confesado que recibieron un soplo de que Lexi estaba en Manhattan. *De Luna, por supuesto. T*odo fue una artimaña por su parte. Se la coló, pero bien.

—Los de arriba querrán saber por qué movilizaste a tantos agentes en el momento justo, en el lugar indicado, ya que ha sido la principal razón de que la capturen. Te espera una buena cantidad de golpecitos en la espalda, Diago. Dime, ¿quieres ir a ver a Luna? —propone moviendo la cabeza hacia los ascensores.

—Ahora mismo solo puedo pensar en la razón por la que pedí ayuda desesperad… —La puerta a mi espalda se abre en ese momento y no dudo en entrar.

Lexi extiende su mano hacia mí y en cuanto la encuentro, la forma en que la aprieta me convence de que siente la misma puta desesperación agónica que yo.

—Me alegra ver que está sana y salva, señorita Love.

—Gracias, agente, ¿cómo está la tripa de Michaels?

—Bien, mientras evite las tartas de queso.

Me siento en la camilla y la rodeo con mi cuerpo entero, ella se acurruca contra mi pecho.

—Le limpiaremos la herida de la frente y podrá irse a casa, señorita

Love. —Una enfermera sonríe con dulzura—. Para esto sí podrá estar presente, agente.

—Se lo agradezco. —*Le agradezco no obligarme a montar otro numerito porque esta vez no pienso soltarla.*

Ya me he encargado de pagar las pruebas médicas, así que no tengo que volver a separarme de ella.

—Tengo una buena noticia, señorita Love —digo cerca de su oído cuando nos quedamos solos.

—¿Cuál? —pregunta dándose la vuelta en mi abrazo, enredando más nuestras piernas.

La siento encima de una para verle bien la cara.

—En estos momentos, Luna Harp está esposada y despidiéndose del aire puro para siempre.

—¿Se ha acabado? —pregunta con ojos llorosos.

—Sí, mi amor. Se ha acabado.

Tiene muchas preguntas y yo se las contesto todas.

Después de acabar su vendetta contra Meithol y enterarse de que Lexi estaba en Manhattan, Luna Harp aterrizó su avión en el estado de Nueva York y terminó el trabajo. Colocó gran parte de los objetos que había robado con su marido en el almacén de Eilan, junto con efectos personales de Diana Anders. Luna sabía que era allí donde Eilan llevaría a Lexi cuando se enterara de la noticia, en un ataque impulsivo de codicia que no le dejara pensar con claridad.

Conocer bien a tu adversario es incluso más importante que el arma que llevas al combate.

Eilan no dejaba de repetir que las letras rojas escritas en una de las paredes rotas «tu turno de pagar, mi amor bailará sobre tu tumba» prueba que ha sido Luna. *No puede sacar a su marido de la cárcel, pero puede meter a Eilan en la misma para que Tucker lo mate. Si no él, sus hombres.*

Luna Harp ha sabido jugar bien las cartas que le quedaban.

Dudo que ningún juez malgaste un minuto de su tiempo en averiguar si Eilan robó o no a Luna todas esas joyas y demás bienes. La lista de razones por las que Anders terminará entre rejas es tan larga que añadir una más no supondrá un cambio notorio.

Acabar con Diana Anders de paso es una bonificación, un premio, un extra. Todo el mundo sabe que Luna estaba celosa de la mujer que robó y rompió el corazón a su marido. La que le hizo pensar que se casaría con él para finalmente largarse con Eilan. No me extraña nada que haya querido quitarla de en medio. Luna Harp va a pasarse el resto de su vida vistiendo un mono naranja, pero será recordada como la que puso punto final a los atracos y a la disputa entre familias.

Es un buen día para ser policía.

37

Lexi

Levi no se ha separado de mí desde que ha entrado en la habitación de hospital y me gustaría fingir que no soy una absoluta y total esclava de su atención. *Pero si vuelve a llamarme «mi amor» mi corazón se rendirá y pasará a mejor vida.*

—¿Estás segura? —pregunta apretando mi mano mientras la detención de Luna Harp se anuncia por televisión.

Me ha pedido que vuelva a Acorn Hill con Kadmus y con él hasta que todos los ladrones-delincuentes-asesinos hayan sido encerrados en alguna prisión de máxima seguridad, ya que por ahora sus abogados están intentando lo (inútil) imposible y un juez tiene que dictaminar sentencia. Además, una serie de peones tanto del bando de Luna como del de Eilan siguen en busca y captura.

Miro a esos ojos llenos de preciosa oscuridad. *Debe tener un montón de papeleo del que encargarse, pero sé que si le digo que no, va a mandarlo todo a tomar por culo. Lo tiene escrito en la cara.*

—Porque si no lo estás, podemos buscar un hotel y…

—Estoy segura. Vámonos a casa.

Su sonrisa no tiene precio.

Se me escapa una carcajada cuando ocupa el asiento de atrás conmigo.

—¿Qué haces aquí?

Me lanza una mirada que me curva más la sonrisa, me calienta y me estruja el corazón. Levi invade mi espacio vital, me pone el cinturón y aprovecha la cercanía para besarme. Kadmus carraspea desde delante y dice:

—Señorita Love, espero que disfrute del trayecto —me pone en la mano un gran vaso de café de Starbucks y se me llenan los ojos de lágrimas—. Uy.

—Si la haces llorar, te reviento.

—Tío, ha sido un accidente.

Se me escapa la risa mientras me seco las lágrimas. Kitty no se aparta de mis pies y no puedo empezar a explicar lo que siento por ella. El alivio me desborda al vernos a todos en este coche sanos y salvos, hace escasas horas parecía imposible.

—¿Estás seguro de que te parece bien? —pregunto cuando quince minutos después el conductor que va a llevarnos al aeropuerto, frena el coche policial prestado y se desabrocha el cinturón.

—¿Estás de broma? Me muero de ganas de ver el lugar de trabajo de la mujer que ha robado el corazón a mis hijas. —Kadmus me guiña el ojo y va en busca de mi móvil y la bolsa que me llevé a Londres.

Miro al hombre sentado a mi lado. Muero por saber lo que va a decir cuando sus labios quedan entreabiertos nada más quedarnos solos y agacha la mirada con las mejillas sonrosadas, pero nunca lo sabré.

—Winchester, ¿estás ahí? —La voz de Bill suena por la radio.

Levi gruñe, maldice, se cuela entre los asientos y se hace con ella.

—Aquí Diago, ¿qué tienes, Bill?

—Jefe, solo quería informar de que Layla Scott ha sido detenida en Kalkaska, camino a Wisconsin. Van a llevarla a Detroit para interrogarla.

—Me alegra mucho oírlo, Bill.

—Y esa no es la única buena noticia, Layla tiene una hermana en Alabama con la que no se llevaba bien. Por lo visto está muy dispuesta a cuidar de la pequeña Dana. ¿Cómo está nuestra Lexi?

Nuestra. Ay, Acorn Hill… Levi me mira y tira de la radio y me la pone en la mano libre. Hablo con Bill hasta que suelta una bomba, entonces su jefe me quita la radio y corta la comunicación.

—¿Que Luna hizo qué? —Soy agua lanzada a una sartén con aceite hirviendo—. ¿Layla…? ¡Menuda hija de…! Voy a matarlas. ¡¡Justo después de asesinar a Walton Meithol!!

—Cálmate, Rapunzel.

—¡No me pidas que me calme! ¿Corrupto tú? ¡Dios mío! Tenemos que ir a las cárceles en las que los metan. Vamos a hacer una ruta y a reírnos en su cara, ¡a humillarlos como se merecen!

—Tenía otros planes en mente, si te soy sincero.

—¿Federales, Levi? ¡¿El FBI?! ¡Es que se me llevan los demonios!

—No tiene importancia. —Tira de mis piernas hacia él, acercándome más.

—¡Te fuiste de allí con…! —*Meithol en el calabozo, Cole todavía desaparecido*—. ¡Dios mío! ¿Y si Edgar Sanders te detiene cuando lleguemos?

Silencia mi ataque de pánico con un beso que sabe a promesa. Uno del que ni siquiera el cóctel de cólera y rabia que abrasa mi pecho es capaz de romper.

—Por favor, aguantaros las ganas de hacer bebés hasta que lleguemos —pide Kadmus dejando la bolsa en el asiento del copiloto —. Tu oficina es una puta ida de olla absoluta, Lexi Love. Ashia te manda recuerdos. Ha gritado un poco cuando le he hecho un resumen de lo que te ha pasado, puede que te llame para charlar del tema.

Me pone el móvil en la mano y en cuanto quito el modo avión, la pantalla se ilumina y parpadea con el nombre de mi jefa. Hay mucho que quiero decirle a Levi sobre mi trabajo. Sobre lo que descubrí cuando estaba esposada y a punto de morir. Esperar, después de prometerme no volver a hacerlo, es una tortura, pero no me queda otra.

Me siento fuera de lugar cuando Edgar Sanders se abalanza sobre nosotros nada más entrar en la comisaría. Aun así, Levi no deja de darme besos en el pelo, ni de abrazarme.

—¿Sabes lo que me ha costado que Rowon no mandara a todos a por ti?

—Eso habría jodido el factor sorpresa —suelta Kadmus.

—Tú cierra la boca, debiste pararlo, no seguirlo. ¿Es que no te ha enseñado nada?

—Sí, a ser un buen compañero —responde Kadmus con una sonrisa tontorrona.

A Edgar está a punto de darle un aneurisma, pero en el fondo, se le ve orgulloso.

—¡Bill, están aquí! —dice Cassie soltándose de su mano para correr hasta mí y rodearme con sus fuertes brazos.

No puedo hacer otra cosa que corresponderla.

Es un día de locos, pero Levi-Ryan Diago consigue sacarnos de allí al atardecer. Cierra la puerta de casa y sigue teniendo la misma expresión extraña que cuando salimos de comisaría.

—¿Ocurre algo? —Ladeo la cabeza y cuando alza la suya se me da la vuelta el corazón—. Si… si vas a echarte atrás en lo de compartir piso, todo Acorn Hill va a odiarte un poco. Por lo visto, me adoran.

Muchos se han pasado por comisaría, colándose entre federales para abrazarme o darme su apoyo. Sadie ha traído tarta, Margarytha a Bruno. He llorado, las trillizas han llorado, Constance nos ha compadecido. Ha sido genial.

Me besa, tira de mí por la casa y detiene sus pasos frente a una puerta que nunca he cruzado.

—¿Vamos a hacerlo en la alacena? —bromeo, pero él no.

—Te quiero, Lexi, y nunca más volveré a apartarte.

—Levi, me estás asustando.

Saca una llave del bolsillo y bajamos al sótano que ni siquiera sabía que tenía. Lo que cuelga de las paredes son buenos recuerdos, leo éxitos de Levi y de Kadmus por todas partes y me hacen admirar todavía más al hombre del que estoy enamorada. Busco la razón por la que me ha traído aquí, pero los periódicos viejos y el ambientador de limón no me dan muchas pistas. Me sienta en la única silla que hay y él se queda de pie, sosteniendo mi mano.

—¿Levi…?

38

Levi-Ryan

Aprieto su mano para que me dé fuerzas. Sus ojos tratan de averiguar qué hacemos aquí y no les hago esperar.

—Crecí creyendo que tenía la familia perfecta. Admiraba a mi padre, mi hermano pequeño daba luz a cada puta habitación en la que entraba y mi madre era el pegamento que nos convertía en algo unido y fuerte. Pero todo cambió de la noche a la mañana, con la muerte de mi hermano. Jamás olvidaré lo que sentí cuando vi los ojos de Denek apagándose y lo único que pude hacer fue dejarlo marchar. Solo tenía diez años.

Lexi clava los dientes en su labio inferior, aguantándose las lágrimas sin decir palabra. La garganta me quema, pero continúo.

—Lo que eso le hizo a mi familia fue irreversible. Pero la cicatriz que dejó en mi madre y en mí, fue distinta a la de mi padre. Siete meses después de la muerte de Denek, mi padre no había pasado ni un solo día sobrio. Decir que la situación le superó sería un eufemismo. Rompió todo lo que era, en lo que creía. Dejó de ser un hombre honrado, justo y valiente para convertirse en… escoria. No haber podido proteger a su hijo era imperdonable para él. Algo que no podía dejar atrás. Hubiera entendido que dejara su placa en ese momento, pero hizo algo mucho peor. Se corrompió.

Se destruyó a sí mismo. Se convirtió en todo aquello que despreciábamos.

Lexi aprieta mi mano y es como si se la diera a mi yo adolescente.

—Pasaron dos años y fue de mal en peor. Por aquel entonces, todo Acorn Hill y mi madre ya sabía que la engañaba con cualquier mujer lo bastante borracha como para cometer un error del calibre de Leopold Diago. Su matrimonio estaba acabado y si no lo echó de casa fue porque estaba segura de que estando solo acabaría muerto. Pero mi padre contaminaba todo lo que tocaba. Aquellos policías

respetables que trabajaron codo con codo con él durante años se largaron, y los que quedaron eran incluso peores que él. Una noche… —Me contengo.

—Por favor, sigue —susurra levantándose, abrazando mi cuerpo con fuerza—. Estoy aquí, mi amor. Estoy contigo.

Hago un puto esfuerzo abismal para no ceder al ardor de mi garganta. Apoyo la barbilla sobre su cabeza y la estrecho entre mis brazos.

—Yo tenía diecisiete años, era solo un aspirante y mi padre me había dejado a cargo de la comisaría para irse a beber con los demás policías. En aquel entonces, Leopold Diago era el único que sabía que el marido de la señora Mandlecot, una de sus amantes, la pegaba. Un buen rato después de largarse de comisaría, recibí una llamada. Era de un testigo que aseguraba haber visto al señor Mandlecot agrediendo a su mujer. De inmediato, envié a su casa a los únicos policías sobrios que quedaban, dos agentes que estaban patrullando las calles de Acorn Hill. Esperé durante una hora y cuando volvieron, aseguraron no haber visto nada raro en aquella casa. Fui lo bastante tonto como para creerles.

Sacude la cabeza sin encontrar las palabras, buscando mis ojos, temblando bajo mis manos.

—Los mismos que mintieron sobre lo que habían visto en esa casa, también se fueron de la lengua sobre quién había sido el testigo cuando compartieron algunas botellas con el señor Mandlecot esa misma noche. Un estudiante de tercer curso de medicina que hacía sus prácticas en el hospital de Acorn Hill. Apareció muerto una semana después de la llamada. Una hora escasa más tarde, lo hizo la señora Mandlecot. El hijo de puta responsable de las muertes se suicidó después.

—No fue culpa tuya —solloza viendo todas mis heridas, expuestas y en carne viva—. No eras policía. Ni siquiera eras mayor de edad.

—Aun así, siempre he cargado con esas dos muertes en mi conciencia, pensando en lo que podría haber hecho. ¿Y si no hubiera dado la información del testigo a los policías? ¿Y si hubiera seguido mi instinto y hubiera ido yo a ver a la señora Mandlecot?

—Eras menor, no eras policía y no fuiste tú quien mintió. —Su voz se rompe—. No puedes cargar con eso.

Incluso ahora, me cuesta rebatírselo.

—Discutí con mi padre dos días después de que murieran, cuando fui capaz de hablar del tema. Leopold estaba muy borracho, tirado en el sofá de casa y tuve miedo de que el odio que sentía por él me consumiera, así que le planté cara. Le dije que era una vergüenza para

lo que suponía ser policía y que desearía no ser su hijo. Él gritó que *todo* era culpa mía. Dijo que atraía la muerte allá donde fuera, que perdimos a Denek por mi culpa y que yo era la razón de que nuestra familia estuviera rota. Luego estrelló su botellín de cerveza contra la mesa y me clavó el cuello roto en la mano. Mi madre lo echó de casa esa misma noche y murió tres semanas después, borracho y solo. Creé esto para recordarme que no soy como él, pero siempre ha existido ese miedo que vive bajo la superficie. Esa voz, *su voz,* que me asegura que yo también puedo perderme.

La tensión de mi cuerpo se suelta un poco cuando el suyo me aprieta con fuerza desmedida. Llegados a este punto no tiene forma de contener las lágrimas y yo tampoco.

—Entiendo por qué querías trazar una línea entre nosotros, has hecho *todo* con tal de no parecerte en *nada* a tu padre. No me imagino lo que ha debido suponer para ti vivir así. Ahora sé por qué no dejas que nadie se acerque lo bastante, pero que el hombre al que más admirabas te traicionara de ese modo no significa que el resto vayan a hacerlo. Amar a alguien significa saltar al vacío, confiar sin tener seguridad de nada.

—Ahora lo sé. Una sacudida lo bastante fuerte espabila a cualquier tonto.

—Levi, no eres tonto. Eres muy fuerte.

Le cojo ambas mejillas y me deshago de sus lágrimas.

—Cuando te vi esposada a esa silla, con el arma de Eilan apuntándote lo vi todo rojo. Joder, podría haberte perdido en un segundo. A ti, *mi felicidad,* la que hace que encajen todas las putas piezas del caos de persona en el que me he convertido. —La saco del bolsillo y coloco la llave en su mano—. A partir de ahora esta habitación es tan tuya como lo soy yo.

La acepta y la aprieta con fuerza contra ella. *Lexi Love es mi tierra santa. Una pureza que se convertirá en infierno si la pierdo. Es mi paraíso y pienso protegerlo.*

La beso y la intensidad de su respuesta es una explosión desesperada de necesidad. Me empuja hacia la silla, se sube encima y se deshace de mi camisa tan rápido como yo de su ropa. La muerdo, la beso, bebo de ella y no me sacio en absoluto.

—Eres el único oxígeno que quiero que entre en mis pulmones —me jadea en agradecimiento.

Mis dedos viajan por su desnudez y siento su estremecimiento a través de mi piel. Desabrocha mi cinturón mientras hundo una mano en su pelo con tal de atraer esa boca que quiero comerme. Cada roce provoca una nueva ráfaga de placer y nos peleamos por ver quién es

más rápido, más directo, más salvaje. Creamos una atmósfera solo para nosotros, un momento íntimo y perfecto, y no puedo creer que vaya a cargármelo.

—No tengo preservativo.

Le brillan los ojos mientras frena el beso cerca de mi boca, rozándome con su labio inferior, demostrándome que no soy tan fuerte como para no aprovechar la cercanía. Mi lengua se hunde en su boca en un intento de pegarla más a mí.

—No nos hace falta. Tomo la píldora y estoy limpia.

Un puto yunque me cae en el pecho.

—Yo también —consigo hablar de alguna forma—, me hice las pruebas hace seis meses. Eres la única con la que me he acostado desde entonces.

Se muerde el labio y sonríe, se levanta lo necesario apoyándose sobre mis hombros, mirando nuestros cuerpos. Bajo más mis pantalones y la tiento con la punta, con el pulso a mil y la necesidad hirviéndome la sangre. Es ella la que baja de repente, ella es la que con su ansia nos arranca un gruñido codicioso y empieza algo que nadie externo podría detener.

Me equivoqué en apartarla.

Me equivoqué al creer que mi verdad le pesaría.

Nos ha liberado a ambos. *Ella es todo lo que quiero.*

—Yo también te quiero —susurra atravesándome con la mirada mientras acompaño el vaivén de sus caderas—. Tu forma de tocarme lo grita desde hace un tiempo. Fui una tonta al no darme cuenta.

Quiero casarme con ella.

Ser el hombre de su vida.

Por primera vez, me atrevo a soñar tan alto. Por primera vez, es la voz de Lexi Love la que acompaña la mía en mi cabeza.

—Dios mío, ¡Levi!

No tiene que suplicarme que no pare, ni que vaya más deprisa, pero cuando lo hace le doy todo lo que tengo, grabándome su primer orgasmo en la retina para siempre, acercándome más a ella hasta que la tengo tatuada en la piel.

La obligo a repetirlo.

Oye mis pervertidas intenciones de entrar en un bucle infinito y me quita los mandos. Está roja, preciosa y todavía se sacude entre espasmos tan fuertes como palpita su sexo cuando contrae los músculos internos, reduciendo el espacio que me deja a mí eso. Me dice todo con sus labios, sin pronunciar una sola palabra. Le demuestro hasta qué punto estoy a su merced y ella aprovecha para volarme la puta cabeza. La ola densa, minuciosa, lenta y profunda,

llega a cada rincón de mi cuerpo y lo destruye. Sigo en trance toda la noche. Ella sigue hambrienta de la misma droga.

Ceder a la adicción mutua de por vida suena de maravilla.

39

Lexi

Abro los ojos y sonrío como una tonta drogada. *¿Ese incómodo momento en el que te das cuenta de que tu corazón va por libre y que tu solo eres una pringada que se cree algo más que una marioneta? Pues eso. Que estoy enamorada de Levi-Ryan Diago.*

Mi cuerpo todavía zumba con la exhibición y despliegue de habilidades de Levi cuando me estiro en la cama. Es mediodía, hemos dormido como nunca y… *un segundo.* Extiendo la mano para encontrar nada más que sábanas frías. *No está.* Me incorporo y veo que en su almohada hay una nota y un girasol.

Reúnete conmigo junto al río detrás de la casa.

Ponte algo bonito

—Lucifer

—¿Quién le llamó Lucifer anoche un montón de veces y va a pagar

las consecuencias? —Me señalo y finjo que no me doy cuenta de que ha escrito «la casa» y no «mi casa». Carraspeo—. ¿Algo bonito, eh? Vas a ver.

Me ducho, me arreglo y me pongo un vestido, pero no uno cualquiera: el lila de flores. Dudo si pasar de la ropa interior será demasiado. La idea parece divertida y me acelera el pulso, pero si resulta que me está invitando al picnic-de-cumpleaños de la tortuga de Bill o del saltamontes de Cassie o algo por el estilo, podría pasar muchas horas tensa y con miedo al viento.

Estoy a punto de salir de la habitación cuando veo la llave al sótano, que sigue en mi mesita de noche. *Me lo ha dado todo.* Quito el cordón plateado a una de mis deportivas, lo uso de cadena y me cuelgo la llave al cuello. *Mi amuleto de la suerte.* Acaricio a Kitty y a Hotdog al llegar abajo, y me pregunto dónde estarán los otros dos que ya son parte de la familia.

—¿Dónde ha ido Levi? ¿No lo sabéis, a que no? —Les rasco la tripa y salgo al jardín cuando no me dan información.

El sol brilla con fuerza hoy en Acorn Hill, la brisa veraniega mueve las hojas de los árboles acompañando a coro al rugir de los grillos. Desciendo hacia el río serpenteante y no me encuentro a nadie por el sendero sinuoso inundado de flores silvestres naranjas, amarillas y rosas. Poco a poco los árboles se alejan unos de los otros abriendo las vistas y veo el río. Y también veo a…

—¿Ni-Nina? —se me pone la piel de gallina—. ¿Q-q-qué…? —Más que hablar, parece que me estoy ahogando.

Mi hermanastra tiene girasoles en el pelo, un pequeño ramo de ellos entre manos y un vestido en tonos pastel impecable

—No te acerques —pide con una gran sonrisa y la mirada vidriosa —. Estropearás la sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —pregunto mientras ambas sorbemos nuestras emociones.

—La tuya —Daisy sale de entre los árboles y camina hasta Nina. *Ya estoy llorando*—. Estás guapísima, Lex.

—*Daisy*… por favor, decidme qué hacéis aquí.

—Siempre has sido una impaciente —la que faltaba aparece con los mismos girasoles entre manos y el mismo vestido espectacular que no sé por qué no tengo yo también.

—Todo ha acabado por fin —dice Nina.

—Y vamos a poder celebrarlo a lo grande —sigue Daisy.

Ninguna de las dos se aguanta las lágrimas.

—¿De verdad no puedo acercarme? —me quejo, limpiándome las mejillas.

—Aún no, te saldrías del plano —dice Amy y antes de que diga una palabra más, Levi aparece de punta en blanco por el lado opuesto a ellas.

Mis manos llegan a mi boca al tiempo que el aire se atasca en mis pulmones y mi pulso se dispara. Lleva un esmoquin y está hecho un pincel-destruye-bragas-aniquila-ovarios. Recién afeitado, capaz de cortar cristal con su mandíbula, pero con el pelo algo revuelto, como tanto me gusta. *Lucifer.*

—Estás preciosa.

—Estoy hecha un mar de hormonas descontroladas después de que me mataras a orgasmos, eso es lo que estoy. —Me imagino que oigo risas, supongo que será de mis hermanastras—. Levi, ¿de qué va todo esto?

—Si aquella mañana frente al Detroit City Mall hubiera sabido que iba a conocer a mi alma gemela, habría escogido otras palabras al presentarme.

—¿De verdad? —*«Agente Levi-Ryan Diago, a su servicio»*—. A mí me encantaron.

Sonríe como si este fuera el mejor día de su vida y no pudiera reprimir las ganas de exteriorizarlo, estoy segura de que también es el mío. Levi pasa por al lado de mis hermanastras y ellas le entregan los ramos, cuando camina hacia mí lo hace con uno gigante de girasoles. *Me voy a desmayar.*

—He pasado la mitad de mi vida con unas esposas que tú te has cargado sin darte cuenta. Te has ganado el corazón de Acorn Hill y también el mío. Lexi, eres mi lugar feliz. —Se detiene a una distancia prudencial y mira mi cuello, la llave, la atraviesa con la mirada y se le hunde el pecho al tiempo que endurece la mandíbula—. *Joder* —maldice con un coro de llantos a unos cuantos metros a su espalda.

Se me escapa una carcajada nerviosa, ahogada y llorosa mientras acepto el ramo.

—Vamos, sigue, me estoy aguantando —me abanico para quitarme las lágrimas que en ningún contexto posible me estoy aguantando.

—Mi padre me hizo mucho daño, pero puedo perdonar a su recuerdo. Puedo hacer lo que sea con tal de pasar página y darte el amor que mereces.

—Levi —sollozo.

—Un te quiero no abarca todo lo que te amo. Nada es suficiente para expresar que eres más de lo que jamás imaginé que sería posible para mí. —Hinca una rodilla en la hierba y saca el anillo—. Lexi Love, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Sí, sí quiero! —Le extiendo una mano temblorosa casi antes de

que acabe la pregunta.

Pone el anillo, alias-futuro-objeto-de-adoración-e-insomnio, en uno de mis dedos y mientras se levanta, sus brazos me rodean y mis pies dejan de estar en contacto con el suelo. Decir que estoy desesperada por encontrar sus labios se queda cortísimo para lo que siento. Le beso por toda la cara, el encuentra mi boca y me deja sin aliento.

—Te quiero, Rapunzel.

Soy una cascada y ya no hay quien me pare.

—Te quiero, Levi-Ryan Diago.

Oigo aplausos que no son solo de mis tres ángeles y veo confeti cayéndonos encima. Kadmus aparece, y Constance, y las trillizas. Danzel y sus chihuahuas, Cassie y Bill con Hotdog y Kitty… La madre de Levi también está, junto con buena parte de Acorn Hill que quiere compartir el momento.

Miro al hombre que todavía me sujeta, mi prometido, y pienso…

Estoy en casa.

Epílogo

Levi-Ryan



Unas semanas más tarde…

Llevamos unas dos horas en Mountville y ya tengo una cosa clara. *Voy a perder la cabeza.* Lexi se sacude intentando que entre tanto como necesita, hasta el fondo. Sus pechos se sacuden cerca de mi cara mientras suelta jadeos cortos demostrando su esfuerzo. *Es tan preciosa.* Centímetro a centímetro, se acerca más y más a su objetivo. Me tortura y me tensa como quiere, se me olvida hasta cómo hablar. Desearía que me dejara ser partícipe, en vez de un mero espectador.

—¿Qué tal? —pregunta cuando termina de ponerse el corsé del vestido azul de dama de honor que hace que su figura sea la de una diosa—. Te advierto que ya es muy tarde para cambiar de idea, así que si no te gusta, vas a tener que fingir que sí.

Tiro de ella y pongo una de sus manos en mi entrepierna, demostrándole lo que me ha hecho.

—*Vaya cumplido*… —le brillan los ojos y se le separan los labios con hambre y anhelo—. Bueno, como decía… todo tiene que estar perfecto para la boda, sí. Hemos… escondido unos regalos para Nina por la villa y… Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Eso que haces.

—¿*Qué* hago?

—Eso —señala mi pulgar, que acaricia el hueso de su cadera bajo el vestido—. Me pone nerviosa.

—Disculpe, señorita Love —subo la tela por la abertura de su pierna y la atraigo hacia mí dándole besos por donde pillo. Tengo un nuevo hobbie: estudiarla a besos—. Siga hablando, por favor, decía algo de unos regalos.

—Sí, sobre eso… los hemos escondido.

—Ajá.

—Muy bien escondidos —dice temblorosa y expectante cuando alzo la mirada hasta sus ojos.

—¿Cuánto tardas en quitártelo, Rapunzel?

—Mmm, yo… —Se aparta cuando la puerta de la villa se abre y mis dos compañeros, Sawyer y Benedict, entran en un par de zancadas. Lexi se sienta sobre mi erección y yo me cago en mi vida—. ¡Anda, hola!

—Traemos todo lo necesario para la despedida de solteros conjunta más épica del siglo —Sawyer alza las bolsas triunfante y camina hasta la isla de la cocina—. Lexi, encanto, menudo vestido. —Se le ponen los ojos en forma de corazón.

—¿No es un poco raro que quieran hacer la fiesta juntos? —pregunta Benedict arrastrando los pies.

—Dirás precioso. —Sawyer entrelaza las manos libres y ladea la cabeza perdiendo la gorra de Versace—. No quieren despegarse el uno del otro para nada, ¿qué hay más romántico que eso?

—Nada, no hay nada —dice Lexi entrelazando su mano con la mía.

—Tomo nota —susurro contra su hombro, antes de besarla.

Ella se estremece contra mi pecho generando más fricción y le muerdo el brazo con tal de contenerme.

—Curiosa posición —canturrea Sawyer por lo bajo estrechando la mirada en nuestra dirección.

Aprieto más el brazo que cruza por encima del estómago de Lexi, acercándola más a mí.

—Pues a mí me parece demasiado —dice Benedict con un deje amargo, siguiendo a lo suyo.

—Lo que te pasa es que no has tenido huevos de invitar a Abbie a ir como tu pareja y te estás torturando por ser un cobarde. —Le hunde un dedo en el pecho antes de cruzarse de brazos—. ¡Llámala y pídeselo de una vez!

—Está bien —gruñe orgulloso. Saca el móvil y en cuanto se lo pone en la oreja parece que se electrocuta. Cuelga, se lo aparta y lo lanza al sofá—. Ha contestado.

—No me lo puedo creer —Sawyer se frota las sienes sin acordarse de que llevaba purpurina—. A ver, recapitulemos. Sí, Abbie es un guapa, generosa, lista como el hambre y un encanto, pero aun así, es posible que elija a alguien como tú.

—Perdona, ¿me estás animado o insultando?

—Lo que digo es que los polos opuestos se atraen y es muy probable que tú tengas unas piezas que a ella le falten, que os complementéis como no os podéis imaginar. —Coge el móvil del sofá

y repite la última llamada, esta vez poniendo el altavoz—. Así que díselo, pedazo de gallina.

Lexi bota nerviosa sobre mi regazo y me endurezco más contra su culo. Su cuerpo entero se tensa al darse cuenta de lo que ha hecho.

—¿Benedict?

—Abbie, hola. Que… ¿tal?

—Bien, ¿me has llamado antes?

—Sí, ha sido sin querer, perdona. —Contiene un gruñido cuando Sawyer le pega una colleja—. No, en realidad, no lo ha sido. Me preguntaba si querrías ir a la fiesta de Nolan y Nina conmigo esta noche.

—¿Me invitas a una fiesta a la que ya he sido invitada?

—No, me refiero a si… ¿querrías ir como mi pareja? —El pobre está pasando el peor trago de su vida—. Si te parece bien, a mí me gustaría. Mucho.

—¿Te refieres como una cita? —pregunta, su voz no da detalles de lo que piensa.

Todos asentimos como locos y Benedict lo suelta.

—Sí, Abbie, como una cita —se le caen los hombros, derrotado.

Silencio. Algo más de silencio.

—De acuerdo.

—¿De verdad?

—Creí que no me lo pedirías nunca.

—¿Querías que te lo pidiera? —Se le van a salir los ojos de las órbitas.

—¿Por qué crees que le robo los estetoscopios a Nolan para dártelos a ti, *tonto*? —Se ríe—. Nos vemos luego. —Cuelga y Benedict se queda petrificado en el sitio, mirando el móvil.

—Eso ha ido mejor de lo que esperaba —admite Sawyer.

—Enhorabuena, Benedict —dice Lexi.

—Sí, tío, felicidades.

—Mejor felicitad a Abbie —Benedict se pasa una mano por el pelo y mueve las cejas—, está a punto de tener la mejor cita de su vida.

—Y ya vuelve a ser él… —Sawyer se pone sus gafas de sol rosas y sale al jardín para alejarse del médico victorioso.

Benedict le sigue y ya en el jardín, se dobla por las rodillas para acariciar a otros dos invitados a la fiesta. Sherlock Bones y Kitty se mostraron reticentes a trabar amistad los primeros cinco minutos, pero desde que se cayeron a la piscina juntos, está claro que a *Hotdog* le ha salido competencia.

—No me puedo creer que Nina vaya a casarse en dos días —me mira y tiene los ojos llenos de lágrimas—. Y voy a poder presenciarlo

gracias a ti, Levi-Ryan Diago.

Entierro la cara en su cuello, inspiro con fuerza y la vainilla me inunda los pulmones. En una maniobra, la muevo, paso un brazo bajo sus piernas y la levanto.

—¿A dónde me llevas?

—Arriba, a quitarte las ganas de llorar a base de orgasmos —empiezo a subir la escalera.

—Siento ser el típico jode-polvos, pero el coctel pre-fiesta en las aguas termales del resort empieza en quince minutos —grita Sawyer desde la puerta.

—¿Acaso no sabe que soy policía? ¿Es que quiere que lo detenga?

—Oh, ¿ya es la hora? —gime Lexi—, quería enseñarle a Levi el punto exacto donde pillamos a Heather.

—Sí, fijo que eso era lo que ibas a enseñarle —Sawyer vuelve al jardín riéndose por lo bajo.

—Me sumo a su incredulidad.

—¡En seguida bajamos! —asegura Lexi.

—Ni de coña.

—Te prometo que tendremos tiempo más tarde —me besa y me arrepiento de no haberme traído las esposas.

Ver a Lexi en bikini es una recompensa excelente, pero verla así de feliz con Amy, Nina y Daisy, me hace algo más salvaje.

La boda llega antes de que nos demos cuenta.

Diría que es una muy buena señal.

Hace un par de horas que no veo a Lexi y la espera me está matando. Ocupo un asiento en segunda fila junto a Julio, un hombre con adicción a los postres ingleses y a llorar en las bodas que me cae muy bien. Nolan está de pie en el altar, esperando tan ansioso como yo. *Me corrijo, es imposible que esté tan ansioso.* El camino que baja a la playa está vacío. Sé que Lexi es la primera dama de honor en desfilar hasta el altar, pero no sé cuánto tardará en empezar la ceremonia. La música lleva un par de minutos sonando cuando los invitados se ponen en pie. Se me sube el corazón a la garganta.

Entonces la veo.

Se ha apartado las ondas de la cara con un mar de delicadas rosas azules y lleva ese vestido que realza su desmesurada belleza de ángel. *Es ella.* Lucho contra la emoción que arde en mi garganta, a diferencia de Lexi, que tiene una sonrisa melosa en los labios y el iris rebosante de promesas que se convierten en la razón de mi existencia.

Durante una fracción de segundo se detiene al llegar a mí. Apenas reprimo el impulso de empujarla al altar y decirle a Sawyer que somos los siguientes. Me guiña un ojo tras una respiración abrupta, luego

sigue su camino y se detiene al llegar a Nolan, dándole un abrazo sentido y sincero.

Daisy clava su entrada justo después de que Lexi llegue a su sitio y lo hace, como no, con lágrimas de felicidad resbalando por sus mejillas. *Me aseguraré de que cuando me case con la mujer de mis sueños, haya pañuelos de sobra para todos.* Daisy parece un hada del bosque, es enternecedora, y roba el corazón a más de uno de los invitados. Amy la sigue y no sé cómo se las ingenia para dar un estilo más desafiante y atrevido al mismo vestido y recogido del pelo, pero lo hace. Todo en ella rebosa personalidad, una que ya conozco bien. Por eso sé a cuento de qué centra su mirada en Nolan-Kane, sin desviarla ni una sola vez. *Ya la tengo calada, sus hermanastras la arrastran al pozo de las lágrimas sin que pueda resistirse.*

Cuando la pequeña Láhria aparece con su vestido rosa pastel, lo hace caminando tan rápido que casi esprinta. Las damas de honor de la novia sueltan un jadeo conjunto y lloroso. Lanzo una mirada a Lexi, pero se vuelve en mi contra cuando todo en ella me suplica que la abrace, que la bese. Le mantengo la mirada asegurándole que estoy ahí, con ella. Nolan-Kane lucha por aguantar las lágrimas, pero cuando Láhria se para frente a él y le rodea la cintura, se desmorona. Nolan la coge, la levanta, y se funden en un abrazo. *Después de todo lo que han pasado juntos, no puedo imaginar lo que sienten un día como hoy.*

—Te quiero mucho, Lay.

—Para, me vas a hacer llorar.

—Pero si ya estás llorando.

—Bueno, es que Nina siempre dice eso cuando llora.

El público se ríe y cuando Láhria ocupa su lugar junto a su hermano, las damas de honor de la novia se cuelan por detrás del novio y agachadas como si nadie las viera, le limpian las lágrimas, le arreglan el pelo despeinado tras el abrazo y le dan una charla de tres segundos sobre cómo sobrellevar el asunto. *Parece una parada en boxes de un Fórmula 1. Son únicas.* Sawyer y Benedict llevan un traje del mismo rosa que Láhria y es evidente quién es el ojito derecho del novio.

Llega el momento, las voces de Luther Vandross y Mariah Carey armonizan con «Endless Love». Nina aparece flotando en un mar de encaje blanco cautivador y lo hace del brazo de su padre Garret Andrews, sosteniendo un ramo de rosas rojas y dejando al público sin aliento. Los esfuerzos de Nolan de mantener la compostura se van a pique en cuanto sus ojos caen sobre ella. Se tapa la cara y se le mueven los hombros con brusquedad y entonces no queda ni una sola persona presente que no esté llorando.

Garret entrega a su hija al novio con un breve pero sentido comentario. No lo oigo bien, pero juraría que Nolan llama «mi cura» a Nina en cuanto la coge la mano.

—Te quiero, Nolan-Kane.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, *Nins*. No me creo que esto esté pasando. Te quiero tanto.

La ceremonia empieza con sollozos de fondo, que se acentúan cuando los novios intercambian votos. Debo ser un masoquista de manual, porque no le quito los ojos de encima a Lexi, que no deja de mirar a Nina como si fuera un pedazo de cielo materializado en la tierra y a Nolan el guerrero enamorado encargado de su seguridad. Sawyer empieza a hablar más deprisa cuando le tiembla la voz y tiene que carraspear un par de veces para recuperar el control. El tío aguanta como un campeón hasta que dice su última línea y puede hacerse polvo.

Después de la ceremonia, el banquete, el baile y las fotos, la feliz pareja de enamorados se marcha camino a su luna de miel. Todavía queda mucha gente en la playa, bebiendo o bailando bajo las elegantes carpas repletas de luces cálidas, (se distingue a Victoria Daughbeth y a Arthur Love en la pista), pero el drama continúa en uno de los bancos en la arena.

—No me puedo creer que se haya ido —Lexi solloza contra su pañuelo—. ¿De verdad Nina-Dinamita acaba de casarse?

—Sí y ha sido precioso —Amy se abanica evitando parpadear—. Dios, hacen tan buena pareja. Estarán juntos toda la vida.

—No voy a recuperarme de esto, ya la echo de menos. ¿Podemos repetirlo todo otra vez? —pide Daisy.

Llevan un rato turnándose para flipar en un banco blanco decorado con rosas rojas. Ah, Láhria tiene las piernas sobre Daisy, y su mejor amiga Cleo las tiene sobre Láhria. Y también lloran como descosidas.

—Nina era una princesa.

—Yo también quiero ser una princesa cuando me case.

—Seguro que lo serás, Cleo.

—¿Querrás ser mi dama de honor, Lay?

—Por supuestísimo.

Ridelmunt, Drait Wilson, Lora, Sawyer y yo compartimos una mirada. Ridelmunt saca la artillería pesada.

—Lay, ¿te apetecen unos brownies?

—Cleo, acuérdate que hoy hacéis fiesta de pijamas —sigue su padre—. Vais a poder jugar y bailar hasta que se haga de día.

En cuanto mi bonito mar de lágrimas se despide de sus hermanastras como si no fuera a verlas en cosa de horas, la cojo en

brazos y me la llevo.

—No quiero irme todavía, quiero bailar contigo toda la noche. —Me acaricia una mejilla y me besa la otra.

—Pero si los zapatos te estaban matando. —Los míos golpean la madera del camino de vuelta a las villas y la música y las olas del mar hacen el coro.

—Pues me los quito. *Dios, qué guapo eres.*

—¿Qué te parece este plan? —Le beso la frente—. Volvemos a casa, te llevo a la cama y te doy de esa tarta de Ridelmunt que tanto te gusta.

—Cásate conmigo.

—¿Puedo pensármelo?

—¿Disculpa? —se le abre la boca de forma obscena.

—Señorita Love, apenas consigo que se meta en mi coche por voluntad propia, no imagino como podría llevarla al altar.

—Iré corriendo.

—En ese caso, dejaré las esposas en casa.

—Me parece que tenemos un plan, Lucifer. Ahora solo nos falta la fecha.

—Y decidir dónde vamos a vivir —sorteo la piscina y freno mis pasos frente a la puerta acristalada de la villa, pero no la suelto—. Lexi Love…

—Espera, no digas nada. Levi, quiero vivir en Acorn Hill contigo. Antes de que digas que esto es por la boda de Nina, que estoy loca o demasiado emocionada, te advierto que lo tengo claro desde que Eilan Anders estuvo a punto de matarme. Lo he hablado con Ashia y mis funciones en la empresa cambiarían estando a distancia, pero tengo suerte de que todo lo relacionado con los coches me apasionan. E iré a Manhattan de vez en cuando, más para verla a ella que para trabajar, pero también por lo otro.

—¿Lo has hablado con Ashia?

—No quería ofrecerte algo si resultaba no ser posible, pero sí lo es. Llevaba días queriendo decírtelo. ¿Qué piensas?

—¿De que quieras vivir en Acorn Hill conmigo?

—Ajá —asiente con su mirada arrebatadora y vidriosa a la luz de la luna. Le doy una patada a la puerta para abrirla—. Si no te hace el plan, puedo buscar un motel. ¿A dónde me llevas? ¿La respuesta está en el segundo piso? ¡¿Puedes hacerme el favor de no marcarte un Levi-Ryan Diago justo ahora?!

—Me parece una puta maravilla, Lexi. —La tumbo en la cama con el corazón a mil—. Te quiero tan cerca como pueda de mí el resto de nuestras vidas. —De un tirón la acerco más—. La idea de que sea en

Acorn Hill me hace inmensamente feliz.

—¿De verdad?

—Sí, así que cuando volvamos a casa, vas a empezar a decorarla a tu gusto. Vas a hacerle una habitación espacial a Kitty y preparar otra para tus hermanastras, para cuando vengan de visita.

—¡Si insistes!

La beso en un intento de acabar con ella, antes de que sus lágrimas lo hagan conmigo.

Epílogo extra

Lexi

Unos meses más tarde…

Palpito con fuerza contra su erección y me tiemblan las piernas mientras el fuego que sale de nuestros cuerpos empaña los cristales del baño y el espejo.

—Acababa de salir de la ducha, ¿cómo ha pasado esto? —pregunto jadeante aferrándome al cuerpo desnudo y ardiente de mi prometido.

—La próxima vez cierre al menos la cortina, señorita Love —me embiste contra el lavamanos mientras mi toalla permanece en el suelo ajena al placer que me provoca el movimiento circular de sus dedos justo en mi clítoris.

Una. Y. Otra. Vez.

Quería esto, lo buscaba desesperada desde que anoche dijo que debíamos reservarnos para la gran noche de bodas. Dieciséis horas sin sexo y ya estaba dispuesta a llegar mucho más lejos que una ducha de exhibicionista, pero no ha hecho falta.

—*Levi* —me arranca el gemido con la intensidad con la que me penetra—. ¿Y si lo rompemos?

—Te hago un baño nuevo cada puto día de la semana.

Su polla late dentro de mí, dura y candente, estremeciéndome de pies a cabeza, haciéndome sentir viva a medida que entra en mi cuerpo centímetro tras centímetro. La forma que tiene de besarme no es de este mundo, resulta embriagadora y me regala una tormenta de relámpagos que me arquea la espalda y me deshace en sus brazos. Mis caderas se mueven solas, acelerando el ritmo antes de que me mate.

—Tenemos la casa llena de gente —le digo al hombre que pretende derretirme el cerebro y succionarme hasta el último aliento.

—Y aun así, no has dudado en llamarme —Su voz autoritaria me excita mucho, pero la ristra de sonidos guturales que salen de su

garganta a medida que mis gemidos se vuelven más cortos y rápidos son un destruye-vaginas de los bestias que van a conseguir que me corra en cualquier momento—. Me vuelves loco.

—Lo mismo te digo, Lucifer. —Me resbalo de sus labios, pero él no se acerca, ni tampoco rompe el contacto visual.

De repente, tira de mi culo haciéndome caer sobre él, dejándome casi de pie y penetrándome de un modo distinto y más profundo. El cambio me dilata y le da a mi clítoris la presión que necesita en el momento exacto haciendo que mi cuerpo deje de pertenecerme. El orgasmo me tensa los huesos y amenaza con partírmelos, pero él me sostiene. Le succiono dentro de mí, acercándonos más cuando parecía imposible. La electricidad de cien centrales nucleares me vibra por dentro.

Sigo corriéndome cuando se petrifica, me hunde los dedos en la carne y gruñe contra mi boca derramando su calidez en lo más profundo de mi centro. No sé dónde estoy cuando oigo su te quiero, ni tampoco quien soy, pero me las arreglo para contestarle. Hay un séquito de mini-tambores dándole al tema sobre mi piel cuando después de muchos besos, Levi se separa.

No sé de dónde saco la fuerza para no meterlo en la ducha y seguir alargando el momento. Le veo abrocharse el cinturón una vez los tejanos están en su sitio y me mira con la misma pasión que siento.

—Señorita Love, la veré en una hora.

—Una hora y media —le corrijo—, las novias siempre se retrasan. Vale, vale, era broma, no me mires así.

—He esperado toda mi vida para casarme contigo —me coge de las mejillas y me inclina la cabeza hacia arriba—. Por favor, acaba con mi agonía.

—Una hora —prometo.

Va a prepararse a casa de Kadmus, para no ver el vestido. *Estoy tan emocionada que casi lo admito como una pringada.* Me besa, sellando el trato y se marcha.

Me doy una ducha rápida y salgo del baño porque me trae demasiados recuerdos que ralentizarán mi preparación express.

—¡Ay, dios! —me llevo la mano al pecho cuando las encuentro a las tres tumbadas en la inmensa cama de nuestro dormitorio.

Daisy sobre mi almohada, Amy a los pies de la cama y Nina siendo la conexión humana diagonal entre ambas.

—Levi nos ha dicho que ya podíamos subir. —Daisy se tapa los ojos y mira a través de dos dedos.

—Sexo antes de la boda, eso fijo que trae buena suerte.

—La trae, Amy. La trae —asegura la feliz mujer de Nolan-Kane.

—Venimos a ayudarte a prepararte porque sabemos que eres una lentorra que se emboba con facilidad y no queremos que llegues tarde a tu propia boda —explica Amy.

—Eh, yo no me embobo, yo solo recuerdo cosas bonitas. —Como pasa con esta habitación, mitad cueva de Batman mitad elegante-y-fashion-dormitorio-chic.

No me puedo creer lo mucho que ha cambiado esta casa en tan poco tiempo.

—¿Lex? —llama Daisy.

—¿Veis lo que os digo? —Amy me señala.

—¡Empecemos por el pelo! —Nina da un par de palmadas y nos ponemos manos a la obra.

Ellas tampoco están vestidas todavía, llevan las batas de seda que Constance ideó para la despedida de soltera. *Un día genial que acabó conmigo arrestada por el jefe de policía de Acorn Hill. Ups.*

Seca y con un recogido precioso lleno de girasoles, lazos y rizos sueltos made-in-DaisyLand estoy lista para empezar con el maquillaje cuando me frenan.

—Antes nos gustaría darte algo —oigo a Daisy golpear la cama un par de veces para que me siente.

Doy la espalda al armario que protege y atesora mi despampanante vestido de novia (gracias Sawyer) y las veo a las tres sentadas al borde de la cama sosteniendo una caja antigua y bonita.

—¿Qué tenéis ahí?

—No llores. —Amy extiende los brazos en mi dirección enseñándome las palmas de las manos y frenando mis pasos—. Se te hincharán los ojos.

—Vale, no lloro. —Tampoco me siento—. ¿Qué es?

—Un viaje al pasado —Daisy sonríe mordiéndose el labio.

—No lo entiendo.

—Sabemos lo mucho que te dolió perder nuestras cartas en el incendio —dice Nina.

—¡Así que hemos vuelto a escribírtelas! —dicen al unísono.

Doy un paso atrás mientras mi corazón se rompe.

—*No*.

—Están todas —Nina abre el pequeño cofre—, vas a aburrirte de tanto leer.

—Hemos mirado las fechas de las que tú nos enviabas y aunque probablemente haya chistes nuevos, son una réplica bastante exacta —dice Daisy haciendo que me fallen las rodillas.

Me acerco al tesoro que guardan entre manos y las miro una a una sin poder asimilarlo.

—¿De verdad habéis hecho eso por mí? —Se rompe la voz y se me sacuden los hombros con el llanto—. ¿Es que estáis locas?

—Por ti lo que sea, Lex —dice Daisy.

—Os dije que debíamos esperar a después de la ceremonia —se queja Amy chistando la lengua—. ¡Siempre llora cuando le damos regalos! ¿Es que no la conocéis?

Mi hermanastra mayor tira de mí y me sienta en la cama mientras llora de forma silenciosa.

—No puedes salir horrorosa en las fotos, ¿te enteras? Levi no se lo merece. Así que trágatelo. Igual que Blair se tragó lo de tu ascenso y el despido de Dínamos, su falsa-fuente-de-chivatazos.

Es muy probable que Jessica y Blair se salten un par de cenas familiares, teniendo en cuenta que su reputación se ha visto un tanto dañada cuando una de las mayores empresas de innovación automovilística ha decidido reestructurar su pirámide de poder, dando al sector razones de sobra para no contratar a Dínamos… ni a Jax, ni a tantos otros.

Dicen por ahí que Jax consiguió el ascenso invitando a Dínamos a su casa de Martha’s Vineyard, ewwww, ¿te lo puedes creer?

Pero lo cierto es que Blair puede hacer lo que se le antoje, la próxima vez que vaya a Londres lo haré de la mano de mi marido, del brazo de mis tres hermanastras, y… tomaré vino. *Allá ella.*

—Os quiero tanto —las rodeo a las tres y las estrujo con fuerza.

Alguien llama a la puerta.

—¿Se puede? —pregunta Constance abriéndola despacio—. Uy, las lloronas.

—Te dije que debíamos venir antes —dice Sadie tirando de Ashia.

Ha venido ya un par de veces a Acorn Hill, y la tía se ha hecho un hueco enseguida. *A este paso, se muda.*

—¿Y qué hay de malo en llorar? —pregunta Margarytha—, las emociones que no sientes se clavan en el alma.

—Pues esta no debe tener nada clavado —dice Amy secándose las lágrimas que no quería a soltar.

Sawyer entra con una botella de champán y un montón de copas.

—¿Vosotras tres no deberíais estar vestidas ya? —pregunta Constance con su voz de reproche de mami.

—Enseguida estamos —promete Daisy y Constance oye en ella el mismo tono de Sasha que yo.



—Kadmus, no vas a rayarlo, acelera —le ladro a la razón principal por la que no voy a llegar a tiempo al ayuntamiento.

—Este coche cuesta más que mi casa.

—No es cierto.

—No pienso tener un accidente un día como hoy, Lexi Love. Además, hay muchos carruajes circulando por aquí, esta es la velocidad adecuada.

Esa es otra. El pueblo de Acorn Hill es un lugar curioso, igual que sus tradiciones. Para ellos una boda es sinónimo de carruajes del siglo diecinueve, caballos y burros cargando con cestas de flores. *Ah también, han decorado el suelo con pétalos y como llueva se va a liar una buena. Verás qué gracia.*

—Kadmus, ¿acaso quieres impedir que me case con el amor de mi vida?

—¿Estás de coña? Desde que te conoció, es mucho menos insoportable. Me deja conducir más a menudo.

—Pues acelera o juro que me bajo y voy andando. —*Fijo que llegaría antes.*

Toma un desvío y la cosa mejora, pero cuando nos topamos con la señora Danzel y sus hijos, me escabullo y corro por mi vida.

Encuentro la plaza del ayuntamiento vacía, todos los invitados que han llegado a su hora ya están dentro. *Guau.* El sonido de mis tacones es lo único que acompaña mi respiración agitada y el agua de la fuente mientras toco algunas de las filas de globos blanco perla de los que cuelgan cartas.

Nuestras invitaciones. Levi.

Camino entre las mesas y las sillas del futuro banquete, entre las luces y las pancartas de Levi-Ryan&Lexi. Me acerco a la gran fuente conquistada por muchísimos ramos de girasoles y pienso dónde estaría ahora si Luna Harp no me hubiera elegido como su marioneta. *La de cosas maravillosas que pueden traer las desgracias. Todos los malos en la cárcel, yo diría que es un final feliz en toda regla.*

—Estás preciosa.

Me giro al reconocer su voz y me quedo petrificada.

—Vernos trae mala… *dios santo*.

—Estás preciosa.

—Eso ya lo has dicho. —*Necesito un desfibrilador y luego mi inhalador.*

—No llores, Rapunzel.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba volviéndome loco ahí dentro.

—¿Temías que hubiera vuelto a largarme? Llevo la llave a nuestro sótano pegada al muslo en una liga, soy toda tuya Levi-Ryan.

—Me gustaría estar casados desde ayer —sacude la cabeza y me aprieta las manos—. Odio la espera.

—Entonces haremos que mis chicas y tus chicos corran hasta el altar para agilizar el trámite. ¿No te ríes?

—Quiero hacerte mil hijos —suelta y doy un respingo—. Joder, perdona, quiero decir que quiero formar una familia. ¿Tú querrías…?

—Sí.

—Puedes pensarlo un tiempo, no tienes porque…

—No —vuelvo a cortarle—. Sí quiero hijos. Tal vez mil no, pero dos o tres…

Esta vez es él quien me interrumpe, con un largo beso que se lleva mi pintalabios *nude* y sabe a principio de una emocionante aventura.

—¡Agente Levi-Ryan Diago, se está saltando las normas, camine hacia el altar si no quiere problemas! —suelta Amy desde la escalinata mientras Daisy a su lado, nos fotografía de extranjis.

Las tres bajan taconeando con sus vestidos lilas hasta el tobillo en ese tono pastel que les hace una justicia que flipas, especialmente por ese mini-bebé-Taylor ya asomando en una de las tres diosas. *Están aquí conmigo, en el día más importante de mi vida.*

—Te veré dentro, mi amor —Levi aprieta sus manos entrelazadas con las mías y parece que va a soltarse, pero se da la vuelta y me besa de nuevo.

Cuando alcanza las escaleras, veo a Kadmus, Constance y las trillizas llegando hasta él. *Las niñas de las flores más guapas de todo Acorn Hill.* Me saludan tan eufóricas que casi no veo la recriminación por abandono en los ojos de su padre. *Tengo que conseguirle un coche a Kadmus.*

Nos quedamos solas. Mis tres mejores amigas llegan hasta mí y nos cogemos las manos como si fuéramos unas crías a punto de jugar al corro de la patata.

—Ya sé que te lo hemos dicho en casa, pero estás despampanante —dice Daisy.

—¿Vamos a unirnos a una secta o qué? ¿A invocar un poltergeist? ¿Por qué nos agarramos así?

—Amy y su alergia a los momentos emotivos —La futura mami se carcajea.

—Mirad, no sé de qué va esta infección amorosa que habéis pillado, pero a mí excluidme —dice Amy—. En serio, dos bodas en tan poco tiempo, ¿qué está pasando?

—No lo sé, pero a mí que me infecten ya —pide Daisy con chispas en los ojos.

—Te vas a enamorar, encanto. Las dos. Más pronto que tarde, seréis vosotras las que pasaréis por esto —digo y una parece mucho más dispuesta que la otra.

—No renuncio a mi independencia ni aunque me maten.

—Esa es la cosa, Amy, no renuncias a nada y a cambio lo tienes todo —dice Nina.

—Suena genial —dice Daisy.

—Con vosotras sí que lo tengo todo —les digo—. Al final vamos a llenar el castillo de mamá de bebés, tal y como quería.

—¡¿Estás…?! —saltan a mi tripa.

—¡No! Solo hablo del futuro. —Dejo fluir la adrenalina y pienso en Levi—. Pasará en algún momento, pero no me importaría disfrutar de la compañía de mi marido a solas durante un tiempo. —Sonrío tanto que se me va a partir la cara.

—Definitivamente un virus —dice Amy emocionada y espantada a la vez—, ¿alguien la había oído hablar de niños alguna vez?

—Intentas cortar el rollo emotivo para no llorar, porque te asusta perderlas ahora que van a meterse de pleno en lo del matrimonio y la familia, me lo has dicho antes.

—En secreto, Daisy, te lo he dicho en secreto.

Nos la comemos a besos hasta que las voces de Constance y Ashia nos gritan:

—¡Acorn Hill está hambriento y esperando a llorar como en su vida por la boda más bonita del siglo, que las damas de honor empiecen a mover el culo!

—No nos has dicho en qué orden quieres que entremos —dice Nina mientras las tres corren hasta la escalinata.

—¡Cronológico! —las sigo agarrándome el largo del vestido rezando por no clavar el tacón donde no debo y acabar en el suelo.

—¡Oye que no somos comida envasada! —dice Amy.

—¡Y no estás decidiendo a quién te comes primero! —sigue Daisy.

Fijo que las ha oído todo el mundo. Las mato.

—¡Nina! —suplico, porque ella sabe exactamente lo que siento.

—Lo mejor será que Amy entre la primera —dice la mayor de las Daughbeth dándole unos golpes en el culo para que arree, como con los caballos—. No conviene dejarla aquí a solas contigo.

—Eh, me he pasado las últimas semanas con las manos llenas de tinta de tanto revisar y escribir cartas, merezco respeto.

—¡Amy! —gritamos al unísono.

—Vale, vale, ya voy. ¡Qué estrés!

—Va a ser la primera en llorar —dice Daisy.

—En cuanto vea a Levi —dice Nina.

—¿Por qué? —Me da un vuelco el corazón que ya no puede latir más deprisa—. ¿Se ha emocionado?

—Tendrás que esperarlo a verlo por ti misma —Daisy me da un beso en la mejilla y se marcha segundos después.

Ay, mi amor. Me vas a destrozar.

Aprieto la mano de la que siempre cruzaba los charcos antes que yo para tenderme la mano desde el otro lado, la mujer que sin saberlo ha guiado mis pasos por el camino correcto un montón de veces. Nina llora en silencio como si me oyera y me tapo la boca conteniendo un sollozo como puedo. Se marcha sin decir nada, porque ya lo sabemos todo.

Antes de que me dé cuenta soy yo la que cruza las puertas.

Espérame mi amor, voy de camino.

Nota de la autora

LMR



¡Hooola! :D

Mil gracias por llegar hasta aquí, soy LMR (Laura Moreno Romero) y espero de corazón que hayas disfrutado de Acorn Hill y de la historia de Lexi y ***Levi-Ryan****, si es así, no olvides dejarme una reseña en Amazon :) ayuda mucho.*

Quiero hacer una mención especial a todas las que os habéis tomado el tiempo para escribirme cosas tan bonitas de Nolan-Kane, ya sea por Instagram o Amazon, no os podéis imaginar lo que supone para mí, gracias. Sabed que historias son posibles gracias a cada una de vosotras ****llora en súper-cursi****

Vale, volviendo al tema,

¿Quién será la siguiente hermanastra?

*Yo lo sé, pero todavía no puedo decirlo. *Risa de villana**

¿Qué más? Ah, sí…

En caso de que quieras hablar directamente conmigo

*Mi Instagram es: lmr_author_*

Me alegra comunicarte que dispongo de ***muchas otras novelas*** *en Amazon, algunas de fantasía y otras de romance contemporáneo como Levi-Ryan. Por si quieres amenizar la espera…*

Gracias una vez más.

Nos leemos pronto.

LMR